

# EL TRONCO HERIDO

LUIS ORREGO LUCO NOVELA



REPRESENTANTE Y DISTRIBUIDORA: LIBRERÍA SALVAT  
AGUSTINAS, 1043, CASILLA, 2326, SANTIAGO DE CHILE



**EL TRONCO HERIDO**

14194

# OBRAS DE LUIS ORREGO LUCO

## NOVELAS Y CUENTOS

- «Páginas Americanas» (Cuentos. Madrid. Librería de Fernando Fe). Agotada.
- «La vida que pasa» (Cuentos).
- «1810. Episodios Nacionales». Agotada.

## ESCENAS DE LA VIDA EN CHILE

- «En Familia». Agotada.
- «La Tempestad». 10.º Millar. Agotada.
- «Un idilio nuevo». 7.º Millar.
- «Casa grande». 30.º Millar. Agotada.
- «El Tronco Herido».

## VARIAS

- «Pandereta». Agotada.
- «Un mundo muerto». Agotada.
- «Chile». Agotada.

## ESTUDIOS DE DERECHO

- «El Gobierno Local». Agotada.
- «El arbitraje obligatorio». Agotada.

## LOS PROBLEMAS INTERNACIONALES DE CHILE (5 volúmenes)

- «La Cuestión Boliviana». Agotada.
- «La Cuestión Peruana». Agotada.
- «La Cuestión Argentina». Agotada.

LUIS ORREGO LUCO

ESCENAS DE LA VIDA EN CHILE

# EL TRONCO HERIDO

NOVELA



SANTIAGO DE CHILE  
IMPRENTA UNIVERSITARIA  
Estado, 63  
1929

ndh  
863  
75t  
929  
A

AA9750

**ES PROPIEDAD**

**INSCRIPCIÓN N.º .....**

“A la reiz de un tronco herido  
llorando está . . .  
que aquél a quien tanto amaba  
se vá y se vá . . .  
se vá y quien sabe,  
quien sabe si volverá . . . ”

Canción popular chilena.



# EL TRONCO HERIDO

## I

Nos habíamos amado locamente, con el cariño entrañable de seres que mutuamente se completan en lo íntimo, en fibras recónditas del alma y del cuerpo, en estremecimientos nerviosos imperceptibles, en sentimientos delicados y profundos. Ni siquiera necesitábamos hablar para entendernos, de tal manera y tan íntimamente nos compenetrábamos y nos comprendíamos. Era una misma nuestra manera de apreciar cosas del mundo; de leer en el alma de los seres y en su esencia. Si por azar nos tocaba oír juntos alguna melodía, ya sabía de antemano, con sólo escuchar el prelude, si sería de su agrado, si penetraría en ella, cuales fibras de su alma habrían de sentirse removidas y si tales notas iban despertando sentimientos que yo, tan sólo, adivinaba, como si contemplara, a veces, honda melancolía de crepúsculo, ya traspuesto el sol en el ocaso; vaguedades indecisas de luz del alba creando cada mañana de nuevo el universo. Todo eso iba envuelto en notas de melodía de Schuman o en Nocturno de Chopin, sea que ella tocase en el piano, sea que lo escuchase, con ansia religiosa, en noche de concierto. Más de una vez, sentada en su palco de la ópera, miraba

hacia el proscenio, cuando penetré yo a la sala oscurecida para sentarme entre multitud que llenaba el teatro; entonces volvía lentamente su rostro y me *sentía* en mi rincón apartado, enviándome efluvios mágicos de su alma incomparable.

No era propiamente la suya belleza extraordinaria, aun cuando la encontrara hermosa, y así juzgara la mayoría de la gente; pero, contemplada a cierta luz, o cuando su alma se hallaba iluminada por medias tintas de emociones, no cabía duda. Pertenecía a la categoría de mujeres exquisitas en las cuales la belleza logra hacerse, al parecer, perfecta, por emanaciones internas de la emoción que las anima, y saben unir a la proporción escultural de formas la impresión de lo *extraño*; a la armonía de colores; a transparencias de carnación y a elegancia de líneas, un no sé qué, enteramente propio, sello de tal manera personal que una vez contempladas ya no cabría confundirlas con otra belleza. Es más: una vez que se llega a penetrar en la esfera de atracción de tales personas, no se comprende cómo pudiéramos vivir sin ellas, pues parecen expresión viva de algo que ansiáramos y formara parte inconsciente de nuestro propio ser y de nuestra alma toda. Es lo curioso del caso que, a pesar de aquella impresión de lo *extraño*, de lo exquisitamente raro que había en ella, desde que le fuí presentado en una noche de baile; desde que me hubo alargado su mano pálida y vigorosamente modelada, perfumada y tibia; desde que hubimos cambiado frases corrientes, sentí como si *ya la conociese desde tiempos remotos*, y fuéramos amigos desde mundos perdidos en el espacio, o en anteriores encarnaciones de nuestras almas. Lo íntimo de su belleza y de su ser era *extraño* y, sin embargo, aparecía familiar para mí. Hablamos debajo de unas palmeras, apoyados en la estatua de Hebe que destacaba palideces de mármol sobre inmensa cortina de terciopelo rojo, en el vestíbulo de aquel palacio, transformado en sala de baile. Sentíase afiebrado bullir de gente, rumores varios, agita-

do y perpetuo movimiento, mareador concierto de voces y de trajes de mujeres; veíase bustos escotados que exhibían carnes desnudas y tentadoras, formas provocativas, fulgurar de brillantes, nítida blancura de perlas sobre palpitantes pechos, uniformes de gala, blancas pecheras de hombres. Por sobre el desacordado rumor de conversaciones, mezcladas o interrumpidas, caían del segundo piso notas de orquesta en raudales quemantes, esparciendo por las venas el fuego ya despertado por el espectáculo sensual de aquel horno de pasiones en ebullición, de vanidades exacerbadas, de ansias y apetitos ocultos, de ebriedad moral que hacía pensar en las fiestas de los Césares, en su concupiscencia y en su lujo.

¡Cosa extraña! Ahí, en semejante medio, la *sentí* como era, profundamente casta, de exquisita pureza de virgen; mas, adiviné, al mismo tiempo, que conservando esa pureza habría de ser mía, en su alma y en su cuerpo, sin limitaciones, hasta más allá del bien y del mal, y, con todo, conservaría la infinita transparencia de su alma. ¡De qué hablamos? Aun recuerdo sus palabras, así como todo lo que me dijo durante su vida entera, desde que nos conocimos hasta su instante último, lo que ella me dijo por espacio de años. Yo por sobre todo, *la oía*, escuchaba la música incomparable de su voz plateada, con resonancia de cristal y de oro, vibrante o tierna, siempre musical; esa voz que tantas veces, después, cuando estaba lejos de mí, anhelara ansiosamente, con ardor cruel. Una vez oída aquella voz, ya no era posible olvidarla, ni desviarse de ella, ni arrancarla de la memoria, ni separarla de su risa que parecía cascada de perlas, de esa risa tan inteligente que subrayaba matices de pensamiento, sentido oculto de las cosas, lo que las frases callan, lo que sólo se advierte en el fondo del alma.

Su frente, estrecha y pálida, de suave entonación de porcelana mate, muy alba, se hallaba levemente encubierta por rizos negros y crespos, y sobre sus sienas

caían dos guedejas de fino cabello, graciosamente redondeadas en retratos de Goya, que hacían recordar la encantadora imagen de doña Isabel Cobos de Porcel, trazada sobre el lienzo del maestro, en el Museo Real del Prado. Era irreprochable, con sello de majestad, sencilla y sobria expresión de reposo consciente, de serena paz de diosas griegas y de damas romanas. La cabellera negra, abundante, rizada, servía de marco al rostro ovalado, al cual daba innegable majestad la nariz aguileña, o más bien, con tendencia a lo aguileño. Más luego esa su expresión natural de seriedad, aumentada a veces por gesto en que fruncía el entrecejo, se fundía en sonrisa exquisita, sonrisa buena, llena de infinita gracia.—unas veces de epigrama y otras de madrigal,—sonrisa que le venía naturalmente, pues se debía en parte al labio superior un tanto corto, dándole, con el inferior, lo tranquilo, natural y exquisito de ella. Al entreabrirse, mostraba dos hileras de perlas sobre las cuales resbalaba la luz, acentuando el rojo de los labios tan cándidamente voluptuosos. Diríase que el efluvio dominador, desprendido de su alma, tomara posesión definitiva de la mía, desde aquel instante en que por primera vez nos vimos, desde que la vi tan dueña de sí, natural, sencilla y llana, *ignorándose a sí misma* en la hora triunfal de su belleza.

Se llamaba Laura,—como la amada de Petrarca,—y había cumplido treinta años. Su marido estaba junto a ella, feliz, risueño, encantado con su triunfo mundano. Pronto me dijo cuanto se refería a ella y a los varios episodios de su vida. Habían cruzado horas amargas, dificultades sin cuento. Manuel, que había perdido y recuperado varias veces su fortuna, hallábase, ahora, en momentos en que la suerte parecía propicia. Las minas de cobre en las cuales fundaba tantas esperanzas, comenzaba a realizarlas; habíase cortado la veta, poderosa como ninguna en la región del desierto. Y acababa de vender, la mitad solamente, en dos millones. Era muchacho alto y fuerte, de cuerpo recio,

de rostro simpático, y cabellera rubia. Reía, contento, recordando pobreza de antaño, años duros, y la fortaleza de su mujer que no había vacilado en acompañarle al poblacho escondido en lo más empinado de la sierra, en el cual vivían ignorando si tendrían alimento para la semana siguiente, con víveres escasos, y la ropa indispensable. Su mirada se enderezaba a ella, la más elegante del baile, triunfadora de la noche, reina de hora que pasa—y sonreía de orgullo, iluminaba su fisonomía de luchador, de hombre de empuje, al verla hermosa y fascinante, ya pasada la tempestad, olvidada la miseria de malos días. Había gesto de fuerza triunfadora en la mano vigorosa que pasaba por su barba rubia.

A cada momento se acercaban a Laura numerosos amigos de antaño, los que la atendieron en los primeros bailes, a la hora de su salida, en su no muy lejana primavera. Era el rápido desfilar de juventud dorada de cuantos aspiraron a su mano, de quienes buscaron, por mera simpatía, un rinconcillo en su *carpet* de baile. Habíanla visto apartarse, a raíz del matrimonio, y acaso nadie ignoraba ni sus contratiempos ni su vuelta triunfante al mundo que sólo adora al éxito, rica, dueña de palacio, feliz, envidiada...

Alguien le ofreció el brazo y se alejó, pausada, de mí, con divina y graciosa sonrisa, con paso rítmico y largo, propio de ella. Sólo entonces vine a contemplar aquel su magnífico traje de baile, de tul bordado en plata, con chaqueta de finas perlas transparentes que brillaban sobre fondo de seda lila. Un ramo de orquídeas pendía de su cintura, y cinta de encaje de plata sujetaba, en los hombros níveos y transparentes, la chaqueta. La blancura y plenitud de líneas de una garganta admirable y del divino escote resplandecían en toda su hermosura. Sus ojos me dirigieron mirada que parecía decir: «Hasta luego», acompañada de sonrisa graciosa, que probablemente no volveré a ver en mi vida...

Sus ojos,—que merecen capítulo aparte,—eran dulces. En ellos arraigaba el sello de su personalidad: expresión de melancolía oculta, en horas inciertas; de gracia picante, en minutos animados; de dominación absoluta en momentos de pasión, y, en la pena, de melodía tenue, de suspiro que no alcanzó a salir del pecho. Sus pupilas eran de color verdoso, muy grandes, con veladuras suaves de terciopelo, que en la excitación daban fulgor brillante, bajo negras cejas que semejaban trazos de tinta china. La animación y la movilidad de su mirar tranquilo y de su fisonomía toda, pasmaban y encantaban a la vez, en tal forma, que, para quien la conociera, llegaban las palabras a ser innecesarias.

Momentos más tarde volvíamos a juntarnos, sin que nos hubiésemos buscado, de tal manera la suerte parece acercar o separar a los seres en virtud de leyes tan misteriosas como incomprensibles.

La suerte es caprichosa, obra mediante leyes ignoradas, pero ciertas, y tiene la lógica de la sin razón. Ahora la suerte me colocaba siempre cerca de ella, ponía una copa de champagne en su mano, en el rincón espacioso del comedor, estilo Renacimiento, en el cual se estrechaban quinientas personas a la hora de la cena. Sin buscarnos, acompañado cada cual de otra pareja, veníamos a quedar juntos en el rincón íntimo, comiendo tostadas de *caviar*, mientras el dorado vino espumeaba hirviendo, en el cristal de Baccarat. Y nos sentimos aislados, sumidos en charla íntima, mirándonos hasta el fondo de los ojos y advirtiendo cómo nuestras almas se atraían.

«¡Qué bien se está solo en medio de las multitudes!» murmuré...

Laura me enderezó mirada burlesca.

—¿Me permite ser franca?

—Por supuesto...

—No hable jamás *como libro*... Usted ha leído mucho y la literatura le pierde. No repita lo que haya leído y exprese las cosas con sencillez y naturalidad. Tra-

te de ser siempre como todos y que la originalidad de su pensamiento le llegue sola, sin buscarla. Cada uno debe mostrarse, siempre, como es... ni más ni menos... ¿Me comprende?

Una sonrisa vino a borrar el ligero mohín de contrariedad que asomaba a mi boca. Y comencé a comprender el fondo de sinceridad y de verdad de aquella alma tan noble y hermosa.

—Bebamos por nuestra amistad, que será íntima, porque lo adivino, y así me lo dice una voz aquí dentro..., le dije.

Y luego, con leve estremecimiento de voz, que la emoción enronquecía:

—... No tema, usted señora, oír en mis labios, jamás, palabras que no sean las de amistad sincera y respetuosa..., no encontrará ni el más vago asomo de cortejo.

Esa mujer de alma pura me escuchaba sonriendo, húmedos los grandes ojos, como si aceptara tácitamente el pacto, y su mirar expresaba lealtad y sinceridad. En ese instante, no aceptaba, ni me daría más de lo que yo le proponía...

Volvimos a sumirnos en el piélagos del baile, en el torbellino de alegría, de música, de colores, de movimientos, de agitación afiebrada, de sedas, de flirt, de pasión, de dramas encontrados o disimulados, de citas, de caídas esbozadas, de amores prohibidos, de vanidades, de ambiciones, de negocios turbios concertados en el vano de dos puertas, de inocentes coqueteos o de audaces maniobras de jóvenes que trataban de asegurarse el porvenir con matrimonios de conveniencia. La turbamulta desfilaba en alegre farándula, al compás de la música, tratando de ocultar el fondo, a menudo tenebroso, de su agitado maniobrar.

Laura recibió el largo abrigo de armiño forrado en seda lila que Manuel ponía sobre sus hombros; se arrebujó la cabeza en mantilla de encajes y salió de mi brazo. La conduje hasta la puerta del automóvil que la es-

peraba, zumbando, al pie de la escalera de mármol rosa.

—¿Quiere que lo llevemos a su casa?—insinuó amable Manuel.

Acepté. Laura iba entre nosotros, y sentí el ligero roce de su cuerpo tibio, sobre mi cuerpo, en el ancho asiento del automóvil que devoraba el espacio y, junto con esto, advertí que impensada turbación se adueñaba de mi ánimo y desmayaba las cuerdas de mi voluntad, ya debilitada con las recientes agitaciones de mi vida.

## II

Me enteré de las casas y fiestas en las cuales me sería fácil encontrar a Laura. Habíamos quedado en ser amigos, lo cual no era difícil, según se presentaban ocasiones. Con todo, pasé algún tiempo sin verla. Diríase que la temía,—contradictorios sentimientos me embarcaban,—unas veces hubiera querido verla y conversar largamente con ella, sintiendo, en lo íntimo, necesidad de decirla muchas cosas... ¿qué cosas?... lo ignoraba, pues todo continuaba impreciso, en una suerte de penumbra, en lo más hondo de mi ánimo. Acaso pude verla a mi sabor y donde más me acomodase, y sin embargo no la ví. ¿Por qué, señor, por qué? Yo mismo no hubiera podido contestarlo.

Acababa entonces de salir de un gran cariño que me había atormentado en extremo. Muchas horas agitadas pasaban ante mis ojos, como ensueño agradable y cruel. Había querido a una mujer a quien debí horas deliciosas y crueles angustias. Muchas veces la tuve entre mis brazos, embriagado, y fué mía con ardores de fiebre y de pasión. Juntos gozamos suprema dulzura, extinguiéndose, en brazos enlazados estrechamente, en espasmos de inconsciencia infinita, en esos tan enloquecedores instantes, en que dos seres parecen fundirse en uno.

Agotamos lo más refinado de una voluptuosidad ardiente, en besos que no parecían acabarse y que sin embargo se acabaron. Celos, enredos y lances imprevistos nos apartaron uno de otro, empujándonos por sendas diversas, hasta que una mañana despertamos con la indiferencia de quienes jamás se hubieran conocido.

Esa indiferencia, más aparente que real, en el fondo, ocultaba dolor, pues ni siquiera tuve el consuelo de poderme confiar a otro, de verter en corazones amigos la pena que laceraba mi alma. Debía respetarla, a pesar de cuantas infidencias me abrumaran.

Hallábame convaleciente de aquel triste amor cuando surgía Laura en mi camino, y me pareció que traía en sus manos oliva de paz a esa mi vida turbulenta y desastrada, toda de apasionados goces y amargos desencantos. Hallábame en la flor de la existencia, tenía treinta años apenas; mi familia figuraba entre lo mejor del terruño, bien provisto de rancios pergaminos en tierra apegada a tradiciones nobiliarias, si muertas en el papel, vivas y palpitantes en las costumbres que perduran y se imponen a leyes y principios abstractos. Mi fortuna era cuantiosa, y no alcanzaron a menoscabarla mi años pasados en Europa entre hetairas, juego y vida licenciosa, ni lo gastado con mujeres de teatro, en existencia sin freno, ya que mi madre se miraba en mí, su único hijo, disculpando mis graves faltas como ligerezas propias de la juventud. Debía ser excepcionalmente feliz entre los muchachos. ¿Quién no lo creyera al verme rico, de condición amable, modales distinguidos, culto, solicitado de las madres para sus hijas, como un marido soñado, en tanto que se corría velo sobre mi vida ligera y se esparcía a puñados indulgencia sobre mis graves culpas y mi vida de escándalo permanente y de feroz egoísmo? Y, sin embargo, era profundamente desgraciado; sentía, en lo más hondo de mi ánimo, *el tedium vitae*, cansancio del vivir propio del ocio cotidiano. Dado de presa a pasiones sin límites ni vallas que contengan, experimentaba necesidad de cariño puro, noble, santo, diverso de cuantos encontrara en mi camino hasta entonces. «Por qué no te casas?—solían preguntarme personas que bien me querían, entre las cuales mi madre. Trata de sentar cabeza y de ser hombre de provecho como Dios te lo dé a entender»... Cada vez que escuchaba estas o parecidas advertencias me

encogía de hombros, convencido de lo inútil de suministrar explicaciones ociosas que nadie comprendería, por cierto, sin estar dentro de mi propio ánimo.

Las hermosas chicas, vestidas como muñecas, elegantes y frágiles, ignorantes de la vida, de formas todavía indecisas y de alma *incolora*, no podían procurarme el alimento diario de ideas, de sentimientos, de experiencia y de emoción que necesitaba, eso prematuramente descubierto y gozado en brazos de mujeres que me enseñaran a vivir. Formar nido sin amor, ni entusiasmo, rodearme de hijos y responsabilidades por el mero capricho de tener hogar... y todavía sin cariño que me cegara, parecíame la mayor de las locuras. Tampoco hubiera querido ahora—con la triste experiencia—volver a pasadas aventuras de ebriedad y de asperezas, de ensueños y de quebrantos. Tal era el estado de mi ánimo cuando logré *descubrir* a Laura, como Cristóbal Colón descubriera antes las riquezas de América y sus tierras exuberantes y llenas de promesas, con el júbilo de indios que pusieran en claro veneros en Potosí, de ingleses en las minas de oro del Klondike. Con estas propias palabras se lo pintaba yo mismo a ella, más tarde, en nuestras horas de intimidad y de charla, en el delicioso rincón donde solíamos vernos, y entonces ella me tapó la boca con besos, después de escucharme con sonrisa deliciosa. Pero no quiero anticiparme...

Con tales antecedentes, logré en parte, explicarme el por qué, después de conocerla en aquella inolvidable noche, tardé tanto en acercarme nuevamente a ella. Había comprendido que era mujer honrada hasta lo más íntimo de su alma y de su cuerpo. No tenía ni la más mínima partícula, ni gesto, ni palabra o sentimiento alguno en común con las deliciosas mujeres de amor y de aventuras cuyos lances vedados, más o menos escandalosos, sirven de pábulo a disertaciones sociales, insinuados a media voz por las demás mujeres, en reuniones, comidas o charlas más o menos íntimas, entre sonrisas, aparentes protestas de postiza moralidad y satis-

facción estrepitosa de creer que con semejantes actitudes se realzan a los ojos de sus propios maridos o amigos, que acaso ignoran la aventura que a ellas oculta-mente y en otras ocasiones les pasara. No; Laura tenía encerrada, en lo íntimo de su alma, luz de bondad, de rectitud, de sinceridad, que la iluminaba por entero, como si estuviera entre cristales. Por eso no me atrevía a llegar a ella. De todas maneras el resultado sería duro y amargo, decía entre mí. No tengo derecho a turbar la paz de esa mujer virtuosa, ni su hogar feliz, en el cual vive contenta en compañía de marido que es perfecto caballero, rodeada de cuantos halagos alcanzan a procurar riquezas, consideración merecida, virtud y alto rango, unidas a modestia y simpatía. No debo, por consiguiente, pensar más en ella. Pero se trata de simple amistad, observábame en lo íntimo el demonio tentador que todos llevamos en el alma; nada más que de sentimientos propios de vida corriente y sin los cuales la sociedad no existiría, de sentimientos lícitos, indispensables para borrar amarguras, traciones, contratiempos, desvaríos de que está sembrado nuestro camino; los irrealizables deseos que nos atenacean las entrañas y que no alcanzaríamos a sobrellevar sin apoyo de simpatía humana, sin alivio de otra mano que se tendiera franca y abierta a nosotros. Todo eso me repetía una y otra vez; mas siempre la voz interior contestaba que lo más cuerdo era abstenerme de verla, huir de frecuentarla. ¡Ah! ¿por qué no nos habíamos conocido antes, muchos años antes, uniéndonos para siempre, enlazando almas hechas para comprenderse y corazones nacidos para palpitar unidos en el mismo ritmo?... ¿Por qué?... la fatalidad, el secreto misterioso del destino así lo había querido. Y resolví no verla más...

Pero falté a mi propósito, un mes más tarde, no sé por qué razón. Jamás en mi vida había hecho versos, y hasta recuerdo que en el colegio, de estudiante, los abominaba. Nada había para mí más irritante que las líneas rimadas que mis condiscípulos llamaban *poesías*, y no

eran sino vulgaridades soporíferas. Pues bien, rayando en los treinta años escribí por primera vez versos, y ofrecí leerlos en casa de Pepa Alvareda, un día Martes, en que recibía. «Pero con una condición, agregué, y será la de que usted invite especialmente a su amiga Laura...» Aceptada... con el mayor gusto... Y Pepa sonrió con malicia. «Con que le da el naipe con Laurita... le advierto, amigo mío, que usted perderá su tiempo y su pólvora»... Me encogí de hombros: «Ni pienso en semejante disparate... lo cierto es que le prometí hace tiempo, leerle versos míos, y como no la visito aprovecho la ocasión de leérselos en la suya...» «Gracias»... me contestó irónicamente Pepa. Y luego, después de una pausa: «Creía, Fernando, que a usted no le agradaban, a no ser como los quería Buckringham, siempre que estuvieran bien empastados y que trataran de amor...»

El Martes nos reunimos en casa de Pepa, unas cuantas personas con damas de tono, lujosas, discretas, que charlaban a media voz. Una de ellas tocaba una *Berceuse* de Grieg. Algunas tomaban tazas de té, junto al piano, mientras otras comenzaban a formar parejas por los rincones, sentadas en los minúsculos sofás Luis XV, gracias a los cuales pueden lucir en toda su amplitud, la belleza de formas o esbeltez de sus líneas, pues dado lo bajo del asiento, forzosamente deben exhibir como al desnudo las de sus piernas y de sus caderas. Sobre las mesillas habían vasos con flores y retratos en marcos de plata, figurillas de Copenhague o porcelanas de Capodimonte, cubiertas amarillas de novelas francesas y algún maletín momentáneamente abandonado por su dueña.

Entretanto, pasaba el tiempo, y mis ojos aún no descubrían a Laura que tardaba en llegar; hasta creí, por un momento, que ya no vendría. Pepa, circulaba entre sus convidados a quienes atendía, ofreciéndoles dulces y té, que servía con su propia mano, mientras el agua hervía en la tetera de plata, en el centro de mesilla cu-

bierta de paño «deshilado» al estilo inglés, rodeada de tacitas de porcelana japonesa, finas y transparentes. Aún la veó, sonriendo y mirándome como en son de burla porque Laura no llegaba. «Supongo que traerá sus versos, Fernando, me decía; lo siento, se van a perder sin remisión alguna... ¿Conoce usted el cuento del pájaro vendido y no cazado?...»

Y como respuesta, asomó en aquel instante la deliciosa amiga tan esperada, para quien habían sido escritos esos mis primeros y pobres versos. Me saludó con cariñoso apretón de manos, sencillo y franco *shake-hands*, y vi dibujarse en sus labios la misma sonrisa cariñosa de la primera vez, sonrisa de paz, tranquilizadora, reconfortante, que caía como vendaje sobre herida; sonrisa *que hacía bien*, dejando el alma llena de sana alegría, de amor a la existencia, de fe en lo bueno y en lo noble. Dentro del credo religioso católico existe una virtud recomendada por la iglesia, la Eutropelía, que no es sino la alegría sana, tal como ella la expresaba en su sonrisa.

—¡Qué mal amigo es usted—me dijo... después de tantas promesas no ha ido por allá ningún lunes. Quizá una casa situada en Las Delicias, «es como si estuviera en Pekín o en Yokohama, algo del extremo Oriente, para usted. A no ser que haya tenido muchas ocupaciones, y en tal caso le disculparía... Quizá alguna nueva conquista...»

—No sea cruel... he compuesto, para leérselos a usted, mis primeros versos... *exclusivamente para usted*... Además, no quería verla, ni tampoco ir a su casa... tenía miedo... no sé de qué... ¿No advierte cómo me contradigo? y, sin embargo, es esa la verdad: quería verla y he pasado más de un mes lejos de usted... Ahora pedí a Pepa que la invitara para leerle esos versos míos. Créame que los he compuesto nada más que para encontrarme una vez más con usted, pues transcurrido ya tanto tiempo desde que me ofreció su casa no me atrevía a verla.

Laura no contestó: se puso seria, y luego habló de otra cosa, mientras yo temblaba de haberla herido, y temía que tomara mis palabras como expresión de cortejo.

¡Qué distinguida la encontraba! y qué superior me parecía a todas las jóvenes que hasta ese instante hubiese hallado, en punto a imaginación y gracia, buen gusto y señorío. Estaba, esa tarde, elegantísima, de traje claro, bordado, con ligero escote que dejaba al descubierto el cuello divinamente torneado y la transparencia de su cutis, por el cual juráramos que se veía circular sangre rica y sana. Diríase que me hallaba en presencia de una de esas flores de pétalos demasiado frágiles, ante las cuales vacilan los dedos que desean cortarlas, tan finas y aristocráticas nos parecen.

Luego, Rosita Guzmán, sentada al piano, comenzó lentamente, un prelude de Cheminade, mientras Pepa se acercaba a pedirme el cumplimiento de mi promesa: los versos. Manuela me acompañaría con música, en dulce melopea. «Los griegos no procedían de otro modo. Homero, el poeta ciego, recorría Grecia cantando versos al son de lira. Lo mismo hicieron Píndaro y Safo, la inspiradora del amor ardiente», díjome Pepa, con fina ironía, que jamás la abandonaba. Dicen que el conde Villiers de L'Ysle Adan llega a una casa amiga, se sienta al piano, toca unos preludios y acompaña con ellos sus versos de manera divina, y luego, cuando todos se encuentran embargados de emoción, se retira callado. Le pido haga otro tanto, si bien, al terminar, le agradeceré se quede a gozar de su triunfo... hay, además, otras personas que le aplaudirán...

No había manera de resistir; además debía justificar el por qué hubiera hecho invitar especialmente a Laura.

Rosita se volvió a mí sonriente:

—¿Conoce la romanza de «Tchaykowsky»? Cuando la toco me parece hablar sin palabras...; a ver... vamos andando...

Y recité mis versos. ¿Cuáles eran? No recuerdo... Me

parece que trataban de la historia de una Margarita, moribunda en triste y abandonado lecho de hospital, recordando esplendores de alegría fugitiva y de sus simulaciones de amor, seguidas y aparejadas de miserias y desencantos. Luego, en el patio en que se pasean enfermos, reconoce, tísico y ya casi moribundo, al único hombre que amara. Y renacen en su alma, con los recuerdos fugitivas emociones, y cree que puede morir feliz porque alguna vez en su vida ha sabido amar y fué amada. Entretanto por entre árboles esqueletados de los cuales se desprenden como desgarradas las hojas otoñales, se desliza la sombra de ojos ardientes, acaso de fiebre, acaso también soñando en la felicidad de recuerdos y de tiempos idos.

La música se filtraba entre los versos como queja, con lamentos suaves, con impensados estremecimientos. Iban suspiros, apenas perceptibles, entre acordes de piano en suaves preludios. La música parecía expresamente escrita para mis versos y era, acaso, una feliz coincidencia que parecía premeditada.

Las notas insinuaban dolor contenido, discretamente oculto, como si temiera ser profanado de miradas extrañas. La tristeza de una vida de fugitivos esplendores y de amargos desengaños, de pobreza sin cuento, de alegría forzada y de miserias reales se deslizaba por las notas, entre versos sueltos y libres de toda subjeción a rima. Diríase que la música y los versos se completaban dando sensaciones exquisitas de arte, visiones de ensueño doloridas y encantadoras. Jamás me he tenido por poeta, y acaso fueron esos los únicos versos de mi vida; en aquel instante, la poesía fluía naturalmente de un estado de alma nuevo y que me iba cogiendo a pesar mío. Mi voz tenía resonancia y expresiones que me sorprendían, como las exaltaciones impensadas del orador a quien el auditorio mueve. Entre tanto, mis ojos iban a buscar a Laura que me escuchaba, inclinada en el extremo opuesto del piano de concierto de media cola, apoyando uno de sus codos en la negra caja sobre la cual re-

saltaban su traje claro y su brazo desnudo, en líneas armónicas y en tonos atenuados; refulgían sus ojos como clavados en el fondo mismo del instrumento. ¿Qué impresión le producían mis versos? Con desconsuelo me parecía entrever que acaso no le agradaban. Diríase que sombra de aburrimiento y de tedio asomaba en su mirada y no acertase a disfrazarla. Hay mujeres para quienes el arte será siempre letra muerta, para quienes la música es libro cerrado de siete llaves y la poesía incomprendible: sólo existen para ellas modas y trajes, elegancias del vestir, cultivo de formas. Por un segundo pasó por mi mente, y luego se borró, la idea de que Laura pudiese discurrir de semejante modo, más luego rechacé la duda. Era que tenía en ella fe desde el momento mismo en que cruzamos frases de amistad, uniéndonos como por hilos invisibles.

Cuando terminaba, reinó silencio. Era, con todo, tributo de emoción íntima; llegaron hasta olvidarse de los aplausos maquinales de cortesía de salón. ¿Y Laura? Guardó silencio también. Mi vanidad sintió el rasguño de su indiferencia o su desvío. Estaba engañado, como lo supe más tarde, cuando ella misma lo hubo confesado en horas de exquisita intimidad en que hacíamos el recuento de nuestra vida, desde que nos habíamos conocido, como si solamente de entonces datara, y hubiéramos de borrar el resto como inútil o como fastidioso y deprimente. Díjome, más tarde: no había querido ir a la reunión de Pepa, advertida por ésta de que yo recitaría versos y adivinando que habían sido escritos expresamente para ella. Tenía miedo; comenzaba a sentir que otros pensamientos invadían lentamente su vida.

Desde tiempo atrás, Laura sólo pensaba en mí, persiguiéndola el ensueño de nuestro breve y fugitivo encuentro en la noche del baile. Recordaba involuntariamente detalles, reconstituía escenas, con medias tintas; oía entonaciones, como notas musicales grabadas después de una representación emocionante; repetía palabras que uno y otro pronunciáramos, reparaba en gestos y hasta

en cosas mínimas, y el corazón le palpitaba. Diríase que la cabeza giraba en vértigos y el corazón en desatentados impulsos. Embriagábala esa alegría de los descubridores, de matemáticos que resuelven gravísimo y al parecer insoluble problema; de astrónomos que vislumbran una estrella nueva. A la dicha sucedía un dudar sin causa, impensada amargura, temores inexplicables, desconfianzas inesperadas en sí misma, y algo como un remordimiento que surgía. Luego, pasaba a sentimientos de firme confianza en sí, a estado como de súbita embriaguez, que centuplica la vitalidad de manera mórbida. Luego resurgía nuevamente la sombra reciente sobre la montaña. Manuel era tan bueno, ella le amaba y era correspondida. Le debía felicidades del hogar, el lujo de que gozaba, sus caprichos satisfechos, al punto de formulados, la paz del corazón. Era buen mozo y en extremo simpático, bien mirado de todos y respetado generalmente. Había sabido resistir hasta ese instante, las tentaciones de la política. De aceptarlas, lo que no sería de extrañar, llegaría, por cierto, a las más altas cumbres, pues era inteligente y le valía, además, el poder de cuantiosa riqueza honradamente habida. ¡Ah! ni por asomos se le ocurrió idea de ser infiel a su marido, tan segura estaba de sí misma como de la propia Virgen. No era eso, pero... comenzaba a sentir cierta inexplicable inquietud de *recordar*... la misteriosa caricia de su alma. No quería verme, y, sin embargo, experimentaba desazón de no encontrarme en parte alguna, de que yo no hubiera ido a su casa, a pesar de promesas de amistad y de visita y era en su alma el vacío de algo esperado y que debía de venir, pero que no llegaba, de algo que no acertaba a expresar qué cosa fuese, pero que asomaba de manera invisible, por senderos ignorados. Recibió la invitación de Pepa, especialmente para escuchar mis versos y la desagradó, no sabía por qué. Pensaba no venir, y sin embargo, a pesar de sus propósitos, apareció entre nosotros, justamente cuando iba a comenzar el recitado. «Estaba escrito... estaba escrito...», me de-

eía más tarde, recordando esos instantes, con la superstición que constituía el fondo mismo de su ser, a pesar de su clara inteligencia. «¿Por qué bajaba la vista mientras leía mis versos?», díjele una vez. «Era que, por impulso de defensa, trataba de ocultar mis impresiones precisamente para que usted mismo no las viera; sentía peligro y al mismo tiempo emoción nueva y profunda... Luego, cuando usted concluía su lectura experimenté el orgullo de comprender que todas le admirasen... y que usted fuese mío...».

## III

Rosita Guzmán era criatura encantadora, amable, servicial, de esas que miran de manera indulgente, las flaquezas propias de la naturaleza humana. Hija de comerciante alemán enriquecido, un señor Shellig von Kant, que se decía emparentado con el gran filósofo de Koenisberg, había contraído matrimonio con Antonio Guzmán y López de Pinillos, excelente persona, en absoluto consagrada al campo, en donde adquiriera cuantiosa fortuna. Dueño de valioso fundo en Aconeagua, vivía allí gran parte del año, vigilando su establecimiento de pasto aprensado que enviaba a las provincias del norte más de cien mil fardos anuales. Tenía, también, engorda de animales finos, de raza Durham y Holandesa, lo que le permitía complacerse en recorrer sus vastos potreros alfalfados, en admirar crías manchadas de blanco y negro, de cuernecillos minúsculos y pelaje sedoso; entregándose por entero a regar campos, cuidando la limpia de canales en épocas oportunas y a reparación de puentes, laboreo de álamos y mil faenas que le incumbían; pero nada le agradaba más que sorprender *infraganti* a vecinos que le robaran agua de canales de regadío: punto era este que le ocupaba, con especial interés, en los juzgados de San Felipe, y procuraba material para sus múltiples talentos de tinterillo. Era astuto y lleno de malicia, tratándose de asuntos campesinos, y cortaba, como vulgarmente se dice, un pelo en cuatro. En lo demás parecía niño, extraña mezcla propia de nuestra gente campesina; y como casi todos nuestros hacendados ricos, su ignorancia no le había permitido conocer cosa alguna, salvo las «Aventuras de Bertoldo»,

leídas de pequeño, y el «Almanaque Divertido y Píntoresco», en donde hallaba datos en punto a precio de embarque en ferrocarriles y otras cosas igualmente útiles y prácticas. Eramos amigos y habíamos ido juntos a cacería de *huanacos* a la Cordillera.

Una tarde que bebíamos whisky y soda en el salón verde del Club de la Unión, me invitó a su fundo, ponderándome las muchas diversiones que preparaba. Tendría abundante caza de perdices, y a pesar que ya promediaba Septiembre y debía cerrarse la estación de caza, no dejaría de permitirse el agradable abuso de propietario rico. No lejos pasaba un estero con abundante pesca, por si me agradaba. Los Domingos tenía carreras de caballos en el pueblo vecino, con *topeaduras*, y no faltaría algún *rodeo* en donde nos divirtiéramos en regla. «En casa habrá con quien conversar, agregó, pues Rosita me anunció el viaje de dos amigas... Irá también Laura, su prima. Tendremos paseos al campo, a «Los boldos» y a «la Cascada», en el día, y por la noche se jugara polker suave, especial para señoras, con cajas de a veinte pesos... nadie se arruina, ni se enriquece tampoco... y se engaña la noche».

Acepté, con júbilo, la inesperada invitación de Antonio. Ya me veía en el campo, entre árboles, bajo ramadas, en compañía de *mi amiga*. No habíamos vuelto a vernos desde la tarde aquella en que leyera versos, en presencia suya, pero la sentía cerca de mí, en la dulce intimidad de una amistad naciente. Ahora, como entonces, cuando examino mi conciencia quedo convencido de que me acerqué a ella con alma sana, limpia de innobles deseos o de torpes apetitos; ni siquiera pretendía amarla, ni ser amado de ella. Hallábala en extremo simpática; su naturaleza moral me encantaba, por lo inteligente y franca. Sentía, entre nosotros, suave simpatía, delicioso abandono de nuestras voluntades, pero no confundía con eso el amor, ni me daba cuenta de que la *crystalización* del cariño hubiera comenzado.

Tres días después llegaba a la estación de... en el ex-

preso de la tarde. El sol trasponía la cadena de montañas de la costa cuando el silbido de la locomotora anunciaba nuestra llegada; el tren recorría curva de acero que brillaba con destellos opacos sobre los terraplenes. Destacábanse, a lo lejos, líneas oscuras de dilatadas alamedas; semejaban los potreros mantos de felpa verde cortados, a trechos, por estaño de aguas regadoras, y los animales rumiaban lentamente, echados y en apariencia inmóviles. Por la empinada ladera de un cerro cercano veíase flores blancas de *Huilles*, de tallos delgados y flexibles como juncos; más allá los *Capachitos*, a media falda, amarilleaban. La estación era pobre; enredaderas trepaban por los pilares de los corredores; un loro de plumaje verde hablaba, con clarísima pronunciación, en tanto que varios peones cargaban fardos de pasto en carros del desvío. Al extremo de la calzada, junto a los andenes, advertí un grupo que nos aguardaba, al parecer. Allí estaba Anita, Rosa y el cura del lugar, que nos dieron la cordial acogida de nuestros hombres de campo, en donde una visita es bienvenida siempre. Mientras pasaba junto a nosotros un grupo de gente de pueblo con cestos, atados de ropa, grandes espuelas y sombreros de anchas alas y mantas de colores vistosos, ví acercarse a mí la silueta elegante y plena de Laura, ceñido el cuerpo en traje de paño azul marino, calzadas las botas y tocada la cabeza con sombrero redondo: tenía traza de muchacho. Me alargó su mano enguantada de blanco, después de amenazarme alegremente con el látigo de montar: «Amigo infiel y sin palabra, que ni siquiera ha parecido por casa, después de tanta promesa...». Se acercó el marido, a su turno: «Varias veces le he buscado en el Club para invitarle a comer... pero usted parece duende... Cuando se le busca no se le encuentra. ¿Es así también con las mujeres?» Había en sus palabras ironía involuntaria de las que suelen ofrecerse a veces en la vida. Mas, en esta ocasión, instantáneamente la reparé, con lo cual tomaba

conciencia de situación nueva que comenzaba a crearse sin que lo advirtiera.

Con todo, fué tal mi turbación y de tal naturaleza mi desasosiego que, para disimularlo, hube de dirigirme en busca de un mozo, con el pretexto de que me llevara las maletas, asiendo yo mismo de una.

A nuestra vista se dilataba el hermoso camino, de neto paisaje chileno. Subimos alegremente a la carretela inglesa en la cual cabríamos sobradamente diez personas y Manuel Rodríguez cogió las riendas, de manos del cochero uniformado a la moda, con gorra y traje de paño azul, botones dorados y monograma de la casa. Con ligero cosquilleo de la fusta, los caballos hackneys echaron a correr por caminos polvorientos, bordeados, a una y otra parte, por matorrales de *palqui*; cruzamos angostas alamedas largamente extendidas al través de campos. De cuando en cuando se alzaba algún rancho medio oculto entre hondonadas y salía grupo de chiquillos desnudos, o se asomaba alguna mujer de tez cobriza y sangre araucana; nos ladraban los perros, cacareaban gallinas entre matas, o veíamos alguna vecina lavando ropa a orilla del arroyo, y golpeándola con mazos de madera.

En un recodo del camino asomó el valle de Aconagua, fértil, reverdecido, alegre, con espaciosas cañadas; el río, dilatado en vasta cuenca, descendía de la Cordillera nevada que se alzaba imponente a lo lejos, con veladuras de nieve en cumbres altísimas. No sé por qué vino a mi recuerdo la vega de Granada, tal como la viera en mis primeros viajes; Pero era más grandioso esto. El paisaje tenía algo salvaje y rudo que no muestran los europeos. Ahora la carretera proseguía plana, limpia, como ancha cinta blanca al borde del río caudaloso; dilatábase la llanura a nuestra vista, se iluminaba, y el azul del cielo refulgía en la inmensa extensión abierta del ancho valle. Una yunta de bueyes araba penosa un potrero.

Delante de nosotros galopaba el grupo de Laura, An-

tonio Guzmán, el cura, los niños, y otros vecinos que nos acompañaban en alegre cabalgata. El cuerpo esbelto de mi amiga se desprendía sobre la claridad transparente de la atmósfera luminosa, en la carretera que corría a orillas de un barranco sobre el fondo del valle. Los últimos rayos del crepúsculo doraban las copas de los árboles y el techo pajizo de ranchos humildes, junto a los cuales pasaba ella como exhalación, siendo de ver el singular contraste que formaba su elegancia exquisita, el corte de su traje de gran casa, con la miseria de los pobres del camino en donde moraba humilde inquilinaje. Sentíase, al punto, que la historia no tiene curso uniforme, como el de los ríos, y que muchos siglos diversos se superponen y se mezclan: y mientras en las ciudades existe civilización superior, al estilo europeo, en aquellos campos vive aún la Edad Media, y se mantiene disfrazado el sistema de «encomiendas» que, establecido por los conquistadores españoles hace cuatrocientos años, daba al propietario derecho de vida y muerte sobre el mísero trabajador o inquilino, y la propiedad casi gratuita de su trabajo, mediante pago del alimento y mísero jornal, que con la disminución del valor de la moneda ha llegado a convertirse en mera sombra de salario. Y mientras surgía en mi alma el formidable problema del socialismo que crece por momentos en Chile, al tocar, de cerca, la horrible miseria de los trabajadores de los campos y su explotación de parte de los dueños, al divisar como corrían, entre matas de cardo, chicuelos desnudos, de cabellera revuelta y enmarañada, y rostros cubiertos de pringue, que mueren, sin cuidados, durante las epidemias de viruela, en contra de las cuales nadie les ampara, y si escapan será para ganar más tarde, ya crecidos, al servicio del patrón, unos cuantos centavos diarios; al pensar en esto sentí hervir mi sangre en són de indignada protesta contra el propietario chileno que vive a manera de señor feudal, a costa del mísero que se humilla inconsciente bajo el yugo...

Delante de nosotros galopaba el grupo, a todo lo que

daba el correr de los animales finos que montaba. Nuestra carretela iba al paso y Manuel discurría sobre asuntos de campo, daba cifras de producción en fanegas de trigo, lo cotizaba. La cebada lograba precios altos y ello haría que el año próximo, como este había sido buen negocio, todos se echarán a sembrarla, trayendo con el aumento de producción la baja en el precio del artículo. Hablaba reposadamente, amontonando cifras, todas exactas, dando hasta el peso de los animales que remitiera a las empresas salitreras del Norte y cuánto le pagaran por kilogramo de carne. Veíase, al punto, espíritu metódico de hombre de trabajo, sin grandes horizontes, bueno, inteligente, pero que enderezaba sus facultades todas exclusivamente a la conquista del dinero. Era curioso para mí, el observar modalidades y rasgos característicos del hombre que *ella* quería, con quien había enlazado su existencia y parecíame que acaso, con observarle, ya tendría ocasión de penetrar en las sinuosidades del alma de aquella mujer que me interesaba. Decíame que si ella le amaba, o le había amado, era por que hallaba en él cosas correspondientes a otros repliegues de su espíritu, a ocultos sentimientos de esos que llevamos en el fondo de nosotros elaborados en el inconsciente, y que son a menudo tan diversos de los que ante el mundo aparentamos. Metíame en grandes perplejidades al pensar en que Laura quería a hombre de naturaleza, sin duda tan diversa de la suya. ¿Por qué había escogido a uno al parecer frío, práctico, calculador, entendido en negocios, enriquecido a fuerza de audacia y no a ser sentimental, de imaginación viva y de sensibilidad tierna como la que ella aparentaba? En vano contemplaba a ese hombre aristocrático, elegante, cuidadoso en el vestir, atildado en todo, pero que tenía inflexibilidades de guarismo y dureza de cálculo matemático. Parecíame de imaginación atrofiada y sin facultades de ensueño. Jamás había leído libros de literatura, abrigaba horror por las novelas y por la poesía; la música le hacía dormir, y cuando, de muchacho, sus pa-

dres quisieron enseñarle gastaron su dinero inútilmente. Poseía, con todo, inteligencia clara, espíritu práctico y esa visión de realidad que constituye el fondo del político y del hombre de negocios de grandes vuelos. Hasta su extraña frialdad era simpática, pues la templaba con amabilidad fina y cortesía serena. Tal era su marido; en lo físico alto, rubio, de grandes bigotes, nariz fina, ojos azulados, cercados de finas arrugas. Sólo en el leve pliegue amargo de su boca se advertía cansancio de antiguo vividor convertido en hombre de hogar, que había luchado por adquirir dinero.

A lo lejos, por la carretera que sinuosamente corría cerca de la barranca, sobre el río, subiendo y bajando, en cortes casi abruptos sobre rocas, divisábase la silueta elegante y fina de su mujer, a todo el correr del caballo, sin miedo alguno, con seguridad e intrepidez de jinete consumado y sus líneas esbeltas y fuertes aparecían destacadas con vigorosa nitidez sobre el fondo claro del cielo, en luminosidades de primavera. El valor añade nuevos encantos a ciertas naturalezas esencialmente femeninas, da nota propia a la delicadeza en la mujer, siempre que no llegue hasta el toque esencialmente viril y privativo del hombre.

Y luego, al torcer del camino, la vi tomar por el atajo, saltando al través de vallas y cercas vivas, de murallas y fosos en desatentado correr de *Steeple-chase*, a riesgo de matarse, como la viera más tarde muchas veces en algún *Ladiesmeet* del Club del *Etrier* o del *Santiago Paperchase*. Su marido la miró frunciendo el ceño: «A veces la tomo por chiquillo en vacaciones, cuando corre como si quisiera romperse la cabeza; ya se ha caído varias veces, pero no le importa, mi hace caso...»

No reparaba en que semejante nerviosidad, fuera de tino, acaso era síntoma de estado moral que él no advertía, de impresión nueva, de evolución espiritual que ella trataba de contener con desgaste físico, a la manera como antiguos ermitaños trataran de vencer tentacio-

nes, macerando la carne con crueles cilicios, atormen-  
tándose con rudas disciplinas y mortificaciones. Bien  
podía ser que así como éstos aplastaban las solicitudes  
de la carne, ella quisiera vencer aspiraciones secretas  
del espíritu, lo inconsciente que pugnaba por salir, en  
su interior, junto con yemas hinchadas de savia en la  
naciente primavera.

## IV

Las casas de «Los Mostazales» eran amplias, al antiguo estilo español, de corredores espaciosos, con pilares por los cuales trepaban enredaderas formando arcos de yedra esmaltados con flores azules de campánulas. Puestas en lo alto de la barranca, dominaban el valle que aparecía risueño y verde en torno, y el río, que brillaba con opacos resplandores de sangre al sol poniente. Rodeábalas, en cuanto la vista alcanzaba, espacioso parque al estilo inglés, de árboles altísimos, pinos y castaños, araucarias de ramaje encarrujado, boldos de hojas que parecían de cera en lo brillantes, de laureles-rosa y de maitenes de tupido y copioso follaje. A lo lejos, al pie de una *pirca* o agreste muralla de piedra, un grupo de *cactus* extendía brazos largos, recubiertos de espinas. Sobresalían grandes flores, ensangrentadas, sobre el cielo claro y cristalino, y ya comenzaban a perfilarse negruscas, a la hora de la tarde, líneas de ramas y tallos de arbustos. Paseándose por los corredores esperaban varias personas, entre otras Lady Whimdan Fox, con su marido el Ministro inglés, y la señora de Souza, morena encantadora, un poco baja, algo entrada en carnes, de magníficos ojos negros, bastante parecida a una hermosa mujer que yo había querido en otro tiempo, lo cual me hizo sentir, con fuerte relieve, como las varias etapas de la vida se entremezclan y confunden y los sentimientos alternan, se ocultan y reaparecen a manera de oleajes. La inglesa era señora de maneras sencillas, culta, inteligente, de cortesía afectuosa, sin el estiramiento propio de su raza. Los demás invitados eran gente conocida: un general que no hacía más que hablar

de la guerra europea, entonces en lo más revuelto de su curso; un clérigo aficionado a chascarros, y un viejo verde, «Colares», famoso en otro tiempo así por su figura, como por su voz, dado a cantar todavía, con sones cascados y rasgos caducos, las cancioncillas de moda a fines del Segundo Imperio, cuando él era joven. A su lado estaba Eliodoro Zaldívar, «huaso» adinerado, de quien me contaba Manuel haberle visto, en Cartagena, mientras su mujer y sus hijas se bañaban, gritarles, enfurecido porque se iban entrando al mar con demasiada lentitud: «Qué hacen esas yeguas que no se mojan el lomo...» Agréguese a estos personajes, dos o tres muchachos invitados a última hora en el Club y se tendrá el *elenco*, de la compañía, como solía decir, en términos de teatro, *Vincitore*, alegre comensal que se paseaba tarareando trozos de ópera. recuerdo inolvidable de tiempos en que recorría camarines de cómicos y suspiraba por ciertas *primadonnas*.

Cuando llegamos a las casas del parque, aun respiraba fatigosamente el automóvil que Antonio había puesto al servicio del Ministro inglés, y de otros invitados, para que fueran a los alrededores, al pueblo cercano, donde no faltaban cosas curiosas de contemplar para personas llegadas de tan remotas regiones a este apartado rincón del mundo. La intimidad del campo chileno, el rápido galopar del huaso, al aire la manta de colores, calzadas las anchas espuelas de hierro, de enormes rodajas; las muchachas con pañuelos rojos, amarillos o azules sentadas a las ancas del caballo fuerte, o caminando por angostos senderos, con atados de ropa a la cabeza; los piños de animales, entre nubes de polvo, acompañados de golpe de gente de a pie y jinetes con varas larguísimas; los gritos agudos de alguno al lacear caballos en el potrero; los sones de harpa y guitarra, y lo desabrido y chillón del canto nasal en un rancho en donde bailaban zamacueca y bebían en grandes *potrillos*, mientras piafaban, atados a la vara de la entrada, caballos de *huasos*: todo lo del campo chileno causaba interés a los ex-

tranjeros invitados, y cuanto hallaban les tomaba de nuevo.

La noche transcurrió apacible, recibidos espléndidamente por los dueños de casa, con el lujo propio del hacendado chileno, generalmente abierto y generoso con el huésped, como el árabe, si bien parsimonioso y estrecho en los trabajos del fundo y con el salario del labriego en días de labor. Después de comer, formáronse partidas de *Bridge* y de tresillo, según los gustos; otros nos paseábamos por los corredores. La noche era espléndida, el cielo estaba tachonado de estrellas que relucían fúlgidas en atmósfera tibia. Luego nos derramamos por el vasto parque, iluminado por grandes focos eléctricos que esparcían resplandores de luna. Laura y yo nos encontramos, junto con otras parejas, en la avenida central, donde las palmeras alzaban talles esbeltos en la noche clara. No lejos, por los cerros, en dirección a Ocoa, los palmares forman bosques tupidos o se reúnen formando grupos en lo más empinado de los cerros, destacando abanicos de tinta china sobre delicioso fondo turquesa de cielo esfumado.

Quizás me fuera posible repetir,—una por una,—las palabras y frases que cambiamos aquella tarde, y las siguientes con Laura; acaso renacerían sin esfuerzo ideas, y más que ideas, los sentimientos que nos fueron embargando, lentos, como suaves ensueños de opio, aletargándonos en dulce ebriedad deliciosa. Más que sus palabras mismas, me embriagaban el sonido de su voz, sus entonaciones musicales, el ritmo de su palabra, la cadencia y la elegancia de su manera de hablar. Era música divina; muchas veces he tratado de oír nuevamente sonidos que siquiera se aproximaran un tanto a ese tan inolvidable, ya eternamente perdido. Más de una vez me han tocado esos Nocturnos de Chopin, amados por ella y que interpretaba tan maravillosamente; he oído las mismas melodías de Grieg o de Rubinstein o de Mendelshon Bartoldy, pero jamás nada que se acercara al admirable sonido de su voz, ni a los trinos de cristal de

su risa tan sonora y alegre, ni a las notas bajas y llenas, de palabras que pronunciara, emocionada, en momentos en que nuestras almas por primera vez se confundieron en exquisita ebriedad de amor y de ensueño.

Aquella noche éramos, hasta cierto punto, amigos de etiqueta, caminábamos en grupo con otros, y Laura cuidaba de no desviarse de ellos, apegada a leves detalles de conveniencia mundana que suelen añadir mayor sabor, andando el tiempo, a las horas de locura que parecieron imposibles. Atendía tales detalles y menudencias, no por falso recato, sino por disciplina moral, de manera ingénita, convertida ya en segunda naturaleza, que había llegado a ser como trama de su vida, así como base misma de su virtud, arraigada en convicciones, en educación y en hábitos.

¡A jugar *Polker*... al *Polker!*—gritaba Antonio agitando una gran campanilla que llevaba en la mano, la misma que se usaba para llamar a comida y anunciar la prevención, media hora antes de ella.

Nos juntamos en la gran sala de la casa, iluminada por luces de lámparas de pie, tamizadas por pantallas amarillas y rojas, recubiertas de encajes negros. Teníamos la misma mesa con Rosita, Vincitore, Antonio y Manuel. pero luego Colares, el viejo verde. y Souza, vinieron a reclamar puestos dados a los maridos, pues sería un tanto cursi eso de verlos jugando en la misma mesa con sus mujeres; no les faltaría tiempo ni ocasión de verse... «Si bien es *agradable* la vida conyugal, no puede negarse que al mismo tiempo sea larga...», observó Colares con retintín, acompañado de risa maliciosa. «¿Si la cree agradable por qué no se casó usted?», reparó Rosita. «Porque el matrimonio es cosa tan seria que es preciso meditarla toda la vida». «Entonces eres gran filósofo... pues hace rato que meditas el problema», interrumpió el general. «Debes llevar como unos setenta años meditando...», agregó Vincitore. «Así será», repuso el vividor a sus amigos que le asaeteaban,

«pero nadie murió de reposado, que yo sepa... con que... los maridos fuera...»

—Vamos dando cartas, señores... a ver quiénes entran, comenzando por la izquierda... Usted habla, Manuelita.

Oyóse ruido seco de fichas, rojas, amarillas y blancas, al caer sobre la bandeja, al centro de la mesa... «Dos tantos... resubí a cuatro... para entrar», y los comentarios de los jugadores: «debe de tener tres cartas»... «*será bluff*»... «apostarí que sólo tiene un mísero pareito de *Jacks*». Estudiábanse las caras, curiosos, y esto servía de pretexto para cambiar miradas de simpatía, interrogaciones maliciosas, alegres comentarios. Colares levantaba la cabeza, todavía hermosa, a pesar de las arrugas indiscretas y de las patas de gallo delatoras, arrugando levemente el ceño. Sabía que a las mujeres les agrada ganar cuando juegan, aun cuando sean sumas ínfimas, pero no quería debilitar demasiado su caja, pues con los años, comenzaba a invadirle un espíritu de economía que sabía disimular con trazas de gran señor, y pérdidas oportunas.

Así enterábamos la noche alegremente. Era de alquilar balcones para ver a Lady Whindham discurrendo jugadas con su marido. «Has jugado mal, Nelly; debías calcular que el señor tenía, por lo menos, tres cartas... «No, Jimmy, bien sabía yo que el señor suele *blufear*... era necesario que *viесе*», a lo menos». «Mal jugado, Nelly... apuesto una libra a que estuvo mal jugado... ¿Qué piensa usted, general?» Entre tanto Colares, estirándose los puños, y con traza indiferente, cogía el dinero del *pozo*.

Parece verdaderamente ridículo que recuerde sucesos de mínima cuantía, junto con aquellos para mí tan graves; mas, es el caso que cuanto con ella se relaciona, cobra, a mis ojos, suma importancia, ahora que ya no es posible reconstruir este pasado irremplazable. Lo más trivial,—siempre que a tales tiempos se refiera,—y per-

sonajes indiferentes, así como sucesos secundarios, cobran, a mi vista, importancia trascendental. Es que para nosotros, la historia, la vida entera, la sociedad, se concentran y engranan en nosotros mismos y a los pequeños acontecimientos nuestros, atribuimos extremada importancia, como si en torno de nosotros girase el universo.

## V

A la hora del té se levantó la mesa de juego, y comenzamos a pasear por los corredores, en pequeños grupos. La luna había salido ya y su luz proyectaba claridad diáfana sobre el parque y sobre el río; la sombra de los pilares recortaba con líneas azuladas el vasto manto luminoso, y nuestros pasos resonaban en el silencio. La conversación se hizo general. Laura apoyada en un pilar, en la yedra, escuchaba, y las líneas esbeltas de su cuerpo tenían algo de marmóreas y clásicas. Colares, al verla, suspiró:

—¿Saben Uds. lo que es en la vida de *un viejo* una mujer hermosa?

—Una ilusión,—exclamó Rosita, irónica.

—No, es un recuerdo, advirtió Laura sonriendo.

—Señor Colares, usted no tiene todavía derecho a formular ese género de preguntas,—expresó Lady Whindham.

—Señora, su amabilidad me confunde.

—Colares es el primer hombre del siglo,—interrumpió el general, nació en 1801... es contemporáneo de Napoleón...

—Gracias, general...

—No hay de qué...

Y nos dispersamos en grupos. tomando por las varias avenidas del Parque, iluminado como al través de gasa de luz transparente y suave. Era la noche tan hermosa que casi no había necesidad de hablar; el silencio, al parecer, se imponía. Sentíame feliz con sólo ver cerca de mí aquella mujer encantadora, con adivinar la plenitud deliciosa de sus líneas, el suave crujir de la

arenilla enconchada, bajo sus pies finos y largos, el aroma discreto que la brisa desprendía de su cuerpo como divina emanación, ¡ay! ese perfume me persigue, en noches de insomnio, con delicia punzante y dolorosa de sugestivo recuerdo. Acaso ese perfume es lo único plenamente vivo que de ella me es dable reproducir, ahora que se halla tan lejos. Pero no, su voz musical, plateada y sonora, sus carcajadas cristalinas y la risa de buen tono que jamás forzaba la nota, siguen vibrando en mi oído como caricia, tal como impreciso recuerdo no formulado, pero que tiene, sin embargo, vida real y propia. ¿Qué dijimos esa noche? Sería largo de repetir, y no hace ahora al caso, de tal manera las palabras sólo tienen valor y vida en el instante en que se pronuncian y delante de las personas que se hallan presentes, pues el auditorio es quien *hace* la conversación y quien pone en actividad a nuestro espíritu... El auditorio encumbra o deprime al orador con influjo pasivo, por el mero hecho de *ser*. Puedo afirmar, sí, que nuestra charla nada tuvo de particular; fué amena, sencilla, sin pretensiones de ingenio ni de sentimentalismo, siendo la única declaración mía llana y franca. así como sencilla su aquiescencia.

—«Me acerco a usted tranquilo, Laura, y sin pretensiones, en busca de amistad sincera, y nada más... Sólo pido que me escuche algunos momentos, de tarde en tarde; que me conceda estimación... algo de cariño... Así como la sal en la comida... un poco sirve de sazón, demasiado acaso dañe. Llego a usted desencantado de la vida, confiado en que solamente la amistad perdura... el amor es fugitivo, pasajero y frágil. No tema de mí palabra que pueda molestarla, ni sentimiento, ni actitud indiscreta que la haga arrepentirse de la confianza que pueda concederme alguna vez. Seremos amigos ¿quiere?».

Laura me alargó la mano:

—«¡Oh! muy sinceramente... de todo corazón».

Más tarde, cuando recordamos juntos aquella noche,

explicándonos mutuas impresiones, me confesó que en ese minuto creía sentir palpitando en mi pecho heridas de un cariño pasado, terminado en gran desencanto; al ver claro en mi alma creyó sentir lágrimas que no cayeron, y su corazón bueno y piadoso ardió en deseos de volverme a la vida y a la esperanza. Me creía digno de dichas, de completa felicidad; tal idea había ya formado en sí de este pobre Fernando, tan abandonado ahora.

—«Seremos amigos... muy sinceros».

—«Algo más quiero ser,—interrumpí entonces, alentado por su acento caluroso,—querría llegar a convertirme en *único amigo*... que nadie ocupara el mismo puesto en su amistad. Que tan sólo a mí abriese usted su corazón en horas de pena y en momentos de alegría... que me reservase exclusivamente cuanto le pasara... eso que a nadie se cuenta».

Laura puso el dedo en los labios:

—¡Chut... el ser amigo me parece que ya es bastante título... no pida más... nos trataremos... le estudiaré. La confianza no se pide... se otorga.

—Así será, Laura, eso no quita que sea pedigüeno. Tengo un grave defecto: cuando me pongo a ambicionar nunca me pongo límites.

—No sea tonto, Fernando, déjese de niñerías y váyase a dormir, que es tarde.

—Está bien, cumpliré siempre y en todo sus órdenes, pero creo que esta noche no podré entornar los ojos...

—¿Quiere reñir conmigo tan pronto? Sepa que no me agrada ese lenguaje...

Sus palabras de fingido enojo me parecieron deliciosas y quedaron resonando en mi alma cuando nos hubimos separado, pues el metal de voz era tan puro y su manera de hablar tan suave que no había manera de enojarse con ella. En la entonación está el cantar, como dicen.

Luego, temiendo que me agraviara, por rápida transición de espíritu propia de ella, agregó:

—Mañana, *si se porta bien*, iremos juntos en automóvil a dar un paseo interesante, en compañía de Lady Whindam y de Colares...

—¡Al museo!

—¡Ah! pícaro... a la Casa de Orates para encerrarlo a usted...

## VI

Sería cosa de las cuatro de la tarde. cuando el automóvil se puso en marcha con el ímpetu de una máquina de cuarenta caballos de fuerza. Costeábamos el río, de sediento cauce, extendido a pérdida de vista, entre pedregales que blanqueaban al sol. Se dividía su curso en multitud de hilos que fulguraban, con ruidos de agua que rugía por entre peñascales de correntadas. Oíase rumor de frondas de blandos céfiros desfallecidos en el lecho de flores silvestres, zumbiar de abejas y de millares de insectos. Nubes de sedosas flámulas se desprendían de las matas de cardos y volaban como leves copos nevados. Al sesgo, solían cruzar por los aires las águilas, encumbrándose lentamente, en largos aleteos, por el vasto campo del cielo azul que cortaban con trazos de tinta china.

—¿Sabes?—dijo Laura, reclinada en el fondo del auto,—me parece el vuelo de las águilas, rasgando el cielo, un cuadro japonés, uno de esos preciosísimos dibujos de Hokusay, en que suele aparecer el ave, con sencillo rasgo de pincel, de tal forma, que uno advierte el movimiento y la vida misma en la sencilla línea negra que corta el cielo sedoso.

Lady Whindam había estado en el Japón, en donde su marido fuera Consejero de Embajada y por largo rato se habló de países exóticos, de porcelanas transparentes con luminosidades y reflejos de pintores que callan antiguos Kakemonos en los que aparecen pinos y bandadas de cigüeñas, bambúes, gorriones, lunas fantásticas, animales extraordinarios que abren fauces feroces y muestran dientes como si fueran símbolo de los apetitos

de la raza amarilla. El Japón le parecía a Lady Whindam como tierra de ecos y de reflejos, de palabras que vibraran solas en el silencio. Era deliciosa tierra de crisantemos que proyectaran en los campos notas violáceas; de mujeres que pareciesen muñecas alegres, inconcientes, eternamente risueñas y andando a saltitos; de casas de papel; de parques con árboles enanos; de lagos de aguas de coloraciones extrañas, a manera de coronación el monte Fugi, dominándolo todo con la blanca y aguda caperuza de sus nieves eternas... El Ministro japonés me asegura, agregó, que hay en Chile un volcán idéntico al Fugi, el Osorno, en el Sur, en la magnífica región de los lagos.

Laura había estado allá; había recorrido los lagos hablaba de paisajes de montañas reflejados en sus aguas temblorosas; del Esmeralda, en el cual surgían islas fantásticas, pobladas de verdura, de Peulla, del lago Frío, en el cual parecían asomarse, de los profundidades, sombras de pinos entre aislados pedazos de cielo, un mundo alzándose del fondo mismo de las aguas, como en cuentos orientales, entre ondas lapislázuli, rodeadas del vasto circo de las montañas que se alzan en torno, a pérdida de vista, como si estuviéramos en el fondo de un abismo.

—No hay tierra como tierra ni patria como mi patria...

—Eso lo decimos siempre los chilenos en el extranjero, pero aquí nos llevamos murmurando de nuestras cosas y todo lo encontramos detestable.

El auto volaba, levantando nubes de polvo, trepaba cuestas, bajaba a hondonadas, se revolvía por el camino, que culebreaba al pie del río; hundíase en alamedas reverdecidas, con árboles de hojas polvorientas y proseguía su camino, haciendo bramar la sirena a las vueltas y recodos en donde se detenían carretas tiradas por dos y tres yuntas de bueyes, cuyos conductores esperaban con humilde paciencia de campesinos, a que nosotros pasáramos. El carretero, de gallarda estampa, en-

juto de miembros, tostado el rostro. de estatura elevada, grave de expresión, con la melancolía de raza araucana unida a la altivez congénita, se llevaba la mano al sombrero, cortésmente, al vernos pasar, y proseguía su camino con la ahijada al hombro, picando de cuando en cuando a sus bueyes costinos, pequeños y macizos. De todas partes surgía el mismo paisaje campestre: vastos potreros regados con canales artificiales que sacaban del río los caudales por boca-tomas; campos de trébol y de alfalfa; lomas que amarilleaban en lo empinado de las cuestas; espinos ya florecidos que daban olores exquisitos al atardecer, y matorrales de palqui en la parte que bajaba al río, como grandes manchas verdes entre pedregales grises de la orilla.

Ya el sol trasponía el horizonte cuando llegamos a un puentecillo que conducía a la parte opuesta. Nos bajamos, y comenzamos. luego a trepar una colina cubierta de boldos y laureles: la montaña aparecía oscura y totalmente enmarañada de bosque y los senderos, como de cabras. eran malos. En un recodo, divisamos ranchos con techo de totora, y multitud de cirios encendidos en torno, entre árboles: eran luces tenues de cera que brillaban y oscilaban en la sombra, cerca de unas higueras, al pie de pataguas, en la roca viva. A poco, pareció despejarse un tanto el camino y ofreció a nuestra vista una grande iluminación que oscilaba con lenguas de fuego entre la verdura. Comenzaba a soplar una brisa fresca y suave que nos traía ráfagas de humareda de las manchas de zarzamoras que estaban rozando en potreros vecinos.

—¿Qué será esto?—interrogué, sorprendido.

—Que vamos a ver al «Cristo Pobre». Es una de las maravillas del lugar, efigie milagrosa, a la cual acuden de muchas leguas a la redonda los campesinos, siempre con algo que pedirle: mejoría de enfermos, buenas cosechas, que sanen los animales atacados de *picada*, que aparezca lo perdido, que la hija fugada vuelva al hogar, que se olvide algún amor desgraciado. Todos quie-

ren algo y hacen *mandas* y votos. Ahí tiene usted las velas que arden en cumplimiento de algún milagro concedido por el Cristo Pobre.

Parecíame que onda de fe crepitaba entre llamas del sol poniente, en luces de cirios que suavemente oscilaban, en el rumor silencioso del atardecer. Y mientras Colares reía, chanceando, sentíame hondamente preocupado y hasta me parecía que también yo tendría algo que pedirle. Y fué lo extraño que siendo de antigua data poco dado a creencias y prácticas religiosas, invadíame superstición de milagros y comenzaba a sufrir ansias de algo nuevo. Hállabame sobrecogido por tan extraño como inesperado pavor: era que venía algo imprevisto por sendero oculto, por aquel al cual nunca llegan miradas humanas, y donde los sucesos asoman, a veces dulces, en ocasiones trágicos. inesperados casi siempre.

Al penetrar a la choza del Cristo experimentábamos involuntario respeto. Nada de templos suntuosos, ni de altares magníficos, ni candelabros de plata, ni cuadros. ni riqueza; era el cristianismo primitivo con grandiosidades de fe, con humildad de pobreza. bajo techo de totora, en mísera choza perdida en la montaña. Diríase que resucitaba el pesebre, con los pastores, y que teníamos al Redentor primitivo. ardiendo en amor y despreocupado de tesoros y de riquezas humanas que para él no contaban, sumido en vida interior, convertido en idea y en espíritu. Lady Whindam Fox penetró con rostro severo; en pos de ella iba Rosita, y en seguida Laura. Arrodilláronse todas ante una mesa de álamo, sin pintar, sobre la cual se alzaba un Cristo de madera toscamente entallado por artífice primitivo e inculto. Tenía cuerpo deforme y las manos así como los brazos no guardaban proporción alguna con el resto del cuerpo, flaco, de líneas imperfectas, trazado por manos rudas y poco hechas a obras de arte. Hallábase atado a la columna, ceñida ya la corona de espinas de reyecía grotesca que le dieron, en son de burla, los fariseos. sus enemigos y per-

seguidores; manábale sangre del rostro, y el dolor le daba sello infinitamente melancólico y amargo. Era el verdadero Cristo pobre, el de los humildes y los desamparados.

Hállabase en la pieza una docena de personas, sobre poco más o menos, todas ellas de humilde traza. Junto a la mesa se arrodillaba una mujer de cuarenta años, rostro cobrizo, entrada en carnes, ojos y cabellos renegridos, nariz chata; sus ojos tenían en torno surcos de algún hondo padecer y permanecían como fijos y enclavados en la imagen.

Más atrás de ella, junto a su saya negra, veíase los toscos zapatos de suela remendada, de un labriego: llevaba la manta, deshilachada, al hombro, y su chaqueta, descolorida y amarillenta en el cuello, aparecía verdosa; los pantalones arremangados permitían ver una media de dudosa blancura, orlada de rojo en la parte del tobillo. Sus pómulos eran prominentes y las mejillas hundidas y demacradas como de quien sale de gravísima enfermedad; los ojuelos pequeños y penetrantes, el pelo escaso y revuelto, el bigote y la barba hirsutos y ralos, y en torno de la frente un pañuelo a cuadros rojos.

No muy lejos aparecía una madre con el niño color de tisis, en brazos, envuelto en pañolones de lana grisienta. Otros y otros hombres y mujeres, se agrupaban, llenando la habitación, de la cual brotaba insoportable vaho de rebaño humano, junto con olor a cera encendida, revuelto con el de flores que llenaban la mesa, flores rústicas y silvestres de los campos, humildes dalias y rosas, margaritas y violetas cultivadas, no en jardines primorosos sino en ranchos humildes, en tarros de hojalata, al borde de la ventana. Vago rumor de rezos subía en *crescendo*, como monótonas entonaciones de salmodia... «Ruega, señora, por nosotros los pecadores, ahora... y en la hora de nuestra muerte... amén...». Las voces tenían entonación devota, fieramente devota; al punto echábase de ver que en esas almas sencillas se albergaba fe inmensa y no razonada, temor de penas eter-

nas, esperanzas de consuelo y de alivio en sus males, en enfermedades y achaques que les aquejaban. Mas, su humildad y su recato no consentían que del todo despidiesen el temor porque de aquí tomasen ocasión de humillarse. Lo que encendía aquellas almas rústicas, era fuego de esperanza; no ese fuego del amor divino, encendido en los místicos, que como sea fuego que nunca cesa de dar calor en donde está, ni deja ociosas las almas donde vive, se alimenta a sí mismo, vencido de divina gracia, sino el amor de almas rústicas y primitivas, hecho de temor supersticioso y de ilimitada fe. Rostros caídos, actitudes humilladas y fervorosas, expresión agitada de rostros, desasosiego de unos, paz humillada de otros, anhelo inquieto de algo que seguramente vendría, de algo grande, inesperado, imposible, del milagro. daban manantial de vida a esas almas informes aún. El alma del pueblo tiene mucho del alma del niño, bebe, como él, en fuentes de milagro y maravilla, en lo sobrenatural; su imaginación cree palpar, como si fueran reales, sombras de difuntos envueltos en mortaja y le hace huir de aparecidos y de maleficios. Ahí estaba la del chico envuelto en manta de lana, a quien su madre llevaba para salvarle del *mal de ojo*... se lo habían *ojeado* y por eso estaba enfermo, siendo menester destruir el maleficio, para lo cual invocaba al «Cristo Pobre» con voces fervorosas, gritándole a más no poder, a ver si de esa manera la oía... Surgía del rancho una onda de emoción poderosa y fecunda, algo que sobrecogía y que imponía aún a los incrédulos, como Colares. Lady Whindam, que iba en busca de lo pintoresco y extraño en las costumbre del país, parecía, a pesar suyo, impresionada. Era protestante, y en su fuero íntimo consideraba aquello como supersticiones del culto de las imágenes, mas la corriente de emoción la ganaba a pesar suyo, y comenzaba a sentirse sacudida por el fervor dolorido de aquella gente. Y cuando salieron algunos de los que estaban, entró junto con Rosita y con Laura al interior de la choza, arrodillándose en un rincón obscuro. Oíase

un sollozo que partía no se sabía de dónde, y continuaba la salmodia del canto en las mujeres del pueblo y la esperanza del milagro anidada en los rostros. La señora inglesa sintió, de súbito, el primer sacudimiento interior que debía llevarla, un año más tarde, a la ruidosa conversión con que sorprendiera a sus amigos.

También me arrodillé. Delante de mí tenía a Laura. Sus formas esbeltas y plenas, ceñidas por saya de paño azul, me llenaban de fervor profano. Pensé en ella, todo lleno de ella, y cosa extraña, la ola de misticismo también me invadió, mas fué para pedir al «Cristo Pobre» que me diera el cariño de aquella mujer, y enderezara a mí la pasión pintada en sus ojos para encomendarse al cielo. Abrazábame una mezcla de fervor religioso y de ansia humana, de misticismo encaminado a conseguir en este mundo el logro de anhelos terrenales, en los cuales aparecía Laura con atracciones que no acertaba a decir si eran divinas o humanas, si de puro espíritu, o si del supremo hervor de la materia. Delante de mí oía su voz murmurando rezos, y trataba de indagar lo que ella pediría en aquel instante. Contemplácala, y parecíame que el velo moteado de su sombrero ponía en sus pestañas de oro un misterio de coquetería, bañado luego en fulgor de esperanza. ¿Qué pediría Laura? Más tarde lo supe. Había pensado solamente en mí, había pedido que mi cariño fuera puro, había deseado olvidarme, había tenido miedo de *mi amor*, arredrada por la corriente, para ella desconocida, de sentimientos prohibidos y deseos sensuales. Deseaba locamente mi amor; en ese instante, lo imploraba al cielo, y temía quererme, y pedía ingenuamente el ser libre, teniéndome encadenado. Todo eso me lo contó cuando hicimos el recuento de nuestro pasado común, en esas horas, que no puedo olvidar, y que me castigan con el peso de la felicidad pasada y de la dicha ida, que me sería imposible recuperar ahora...

Laura no tenía hijos, y sus manos jamás habían rozado la dulzura de cabelleras ensortijadas en tibieza

rubia de infancia. Sentíase oprimida de vacío cruel con no ser madre, como si las ternuras infinitas de su alma carecieran de empleo. De niña, amaba las muñecas sobre todas las cosas; era como si acariciara el incosciente anhelo, nunca realizado, de ser madre. Más tarde, en el matrimonio, había deseado ardientemente hijos, y miraba con envidia a sus amigas, casadas jóvenes como ella, cuando las encontraba, en ocasiones, por paseos, en la Quinta Normal, o en las Delicias, precedidas de un cochecillo en el cual se agitaba el *bebé*—un nene con gorrilla orlada de encajes.—Soñaba con tener algo parecido, y ya se veía en compañía de la nodriza inglesa, por los mismos paseos. Parecíale que besaba, con efusión, una criatura rubia, de grandes ojos y manecitas regordetas, que le alargara los brazos diciéndole «mamá»... Era ardoroso deseo de ternura, que desbordaba de su alma, y necesitaba derramarse por el mundo. No tenía hijos en quienes emplearla, ni hermanas, ni siquiera madre, pues era huérfana desde pequeñuela.

Encerrada en convento de monjas, desde la muerte de su madre, no había tenido más ambiente que el del Colegio de los Sagrados Corazones, salvo días de salida que pasaba con las tías, señoras viejas y beatas, que ocupaban el día rezando rosario y la tarde y parte de la noche en novenas y servicios religiosos. Recordaba con horror, misas y largos sermones, escuchados por fuerza, inclinada la cabeza, sin devoción ni conciencia de lo que hacía: hablábanle con voz nasal del pecado y de sus horrores, de penas eternas, y poco a poco se iba acostumbrando a tales ideas, hasta el punto de que el pecado llegara a ser, a sus ojos, algo así como devorar dulces sustraídos clandestinamente. Durante los oficios, sus miradas se enderezaban involuntariamente al Tabernáculo, situado detrás del altar mayor, y se complacía en los infinitos arabescos y labores dorados, en luces de cirios encendidos en torno, dándole nimbo de oro que atraía a la vista. Particularmente, merced a su imaginación vivísima, animábanse las cosas, y los santos pa-

recían salir con nueva vida, desde el fondo de los lienzos de donde asomaban perfiles amarillentos con muecas de misterio. Luego, en los patios, entre risas, carreras, juegos, sentía la ausencia de eso: el oculto anhelo, aun no precisado, de ternura, de cariño íntimo, alegría de mimos y regalos... Creció; su cuerpo desarrolló líneas esbeltas y curvas graciosas, sus ojos comenzaron a desprender fulgores, y su voz acentos más llenos y cristalinos. El mundo la llamaba, y su padre la lució, con argullo, en fiestas y saraos.

Hija única de millonario, se vió rodeada de adoradores que aspiraban tanto a su mano como a su dinero, según pudo comprenderlo pronto, y se lo hicieron advertir las amigas:—«Feliz tú, que habrás de casarte en cuanto quieras y con quien te dé real gana... eres riquísima... los hombre sacudirán a ti como las moscas a la miel...» Y eso se lo repetían en varios tonos y formas, aparentemente cariñosas y halagadoras, sin que le fuese dable ofenderse de ello, a la par que hundían lentamente el puñal de esa cruel idea de que solamente se acercarían a ella por dinero. Sin embargo, bien sabían que era singularmente hermosa, de belleza delicada con perfil de medalla antigua, como le decía Pepa, compañera suya de colegio. Después de rodar por saraos y fiestas, cercada de pretendientes que se arrebataban su tarjeta de baile y la cubrían de nombres; tras de la consabida peregrinación por playas de moda, y largas estadas en Viña del Mar y otros balnearios elegantes, con bailes en el Casino del Gran Hotel y almuerzos en *Sea-side Park* y en Montemar, fué a Europa. En Niza había conocido, impensadamente, a Manuel Rodríguez del Valle. Al verle, contemplando el mar, apoyado en la baranda de la Terraza del *Palace*, había dicho a su padre, en español, creyendo que nadie la entendería, como suelen hacerlo por lo general los americanos: «Papá, ¿quién será ese muchacho tan simpático? así me agradaría que fuese mi novio». Manuel había escuchado, sin darse por entendido. Hízole corte discreta, y se

casó con ella un año más tarde. «Y si me hubiera presentado inmediatamente a tu padre, pidiéndole tu mano ¿qué hubieras hecho?» le preguntó un día ya casado con ella. «Te habría vuelto la espalda... y nunca te hubiera aceptado,—respondió Laura,—precisamente el hecho de que hubieras oído lo que yo decía, sin darte por entendido, me dió buena idea de tu discreción y del equilibrio de tu espíritu».

Luego de casada advirtió Laura, a pesar del cariño sincero, del vivo entusiasmo que en ella despertaba su marido, la falta de ternura en él. Era seco, si bien la quería hondamente y con la fuerza de temperamento sincero y bondadoso, hasta el punto de vivir pendiente de sus menores caprichos, de manera delicada y original. Así, el día de su santo, se había acercado a ella el chofer de un magnífico automóvil Packard y, quitándose la gorra: «El caballero me ha dicho que me ponga a las órdenes de la señora» y pasó una tarjeta que decía «Manuel Rodríguez del Valle». Era su regalo. Más tarde se arruinó, recuperó nuevamente su fortuna y fué siempre igual.

No había encontrado, en medio de los múltiples goces de la riqueza, ya cumplidos sus deseos, nada de lo ardientemente soñado: ni hijos que formaran nido, ni carreras y risas infantiles, ni cabelleras rubias, ninguno de los juguetes animados que constituyen la dicha de las madres. Más que todo, sentía en su alma el ansia de ternura, de frases delicadas, pronunciadas con entonaciones acariciadoras, mientras hundiese los dedos en su cabellera sedosa. No solamente quisiera tener niños, sino también ser un niño para alguien, acariciada, adormecida entre besos, en paisajes y en horas de ensueño. Nada de esto le había procurado Manuel, porque su alma era extraña a cosas que juzgaba nimias, y propias de seres afeminados. No tenía siquiera la intuición de ternura que Laura invocaba con lo más ardiente de su ser, con lo que iba formándose, en ella, tal vacío que le venía ganas de arrancarse no sabía dónde, en busca

de aquello impreciso que le hacía más falta que el aire, sin acertar en definírselo a sí misma.

De pronto, sin darse cuenta, había sentido invadida su alma por la plenitud de una felicidad nueva, que, a su entender, nada tenía de común con el amor. Parecíale que hallaba en mi cariño esa ternura fraternal soñada; y que yo era como hermano unido a ella por confianza íntima. En nuestras charlas había visto abrirse mi alma y decirle cosas de esas que de ordinario los hombres callan, y que hasta su propio marido le ocultara por impulsos de natural reserva. Advertía al mismo tiempo, en sí, necesidad de comunicarme lo íntimo y de arrojarse en brazos de otra alma, confiadamente, sin manifestaciones materiales, que aun no se abrían paso en su temperamento un tanto frío. Había visto lucir en su vida la luz misteriosa, cargada de ternura, produciéndose en su ser reflejos interiores que le daban arrobamientos y éxtasis de dicha y de ensueño.

Por eso pedía fervorosamente a Dios, al «Cristo Pobre» que le conservara esa dicha nueva; que diera fuerza y consistencia al cariño nacido en torno suyo, haciéndola tan feliz, mas, pedíale al mismo tiempo, que la mantuviera en su pureza, libre de mancha en el cuerpo y en el alma.

«En cuanto a eso, decíame más tarde, estaba segura de mí misma y consideraba tan imposible una caída como si me dijeran que las estrellas del firmamento pudieran desplomarse».

Detúvose el rezo, un rombre del pueblo penetraba a la choza; era flaco y de elevada estatura, pelo renegrido, revuelto y cerdoso, rostro cobrizo y nariz achatada, los pómulos salientes, surcados de cicatrices, ojos chiquitos y punzantes, labios gruesos. Su expresión adusta mostraba la impasibilidad del indio tan frecuente en nuestro bajo pueblo. Entró acompañado de rotos de catadura dudosa y fiera, apoyado en muletas; seguíanle mujeres rebozadas en pañolones de lana de colores vivos. Comenzaron todos a rezar con clamor descompasado y,

de pronto, el enfermo se agachó a besar los pies del Cristo Pobre. Reinaba silencio de muerte... El forastero se alzó con la faz iluminada de fe, arrojó lejos de sí las muletas y anduvo, dando unos cuantos pasos sin ellas... Las mujeres temblaron; los ojos brillaban, saltados de las órbitas, las bocas se abrían, calladas... Un clamor se hizo oír, unísono, rompiendo el estupor silencioso: «¡Milagro!... ¡milagro!...» Brotó un haz de gritos y clamores, un turbión de alaridos.

Colares enmudecía serio; el rostro de ordinario congestionado de Lady Whindam, palideció; Laura y Anita murmuraban oraciones y la gente menuda llevaba el coro... Extraña impresión nos invadía a todos, mezcla de malestar y de sorpresa, como si una irresistible corriente nerviosa, dominando las imaginaciones, circulara en las regiones de lo sobrenatural y lo inconsciente.

Cerraba ya la noche,—una noche tibia y clara,—cuando tomamos el automóvil, al pie del río. Los cirios formaban, en la sombra, marco luminoso en torno de la choza, y parecían trepar en cascadas de luces por el monte, formando recodo junto a la hoguera, como si pendieran de sus ramas frutas de oro.

Rosita, Lady Whindam y Laura iban en los asientos de atrás; en los de adelante, Colares y yo. Subimos la cuesta, para seguir el camino de la barranca, mirando correr el río a nuestros pies, en sábanas de estaño, rugiendo en las correntadas, al saltar entre peñas negruzcas, en cuyos bordes quedaba la línea blanca de las espumas diseñada en la sombra. Estábamos visiblemente impresionados, como sugestionados aún por lo sorprendente de la escena que presenciáramos; los nervios agitados hacían que las mujeres hablaran todas a un tiempo, como después de peligros, en pos de temblores terrestres o de graves catástrofes.

«¡He visto, por fin, lo sobrenatural!—exclamaba Lady Whindam. Era preciso que llegase a esta tierra de almas primitivas para que lo alcanzara... Nuestras viejas civilizaciones no son dignas de las predileccio-

nes del cielo. Dios ama la gente sencilla, por eso dijo a los niños: «Llegad hacia mí...» y el pueblo es como los niños...». Estaba excitada y repetía a cada paso versículos de la Biblia, con acentuada pronunciación nasal de ingleses hablando castellano.

Colares habló del poder de la sugestión y del hipnotismo, repitiendo teorías científicas, de sobra conocidas y trilladas, lo que no era parte a disminuir la impresión general.

Rosita se enjugó la frente:

—¡Qué hermosa noche!

—Y cuán llena de misterios... como el alma.

—La nuestra está agitada como si presintiésemos algo que viene,—murmuró Laura. Y cerró suavemente los ojos, echándose atrás en el asiento.

Sobre mi pierna sentía el roce dulcísimo de su cuerpo, y era tan exquisita la sensación recibida, que hubiera querido desfallecer o adormecerme, de súbito, en nirvana oriental. Entreabría los ojos, para sentir la ebriedad de aquel momento y besar con la mirada lo exquisito de sus líneas, lo escultural de sus formas, la mancha blanca de sus guantes desprendida del vestido azul, las redondeces de sus brazos y el escote níveo, agitado aún por las emociones de la tarde, en dulce y acompasado movimiento. Al contemplar el río, se destacaba su perfil romano y las negras guedejas de pelo formaban anillo junto a su oreja delicada como en retratos de grandes damas de Goya. Rocé involuntariamente su pie, y vi pasar el fulgor aterciopelado de su mirada que resbalaba sobre mí, sin detenerse. Cerró los ojos y sentí, en lo íntimo, un goce supremo, como si ya circulara entre ambos el flúido de un divino acuerdo. Ser algo en su vida, atraer y dominar su pensamiento a pesar suyo, quedar flotando en su memoria cuando estuviésemos lejos, eran aspiraciones que surgían triunfantes en mi alma. En mi mano sentí algo suave: era que había resbalado su pañuelo finísimo y pequeño de batista, del cual se desprendían olores de «Muguet», de Coty,

ese mismo perfume que suele perseguirme ahora en mis noches de soledad y de angustia, en este último acto del sencillez y extraordinario drama de mi vida.

—Aquí tengo el pañuelo caído,—murmuré muy quedo, para que sólo ella me oyera,—déjeme guardarlo en recuerdo de esta noche...

—No, no puedo... ni quiero...

Y lo cogió vivamente. El automóvil volaba por campos yermos, perseguido por lejano ladrido de perros. Ibamos en silencio, impresionados y cansados. De pronto, Rosita rompió en risas alegres, que Colares acompañaba con voz de barítono, diciendo palabras perdidas por el rumor de la carrera. Laura callaba, entornados los ojos o contemplaba el paisaje borroso, cuando yo la miraba; cerré los míos, sintiendo sobre mí, cada vez que los abría a medias, la dulzura infinita de su mirada cariñosa y la suavidad de una sonrisa de simpatía, y acaso la sombra de una caricia en el fondo de sus ojos...

De pronto, el valle parecía ensancharse, abriéndose los cerros amontonados, para dar paso al paisaje de campos en cultivo y alamedas interminables, dilatadas por impreciso horizonte. Pasábamos, a todo correr, por caseríos rústicos de chozas de totora, junto a corrales en donde parecían dormir carros entoldados con pieles, y descansaban bueyes, echados sobre montones de paja. Los carreteros calentaban su comida de frejoles en un tarro de hojalata, puesto sobre ladrillos; la llama iluminaba sus rostros atezados y los pellones de las monturas puestas a manera de camas, bajo el cobertizo, al pie de una arteza de madera.

Cuando volvíamos a costear la barranca del río, la inglesa se dió a enumerar las estrellas, comenzando por la Cruz del Sur, y las nombraba, citaba distancias, y disertaba acerca del movimiento de la tierra.

—Señora, usted está muy atrasada,—interrumpió Colares. Según las últimas noticias, la tierra es plana y no redonda, como usted cree...

—Aho... eso *está divertida*...

—Eso es la pura verdad... y al finado Copérnico o a Galileo... no sé bien, le condenaron a muerte por decir lo contrario.

Rosita y Laura se echaron a reír a todo trapo:

—Mejor será que nos cante algo, Colares, sólo para eso sirve usted. Y ya que no puede ser útil, hágase agradable...

Y Colares cantó el *Spirito Gentile*. Su voz cascada tenía entonaciones de cristal trizado, lamentables, cómicas y conmovedoras al mismo tiempo. El auto se acercaba nuevamente al río y su ronco y desapacible acompañamiento añadía infinita tristeza al canto.

—Será mejor que entone *L'Addio del passato*,—exclamó dolorido.

Involuntariamente cambiamos miradas con Laura, como si mutuamente presintiéramos la dicha de un cariño naciente, en esa eterna cadena que es la vida.

## VI

No digo corrieron, volaron aquellos días de campo, empleados por algunos en la caza, en alegres paseos por los más. Habíanse formado, naturalmente, dos grupos: de cazadores empedernidos o de señoras que desean divertirse. Colares iba siempre con las damas, yo alternaba con unos y con otras, si bien acaso hubiera preferido estar siempre con ellas. Mas, para los que viven en el mundo y conocen sus mañas y sus tretas, los puntos que calza la maledicencia humana y hasta dónde llega, en ocasiones, el poder de la murmuración, fuerza era des-pabilar las entendederas y disimular en lo posible sentimientos que tumultuosamente me asaltaban. No me acercaba a Laura sino de tarde en tarde, cuando la veía acompañada de Lady Whindam Fox, quien con criterio sencillo y bondadoso, interpretaba sanamente. Había, en ella, la más extraña intuición de las leyes superiores de la vida, tal como no he vuelto a encontrarla en mujer alguna. Siendo recta y estricta, hasta lo más hon-do, como buena puritana, en cuestiones de moral, no tardé en advertir que hasta cierto punto protegía o fa-vorecía abierta y francamente nuestras charlas íntimas, quedándose atrás con cualquier pretexto, sea para co-ger flores, o bien para volver a casa en busca del objeto olvidado, algún tejido de *crochet*, que proseguía un tanto apartada de nosotros. Cuando por casualidad que-dábamos solos, Lady Whindam se hacía lenguas para ponderarme la hermosura graciosa, el donaire y extre-mada gallardía de Laura; cuando con ella, le hablaba siempre de mí con interés vivísimo. Al divisarlas de le-jos, en la noche, por avenidas del parque, bañadas en luz diáfana de luna, yo, sin embargo, sólo me atrevía a

acompañarlas con el pensamiento, para evitar que los demás invitados no reparasen.

Cierto día, en vísperas de la partida de Lady Whindam Fox a Santiago, acordamos un paseo al punto llamado «La Cascada», no lejos de la hacienda. Nos paseábamos por el parque; finas gotas tibias regaban la huerta, y el aire, con penetrante vaho de tierra mojada, daba sensación de caricia; a lo lejos, un grupo de litres, de nudosos troncos y de áspera corteza, alzaba su masa diforme. De pronto, cruzó por mi cabeza la idea de que yo también poseía, como ellos, la fatalidad que nuestras leyendas les consagran, de sombra matadora.

Sobre la barranca, al extremo del parque, junto al río, perfilábanse líneas de *cactus* que semejaban enormes horcones cubiertos de púas vueltas al cielo. Entre macizos de flores surgían los últimos crisantemos invernales y las últimas violetas, junto con hojas blancas y sonrosadas de los primeros clarines. Me dirigí donde mis amigas andaban; era de creer que estuviesen en sus glorias, en tan hermosa mañana, mas advertí que los ojos de Laura, agrandados por ojeras, rutilaban insomnes, con doliente mirar.

—¿Qué se siente enferma? Suspenderemos el paseo si usted quiere...

—No... amigo mío... he pasado mala noche, pero eso no importa. Como se va mañana Lady Whindam, es preciso que conozca la cascada, tan famosa en todos estos contornos. Dicen que bien vale la pena.

En lo íntimo, me condolía de su tristeza, advirtiendo, por instinto oculto, escrúpulos lentamente acumulados y que la mantenían descontenta de sí misma. De ahí los insomnios traducidos en ojeras dolorosas. Diríase que era flor de pétalos demasiado frágiles para que los dedos se atrevieran a tocarla.

—Lo mejor es que no piensen más en eso... que no hace al caso. De aquí a la tarde estaré ya respuesta del todo y Lady Whindam Fox verá una de las maravillas de estos lugares.

Caminábamos por los corredores de las casas. Sorpresivamente apareció Manuel junto a nosotros, acompañado por el muchacho que cargaba las escopetas y morrales con torcazas cazadas en la mañana. Acercóse a mí, dándome franco apretón de manos y una palmada en el hombro, distinción que prodigaba poco. Visible malestar que traté de ocultar con la sonrisa, me asaltó y enrojecí hasta la raíz del pelo.

Ya comenzaba el duro período del disimulo, del eterno ocultar los sentimientos, de la máscara puesta sobre el rostro. Mis ojos instintivamente buscaron los de Laura, mas advertí que con persistencia los desviaba de los míos, y presentí angustias de espinas que van ocultas en las rosas de los cariños prohibidos.

A filo de medio día partimos a la cascada. El cielo estaba ceniciento; habíase recubierto, de súbito, de nubes grises, y del fondo mismo de las quebradas se levantaban vapores, envolviendo las lejanías en velos diáfanos.

—Este parece paisaje japonés,—observó Rosa.

Ibamos repartidos: en el automóvil Lady Whindam Fox con Rosita, el Ministro inglés y una señora de las vecindades. A caballo, Manuel, Antonio, Colares, Vinci, el Subdelegado del Distrito, Laura y yo. El auto caminaba por delante, como exhalación, nosotros, a cierta distancia; más atrás Colares hacía esfuerzos por alcanzarnos. No era muy jinete y hacía figura ridícula. Laura, en cambio, montaba como centauro, y sacaba de su animal de fina sangre todo el partido posible. Después de galopes veloces, cuando las bestias, cubiertas de sudor, ya no podían más, seguíamos al paso, en conversaciones íntimas. Las acacias, ya crecidas, juntaban sus ramas en lo alto, y sus hojas verdes,—de verde tierno,—se recortaban sobre el gris de la neblina. A la hora de camino, ya habíamos llegado a la parte en que comienza la montaña. Diríase que los cerros se recortaban y superponían separados por leves cendales vaporosos y tenues. Los senderos trepaban tortuosos en fajas

blanquecinas, bordeadas de árboles corpulentos, maitenes, boldos, alerces, robles, entre los cuales se oía grito aislado de pájaro, agudo y lejano. Matas de palqui y otras malezas silvestres, formaban tupidos matorrales, entre los cuales sobresalía la hoja pequeña del eulén que daba olores penetrantes. Los campos, al pie, estaban poblados de espinos, con florecillas blancas que daban aroma delicioso. Al subir a los cerros veíamos conejos huyendo a todo correr, a esconderse entre cuevas, en laderas de la montaña.

—Manuel sentirá pesar intenso al ver tanto conejo, en circunstancias en que no puede cazarlos por falta de escopeta,—observó Colares.

—Lo mismo dirá usted, amigo, cuando alguna mujer interesante lo recibe... con benevolencia peligrosa,—replicó Manuel.

Rocas grises asomaban entre árboles, manchadas de musgo, caprichosas de formas, enormes masas de conglomerado volcánico. El camino subía y bajaba, hundiéndose, al parecer, en el lecho de un arroyo, del cual se alejaba al punto. Las águilas cernían lentamente sus alas sobre nuestras cabezas, a grande altura, en dirección a los picos nevados de las nieves eternas. Abajo, en la llanura, divisábanse postes blanquísimos de telégrafos, y sus hilos que corrían por el camino. Muy lejos, por el lado del sur, despuntaban terraplenes de ferrocarril y se veía negro penacho de humo esfumado en el horizonte. A media falda del cerro corría un canal, bordeado de álamos, y al pie se descolgaba manto de terciopelo verde. Más allá, por las lomas, corrían rectas las alamedas.

Continuamos subiendo, y en un recodo, perdimos de vista la llanura. Ahora teníamos delante un prado en el cual pacían vacas y aparecían corderos dispersos, cuidados por un muchacho que de pie, junto a un tronco, se ocupaba en remendar una *ojota* o abarca, silbando canción popular. El paso del automóvil causó estupor profundo, del cual se repuso pronto, sumiéndose

se en la serenidad soñadora y dulce de la naturaleza, como si fuera, con los corderos, parte inseparable del paisaje. La vaca serena, caminaba con pausados y nobles movimientos, al través del prado. Resonó, de pronto, el canto de una perdiz que huía con vuelo sesgado. Los cactus se alzaban entre las peñas, a orilla del camino, y nosotros seguíamos, sin hablarnos, dándonos por completo a la delicia del campo, uno al lado del otro, sintiendo yo regocijo íntimo de verla tan hermosa, plena de esa alegría sana de vivir que reflejaban sus ojos, destacados maravillosamente en la albura de nácar de su tez. Ibamos solos, pues Colares, cansado, se había quedado atrás, en compañía de Manuel y de Antonio, que marchaban al paso, como caminan de ordinario nuestros hombres de campo.

Ahora el paisaje era agreste y de montaña, propio de tierra chilena, cuajada de cerros. Árboles y matorrales se mezclaban, apiñándose, tupidos, intrincados, salvajes, entre rocas desnudas y grises, tachonadas de musgos. Hondas quebradas, por las cuales descendían árboles como torrentes de verdura, dejaban ver, a trechos, el agua blanquecina de una torrentera. Zumbaban insectos, formando monótona sinfonía de seres invisibles, tal almas que *penan*, según la superstición campesina.

Laura y yo galopamos locamente esa tarde. En mi recuerdo se funden impresiones de galope desatentado, a cada instante más veloz, a manera de huracán, en el cual sentía sobre el rostro áspero roce de ramas y lo cortante del viento, junto al agua viva de ternura que crecía. Ella no me miraba, pero sentía su pensamiento puesto en mí, a mí ligado por fuerzas invisibles. A ratos, cuando el hocico de nuestros caballos blanqueaba de espuma, deteníamos el andar volviendo al paso. Sentía de pronto, sobre mí, miradas agudas y pensativas que deliciosamente me turbaban. Y diríase que en tales momentos su sonrisa brotaba de lo más íntimo y fino de su alma, en hechizo delicioso. Agradábame, entonces, hasta el mero timbre de su voz, acaso más que las ideas

expresadas, como una caricia material. Era música y hubiera querido prolongarla y llevarla siempre conmigo. ¡Cuántas veces, más tarde, ha vuelto a mí su eco obsesionador que vivirá aún en mi recuerdo, cuando los rasgos de su fisonomía se hayan diluído en la noche!

Paréceme que todavía veo cómo se desgarraron, de manera misteriosa y súbita, jirones de neblina, despejándose el cielo, de entonaciones azuladas y pálidas. Tapices leonados, de musgo seco, tomaban, en los faldeos, color cobrizo. Unos se abrían, misteriosos, con árboles suspendidos por cima del abismo, y ramajes en los cuales parecía el oro bruñido de las hojas secas mezclado al claro verdor de retoño. Diríase que las miradas de Laura los reflejaban, como en cámara oscura, para resurgir en su alma en estado placentero y suave. De cuando en cuando me hablaba, y su voz tenía ecos argentinos y tiernos que producían en mí una impresión de ojos húmedos. Hay un momento en que nuestra voz ya no es nuestra propia voz, ni nuestras miradas son las miradas de siempre, como si surgiera un sér diverso, fugitivo, que llega y desaparece, sin que acertemos a explicarnos por qué. Y es que nos vamos constantemente transformando.

Fueron breves instantes, bien pronto interrumpidos por la llegada de Antonio y de Colares, que nos alcanzaban de un galope.

—Ya estamos cerca... supongo que ustedes no se habrán aburrido,—agregó éste, y que habrán aprovechado bien los minutos de *flirt*... No tengan cuidado, les guardaré el secreto y nada le contaré a Manuel.

Laura reía con risa sonora.

—Es inútil, Colares; Manuel lo sabe todo, pierda usted cuidado que nada se le escapa...

—Le creía capaz de robarle los huevos al águila... pero los maridos.

—Cuidado, amigo, su estilo decae, su pluma envejece, le pasa lo que al Arzobispo de Granada.

—Sólo falta que te pidan el «Addio del passato»,—agregó Antonio.

En esto llegamos a una parte en que los bosques se abrían, para dar paso al verde prado que entre rocas estaba al pie de empinado monte. Desde media hora, veníamos sintiendo rumor grave, cada vez más fuerte, de un regimiento de artillería que marchara, de galope, por camino real, el estrépito era tremebundo y recordaba el rugido sordo de la tierra, momentos antes de temblar. Ahora, de súbito, aparecía a nuestra vista la *Cascada*, célebre en los contornos. Era enorme chorro de agua que caía en forma de zig-zag desde trescientos metros de altura, en masa blanca, agitada, hirviente, saltando de piedra en piedra, ocultándose a trechos, para luego mostrarse con mayores bríos. En parte había socavado el terreno, en parte lamía la roca viva de la montaña negruzca. En lo alto, sobre la corriente, mecíanse líquenes, pendientes de paredes verticales.

Lady Whindam Fox con su marido y algunos de los invitados, se agrupaban en torno de las rocas a contemplar el magnífico espectáculo. El sol había roto las nubes y sus rayos formaban, a trechos, arco iris, al pasar por el amplio cortinaje de vapores formado por la catarata en su caída.

—Esto me recuerda el Niágara,—exclamó pomposamente Colares.

—Usted está hoy demasiado sublime,—observó Rosita. Le admiro.

—No sea mala.

—Sólo falta que diga, como Chateaubriand delante del templo de San Pedro, en Roma: «Tengo sed»...

—Pues le daríamos de beber.

—Mucho mejor fué la expresión de Nina Rojas, al penetrar a la misma basílica: «¡Qué monada!»... dijo. Halló que San Pedro era «una monada».

—Así somos los *rastacueros* que vamos a Europa a lucir nuestros millones y nuestra ignorancia,—agregó el viejo vividor arruinado.

—Mis parabienes, Colares...

—¿Por qué?

—Por eso de los millones.

—Hay que echar a correr esas cosas por si alguien las cree.

No sé por qué, tales futilidades y tan insustanciales conversaciones me acercaban a ella. Al verla junto a mí, silenciosa, lejos del mundo y de la vida, parecíame que un mismo lazo de emoción interior nos envolviera. Laura no encuadraba en lo frívolo del vivir cortesano, comprendía la naturaleza de diverso modo, la sentía en otros estados de alma. No le preocupaban «los millones», y por eso mismo el cavilar de su marido por agitaciones de negocios, a los cuales debía, sin duda, su cuantiosa fortuna, formaba palpable contraste entre ambos y les separaba, aún cuando Laura le quisiese tiernamente. Eran ínfimos detalles inadvertidos que surgían, de pronto, a mis ojos, dándome a conocer la abrumadora distancia que mediaba de su naturaleza romántica y sentimental, a las realidades secas de la existencia positiva de un matrimonio, sólido, rico y feliz en el sentido mundano.

Almorzamos tarde al pie de árboles añosos, entre robles y laureles, y a la vista del torrente. De antemano habíase preparado la famosa cazuela de ave y teníamos cordero «asado al palo», a la usanza campestre. A los postres llegaron cantoras de harpa y guitarra que entonaron canciones chilenas y *tristes* argentinos, amores y desengaños a la sombra del ombú. Manuel celebraba con patriótico entusiasmo el exquisito sabor de los vinos chilenos, considerándolos superiores a los de Burdeos. Esto hizo recordar a Colares que había visto, en unas fiestas populares en San Bernardo, un extraño letrero: tenía la palabra *Bur*, en caracteres enormes, y junto a ella, unos *dedos* pintados con tinta.

—¿Qué significa eso?

—*Bur... deos...* pues *deos* llaman nuestros rotos a los de la mano.

A los postres, todos estábamos alegres y sentíamos el goce de la vida. Rosita quiso atravesar el torrente por un puente rústico, y nos invitó a todos. Laura y Lady Whindam aceptaron; Colares y yo las acompañamos, pues Manuel prefería quedarse recostado a la sombra, fumando un cigarro habano; él no estaba para romántismos, ya conocía de sobra la cascada, pues la había visto y medido muchas veces, cuando en compañía de Antonio pensaron aprovecharla para fuerza eléctrica; el porvenir de Chile estaba en la *hulla blanca*, como llaman en lenguaje de ingenieros a los torrentes que la procuran.

A la otra parte, un prado reverdecido, y luego, alzábanse laderas por las cuales trepamos, no sin dificultades y congojas, tan empinadas eran. Por sendas de cabras subíamos asidos de las manos. En la cresta de la colina se recortaba una cerca *viva* recubierta de zarzamora, más allá grupos de maitenes y de pataguas coposas extendían ramas protectoras, de hojas finísimas que aparecían como encajes sobre el cielo de intenso añil. Formábanse verdes manchones que terminaban en tupidos matorrales de helechos, junto al torrente que mugía furioso, deshecho en blanca espuma. Nuestros gritos turbaban la soledad de esos parajes y los pajarillos huían con vigorosos y rápidos aleteos. Sólo, a lo lejos, en la inmensa soledad y desamparo del bosque resonaba el grito de la *rara*, con dos notas melancólicas y agudas. Sentíase como si el misterio del bosque llegase a nosotros, tendiendo en nuestras almas hilos tenues. Las risas de Rosita resonaban frescas y sonoras, con alegrías de juventud ansiosa de gozar. Yo marchaba adelante, llevando de la mano a Laura, sintiendo en la mía, el dulcísimo calor de la suya, que movida del leve temor involuntario de resbalar por la empinada senda, se asía buscando apoyo firme. Todos, en igual forma, forjábamos una cadena humana en la cual sobresalían notas claras de trajes femeninos sobre el verde intenso de los musgos. En lo alto, nos separamos, en busca de

paso, ya que la cerca lo interrumpía. Rosita gritó a un extremo, anunciándonos el camino recién hallado.

No era fácil encontrarse entre matorrales tupidos que de todas partes nos cercaban. Laura y yo descendimos suavemente por el sendero que conducía a la parte opuesta. A media falda humeaba una choza de totora, y un perro que se arrastraba perezoso, ladró al vernos. Salió una mujer desgredada a pegarle para que callara, y su chal rojo formaba nota vibrante sobre el fondo pardo de la casuca. Laura fué a saludarla; siempre lo hacía con la gente pobre, pues era costumbre adquirida en largos años de campo. Su bondad necesitaba acercarse a los humildes, inquirir su vida, aconsejarles en sus cuitas, procurarles remedios en las enfermedades, asistirles en su pobreza. Confieso que al verme junto a ella, en la intimidad de una choza, experimenté sensación inolvidable de paz, de gozo tranquilo y de dicha que no he vuelto a sentir en otras ocasiones.

—«Bendito sea el Señor, que ha formado tan linda pareja,—nos dijo la mujer de la choza,—bien se echa de ver que han nacido el uno para el otro... Dios los junta... Dios los junta no más...»

Nos había tomado por marido y mujer. Laura reía como loca. Mas luego, al ponerse seria, noté en sus mejillas ligero rubor.

Pasé un billete a la buena mujer que nos echó mil bendiciones, mientras nos alejábamos. Seguimos bajando hasta dar con una laguna extendida al pie de la colina, rodeada de maitenes y de boldos, cuyas ramas brillaban como si las hojas fuesen de cera. Los helechos aparecían tupidos y enormes, entre anchas hojas de pangue, semejantes, en la forma, a gigantescas hojas de higuera. En parte, veíase el prado, tachonado de lirios que salpicaban de blanco la verdura. Laura quiso le formara un ramo, y no tardé mucho en reunirle uno hermosísimo, salpicado de musgos y flores silvestres. Después de aspirar largamente su perfume, cerrando los ojos, con gesto delicado, cogió dos lirios, y

después de rozarlos con su boca de rosa pálida, los prendió sobre su pecho. Estaba cansada y se dejó caer sobre el pasto, apoyando su espalda sobre el tronco de un árbol. Me tendí junto a ella. Estábamos solos, el agua formaba una remanso, al borde del cual surgían cálices blancos de flores acuáticas entre líquenes, musgos y helechos. Suave perfume venía de la selva silenciosa. Tan sólo el zumbido de insectos nos traía hervores de vida, como si de pronto nos hubiéramos alejado del tumulto del mundo, encerrándonos en un paraíso, en el cual solamente existiéramos nosotros dos. Callábamos, y el rumor del torrente llegó acompañado de lejanos gritos de aves de rapiña.

Laura fruncía el ceño, los ojos entornados, como si su pensamiento se ausentara, enclavado en el cielo. De pronto, los fijó en mí, comenzando a interrogarme sobre mi vida pasada. Diríase que por primera vez entrábamos en íntima confianza, y que de súbito, uno y otro experimentásemos necesidad de asomarnos a nuestras almas, en íntima contemplación, en vivo anhelo de compenetrarnos. ¿Fué la soledad? ¿Era acaso el dolor de habernos conocido demasiado tarde? ¿Queríamos recuperar en instantes el tiempo transcurrido, ese tiempo que ya nunca más volvería y que debió haber sido todo nuestro? Lo ignoro, mas es lo curioso del caso que le hablé como lo hubiera hecho con un confesor en horas graves en que necesitamos vaciar el contenido de nuestras almas demasiado llenas. Supo de mí, sin falsa vergüenza, ni humillante y desdolorosa hipocresía: la juventud de niño mimado y disoluto, pérdidas de juego, aventuras de mujeres alegres, la dolorosa historia de un cariño, seguido de crueles desengaños, mi ansia de vivir en la verdad, de conocer un alma que la encarnase, curándome heridas que aún manaban sangre. «Ya no creo en el amor... ya no busco el amor... quiero la paz... busco alma que me dé ternura, sin palabras, en silencio... y me cure... y me lleve dentro... Quiero, en medio de la lucha incesante y áspera que es la vida,

sentir cerca de mí simpatía, nada más... Y la bendeciré desde lejos... como a santa protectora»...

Laura escuchaba, bajó sus ojos y de pronto los alzó a mí, dejando caer una de esas miradas que hablan sin palabras. Hubiérase dicho que nos entendíamos fuera del lenguaje humano. La miré y nuevamente bajó los ojos entornados, desfallecientes, y murmuró: «Sí... sí...» como respondiendo a una pregunta que yo la hubiera hecho.

Entonces, no sé cómo, cogí su mano y la llevé a mis labios castamente, y la besé. Estaba tibia y temblaba. Su pañuelo rodó por la yerba y lo cogí rápido: «Será mío... démelo... se lo ruego»... «No... no... no...» replicó, con viveza, quitándomelo prestamente: «Quiero recordar este instante, deme los lirios que lleva sobre su pecho... que sean míos...»

Laura me los pasó callada, cogí su mano y ya no la retiró. Me sentía infinitamente dichoso en ese instante, como si acaso hubiera alcanzado la plenitud de la vida, como si de pronto se ensancharan los horizontes y «con la mano en la mano» cruzáramos la existencia por «la selva oscura». Suave fulgor aterciopelado se desprendía de sus ojos; tenía las mejillas encendidas y sonrosadas, ella que de ordinario era pálida. Un movimiento acelerado agitaba su pecho y las suaves curvas de su admirable cuerpo. Le temblaba, ligeramente, el labio inferior. De pronto se puso de pie: «Vámonos, Fernando, vámonos...» Y pasando la mano por su frente abrasada, para recoger con movimiento maquinal rizos que habían rodado por ella, agregó: «Vámonos que esto no debe ser... y no será...» Se puso en pie, apoyándose en el tronco del árbol, como embriagada, cual si saliera de súbito desmayo, o quisiera arrancarse de un ensueño.

La voz cascada de Colares entonaba, a lo lejos, el aria de Lucía.

—«Ya vienen», agregó, sacudiendo las yerbas y las hojas que habían quedado prendidas de su traje. Me

puse de rodillas y ayudé a limpiarla de prisa, desprendiendo espinas y malezas aferradas a su ropa. Cuánto gocé con sentirme un instante de rodillas delante de Laura, como en adoración; y qué alegría infinita experimentaba en consagrarla, por primera vez, el culto destinado a los altares y a las vírgenes. Laura lo comprendía, sin duda, y me miró largamente, sonriendo, que ya se habían iniciado entre nosotros las conversaciones mudas, esas deliciosas charlas en que todo lo decíamos sin que nadie nos oyera, confundidas las almas en voces interiores.

Oímos la voz de nuestro amigo:

*«Tú que a Dío spiegasti l'ali...»*

Era que ahora cantaba el aria final, suprema queja del alma enamorada, siempre hermosa y sentida, entonada por Colares como quien dice adiós a los recuerdos. A poco resonó la voz alegre de Rosita que hablaba en inglés con Lady Whindam. Más atrás venía Manuel charlando con Antonio.

Manuel cogió familiarmente el brazo de Laura que se apoyaba en él, inclinando levemente el cuerpo, como si buscara defensa. Al verlos, experimenté vaga sensación inexplicada que no acertaba a determinar si fueran celos o malestar indefinido. Me pareció que ella le miraba con ternura, inundada su alma con secreto sentimiento de exquisito bienestar y de alegría; tal si lazos de íntimo afecto les unieran con fibras indestructibles. Sorda rivalidad del macho, instintos ocultos de la especie me dominaron con crueles mordeduras por breves instantes, y recordé que en más de una ocasión Laura me había hablado tiernamente de su marido, del amor sin nubes ni recelos que por espacio de largos años les había mantenido estrechamente enlazados, al través de días felices o de horas tempestuosas y agitadas. Veíalos pasar, apoyándose mutuamente, abandonándose el uno en brazos del otro. Las líneas de su cuerpo, deliciosas-

mente femenino, llenas y mórbidas, se destacaban en la claridad de la plena luz, con el relieve turgente de su seno de estatua, y la elasticidad de paso que hubiera reconocido entre mil. Sentíase cómo dejaba el aspecto indiferente de diosa para convertirse en mujer, tomando actitud de interés vivísimo; cada una insinuada de manera diversa. Advertí que Manuel ya no tenía traza fría, común en él cuando trataba con otros, sino que dejaba traslucir por lo claro la intensidad de admiración que Laura le inspiraba. Hablábale en voz baja, y ella le respondía en tono que daba certidumbre de cariño compartido. La frase del marido ya no era cortante y áspera como de ordinario, sino difundida en diapasón suave. La mano de Manuel volvió suavemente a su sitio un rizo caído del peinado de Laura, rizo que parecía rubio al ser herido de soslayo por luz del sol poniente.

La casaca de montar, la forma admirable de su cuerpo, el amplio pantalón y el pelo corto la daban traza de colegial, dejando al descubierto el pie fino y la bota de charol con caña de gamuza. No alcanzaba a escuchar lo que decían, pero de las actitudes de sus cuerpos, presumía el acuerdo de sus almas. Sin duda, lejos de molestarla, esas familiaridades tiernas del marido eran aceptadas como halago, a manera de homenaje tributado a su belleza y a sus encantos de mujer. El acuerdo parecía era perfecto. En ese minuto me sentí ridículo, me pareció que todo aquel delicioso momento pasado entre nosotros no hubiera sido más que sueño disipado como cendales de neblina vistos a mediodía, al salir del valle.

Sentíame como despojado de aquel bien exquisito que creía poseer momentos antes.

Celos físicos me atenacearon como si fueran mordeduras envenenadas de serpientes, ascendiendo a la superficie de mi alma lo que duerme escondido en profundidades animales de nuestro propio ser, retorciéndome las fibras y las entrañas todas. Comprendía, de

pronto, que no había cosa de más valía que la posesión de esa mujer; me daba cuenta de dramas ocultos que llevan al crimen, al robo, al asesinato, al suicidio, a la deshonra, en trágicas crisis de amor. Para alcanzarla, no se había de reparar en medios, llegado el punto en que la violencia sombría ya no se siente contenida por vallas, ni por abismos.

Ni siquiera reparaba en que Lady Whindam Fox me dirigía la palabra:

—Fíjese usted en la hermosa pareja que forman Laura y su marido... El señor Rodríguez es tipo de hombre bien plantado, como dicen ustedes. Una de las cosas que más me agradan en los hogares chilenos es el verlos tan afectuosos, sin que por esto dejen de ser amables para con los demás. Vea usted esa pareja encantadora...

Diríase que con cada palabra, aquella mujer quisiera hundirme en las carnes delgado cuchillo, y, sin embargo, sus ojos me contemplaban cándidos y bondadosos mientras las decía. No recuerdo cuál sería mi respuesta ni si acerté a contestarla, tan grande era mi emoción. Creo que me había puesto rojo, y con llamara da de sangre que hasta los ojos me encendía, para cubrirme luego de palidez intensa. Al cabo salí, asiéndome al primer pretexto para alejarme de ella. Deshaciendo lo andado, acudí al punto en donde nuestros caballos se encontraban, y sin esperar a nadie, monté en el mío y partí luego en galope furioso, en instintivo deseo de desgastar mis nervios y dominar sobresaltos de la imaginación. Más adelante, ya cansado, puse mi caballo al paso. En un recodo del camino, advertí flores rojas en lo alto de una peña. Salté a tierra y asiéndome de las malezas, apoyado el pie en resquicios invisibles, trepé a lo alto hasta cogerlas, no sin grave peligro. Divisábase el abismo en el fondo y me sentía tan desesperado que vacilé por breves instantes si me habría de tirar; más luego, reaccionando, traté de volverme por donde había llegado. Más el camino de vuelta era difi-

cilísimo, el peligro tan cierto que hubiera bastado un solo paso en falso para dar en el fondo de la quebrada. Hubo un instante en que mi cuerpo resbaló y quedé colgando sobre el abismo pendiente de una mata que cedía. Con el pie, maquinalmente toqué un resquicio que me permitió afirmarme, dándome punto de apoyo. Al echar el pie sobre tierra firme, tenía la frente inundada de sudor frío.

—Sin duda usted está loco,—me dijo Laura que acababa de llegar en compañía de Colares... ¿A quién se le ocurre treparse a una roca semejante, como si quisiera matarse? ¿Qué no piensa en su madre? Le confieso, amigo mío, que tenía mejor idea de usted.

Y dando vuelta el caballo se alejó, no sin haberme dicho algunas cosas duras, con asombro de Colares, que no acertaba a comprender semejante rudeza para conmigo. Yo, en tanto, sentí como si hubieran derramado bálsamo sobre mis heridas, y mientras más duras eran las cosas que Laura me decía, parecíame que alzaba de mi alma el peso doloroso. Súbita reacción se adueñó de mi ánimo, monté a caballo alegremente, y eché a correr camino abajo, sin reparar en Colares, que todo molido, pedía, a cada instante, me detuviera para acompañarle.

Por fin, no sin trabajo, alcancé a Laura, quien al verme cerca sujetó riendas, parándose, y luego, al reunirme con ella, me aplicó un feroz latigazo con su fusta, casi arrollándola en mi cuerpo. No pude yo contener un grito involuntario.

—¡Ah!... eso quería,—exclamó Laura... sentirlo quejarse... hacerlo sufrir... ¿Cree usted que yo estaba en lecho de rosas? Francamente, no acierto a comprenderlo, agregó, mirándome en los ojos. ¿Qué pretendió usted? ¿Por qué fué a treparse a esa roca por senda impracticable, sobre el abismo? ¿Quería matarse?... No ignoro lo que le pasa; he leído en su alma como en libro abierto... son cosas de niño... de niño regalón... travieso y taimado.

—«Lo que yo quería era coger estas flores y llevarse-las... para que viera que mi vida no vale nada en comparación con un placer que pudiera darle...»

—No, Fernando, yo no puedo aceptar romanticismos... ni ocurrencias extravagantes... ni *pose* de héroe de folletín. Ni tampoco se figure que me engaña, metiéndome el dedo en la boca... Cuando usted va de ida... ya estoy de vuelta... ni intente hacerlo otra vez. Lo que hay es que usted ha tenido celos de mi marido... celos rabiosos y desatinados que no puedo aceptar... ¿Con qué derecho? ¿Quiére usted decirme? ¿Con qué derecho pretende «*hacerme escenas*»? Sépase, una vez por todas, que yo quiero a mi marido... que es un caballero perfecto... y que siempre, hasta la hora de la muerte seré *suya* y de nadie más... ¿entiende?

En aquel instante llegaba a nosotros el grupo en que venía Colares; nos confundimos en una sola cabalgata y ya no pude hablar con Laura. Habíamos llegado al llano; volví a galopar y quedé solo, en medio del camino recubierto de sombra. De los campos subía olor fresco de espinos en flor. Un peón de pantalones arremangados, pala en mano, cerraba una acequia para regar el potrero que debía quedar «*bajo riego*» toda la noche, aprovechando *el turno*, pues a esto obligaba lo escaso del agua en el canal. Me sentía triste...

Antonio se dió a galopar, pidiéndome le acompañara, lo que hice al punto, pues la agitación de la carrera veloz amortiguaba la conmoción de mis nervios. Así veíamos desfilar, entre sombras crecientes, caminos, frondosas alamedas, parajes yermos, prados reverdecidos; trepábamos a los altozanos desde donde podíamos contemplar la vega; cruzábamos puentes sobre el ancho canal que riega la llanura. De cuando en cuando, nos era forzoso detenernos para dar paso a carros de leña que bajaban de la montaña, arrastrados por bueyes de tardo andar que el conductor agujijoneaba, con larga ahijada de *coligüe* que tenía clavo en la punta: «¡Zús, Capitán!... ¡Arriba... Colorado!»

En la parte donde la carretera se bifurcaba, alzábase una choza de techo de totora, de la cual llegaban sonos de harpa y de guitarra, junto con voces de mujer que entonaban zamacuecas, dando gritos agudos que resonaban entre el *tamboreo*. Por la puerta entreabierta se veía el baile. Dos parejas, a un mismo tiempo, se guían el compás de la danza, llevando los hombres en alto el pañuelo, una mano en jarra, dando saltitos, en tanto que las mujeres giraban al compás de la música, siguiendo el verso. Grandes vasos de *chicha baya*, los célebres *potrillos*, circulaban. Las parejas se hallaban bajo una enramada que veíamos desde el camino. Junto a la puerta del rancho, había larga *vara* redonda, a la cual estarían atados unos seis caballos, enjaezados a la chilena, con monturas de pieles de cordero, de las llamadas *pellones*, y anchos estribos de madera labrada.

No dejó de llamarnos la atención una muchacha morena, de grandes ojos, y gruesos labios bermejos, vestida de percal; llevaba una rosa prendida en la cabellera renegrada, y lucía en los movimientos de la danza la gracia flexible de su cuerpo. El galán, muchachón fornido y recio, de pelo tupido que le salía casi de la frente, la miraba como devorándola, con ojos de fuego. Bien se echaba de ver que a ella no le disgustaba. Las pasiones rústicas se mostraban al desnudo, sin velos, como en razas primitivas en las cuales la civilización sólo tiene raíces aparentes.

—Míralos, me decía Vinci, como se quieren al *natural*, sin engaños ni farsas, ni los disimulos que nosotros usamos en la vida corriente. A la negrita le gusta el mozo, bien se echa de ver; luego se irán a los campos, en busca de madriguera, sin recurrir a la Iglesia...

Acababan de gritar «¡Aro!» y las parejas se detenían para beber, unos en pos de otros en el mismo vaso enorme, que parecía cuba, lleno hasta el borde. Luego continuaron el baile y la borrachera. Los movimientos se tornaban lascivos, y ardientes las cadencias de la mú-

sica, en la lucha mimada de la cueca en la cual el galán persigue a la dama que se muestra desdeñosa hasta que llega al punto en que habrá de rendirse mansamente. Con los últimos compases el mozo ponía una rodilla en tierra, mas, esta vez, al levantarse, cogió a la muchacha apretadamente entre sus brazos y le dió, en presencia de todos, un beso en la boca...

Hacía rato que un hombre fornido, de barba hirsuta, cabellera revuelta y ojos centelleantes, echado atrás el guarapón, miraba oculto tras de unas matas de boldo. Habíanse levantado clamores y descompasados gritos entre los que presenciaban la escena, todos labriegos rudos, y rotos de camisa abierta sobre el pecho velludo. Unos vitoreaban la osadía del beso; algunas mujeres protestaban de la frescura del mozo.

De pronto, el del chambergo plomo, salió del escondite detrás de la mata y saltó, sobre el otro. Brillaron puñales al aire, iluminados por candiles del rancho vecino. Los demás espectadores no tuvieron tiempo de interponerse entre ambos, de tal manera la lucha fué rápida y violenta. Los combatientes daban saltos de tigres, envuelta la manta en el brazo izquierdo tirándose cuchilladas con afilados *corvos* de ancha hoja y puño cobrizo. De súbito se oyó un grito agudo, mientras el muchacho se desplomaba retorciéndose y llevándose la mano al estómago, en contracciones dolorosas: le habían rebanado las entrañas y la sangre le corría a chorros.

Momentos después, valiéndose de la confusión y del aturdimiento que tan inesperado caso provocara, desaparecía el matador, escapándose a todo el correr de su caballo, a campo traviesa, saltando muros y fosos.

—«¡Atájenlo, que ha hecho una muerte!»—exclamaban las mujeres. A poco, los hombres echaron a correr velozmente en persecución del fugitivo, con la rapidez impetuosa y desatentada de quienes han pasado sobre el caballo la vida entera, jinetes incomparables, de una destreza superior a la de los *cow-boys* americanos.

Sin conocimientos suficientes, no podíamos atender al herido que transportaron entre cuatro hombres, en unas parihuelas hechas con toscas ramas, en dirección al vecino pueblo. Una de sus botas parecía suelta, y la sábana con que le cubrieran se había manchado de sangre.

Mientras íbamos al tranco del caballo, Vinci habló: «Siempre el mundo será igual, pasiones en lo alto y en lo bajo, entre caballeros y entre rotos. Codicia, amores, intereses, celos, ansias de mujeres y deseos, desencantos y crueldades. Por las mujeres se roba, se engaña y se mata...»

Diríase que iba repitiendo lo mismo que yo me había dicho antes. Habíame sentido anonadado, cuando Laura se portara con tamaña dureza. Creí que el mundo desaparecía para mí, juzgándome tratado con cruel desdén, mas, ahora, con el choque del espectáculo que acababa de contemplar en la inesperada tragedia; cansados ya los nervios con la carrera agitada y loca, me sentía como renovado y fuerte. Hay seres que necesitan semejantes excitaciones y golpes para volver en sí, recuperada ya la calma. El horror de los gritos angustiosos del herido producía en mi alma impresión tal que borraba, por breves instantes, mis propios desgarramientos interiores. Ahora sentía tristeza mansa... Y, sin embargo, si hubiese reflexionado habría visto que el enojo de Laura al ver el peligro desatentado y estúpido a que me había expuesto al trepar a la roca, pendiente del abismo, era la mayor muestra que podría darme del hondo interés que despertaba en ella y del lugar que había llegado a tomar en su ánimo. Es preciso contar con nervios de mujeres, cosa que no siempre saben hacer los amantes; es preciso colocarse en lo íntimo de su pensamiento, en esas leves fibras de las cuales dependen su vida y su conducta. Con viva conmoción de nervios, mediante chispazos de imaginación, se decide la suerte de dos seres, se crea fuente de sus emociones,

camino que habrán forzosamente de recorrer al través de la vida .

El galope de los caballos se perdía a lo lejos; ahora llegaba, casi apagado, clamor de mujeres, mezclado con ladridos de perros. La impresión recibida nos mantuvo callados hasta llegar a las casas.

La comida fué silenciosa y la atmósfera trágica continuaba envolviéndonos, pues Rosa y Antonio Guzmán conocían a los personajes del drama, «inquilinos» de su fundo que más de una vez hicieron resonar sus espuelas por los corredores, y el asesinato cometido despertaba la solidaridad de los antiguos pecheros con el señor feudal, que suele aún existir en algunas estancias chilenas.

Hubo largas lagunas de silencio. Honda tristeza me invadía, con dejadez del ánimo y uno como cansancio de la vida que tan deliciosa me pareciera horas antes. Durante la comida no hablé, con el pretexto de fuerte jaqueca. Terminada que hubo, me refugié en rincón apartado para sumirme en la dolorosa meditación de mi vida, tan llena de cambiantes, en que todo era imprevisto y variable, con alternativa de esperanzas y crueles desengaños. Apoyaba los codos sobre la baranda de los corredores; en un paraje oculto por las enredaderas, contemplaba el cielo. ¿Cuánto rato pasé de esta manera y sin moverme? Lo ignoro, mas de pronto sentí una mano levemente apoyada sobre mi brazo. Me volví y Laura me dijo a media voz:

—No sea tonto... ¿Por qué está así? ¿Qué le pasa?

—¿Qué me pasa? ¿Quiere usted saberlo? ¿Acaso ignora que estoy loco, que sólo pienso en usted... que la voy sintiendo de tal manera ligada a mi vida que ya no puedo concebirla sin usted?...

—No sea así... eso no puede ser, Fernando; pero será usted el mejor de mis amigos. *El único*... ¿Qué le parece?

Mis ojos se llenaron de lágrimas:

—He pasado una hora horrible al ver la ternura y el afecto con que usted trata a su marido...

—Es que lo merece... porque me quiere y me comprende...

—¿Y yo?... ¿Acaso no siente cómo la adoro?

—Cállese... cálese...

Al decir estas palabras puso la mano sobre mi boca. Me adueñé de esa mano y la besé una y otra vez, sin que ella la retirara. Deslicé la mía por su talle, ciñéndolo con delicadeza, como si fuera tallo de flor recién cortada. Laura tosió varias veces, con tos seca, y llevando a la boca su fino pañuelo de batista lo mantuvo un instante. Al retirarlo tenía manchas oscuras...

—¿Qué es eso?... ¿es sangre, amiga mía?...

—Es poca cosa... no le vaya a decir nada a mi marido, porque entonces perderíamos las amistades... El médico me ha dicho que no tiene importancia...

Se acercó a nosotros Rosa:

—Ya estás tosiendo otra vez... éntrate, hijita, no te vaya a dañar el frío de la noche, ya sabes que estás delicada...

Y, de pronto, volviéndose a mí, con la loca viveza que la caracterizaba, agregó:

—¿Fernando, mándele que se cuide!... Haga uso de su autoridad...

Y a la broma de Rosita contesté, alegre el ánimo:

—¿De qué autoridad, si no tengo ninguna?

—Cállate, loca,—interrumpió Laura,—si la sola persona que tiene autoridad sobre mí, en el mundo, es Manuel.

Y sentimos pesar sobre nosotros la complicidad deliciosa y secreta de un misterio, de algo adivinado y callado.

Me pareció que nunca las estrellas habían tenido fulgores más vivos y tiernos que en aquella noche, ni el jardín aromas tan suaves, aromas que hablaban con lenguaje propio. Era delicioso desprendimiento del ser en las blanduras de la noche cargadas de olores tibios,

de savia que subía a los árboles con la primavera, invisible al través de la corteza, hinchando brotes y capullos que despuntaban, en hirvientes y calladas renovaciones de vida.

Laura, sin que Rosita la viera, apoyaba, en la sombra, levemente su brazo sobre el mío, como tomando posesión de mi ser, en supremo acto de dominio. Lady Whindam Fox, en el salón, tocaba preludios de un Nocturno de Chopin. Laura tosió, de nuevo, y su tos fué como nota agregada a la música doliente. Tuve escalofríos, en ese instante en que debía sentirme hondamente feliz; experimenté picadura de dolor, ¿por qué?... ¿Era acaso presentimiento? Contemplé el rostro de Laura, iluminado por la luna de primavera y me pareció primorosamente bello, pleno de hermosura soberana y casta; nunca sus ojos habían tenido fulgores más aterciopelados, ni su voz más plateado eco, ni su sonrisa mayor gracia, ni su cuerpo más fuerza enlazadora, ni todo en ella más penetrante magnetismo.

—Entrate, niña, que toses mucho... eso está malo.

—Déjame, por un momento la ilusión de haber podido ser una Traviata...

—Ese es un sueño raro y muy frecuente en las mujeres honradas,—exclamó Colares, asomándose al grupo. Más de una habrá de decir, entre sí, llegados ciertos momentos: «¡Ah,... si yo hubiera sido pecadora!»...

## VII

Me había echado a caminar por el parque, impregnado en deliciosa atmósfera de primavera, tibia y suave; la sábana de luz de sol, aparecía, a trechos, interrumpida y como recortada por sombras negruzcas de árboles de hoja permanente, palmas y pinos, boldos y pataguas. A lo lejos, entre ramas esqueletadas de encinas, aparecía nevazón de cerezos y el rosado tierno de duraznos en flor. Eran pinceladas tenues, sobre fondo luminoso y cristalino de cielo, que saturaban el espíritu de ansias de más allá, como si quisieran señalarnos que solamente breve y diáfano velo nos encubriera el mundo del misterio. Un buitre surcaba el espacio con vuelo pausado y lentos aleteos. El silbato de un tren resonaba en el valle que aparecía luminoso y vibrante en la hoya del río, con reflejos de oro bruñido. Más allá de pedregales grises, matorrales de palqui verdeaban en tonos oscuros, rizados; ondulaban sombras de animales pastando en potreros de recia alfalfa, o recostados, rumiaban a la sombra de espinos que semejaban, con ramajes retorcidos, sombras de arañas gigantescas. A lo lejos, el galopar de un caballo, voz destemplada de vaquero, gritos perdidos, turbaban el silencio de la campiña, solemne y triste, que involuntariamente recordaba el *De-profundis*. Nubes de insectos rozaban con largas patas la charca de agua estancada que relucía al sol. Bajo un pino, junto a montón de hojas podridas, se deslizaba, pausadamente, una procesión de hormigas encaminándose al hormiguero que parecía cono de volcán microscópico, insinuando al espíritu visión de lo infinito del espacio frente a lo pequeño y rastrero de la

vida, cuando se alzaba la vista del hoyo negruzco y mísero al cielo radiante.

En el recodo de un camino, sentada sobre ancha piedra, estaba Laura. Palpitábame deliciosamente el corazón, y advertí en la penumbra indecisa de mis recuerdos lejanos, que tan sólo siendo niño, en mis primeros amores, había sentido algo semejante. Sin embargo, habíamos quedado de juntarnos allí, en el breve espacio que charlamos en la estación, al acompañar a Manuel que iba a Santiago. Laura había querido partir, más él se había opuesto; su tos le inquietaba y creía que unos pocos días de campo le sentarían bien a su salud quebrantada. Ella había insistido en acompañarle, mas, su marido, que cedía en todo de ordinario, como a niño mimado, en tratándose de salud, no admitía réplica. Se fué solo. ¡Ah! ella me lo refirió más tarde; habló de lo mucho que había llorado en la noche, de súplicas reiteradas para que la llevara consigo. Mas todas esas cosas fueron contraproducentes, pues habían contribuído, sin que ella lo pretendiese, a darle aún más confianza en su cariño y a entonar su vanidad de hombre amado. Si ella quería volver a la ciudad era por huir de mí, por desviarme, porque presentía amenazas y peligros de cariño naciente. «Sentíase ya perdida, según lo escuché de sus propios labios más tarde... ¡ah!... en una hora que no podría olvidar, aun cuando viviera mil años. Manuel sólo había visto en sus lágrimas pena de que él se fuera, y no lucha decisiva, embate cruel de sentimientos que la invadían lentamente, como altas mareas que suben, inundando hasta que la roca se sumerge, desapareciendo entre espumas y ondas verdes...

—Desearía hablar unas cuantas palabras con usted, Laura,—le había dicho yo.

—Pues... no tengo inconveniente... cuando quiera, Fernando,—me había replicado ella, abriendo los ojos un tanto sorprendida.

—No convendría que la gente se enterase... ya debe

de haberles llamado la atención esto de que yo me acerque a usted con frecuencia... aun cuando no tenga nada de particular...

—Es verdad... es verdad,—murmuró Laura, bajando la cabeza,

Hubo instantes de silencio en los cuales nuestras almas oscilaron en torno del mismo sentimiento que mostraba, con todo, diversos matices en nosotros. Ambos comprendíamos la inminencia *de la cita*: yo *deseaba* y temía, temía que me rechazara, temía mi propia audacia, temía perderlo todo, por gesto o palabras imprudentes, por inflexiones de voz, por actitudes que le revelaran cuánto en realidad sentía y que no me atrevía a confesarme... y *deseaba*..., en lo inconsciente, en el obscuro proceso interior, sin fórmulas. Acaso *deseaba* demasiado, sin atreverme a decírmelo ni a pensarlo. Laura también *deseaba*, pero con pureza mística, anhelaba posesión de mi alma en cariño cuya forma acaso no acertaba a definir, y de manera que no estuviese en pugna con su concepto del deber, ni reñida con imposiciones férreas de su conciencia. Pero *temía* que la realidad, al señalarle ella misma límite de decoro, me desviara para siempre de su cariño, y me sentía tan adentro de su alma, que la sola idea de que pudiera *irme* la desatentaba. Convenía consigo misma en la necesidad de explicación definitiva, y temía semejante explicación. De ahí silencio angustiado entre nosotros mientras nuestras almas giraban en torno de la misma idea, sin nombrarla, y se empapaban en el mismo sentimiento, sin decirlo.

Quedamos en vernos a la tarde, a la hora de siesta, reuniéndonos en el parque, junto a la llamada *trampa de zorros*, porque aun se conservaban allí los restos semi-derruidos de una que sirviera en otro tiempo.

Sus vacilaciones, sus temores, la ansiedad de aquel momento, la dicha inefable de la primera cita concedida, sin que ella misma se diera cuenta de que en realidad *era cita*... todo cuanto habíamos sentido, acudía

en ese instante a mi ánimo embargado. Estaba nervioso, con ligeros estremecimientos de la carne de esos que agitan al soldado al entrar en batalla; me parecía que había llegado el instante decisivo de mi vida, toda preñada de sombras y luces, de celos y esperanzas, de una deliciosa agonía sutil, como emoción en *neblina*. Me palpitaba el corazón aceleradamente, en tanto que por esfuerzo de voluntad retardaba el paso. Ahí estaba Laura, sentada en el banco de piedra natural que formaba una roca entre matas de cardos cuyas flores violáceas emergían de la verdura tierna de los matorrales del sendero. Unos rayos de sol, filtrados entre ramas de arbustos, al soslayo, caían sobre su cabeza, dando a su cabellera castaña tonos de oro bruñido, de adorable rubio veneciano,—las guedejas desprendidas de su pelo finísimo parecían de seda, de una seda desflocada y luminosa que levemente besara la blancura tierna y aporcelanada de su cuello. No me había sentido; su mirada iba tras el enjambre zumbador de abejas y tábanos que rondaban los rosales florecidos del sendero serpenteante, para tornar, más tarde, a la colmena fabricada con un viejo cajón rústico, de gris descolorido por vientos y lluvias. Acaso su pensamiento vagaba en aquel mismo instante, entre recuerdos y emociones de ayer, que por su intensidad llegaron a envejecer en breve espacio—que lo propio de grandes emociones es que de su fuerza y de su intensidad misma emergen sensaciones de extensión y de largura indefinida, como si hubiesen de ser eternas, así como son fuertes.

Me detuve a unos cuantos pasos de ella. El corazón me palpitaba; la luz difundida en el ambiente daba a las sensaciones mayor agudeza y a la sangre hervores desusados. Quise, antes de hablarla, tranquilizarme, recobrando el dominio de la voz, que sentía apagada, aún antes de oírla.

En el silencio, mi vista y mi corazón se encaminaban a ella, se llenaban de ella en forma nunca ideada. Laura volvió la vista hacia mí, lenta y sonriente, producién-

dose entre nosotros aquel fenómeno de perfecta uniformidad en la atracción, por el cual tantas veces, más tarde, la ví volverse, hallándose de espaldas, a mí, cuando penetré a la sala del teatro, y la hube descubierto—choque súbito y violento de dos sensibilidades agudas que se buscan o se rozan.

—Al fin llegó, Fernando... comenzaba a creer que no vendría.

—La esperaba, andando sin rumbo, al través de senderos, desde hace una hora... He pasado por aquí tres veces...

—Entonces... estuve a punto de aguardar.

La envolví en mirada de admiración rendida: estaba elegantísima, enfundado su cuerpo en saya de paño malva, con chaqueta de seda clara de amplio escote que permitía ver su cuello, al desnudo, y la seda era tan fina que se transparentaban blancuras tiernas de su pecho y cintas celestes de su camisa formando lazos en los hombros. Llevaba colgado del brazo un paltó del color del vestido. Lo corto de la saya, permitía ver por entero, su pierna redondeada y fina y sus largos y delgados pies calzados con primor. Comprendí que estrenaba ese hermoso traje *para mí*, calculé que en mí habría pensado en la mañana, cuando se vestía, cuando se calzaba, cuando se peinaba, cuando se ponía polvos, mirándose al espejo, pero todos aquellos halagos sugeridos por la imaginación se desvanecían al contemplar sus ojos, al ver cómo temblaban en su rostro pálido, tal dos flores luminosas al emerger de aguas profundas e inquietas.

—Sí, amiga mía, confieso mi delito de no haber adivinado sus pasos cuando venía a mí... Sin embargo, creo que los sentía, suaves, en el silencio. De buena gana hubiera repetido el verso.

«Por el andar se adivina a la Diosa...».

La risa burlona de Laura me contestaba.

—Vaya si tenía razón, al decirle *una vez*, que usted habla como libro impreso. Parece usted un folletín

de esos que acaban con el «continuará mañana». Ni soy Diosa, ni sería posible reconocirme en el andar... Lo mejor será que conversemos como dos buenos amigos, ¿quiere?...

Luego, apoyándose en la sombrilla, se paró y cruzamos juntos por el caminillo agreste orlado de rosas florecientes. Allí estaba la famosa trampa de zorros, abriendo fauces negruzcas tapadas por hierros enmohecidos.

—Se acabó la trampa,—agregó Laura, sonriendo,—y yo, tan sencilla, quería cazarlo a usted en ella.

—La trampa es inútil...

—¿Por qué motivo?

—Porque ya el pobre zorro está cazado...

—¿Será cierto?... ¿Está seguro?

—Cuando lo afirmo...

—Sería suficiente para no creerlo...

Hubo breve pausa, mientras caminábamos uno junto a otro, y es lo curioso del caso que en tanto charlábamos de cosas insustanciales, con fórmulas ligeras, en apariencia, en el fondo nos embargaba una misma grave preocupación, una inquietud de lo que no decíamos, pero que obraba de manera cierta y firme en el fondo de nuestras almas. Habíamos quedado de juntarnos en aquel paraje, para tener explicaciones que nos trazaran regla de conducta, y ni uno ni otro nos atrevíamos a llegar al terreno peligroso. Laura tosió ligeramente, y se detuvo, apoyándose en la sombrilla.

—¿Qué tiene usted, amiga mía? ¿Quiere decirme lo que significa su tos?

—No es nada de cuidado, el médico me ha dicho ser nerviosa, y que no debe preocuparme... y si estoy enferma... ¿qué importa?... En esta vida todos debemos pagar tributo. He sido demasiado feliz hasta este instante... Se han realizado siempre mis deseos. Tengo fortuna, después de haber pasado pobrezas y penurias, un marido que me quiere mucho... mucho... mucho... hogar tranquilo... el cariño de mi padre y de

mis amigos... nada me falta. Es verdad que no he tenido hijos, pero acaso ha sido porque Dios ha querido evitarme la pena infinita de perderlos... Todo tiene su razón en este mundo. Quien sabe si no sería mejor que me muriese. Siempre Dios sabe lo que hace...

—No hay que ser tan fatalista. Si todos pensáramos como usted...

—Pero, ¿a quién le haría falta yo?

—A su marido, en primer lugar... a su padre... a mí.

—¿A mi marido?... a pesar de que estoy segura de que me adora, creo que al cabo de algún tiempo se casaría... Mi padre... sufriría, sin duda, pero los sufrimientos y los recuerdos pasan... Usted... usted encontrará en su camino una muchacha joven, bonita, y se enamorará de sus pocos años y de su alegría sana de la vida... quizás antes de un mes, contado desde hoy, ya no se acordaría de mí. Recorriendo teatros y saraos andará tras de alguna muchacha rubia... porque a usted le gusta el tipo rubio... ¿se acuerda de Isidora?

—No me acuerdo...

Laura aludía a la última historia que me hiciera sufrir dejando en mi corazón espinas de amores tristes y marchitos.

—No sea ingrata, agregué. Mire que he pasado la noche más toledana de mi vida pensando en usted, perseguido por torturas y celos que usted no podría imaginar siquiera... Estaba todavía en vela cuando comenzaron a sonar las campanas de la capilla, en el pueblo; cuando pasaron las primeras carretas; cuando llegaron las vacas de la lechería, en tropel, metiendo ruido en el corral; cuando clareaba el día por las ventanas entreabiertas... Y no hacía más que pensar en usted... Su tos seca de anoche me perseguía, me atormentaba. La veía pálida y deshecha,—no sé si en sueño o en vigilia,—y sufría cruelmente por usted y por mí...

El sendero se hacía más estrecho cada vez; ramas de

arbustos se juntaban en lo alto, formando bóvedas de follaje tupido y tenue. Llegamos a un punto en que era menester saltar un arroyuelo que cruzaba el sendero; el viejo puente de tablones se había roto, en parte. Ibamos cada vez más juntos y su aliento me llegaba al rostro en ráfagas tibias, mezclado con esencia de Coty que Laura usaba. Cogí su mano, para ayudarla a saltar el charco, la sentí húmeda y tibia. Dió ligero envión y fué a caer en mis brazos. No solté ya más esa mano, que hizo breves esfuerzos por desprender, y luego abandonó en la mía, como dulce prisionera. Seguíamos en silencio, lentamente, y sentía el roce exquisito de su cuerpo; sin mirarle, veía su pecho palpitante, y su seno en suave ritmo. No sé cómo pasó: pero nos detuvimos un momento, a la sombra de árboles coposos, deslicé mi brazo por su talle, y mis labios sedientos, rozaron su nuca dorada, y luego se pasearon por sus diáfanas mejillas de porcelana, aspirando el perfume de su carne suave, rozando su cutis de seda. Sólo recuerdo la expresión de sus grandes ojos cándidos, asustados, e inquietos, y los movimientos con que me rechazaba, sin fuerzas para combatir sus propios deseos. No sé cómo fué: pero nuestros labios se hallaron fundidos en un beso candente. La tenía abrazada y sentí sus brazos en torno de mi cuello. Hubiera querido que ese abrazo no se desprendiese, ni se acabara nunca el aroma quemante de aquel beso, el primero que para mí haya sido revelación completa de vida y de amor. Y, en esto, precisamente en esto, estriba lo terrible del drama de mi existencia, de la segunda parte de mis amores... Aún siento en mi alma las delicias infinitas de aquel beso; aún veo, reclinada su cabeza sobre mi hombro, entornados los ojos, que no eran ya ojos inquietos, asustados y cándidos, sino ojos desfallecidos que presentían la muerte, como si hubieran entregado, de manera definitiva, toda el alma en aquel instante.

Continuamos por el sendero que serpenteaba en torno del cerro para bajar a la quebrada. A nuestros pies

veíamos el abismo de verdura formado por árboles que se agrupaban, estrechándose, confundiéndose, enlazando sus ramas, casi con la misma ternura amorosa con que nosotros nos enlazábamos. Abajo, rumoreaba, indecisa, una fuente que no veíamos; oíase gritos aislados de pájaros y aleteos rápidos en la espesura. Los olores de la floresta subían acres y penetrantes. De la parte opuesta de la quebrada, clamaban, lejanas voces de vaqueros, y en lo alto, aparecían recortadas sobre la claridad transparente de los cielos unas palmas con hojas de abanico suavemente mecidas por la brisa. Zumbaban abejas, y cruzaban junto a nosotros enormes mariposas blancas.

Ibamos dados por entero a la delicia exquisita del ensueño realizado, que alcanza, de pronto, lo que juzgamos inaccesible. Laura, sin mirarme, llevó mi mano a su pecho para que sintiera su palpar acelerado. «Quizás estoy enferma... pero no importa... Quisiera morirme, ahora que soy feliz... plenamente feliz, como jamás lo soñara hasta este punto...».

Cada vez que experimentamos dicha completa en el amor realizado, en la fina caricia que se funde en espasmo, en el beso de los vértigos, en el grito del alma que se entrega toda, en el desvanecimiento supremo en que el ser desaparece y se esfuma como suave neblina, siempre sentimos honda y palpitante idea de la muerte, deseo de que llegue en aquel punto, sombra fantasmal que nos atrae hacia su abismo, comprendiendo que la vida no podría ya conducirnos a otras cumbres. Nuestro paso continuaba rimado por el sendero, bajando, bajando siempre, junto a rosales florecidos y olorosos, hasta que llegamos al remanso del estero que por lo más hondo de la quebrada se encaminaba a confundirse con el río, en el valle amplio y luminoso que contemplábamos desde arriba. Un grupo de laureles-rosa, de alerces y pinos esbeltos, se espejeaban en las aguas inmóviles, en las aguas calladas, en las aguas profundas, trayéndonos impresión de bosque sumergido en cuyo fondo es-

tuviéramos nosotros. Y teníamos la sensación de hallarnos aislados en el universo, llenándolo con la llama candente de nuestro amor, que acaso fuera el más intenso que sintieran seres humanos. Aislados y felices en la honda explosión del sentimiento, recordábamos, sin quererlo, esa hora suprema en que Adán y Eva se sintieron dueños del espacio, del cielo y de la tierra, en todo el esplendor de su magnífica soledad, cuando lo real tenía las alas del ensueño.

## VIII

¿Han esperado ustedes en alguna hora palpitante de la vida? ¿Conocen, por acaso, la deliciosa y amarga angustia del aguardar a una mujer amada que no llega o que tarda? Los minutos aparecen como siglos, óyese palpitante, en el silencio, rumores de ciudad misteriosa. Cada paso nos dice algo; lo escuchamos acercarse, desde lejos, y luego, llegar a nosotros; nos parece que puede ser, acaso; y luego vemos que nada tiene de aquel otro paso inconfundible y único de la mujer amada. El de ella es paso que revela decisión y timidez a un tiempo; de persona que desea llegar pronto y no ser vista; de llegar misteriosamente para echar brazos al cuello y fundirse en beso callado en el cual se mezclaran ansiedad, desesperación, miedo, ternura, deseo, dicha aguardada, enervamiento de cita postergada varias veces por inconvenientes que surgen, cuando menos se piensa, en senderos de amores prohibidos.

Había llegado, como de costumbre, media hora antes a nuestro «Nido», situado en los arrabales de Santiago, en la calle de «Las fuentes», cerca de la Estación de Yungay. Era una callejuela extraviada, con casas quintas de murallas blanqueadas de cal. Veíase, a derecha y a izquierda, sombra coposa de árboles de follaje verde, entre los cuales surgían grupos de eucaliptos altos y fuertes. Los manzanos dejaban caer ramas cargadas de fruta sobre tapias vetustas; al través de trozos derruidos, aparecían tierras de huerta cultivada, plantaciones de lechugas, de coles, de alcachofas, en hileras, entre duraznos, y perales. Oíase, en el silencio zumbar de abejas, monótono y triste, que me recordaba siempre supersticiones de infancia cuando me decía el

ama que me cuidaba: «eso que oyes, niño, son las ánimas que pasan». Eso volvía siempre a mi espíritu en horas de espera, al parecer eternas en que aguardaba su paso rítmico y leve, destacándose en el crujir silencioso de la puerta que había dejado entornada, como de costumbre, y luego el sonido seco de su taconeo sobre las baldosas del zaguán.

Había llegado media hora antes de la fijada para la cita. Quería velar en detalles a los cuales no siempre atendía la cuidadora. Llevaba en el coche flores que acababa de comprar en una tienda, pues las de San Francisco me parecían ordinarias, y también hallaba feas las del jardín de la Quinta. Pero sería injusto olvidar los manojos de rosas que cortara yo mismo para llenar búcaros en primavera. Esas rosas té, de pétalos transparentes como porcelana, parecían asomadas a orillas del pequeño estanque silencioso, en el cual se reflejaban naranjos cubiertos de azahares que perfumaban el ambiente, con soplo embriagador, desde que se entreabría la cancela. Yo mismo hacía quemar alóe o sándalo y luego ponía floreros sobre las mesas y palmas sobre las columnas y arreglaba cortinas de gasa, prendidas con anchos lazos de cintas celestes, por mano de Laura. Eran cintas especiales encargadas a Europa y que llegaron junto con muebles de Maple para su marido. Recordaba que cuando ella las extendió ante mi vista dijo, dándome un beso: «¿Te gustan?... son lindas, ¿no es verdad? Parece que mi marido las hubiera encargado expresamente para nosotros... ¡Qué bien se armonizan con las cortinas!...» Y luego, con gesto gracioso, había agregado: «Si me parece que *nos hace tercio...*»

Por la ventana entreabierta se divisaban manchas de cardenales que bordeaban de rojo la verdura debajo del parrón. Subían efluvios de primavera, henchidos de savia, excitando el anhelo exasperante de su cuerpo que la imaginación me pintaba tal como le había contemplado tantas veces y tal como le había sentido palpar entre

mis brazos, con estremecimientos de paloma agitada, protestando en los principios, luego rendida y sumisa, entregada en divinas palpitaciones amorosas.

Mis ojos vagaban por la habitación tapizada de azul, con cortinajes de seda liberty y muebles de laca blanca. La luz de lámpara se reflejaba en el espejo de la mesilla de toilette, cubierta de escobillas, de tijeras y de frascos de cristal cortado. Amplias gavillas de rosas se desbordaban de grandes vasos esmerilados. Allí, cada objeto era un recuerdo: algunos representaban ligero enojo, y otros rápida reconciliación. La miniatura encantadora colocada sobre la mesita de noche, una copia de Wateau en marfil, se la había mandado de regalo en el día de su santo, pero ella no había querido recibirla, peleada como estaba conmigo aquellos días, y la había ido a devolver en persona, al «nido» a hora desusada, segura de no hallarme. No había sido poca su sorpresa al encontrarme tendido en cama, sumido en honda tristeza meditativa. Ella había penetrado en puntillas y al sorprenderme, en tal postura, me echó los brazos al cuello y habíamos concluido en deliciosa e inesperada hora de amor, con cielo tachonado de estrellas, en que cada estrella fuera un beso, un beso largo...

El biombo japonés también tenía su historia: nos habíamos encontrado en día de remate, muy concurrido, por tratarse de casa elegante de millonario que se iba. Laura estaba sentada junto a su marido, yo a su espalda. De pronto oí que murmuraba: «¡Qué lindo biombo! me encantaría...» Su marido lo miró friamente: «No habría dónde meterlo... ¿Qué harías con él? la casa está llena de muebles y de cuadros». Laura insinuó con sonrisa picante: «Me gustaría tenerlo en pieza íntima... en un nido de amor, en donde yo amara en secreto... sería biombo piadoso, encubridor de pecados», y su risa se desgranó alegre y comunicativa.

El Martes siguiente,—nosotros también teníamos nuestros Martes,—día de moda, Laura, al penetrar en el nido, dió gritos de alegría. El biombo japonés encu-

bría nuestro lecho de bronce, y sus flores de Loto y de Crisantemos blancos en fondo azul obscuro, proyectaban nota grave y severa junto a la alegría de la colcha de encajes sobre seda celeste. Y tras el biombo severo, sonreía la verdura de una palma de salón colocada sobre pedestal de laca.

El ruido de un auto me hizo saltar de la cama para ir corriendo hacia la puerta: «¡Si será ella! Qué largo es esperar, Dios mío!» Más el rumor se alejó y hondo suspiro brotó de mi pecho; comenzaba a sentir los desfallecimientos amargos de la espera, esa tristeza a nada comparable, algo frío, algo de muerte, algo que no podrían imaginar sino los que han amado.

«Amor... qui nulla amatto, amar perdona...»

Cuantas veces nos habíamos separado resueltos a romper, desesperados y sin quererlo confesar, a causa de alguna riña de celos. Habíamos pasado tres días sin vernos,—tres días que nos parecieron eternos,—y luego nos habíamos reconciliado en noche de baile, echándonos el uno en brazos del otro, en obscuro pasillo, con peligro de ser sorprendidos y de causar escándalo.

En mi impaciencia, fuí al saloncito y me arrojé sobre el ancho diván y a mi espíritu acudieron los recuerdos de la primera cita con Laura. Ya se hablaba mucho de nuestras relaciones, y se bordaba comentarios sobre algo, entonces inocente. Decíase que me habían divisado con ella en autos de servicio público, a horas desusadas; que nos habían sorprendido en parajes apartados o al salir de casas de citas, y hasta hubo una amiga de Laura que afirmó habernos visto en circunstancias en que nos dirigíamos a Valparaíso juntos, en Pullman, y luego nos habíamos encaminado tranquilamente a un hotel de Viña. No había faltado quién repitiera o creyera semejantes calumnias e ineptias. Laura había llorado al conocer los comentarios infames. ¿Era, entonces, inútil que nosotros cuidáramos de no herir preocupaciones mundanas, de evitar escándalos? Ella creía, sinceramente, que sólo seríamos amigos y que no pasaríamos un

punto del límite señalado en su conciencia. Ni siquiera visitaba yo su casa, y es que jamás hubiera podido cortejarla asiduamente en su hogar, llevando traición en el alma, puñal escondido, mientras intentaba seducirla. Me gustaban cosas francas, desafiar la vida corriendo albuces.

Por eso tan sólo fuí a la casa de Laura al principio de nuestras relaciones, rehusando, más tarde, invitaciones que frecuentemente me dirigía Manuel. Pero nos veíamos frecuentemente en casa de la señora Souza, amiga íntima de Laura. Era gran dama que daba recepciones magníficas en su palacio de la calle del Ejército, en donde nos juntábamos los Viernes. Siempre que necesitaba verla acudía a la señora Souza, con quien tenía Laura intimidad estrecha. Y era esta tan grande que a veces nos habíamos besado delante de ella. Volvía el rostro sonriendo: «No sean cínicos...» Y cuando en horas amargas y difíciles de nuestras reyertas amorosas, pasé días sin hablar con alma nacida, desesperado, creyendo que el mundo se acababa, me bastaba acudir a ella para que inmediatamente escribiera a Laura con cualquier pretexto. Y nos ponía bien y concluíamos con alguna locura, como cierta tarde en que partimos solos en automóvil y nos fuimos al campo, para volver a las tres de la mañana, valiéndonos de que Manuel se encontraba en su fundo. Más de una vez sus lágrimas cayeron en mi boca, después de reconciliación, en aquel saloncito rojo de la señora Souza. Sin embargo, más adelante hube de aparecer en casa de Laura en noche de recepción o de gran comida de etiqueta, a las cuales hubiera sido imposible sustraerme.

Otro coche... si será ella... No tuve tiempo de alzarme. La puerta se movió suave, sin hacer ruido y sentí, tan sólo, que la cerraban con cuidado. Luego, un pasito rápido y Laura se arrojó en mis brazos, sería como siempre, dándome en silencio sus labios helados. Sentí que su corazón palpitaba aceleradamente sobre mi pecho. La emoción coloreaba sus mejillas. «Me han segui-

do... en un auto que crucé al paso iba Antonio Guzmán... tengo miedo de que me hayan visto... Me pareció que otro coche corría detrás, he tenido que dar vueltas por calles atravesadas para despistarlos... y lo peor es que a esta gente no es posible engañarla como en el mundo: contando sencillamente la verdad...»

No la dejé concluir y la arrastré al diván tapizado de felpa, donde nos sentábamos, abrazados estrechamente, y fundiendo nuestras bocas en beso largo, en el beso casi interminable que nos dábamos cada vez, en aquel sitio.

Nunca podía acercarme a él sin recordar una escena del primer tiempo de nuestros amores, que llevo grabada en la memoria en caracteres de fuego. Fué la primera vez que vino ella al *nido*. Había llegado temblando, atemorizada y palpitante, a esa nuestra primera cita. Los vasos estaban llenos de flores, las lámparas encendidas,—como nuestras almas. Había caído en mis brazos, quejándose de sinsabores que la hacía sufrir el mundo, de chismes y de amarguras. Por esa época apenas nos veíamos en reuniones mundanas, y, sin embargo, se comentaba nuestra amistad naciente como crimen. Me había pedido que jamás me juntara con ella en la calle, ni en fiestas. Luego había pasado unos días terribles sintiendo nostalgia de verme, necesidad absoluta de hablar conmigo, por eso, únicamente por eso, había aceptado la cita pedida con tanta instancia, tantas y tantas veces. Ya no podía más. Confiaba en mí, sabía que era demasiado noble para no respetarla y... además, estaba segura de sí misma; eso sí, moriría antes de faltar a sus deberes. Quería mucho a Manuel, a ese marido modelo que la había mimado siempre, que la rodeaba de consideraciones, de afecto, de lujo y que por ella vivía, y para ella respiraba. «Sería la más villana de las mujeres si le faltase en algo. Le debo respeto, por él, por mi nombre, por todo... antes moriría».

—¿Entonces no me quieres?

—Ingrato... si no te quisiera ¿estaría acaso aquí?

Subrayaba sus palabras con mirada tierna, envolvente y sonrisa graciosa. Y luego, a media voz, agregó: «Bésame... bésame mucho... que tus caricias tienen no sé qué extraño encanto y me causan divina embriaguez, haciéndome olvidar todo, de penas íntimas, de remordimientos, del cilicio que me amarga siempre porque yo *no quiero quererte*... Bésame con un beso *olvidador*...» Esa palabra exquisita, y que no está en la lengua castellana, la había inventado ella para mí. Y yo la besaba frenético, y luego suave y lento, respetuoso, en los cabellos, en rizos locos, en la nuca, en las mejillas, en las sienes, en los ojos y por último en los rojos labios. Oía el latir de su corazón apretado contra mi pecho; la sangre circulaba ardiente por sus venas y en las mias. Sentíamos la inquietud de una angustia deliciosa. El perfume de flores embriagaba, como si fuera preludio de otra embriaguez. Onda suave y rendida brillaba en sus ojos luminosamente. Le quité su sombrero que puse, junto a nosotros, sobre la mesa de laca que lo sostuvo como una gran flor. Arranqué sus guantes, de golpe, sacándolos del revés para besar más pronto sus manos delicadas. Y la adoré, tendida sobre el diván, admirando las líneas perfectas de sus piernas enfundadas en medias de seda gris y la forma finísima de su pie. La besé toda entera mientras ella resistía con gesto pudoroso, enderezándose a medias. «No... no quiero... déjame irme... no jamás... jamás». Su voz resonaba emocionada, inquieta, pero siempre dulce, única siempre. Y resistió... resistió... pero la sentí, por fin, mía, en el éxtasis supremo, en el segundo del goce infinito, y en la hora triunfal que no se olvida, que no es dable olvidar aún cuando se vivieran siglos de amor perfecto.

Laura lloraba, tendida en aquel mismo diván de su caída... lloraba desesperadamente... sollozaba, tendida boca abajo, y su pañuelo se empapó en llanto cruel. Quise consolarla y me separó violenta, alejándome, para seguir llorando. Y cuando yo, de rodillas en el suelo, cogí primero su mano, que besé dulcemente, y des-

licé mi brazo por su talle tan delicado y tan fino, se irguió de pronto, murmurando: «Soy mala... muy mala... Dios me abandona». Fué esa la primera de sus crisis morales, crisis agudas que la perturbaban hondamente y desgarraron su vida, pedazo a pedazo.

Luego se abrazó desesperadamente de mí, sollozando siempre, y me dijo, muy quedó: «Ya soy tuya... para siempre... si me abandonas, moriré... o me mataré, tenlo por cierto». Bebí una a una sus lágrimas, y las sequé con besos, a sorbos. ¡Qué linda estaba! Nunca la vi tan hermosa, y fué entonces cuando se formó en mi espíritu, y luego se grabó perdurablemente en mi recuerdo, la imagen de Laura, reflejada en gesto dolorido, de intensa melancolía, de dolor tenue y callado, y fué imagen de tal manera indeleble, que ahora, al través del tiempo, es la única que no puede borrarse y parece predominar sobre la otra Laura de sonrisa encantadora de los primeros tiempos.

Había en ella otra mujer, la conocida por el mundo, la que muchos vieron pasar impasible, en noches de baile, cortejada de todos en rendido homenaje que sólo ella recibía, encaminado a su elegancia sin par, a su belleza, a su posición, a su nombré, a su fortuna. Muchas veces la vi indiferente, a mi vera,—altiva y desdeñosa,—lo que atribuían a orgullo, pues su marido era potentado social. Estaba convenido entre nosotros el papel que en el mundo asumiríamos para libertarla de persecuciones odiosas y de graves peligros. Se deslizaba sin mirarme, y apenas si el rayo de luz de sus ojos, me decía, al pasar, que era mía, que yo era el Dios de la Diosa. Sentía placer exquisito al contemplar rendido el mundo ante la mujer amada, y ver cómo ascendían al cielo nubes de incienso, en homenaje al ídolo que era mío, y únicamente mío. Parecíame, en tales momentos, que los violines y la orquesta toda preludiaban la romanza del amor prohibido, que era nuestro amor.

Y recuerdo que aquella tarde, Laura, enjugadas sus lágrimas, se arrojó a mis brazos, y nuestros labios se

unieron en nuevos besos ardientes de pasión infinita, nunca saciada. Fué nuevamente mía, ella la pura, ella la que jamás hasta entonces había sentido, según comprendí, mordeduras ardientes de la carne; ella, la que abominaba de los hombres y de pruebas crueles del matrimonio; ella, la fría, la insensible fué nueva y exquisitamente mía, de manera definitiva y completa, por una eternidad...

Dios bien lo sabe,—él que nos ve y nos juzga,—cómo pasé días de pruebas terribles, y seguí siendo fiel, más tarde, aún al través del segundo episodio que forma la historia de la tragedia de mi vida...

## IX

Rosita recibía ese Martes, de cinco a siete, como de costumbre. Grupo de íntimos se reunía en torno suyo. Por los rincones, algunos *flirts*. El sofá «de la tentación», como le llamaba, estaba ocupado, en el salón vecino. Desde mi asiento, alcanzaba a divisar una silueta elegantísima y oía las entonaciones melodramáticas y risas peculiares del general Rivera del Valle, cuando cortejaba. Bien le conocía; era militar de salón, de apuesta y simpática figura, charlador amable, de fortuna cuantiosa; no le tenían por otro César, ni soñaba con grandes campañas. Era vividor entendido en gastronomía. No hubiera ganado una batalla, pero sabía condimentar un guiso nuevo.

Por de pronto, iniciaba un ataque en el sofá de «las tentaciones» y, al parecer, era Laura la plaza sitiada, a lo menos así me pareció cuando me acerqué disimuladamente a la pieza vecina, en busca de una copa de cocktail. Elvira Ruiz, que me acompañaba, contemplando la pareja, exclamó, con vocecita de flauta, muy suave: «¡Qué hermoso cuadro! es resurrección de tiempos mitológicos... Hércules a los pies de Onfale... únicamente le falta al general el ovillo de lana».

El general soltó la risa, y luego enrojeció, para disimular la cólera, lo que hacía de ordinario, cuando alguien era suficientemente osado para decirle cosas que le molestaran.

—Lo que a su marido le falta, señora, es chicote...

—Lo que le sobra, soldadito de plomo, es desplante...

Las dos frases saltaron como tiros, rápidas, pero a media voz, y sin que nadie en el salón vecino alcanzara a percatarse de lo que pasaba. Laura intervino, como de

costumbre, con tacto, para salvar la situación. Deslizó dos o tres frases desdeñosas y frías, cogió el brazo de Elvira Ruiz y le dijo, por último, después de sonreír:

—Parece que estuvieras celosa de mi conquista, mujer... cualquiera diría que tú quisieras el monopolio de los hombres. Algunos habrán de quedar para nosotras. Fíjate... el general estaba en el momento emocionante de su declaración cuando llegaste, de manera importuna... y, por último, riñes al *pobrecito*...

—Le perdono... interrumpió Elvira, mirando al general de soslayo. Perdono al *pobrecito*... pues está tan impedido de gordo, que ya no podrá levantarse del sofá sin ayuda. Por eso es que no se atreve a declararse de rodillas, al estilo clásico, de temor de que le pase lo que al actor Barón, de París, que no pudo hacerlo y tuvieron que alzarlo dos sirvientes...

¡Qué desastre para galán joven...!

A todo esto, yo escuchaba impasible, con la actitud desenvuelta que procura el hábito del mundo. Mas, en realidad, comenzaban a picarme gusanillos de celos con crueles mordeduras. Acababa de ver a Laura reclinada en el sofá, en evidente coquetería con el general, alegre y simpático. ¿Cómo penetró en mí el dardo sutil de los celos? No sabría explicarlo. Estaba seguro, por cierto, del cariño entrañable que Laura me había manifestado en tantas ocasiones; había *sentido* el efluvio de su afecto de manera tan intensa que, por decirlo así, lo había palpado. Conocía la sinceridad absoluta de su alma, y, sin embargo, las más crueles angustias me asaltaban. Ahora, sus coqueterías me parecían evidentes y su culpabilidad manifiesta, casi tangible. En ocasiones anteriores no había tenido celos con personajes de mayor valía y de considerable interés, y ahora, sin causa precisa y suficiente, el más inofensivo, me exaltaba, creando un mundo fantasmal en mi ánimo. De tal manera obra la imaginación, dando cuerpo y vida a meras sombras y apariencias de cosas. Confieso mi falta: parecía-me verla en intensa visión dolorosa, desfallecida en bra-

zos de aquel hombre, como lo había estado antes en los míos entregada a sensaciones de voluptuosidad. Era instinto de la especie, dominio amenazado, temor de posesión compartida. Y es lo ilógico de tales casos, que el mismo hombre que se resigna, callado, a que una mujer dé a su marido lo que también a él le da, no admita, ni el asomo, ni la visión siquiera vaga de que otro pueda tener, ni aún en sombra, lo que él posee en la plena realidad de una vida. Pensamientos encontrados, sensaciones furiosas y amargas, vibraciones agudas de nervios, sutilezas de visión, ansias del deseo acuden en torbellino a la mente.

Laura comprendió, sin duda, lo que pasaba por mi ánimo; se apartó del general, y dirigiéndose a mí, musitó, fría y tranquila:

«—Fernando, tengo que hablar con usted antes de que se vaya...»

También élla sufría; sintiendo la ofensa de mi duda; ultraje del único hombre a quien se hubiera dado. Debía ser el amargo sentimiento de incomprensión que lastimaba su dignidad de mujer y de amante. Pero no leía en su alma, en aquellos momentos, como si se hubiera extendido entre nosotros muro espeso. Advertí, en su tono, algo inflexible y como vibración metálica en su voz. Esa misma voz que me pareciera siempre de armoniosa y plateada claridad, de pronto cobró dureza de mármol, insoportable acento del desvío. Mi alma, a su vez, se contrajo:

«—Con mucho gusto, Laura, pero no veo que tengamos nada de particular que decirnos».

«—¿Nada?... ¿cree Ud?»

Y su mirada me cruzó el rostro como látigo.

«—Nada... absolutamente» contesté, con rabia fría y cortante, disimulada por el tacto mundano, que atenúa las frases crueles.

Rosa Guzmán, tocaba en esos instantes, una pieza de moda, «La Phallene», que imita rumores de mariposa. Vuela, se encumbra y aleja. Siéntese temblor de alas, diá-

fanas, ligeras y frívolas, manchadas de negro y de rojo. La mariposa vuela, pero en breve se irá a estrellar contra la llama que habrá de consumirla y quemarla. Puso Laura el codo sobre el piano y se embebió, al parecer, en la brillante melodía.

Al punto sentí decaer mi cólera; acaso había obrado con excesiva precipitación, mas, al mismo tiempo, temí fuese tarde para retroceder. Habría bastado una palabra suya para volverme la dicha perdida. Me acerqué a ella, contrito y desolado. Pero ni siquiera lo reparó. Continuaba embebida, y su fisonomía sólo expresaba goce tranquilo de la música. Murmuré dos palabras a media voz, más hizo como si no me hubiera oído, se alejó del piano y fué a sentarse junto a Lady Whindan, en grupo de señoras donde no había manera de introducirse. Un encogimiento inesperado me turbaba, impidiéndome acercarme directamente a ella.

Dé pronto, el sirviente anunció que acababa de llegar el auto de Laura.

Púsose de pié, besó levemente en las mejillas a Rosita, se inclinó, rozando las de Lady Whindam y saludó con sonrisas a las demás personas.

—¿Quieres que te lleve a casa de tu madre?—murmuró al oído de una de sus amigas que no tenía coche. Aceptó la otra y partieron juntas, acompañadas de la dueña de casa hasta la puerta.

El diplomático inglés, galantemente, levantó la pesada cortina que separaba el salón del hall, para dar paso a las damas.

Mientras oía charla frívola y alegre sentía, en mi alma, pesadumbre de tristeza sin consuelo. Me pareció que algo acabara de romperse en nosotros. Era pena que se siente al asistir a entierro en día de sol, al ir tras del féretro de mujer joven y bonita que fué amiga nuestra, y enlazara su brazo con el nuestro en noches de bailes y que ya no volveremos nunca más a ver. Era tristeza de lo irreparable, pues me parecía que acababa de trizarse nuestro amor.

Salí callado, sin despedirme de nadie, mas, en el vestíbulo me encontré con Rosa que advirtió, en el acto, con perspicacia de mujer, que algo grave ocurría.

«—¿Por qué se va sin despedirse? ¿Qué pasa?»

«—Nada, amiga mía, nada de particular...»

«—Pero lleva rostro demudado... a mi no me engaña usted... acaso hubo riña... algún *peleo*. como dice mi chica...»

Moví la cabeza negativamente, pero lágrimas asomaron a mis ojos y sentí su mirada simpática posada sobre mí con indulgencia y suavizada por ternura que no le conocía.

«—No sea tonto... pasará... son puros nervios...»

«—No... se acabó...»

Al decirlo, mis palabras temblaban, como si ya no fuera posible contener por más tiempo el llanto que acudía a mis ojos. Rosa dejó caer la cortina, rápida.

«—Fíjese que pueden verle... no sea niño... si todo se arreglará. Por mi parte trataré de intervenir... cuente conmigo y venga mañana a verme».

Me despidió agitando la mano levemente redondeada, gesto peculiar en ella.

Me dí a vagar sin rumbo por las calles de la ciudad, envuelta ya en sombras. Caía lluvia menuda que hacía brillar el asfalto del pavimento. Los focos eléctricos aparecían envueltos en vaho luminoso. Los automóviles pasaban haciendo resonar bocinas y en algunos carretones, destartalados y tristes, oscilaban luces como fuegos fatuos. Parecíame como si la soledad de la vasta avenida desierta, comprimiera mi espíritu. La cabeza me ardía con fuego de fiebre; latíanme las sienes enclavadas entre tenazas de hierro, por certeza de desgracia irreparable, del mundo derruido, de gigantesco terremoto que redujera a escombros la vida encantada de los últimos meses. Me pareció que el amor apasionado que constituía se alejaba para no volver, perdiéndose entre tinieblas que de todas partes me rodeaban. Con el extraño poder de evocación de las sombras, asociadas a mi

estado de ánimo, sentíame invadido de inacabable desolación moral. Junto con esto, revivía, en mí, la historia del amor de Laura. La veía como en la primera noche en que la conociera; hasta las particularidades de su traje renacían a mis ojos, detalles de indumentaria olvidados y desaparecidos de mi memoria, trozos de conversaciones que entonces tuviéramos, y miradas reveladoras de aquellos días que dieron a mi vida giro definitivo. Comprendí la excitación cerebral que hace ver a los moribundos, en un instante, casi todo el cuadro de mi vida pasada. Los nervios centuplican el efecto momentáneo de las sensaciones, las concentran y las extienden, resucitan imágenes, evocan poderosamente cosas pasadas con relieves de actualidad, y a su conjuro van surgiendo, de manera misteriosa, dentro de nosotros, cosas que acaso no advirtiéramos en el momento en que pasaron, y que de pronto nos sorprenden con su novedad, sin tener el recuerdo de que jamás las hubiéramos anotado. Y resultaba en mi carne sensación inolvidable de besos; calor de caricias que ya no se renovarían; sensualidad de su piel suave y tibia, como fundida en mi ser; hasta espasmos evocadores de agonías inolvidables. Todo eso lo había perdido para siempre, y jamás lo vería renovarse. Ahondando en mi dolor, lacerante, parecíame sentir hasta el contacto de su pecho desnudo, y ver cómo en gesto conocido, echaba hacia atrás el rostro, cuando la sobrecogían accesos de tos. Yo la besaba entonces los ojos, y luego empapaba en lágrimas las dos manchas rojas que surcaban de pronto sus mejillas... En verdad, no supe cuánto la amaba, hasta este momento cruel en que creí perderla.

El grito desapacible de sirenas de automóvil me despertaba de la angustia del sueño anterior, traído a la realidad de la Alameda solitaria. A lo lejos, focos de alumbrado eléctrico se perdían en dirección a la Estación Central de Ferrocarriles, y los árboles del paseo tendían ramaje esqueletado y friolento de invierno del

cual pendían hojas secas que en otro tiempo fueron verdes y tuvieron vida fugitiva.

De pronto cruzó por mi ánimo idea de suicidarme, que nunca hasta entonces me hubiera asaltado. Había sido feliz, tenía fortuna, era hijo único y querido de madre que en mí se miraba y llevaba nombre histórico que en la época de la Colonia, enlazara con títulos de Castilla de viejos abolengos. La muerte acudía ahora a mi imaginación como remedio. ¿De cuál modo acertó a formarse en mí la atmósfera nerviosa que conduce al suicidio? No atinaré a decirlo, pero entonces, por primera vez, llegué a comprender, como lógico, algo que hasta entonces me había parecido el mayor de los dislates: la muerte por amor de mujer ireemplazable. Seguía caminando sin rumbo ni concierto, por la Avenida Central, ya empapada con leve llovizna, sorprendiéndome a punto de chocar con obreros de vuelta del trabajo, salvando tan sólo de ser atropellado por el instinto reflejo que nos hace marchar en lo inconsciente como sonámbulos, evitando peligros sin darnos cuenta: ya era tranvía eléctrico, ya un auto que pasaba rozándome, y la bocina me causaba estremecimiento nervioso o sensación de pavor animal, en aquellos propios instantes en que mi alma evocaba las caricias de la muerte.

A cada instante se cristalizaba en mí la idea de suicidio. Al abrir la puerta de casa, había tomado consistencia, estaba familiarizado con ella, como si fuera exigencia apremiante y necesaria. Pero la sirvienta me detuvo, murmurando palabras a las cuales no diera, en un principio, sentido, dominado como estaba por pensamiento persistente. Más luego comprendí lo que murmuraba... «La señora estaba enferma, se había sentido mal y había tenido un desfallecimiento que la hiciera caer sin sentido». A mi turno sentí alarma y como si el corazón me latiera a romperse. ¡Ah! si ella también me abandonara, si muriese, ¿qué sería de mí? Tuve sensación de miserias acumuladas que experimentamos cada vez al recibir un golpe, y corrí a su lado.

Pasé una noche desastrosa, bebiendo tazas de café, en compañía del doctor Ortiz, médico de quien se referían historias románticas. Le había conocido algunos años atrás, en casa de Elisa del Valle, de quien estuvo enamorado, según decían. Ahora gozaba de crédito, era uno de los primeros facultativos de Santiago, y había sido Ministro. Con el rumor de sus infortunados amores, me parecía simpático y sentí como si le conociese por vez primera.

A su turno le sorprendió mi excesiva agitación nerviosa, y trató de sosegar me respecto al estado de mi madre: no debía de abrigar temores, ni era cosa grave, por el momento, sino advertencia de la naturaleza que no cabía desatender sin exponerse a graves riesgos. «Le veo demasiado inquieto, cálmese, me decía», y luego, con franqueza ruda, propia de su naturaleza, agregó, estrechándome la mano: «Vamos, amigo, le confieso que comienzo a quererle por primera vez. Le tenía a usted por petimetre, por uno de tantos elegantones profesionales de tres al cuarto, paseante en corte, sin oficio ni beneficio, y me encuentro con un hombre que sabe sentir... Vamos eso está muy bien... perfectamente...»

Casi amanecía cuando partió el doctor. Y me quedé solo con mis preocupaciones, envuelto en cruel mortaja de incertidumbres, de penas, de sobresaltos. En vano cerraba los ojos; ante ellos aparecía siempre la imagen de Laura, más atrayente y más hermosa que nunca, desdenosa y altiva como la viera la última vez. Los detalles todos de su belleza y de su elegancia me aparecían irresistibles. Mas, luego se me imponía la certeza de que nunca más volvería a ser mía, y saboreaba, con dolor agudo, las voluptuosidades todas de las últimas citas, llenos los labios del sabor candente de sus caricias que sabían a mieles de sus besos interminables y voluptuosos, que parecían unir la conmigo en cadena sin fin de refinados encantos.

Al día siguiente fuí temprano a ver a Rosa, mas tuve la mala fortuna de no hallarla. Volví a casa en donde

me arrojé a llorar desesperado el derrumbe de mi dicha, el final de mi encantadora romanza que ya no volvería, pues comprendía que me era del todo imposible encontrar mujer como aquella, que de semejante manera ensamblase con mi personalidad física y moral, en conjunto armonioso y perfecto. De nuevo pensé, entonces, en la muerte como en el término de mi amargura.

Me habían invitado esa noche a un baile, en casa de Irigoyen, mas no pensaba ir, de tal manera tenía el ánimo quebrantado. De pronto oí una voz interior que me empujara, y me vestí apresuradamente. Sería la una de la mañana cuando penetré en los salones de la fiesta, al través de la multitud compacta que los llenaba. Permanecí cerca de una hora como fantasma que cruzara indiferente, saludando a relaciones y amigas, sin acercarme a ellas. De pronto sentí flúido que jamás me engañara y volví el rostro. Era Laura que pasaba a mi lado del brazo de un señor. Se cruzaron nuestras miradas y fué como si una corriente magnética me hubiera resucitado. ¿Era verdad o sueño? Mostrábase un tanto ojerosa; en el fondo de su mirar había melancolía, acaso emanada de mi recuerdo; parecíame que su tristeza, su santa tristeza, fuera mía, y de allí nació encanto indefinible, mezcla de dolor y de gozo. ¡Qué dicha infinita experimentaba al verla triste! ¡Cómo gozaba en su pena, que no podía ella disimular y era como síntoma de ese lazo de amor que ahora, de golpe, surgía más indestructible que nunca.

De pronto se posó suavemente una mano enguantada sobre mi brazo y sentí el suave perfume de esencia conocida: Rosa era que me hablaba al oído: «Mucho sentí no hallarme en casa cuando usted estuvo... Vaya mañana a las cuatro y hablaremos, no sea niño; lleva cara de empresario de Pompas fúnebres... Está convertido usted en un Forlivesi. Hasta mañana, ¿no?»

Renacieron mis esperanzas como si de súbito la mano de una hada me hubiera tocado con varillita de virtud, tiñéndome de color de rosa.

Luego vi que se alejaba, y torné a encontrarla, junto a una amplia silla baja, en la cual estaba sentada una dama cuyo rostro no alcanzaba a divisar; oí claramente sus palabras, eran versos de Rubén Darío:

«La princesa está triste... ¿Qué tendrá la princesa?

.....

La princesa está pálida en su silla de oro,  
está mudo el teclado de su clave sonora,  
y en un vaso olvidada se desmaya una flor.

«Calla, calla princesa, dice el Hada Madrina  
en caballo con alas hacia acá se encamina,  
en el cinto la espada y en la mano el azar,  
el feliz caballero que te adora sin verte...»

.....

Rosa prorrumpió en risa cristalina y se enderezó; entonces pude ver a Laura que la golpeaba con el abanico, entre risueña y enojada. Mas luego, poniéndose seria, le dijo con voz firme: «Calla, tonta, si eso acabó y la culpa la tiene exclusivamente Fernando. Yo no le volveré a ver nunca más... nunca más, ¿entiendes? Se ha portado como negro y no le perdonaré en la vida... Con que ya sabes... eso acabó para siempre».

Y luego, cuando pasé junto a ella se mostró seria, demasiado seria, hasta el punto de que yo comprendiera sus esfuerzos para mostrarse enojada. Cayó sobre mi alma como rocío de consuelo.

Al día siguiente, a las tres en punto, estaba en el hall de Rosita y luego me introducían en el saloncillo próximo al jardín. Al través de los *stores* bordados de encajes, se vislumbraba chorro cristalino que caía con lluvia menuda de chispas sobre las plantas al regarlas. El saloncito estaba tapizado de seda rosa y le amueblaban divanes, bajos de asiento. Miré en torno mío: todo estaba tranquilo y ordenado; los vasos de *cloissonné*, cargados de crisantemos, sobre pedestales de laca japonesa y mil ju-

guetes y bibelots de plata o de porcelana que componen el adorno de mesitas de lujo, en su ordinario desorden pintoresco. Pero habían quedado entre las estatuitas de Sajonia un par de guantes de gamuza...

En ese instante entraba Rosa con paso firme. Me alargó la mano y advirtiéndome, al punto, el blanco de mis miradas, me dijo, con la tranquila sangre fría que caracteriza a las mujeres de mundo:

—Dígame, Fernando, ¿son suyos esos guantes que alguien ha dejado aquí desde hace tiempo... ¿no? Pues entonces quien sabe de quién serán, agregó con gracioso mohín.

Se dejó caer en el diván y, en tono confidencial: «Pero que tonto es usted, Fernando..., le creía de más mundo. Si parece muchacho de escuela..., No cabe en cabeza humana eso de tener celos del general. Es verdad que es buen mozo, pero, al mismo tiempo, es tan pesado, amigo mío... Es fósforo que sólo enciende en la caja... y su mujer es tan pesada como él. Sólo a usted se le ocurre de tener celos de un ser semejante. ¿Qué no conoce todavía a Laura? ¿No sabe que le quiere? ¿O será necesario que yo venga a decírselo?...»

—Vamos, ¿cuál cree usted que es el más grande de los animales?

—El elefante...

—Pues no sea elefante, amigo mío. Cuando una mujer como esa, le hace el honor de quererle, como ella le quiere... vamos, que no hay derecho alguno a estar celoso, ni a ofenderla...

—Si estoy profundamente arrepentido...

El timbre eléctrico resonaba, en alegre repiqueteo. Acababa de parar un automóvil. De pronto se destacó la figura de Laura, sobre el marco de la puerta; recogía el pesado cortinaje para darse paso. Su cuerpo se perfiló esbelto y fino, mientras su cabeza de cabellos dorados en la nuca, y reflejos metálicos rojizos emergía sobre el verde nilo de la tela, como si hubiera sido figura preraphaelista de Burne Jones. Detúvose un instante, miró, sin

ver, lánguidamente, con mirada cansada, saludándome con estricta cortesía, y se sentó, o más bien se dejó caer sobre un sofacito Luis XV, en un rincón.

—Espérenme un segundo, que ya vuelvo,—exclamó Rosita, saliendo rápida, hacia el salón contiguo.

Cambiamos, casi a un tiempo, sin darnos cuenta de ello, mirada circular para cerciorarnos de que nos hallá-bamos absolutamente solos.

—¡Imbécil... estúpido!... murmuró Laura.

Sentí gozo infinito; ya me veía perdonado.

—Si no supe lo que hice... perdóneme... soy un idiota...

—Así es...

De pronto me hallé a los pies de Laura, tomándola de las rodillas. Me dió fuerte palmada en el rostro que me hizo enrojecer, arrancándome lágrimas. Y luego, sin transición alguna, sentí que se inclinaba sobre mí, murmurando: «Tonto... Tontito... ¡cuánto me has hecho padecer!...»

—Y yo casi he muerto... estuve a punto de matar-me...

—No lo creo... no te creo... Ya estarías muy conforme...

No pudimos hablar más. Ya nuestros labios se habían confundido en uno de esos besos largos en que había como penetración total de mi ser en su ser, de mi vida en su vida, de mi aliento en su aliento.

—¿Me perdonas? ya no volveré a hacerlo más... Fué verdadera perturbación mental...

—Pero si ya lo ves... que más perdonado... y yo que estaba resuelta a no volver a verte... a tener carácter... así lo había prometido a mi confesor ayer, en los horas de agitada agonía que pasé en la Iglesia, casi oscura, mientras los padres cantaban unas oraciones que parecían *de-profundis*, con voz que resonaba como aviso de que todo hubiera terminado definitivamente entre nosotros. Estaba desesperada, porque desgraciada-

mente siento que te quiero mucho más yo a ti de lo que tú me quieres...

—¿Qué dices? si pareces loca... te adoro... te adoro... te adoro como jamás se ha querido en este mundo...

La puerta del salón vecino resonó con fuerza: era Rosita que volvía.

—¿Vámonos al «nido»?... insinué a media voz.

—No... no quiero... nunca más...

—Te esperaré... y tú irás...

—No... no... no... nunca más... quiero ser buena... como antes.

Rosita entró riendo. Traía hermosa canastilla de flores que acababan de enviarle de regalo, de rosas té. Largo lazo de cintas colgaba, y en el centro aparecía una tarjeta, en la cual leyó Laura con voz sonora: «General Ladislao Rivera».

—Aquí tienen regalo de novios, murmuró riendo a más y mejor. Cuando les decía que el general era hombre cumplido...

Laura miró y luego, echándome los brazos al cuello, me dió un beso en presencia de Rosa, que se cubrió el rostro con ambas manos...

—Pero qué par de sinvergüenzas... como hacen semejantes cosas en casa y delante de mí...

La tarde caía. El esplendor otoñal se reflejaba en los ojos de Laura, como en cámara oscura, en sus ojos que tenían fulgor suave de terciopelo que albergara en el fondo un brillante. Cada vez que me miraba en ellos creía recordar los días de nuestra iniciación en el amor, esos tan breves, con el cielo azul pálido, árboles llenos de hojas secas, de color leonado, a veces pardo, a trechos de oro fundido como sus cabellos. Volvían a mí tapices de hojas negruzcas, cerros tostados que comenzaban a reverdecer claros, perfumados de hierbas secas, largas hojas de tembladeras que parecen llevar en

la punta espigas de seda. Vislumbraba entre la verdura, tul de plata de grandes telas de araña sobre las cuales parecían palpitar hojas de helechos afiligranados y el agua, que no veíamos, corría entre piedras, murmurando.

## X

Había dejado el automóvil en la esquina. El «nido» estaba solitario, con plácido silencio que a ella le agradara. Caía gota a gota el agua de la pila, en lento ritmo, y el parrón, de hojas amarillentas y doradas por el otoño, tenía dolorosa tranquilidad. Los árboles, en el fondo del huerto, mostraban tonos reverdecidos, de hoja perenne. Un pino, muy alto, extendía ramas por las cuales se contaba el número de años. Desde lejos le veía sobresalir, entre todos, a considerable distancia, y luego, desde la ventana entreabierta, perfilar su ramaje sobre el cielo. El corazón me palpitaba en el pecho con esperanza de verla.

Después de reconciliarme, en casa de Rosita, había volado en automóvil, oscilando entre miedo de que no llegara y ansia de verla a solas, de tenerla otra vez en mis brazos, como si renaciéramos a nueva vida. Mientras arreglaba flores que comprara de paso, en la Plaza de Santo Domingo, experimentaba alegría de niño en asueto, dulce gozar de la vida.

No tardé en advertir rumor de auto. La puerta giró suave, sin ruido; resonó su paso firme y rápido y Laura se arrojó en mis brazos, dándome su boca, de la cual yo sorbía, cada vez, su alma. Cogida del talle, como siempre, lo conduje al diván en el cual se dejó caer contemplándome desde el fondo de sus ojos entornados, esos grandes ojos admirables que vivirán eternamente en mis sueños y en mis recuerdos. Como tantas veces, el calor de sus mejillas parecía quemarme. Mas, de pronto, como en otras ocasiones, se desvió ligeramente de mí, tosiendo violenta, con rostro encendido, y

al desviar el pañuelo, le ví enrojecido por manchas de sangre. Me alarmé.

—¿Qué tienes, alma mía? ¿Por qué toses?... y esas manchas de sangre, ¿qué significan?

Laura bajó los ojos y me dijo resignada:

—Creo que Dios se ha apiadado de mí... Me siento enferma y cada vez pido la muerte con más ansia...

—¿Estás en sano juicio? ¿Qué sería de mí si murieras?

—Harías como todos los hombres... me olvidarías...

¡Ah, no me conoces por lo visto... Sin ti, moriría también.

—Todos los hombres dicen lo mismo y ninguno se muere...

Y luego, en tono grave, agregó:

—Más vale así... tengo remordimientos, porque soy mala... faltó a mis deberes... engaño a un hombre bueno... soy la más vil de las mujeres... Las infelices que caen, las que se entregan a todos... las que se dan por dinero, tienen, al menos, disculpa; lo hacen por necesidad invencible, porque no pueden dejar de hacerlo; porque lo necesitan para vivir, careciendo de otra manera de ganar sustento... Y la vida es, en ocasiones, abominable y cruel. Mientras yo, que gozo de fortuna, y poseo cuanto cabe en este mundo; apenas despliego los labios ya tengo automóviles, pieles, perlas... ¿No ves que yo, adorada por mi marido que es tan bueno, soy muy culpable...? No tengo perdón de Dios... no lo merezco... Ah! ¿por qué te hallaría en mi camino? Antes de conocerte era feliz, ignoraba las angustias de engañar a un ser noble a quien se quiere... Porque yo quiero a Manuel... y mucho... mucho...

—¿Más que a mí?

—¡Ah! tonto... si le quisiera como a ti, ¿me halla-

ría en esta casa en tus brazos? Soy culpable... No tengo perdón...

Y se puso a llorar desesperada. Oíase cantos de pájaros entre ramas, rumor de agua goteando en la fuente y, por sobre todo, el extraño e impresionante silencio del atardecer. Una campana de claustro resonó lejos, venida de la ciudad, del bullicio del mundo, en el cual surgía, de pronto, como paréntesis de silencio, de soledad y de congoja.

—Sí, felizmente me voy a morir... estoy enferma del pecho... mi marido me ha hecho ver de médicos que me han examinado detenidamente... aseguran ser cosa de poca monta, delante de mí... pero yo presiento, con alegría, que es cosa grave... Sí, me alegro de irme... Créeme, Fernando,—agregó, a poco, echándome los brazos al cuello,— varias veces he querido romper contigo... no volver a verte para que así vayas acostumbrándote a la inevitable separación que forzosamente sobrevendrá, y se aproxima cada vez más rápida. Por eso, cuando peleamos el otro día, me resigné, destrozada. Pensaba que así me sentirías menos cuando me fuera. Pero supe que sufrías, que estabas desesperado...

—¿Quién te lo dijo?

—El doctor Ortiz, que estuvo a verme, me contó el accidente de tu madre y lo que habían conversado entre ustedes aquella noche... Fernando no hay manera de sustraerse en este mundo a evocaciones de seres amados; nos persiguen... Supe que sufrías y no pude resistir... Por eso he vuelto.

Mis ojos agradecieron sus palabras desde el fondo del alma...

—En realidad, no he vuelto por ti—agregó bajando la voz—sino por mí, porque sentía que estaba castigándome a mí misma al separarme de tu lado...

Y me cubrió de besos ardientes, de besos frenéticos, de besos enloquecedores...

—¡Ah! tú me has enseñado a sentir... tú me has enseñado a amar... por ti vivo, por ti gozo... Has palpitado en mis entrañas, como si fueras mi hijo.

Nos callamos. Corrí las cortinas y quedó la habitación a media luz, tamizada por suaves pantallas, que daban tono de rosa.

Y musité, junto a su cuerpo, como una oración...

Quisiera adorarte, quisiera que cada una de las acciones de mi vida, fueran para ti un nuevo homenaje de amor...

Bien advertía yo que ella quería siempre resistirse; habría deseado no entregarse jamás y mantenerse pura, intacta, pero también sabía cuánto la embriagaban mis caricias y cómo la aturdían. Y entonces la hacía recorrer la gama de las voluptuosidades, desde las más ligeras a las más violentas, de las alegrías exquisitas hasta notas casi dolorosas, haciéndola pasar por todos los estremecimientos y por todos los espasmos en que el ser se afiebra, se revuelve y se agita en supremas ebriedades, en ondulaciones rítmicas de placer que aceleran las palpitaciones del corazón hasta romperlo, casi en agonías que llegan hasta pérdida de la conciencia, como si mutuamente nos fundiéramos en la inmensidad del universo.

Laura, luego, se adormecía en mis brazos que hubieran querido aprisionarla eternamente..

Aún me parece ver aquellas tardes. La luz de la habitación, tamizada por pantallas, era difusa y misteriosa. Las flores daban perfume penetrante que se entremezclaba con el de ámbar quemado, y cuando el día era de sol radiante, nos agradaba abrir la ventana y sentir la luz filtrada al través del follaje, como tamizada de verde; contemplar el matiz tiernísimo de hojas nuevas y de brotes, y escuchar, lejano rumor de acequia o caño de agua oculta que murmuraba. Las notas rojas de cardenales surgían, junto a los parrones, entre alelíos amarillos y hortensias azules.

Del fondo de la habitación escuchábamos la voz de Caruso, cantando el *Ideale* en la victrola. Parecíame como si esa voz nos trajera la aprobación de nuestro idilio, como si fuera consagración de amor. Las notas cálidas eran himno triunfante, y se dilataban vencedoras.

Cuando callaba la música, solíamos oír, de pronto, canto de pajarillos posados sobre la tapia, y era otra música fresca y lozana que surgía con trinos deliciosos, música de la naturaleza que lleva, como fondo y armonía, el verde de los árboles, el balanceo de las ramas, el crujir de las yerbas, el rumor del viento...

¿Mas, qué era todo eso comparado con el himno interior de nuestras almas?

Y vino lo inesperado.

Fué una tarde en que habíamos agotado las sensaciones en el agua viva de la pasión triunfante. Nos hallábamos, juntas las almas y los cuerpos en silencioso recogimiento. Laura tenía los ojos entornados, se los besé y le dije, de pronto, en voz queda:

—Mi adorada... nadie te ha querido como yo te quiero, nadie volverá a quererte como yo te adoro... con el mismo fervor místico... concentrando en ti la vida... el ser... todos los instantes... Donde quiera que vayas yo te sigo... en el teatro... en la Iglesia... en las visitas... en la calle... Donde quiera que estés, allí me encuentro...

—¿Podré creerte siempre?—replicó ella sonriendo, con mezcla de suave ironía que era su tono habitual.

—Bien sabes que sí... bien sabes que de verdad sólo vivo para ti...

—¿Estás acaso seguro?... y luego, ya sería, agregó... Otra persona me quiere más que tú...

—Si no hay tal, contesté en tono de protesta, y elevando involuntariamente la voz... nunca, nadie te ha querido como yo...

—Me han querido más... mi marido me quiere mu-

cho más... mucho más que tú... y ese es el remordimiento de mi vida...

—Pues no debes tenerlo — agregué imprudentemente, y perdiendo control de mí mismo...— te quiero muchísimo más que él.

—Manuel me adora y tú... me quieres tan sólo porque sientes lo que yo te quiero... Has tenido muchos amores... has querido a muchísimas mujeres.. has poseído a otras... a todas las que has querido... en tanto que... he sido sólo tuya... Mi marido me adora...

Laura elevaba también el tono, protestando.

Me reí. Recordaba en ese instante, que Manuel, en una comida íntima en el Club, días antes, había referido que tenía, en Concepción, relaciones ardientes con una dama enamorada de él. ¿Cómo se explican semejantes dualidades amorosas? ¿Cómo es posible que un hombre ame a su mujer y que le sea infiel, sin embargo, y pase a brazos de otra? Son misterios de la fisiología, del temperamento sanguíneo, de nervios, que en ciertos instantes perturban y ciegan a los hombres... Manuel había agregado que iba, cada quince días, a verla y pasaba noches de fiebre en el carro dormitorio, pensando en aquella que le cegaba...

¿Cómo pude faltar a leyes de honor y de confianza en mí depositadas? ¿Cómo pude perder el dominio de mí mismo, que he sabido conservar en situaciones más críticas? ¿Cómo pude dejarme arrastrar de la vanidad necia de ser *más...* de *sentir más intensamente...* de dar la nota más alta en todo? ¿Fué acaso la sensación física intolerable que suelen producirme algunos sonos estridentes de mujer, emanados de garganta seca, en horas de emoción o de cólera?

Laura había abierto los ojos que tenía entornados y los clavaba en los míos, las pupilas fijas en las pupilas, como desafiándome. Su rostro tenía en ese instante gesto duro.

—¿De qué te ríes?

—De la ingenuidad de las mujeres,—contesté,—de cómo tan fácilmente cualquiera las engaña... mientras yo vivo pendiente de ti... siguiéndote por todas partes...

—Gracias,—interrumpió irónica.

—En tanto estoy dispuesto a todos los sacrificios por ti...

—Un hombre que hace sacrificios por una mujer,—interrumpió amarga,—es porque ya no la ama...

—¿Y te atreves a decirlo de mí?... que te doy todos los segundos de mi vida... en tanto que tu marido tiene amores por otra parte... ¿Qué tiene que hacer en Concepción, cada quince días? ¿Lo sabes?

Laura se incorporó en el lecho, rápida, y con aspecto de leona me azotó, cortante:

—¡Mientes... mientes... mientes! Eres un miserable... ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¿Cómo pude engañarme tanto con semejante infame?... ¿cómo he podido quererte?... ¿cómo he podido entregarme a ti?... ¡A ti!... ¡infame!... ¡infame!...

Y se puso a llorar desesperada, sacudiéndose entera, desgredada, con amargas convulsiones que la agitaban y un hipo que hacía recordar angustias de moribundos. Sus cabellos habían rodado por los hombros, y en su aflicción, no hallando a mano el pañuelo, se enjugaba el rostro con la bolsa de seda que había cogido instintivamente del velador, mientras caían las peinetas de carey, que usaba para sujetarse el pelo. Y hundió el rostro en la almohada de plumas.

Sus hombros aparecían adorables y con transparencias de porcelana. Sus senos turgentes se sacudían en ondas y bajo el fino tobillo las zapatillas de charol formaban como nudo. Las enaguas de encajes estaban vueltas con el impudor inconciente de quien ha muerto ya. Era como imagen palpitante de la desesperación, pero de una desesperación terriblemente provocadora de *deseos*... Por primera vez comprendí al Marqués de Sade...

Y de súbito, me sobrecogieron remordimientos, conciencia de mi infamia, del secreto violado, de la infidencia al amigo, de traición a la mujer amada, de mi bajeza, de mi ruindad. Me sentí, de pronto, despreciable, canallezco... Me había conducido peor que el último rufián.

Laura, entre sollozos, exclamaba, sin mirarme:

—¡Dios mío!... ¡cómo pude creer en él y entregarme así?... ¡Qué bien me has castigado, Señor y Dios mío!... ¡qué bien me castigas!...

Y luego, dirigiéndose a mí: «¡Ah, tú no me quieres... no me has querido nunca... solamente me has deseado... como a una prostituta vulgar... Has querido mi cuerpo... y nada más... si me quisieras jamás me hubieras dicho eso... Jamás... jamás... Habrías comprendido que me asesinabas... que me apuñaleabas!... ¡Y qué mal caballero eres! ¡Cómo traicionas a tus amigos, a los que tuvieron fe en ti... ¡Dios mío, cuán inmenso desencanto!

Mi rostro había enrojecido de vergüenza y sentía que en verdad era mal caballero.

Laura comenzó a arreglar su tocado, rápida, cogiendo horquillas, caídas, vistiéndose pudorosa, *como llena de pavor de que yo siguiera contemplándola desnuda*. Era otra, como si se hubiera descorrido el velo de ilusión que encubriera su alma y la enlazara con la mía.

Traté de cogerla entre mis brazos, pero me rechazó vigorosamente, con inesperada violencia. Púsose el sombrero, sin mirarse al espejo, contra lo que acostumbraba de ordinario, se calzó los guantes nerviosamente y se encaminó con paso rápido a la puerta. Pero me interpuise, impidiéndole salir. Me miró airada: «Sólo eso faltaba, que añadieras a la traición la cobardía y pretendieras retenerme por fuerza...»

Invadióme frío en las entrañas, y luego sentí cómo mi corazón latía aceleradamente cual si fuera a romperse.

Parecíame, entre congojas mortales, que todo hubiera de acabarse entre nosotros para siempre.

De pronto, surgió en mí una idea de defensa inesperada.

—Tiene usted puerta libre... la dije... Puede usted irse cuando quiera. Pero no saldrá sin oírme antes dos palabras. Cuanto le dije de Manuel era falso, simple invención mía. Jamás me ha hecho confidencias... y en todo caso me parece que a mí sería el último a quien hubiera podido hacerlas de semejante género... Jamás me ha dicho que tuviera amores con nadie... *Eso lo inventé yo* por entero... ¿Con qué objeto? para saber si me querías... hasta qué punto me querías, si era cierto que con todo el corazón... *más que a su propio marido*, como usted me aseguraba... La he sometido a prueba y ahora veo que había sido engañado... Sólo a él quiere usted... Se ha engañado a sí misma... ¿Qué pasó conmigo? Acaso fué vértigo inconsciente de pasión que se fué... que ya no existe... Ahora se han roto las entretelas que encubrían mi vista y sé, de fijo, que usted le quiere... Vuelva a él... vuelva... veo que ya nada quiere usted conmigo...

Laura se había detenido en el dintel de la puerta, perpleja, y sus ojos me miraban, entre dudas, de hito en hito.

Lo que por mí pasara es ahora verdaderamente incomprendible. Comencé mintiéndole, buscando salida salvadora en el instante crítico, para no ser despreciado por ella, y expresé maquinalmente cuanto dije, sin esperar que me creyese. Pero al concluir, sentí que temblaban lágrimas en mi voz y que era yo sincero... Sí, en mi ánimo, en lo inconsciente, yo creía que Laura estaba enamorada de su marido y que acaso por perversión sexual, se había entregado a mí, prefiriéndole en lo íntimo a él. De pronto vi que las lágrimas me ahogaban... sentíalas caer hilo a hilo, rodando por mis mejillas hasta empaparme.

Laura vacilaba, vencida ya, contemplándome. Si hu-

biera llevado más lejos la escena, se habría arrojado quizás a mis brazos, volviendo. Pero la idea surgida de pronto, en mi cerebro, tomaba consistencia: tenía celos de Manuel, de ella; y una llama ardiente me consumía, con lo cual aquello que comenzara de comedia terminaba en realidad, en drama de mi alma.

Laura me miraba dudosa y desconfiada aún. Bajó el tono y con voz dolorida y tenue, me dijo, simplemente:

—Adiós, Fernando...

Y se alejó cubriéndose el rostro con el pañuelo.

Oí que cerraba el portón; y luego rumor de bocina y entonces experimenté aquel mismo dolor que habrían de sentir los muertos, si fuera posible, al oír cómo se cierra su propia sepultura. Era el dolor callado y sin palabras, de los desgarramientos definitivos, de lo que no tiene ya remedio. Sentía que esta vez no habría compostura y debía definitivamente separarme de esa adorada mujer que había hundido su garra en mi corazón, tomando posesión de él para siempre.

¿Podría existir sin saberla mía? ¿Tenía acaso algún objeto la vida sin ella? Pensé cuánto me había burlado de hombres que se suicidaban, encontrándoles imbéciles; cuántas veces me había dicho, a mí mismo, o había observado a mis amigos, la demencia de los que se quitan la vida por amor. Mas ahora les comprendía, advirtiendo como en verdad no es dable vivir sin el amor que llena nuestro ser.

Iba a perderla, y sentía ya su sombra en mi alma.

## XI

Lady Whindam Fox me había invitado a comer a su casa de la Avenida Pedro de Valdivia, a la Legación Británica. Era grupo selecto y reducido. Apenas una docena de señoras de alta sociedad santiaguina, lo más *chic* y lo más empingorotado de la vieja aristocracia tradicionalista.

Al través de amplia verja de hierro aparecía iluminado el parque por millares de luces de colores. Altas araucarias de encarrujado ramaje, plátanos enormes, castaños de India, inmensos pinos, palmeras, olmos y acacias, formaban toldo de verdura que surgía con fulgores de incendio. El chalet aparecía, en el fondo, al pie de un lago, rodeado de rosales color de blanca porcelana, como deliciosa nevazón que temblara en el agua.

En el amplio hall, los invitados bailaban fox al compás de la orquesta. Las parejas se deslizaban por el parquet recién encerado y brillante, rozando los altos jarrones del vestíbulo cargados de rosas y de lirios. Un jazz-band de negros vestidos de rojo metía estrépito diabólico de castañetas y pitos, de banjo, serrucho y flautas, marcando rabiosamente el violento compás del baile americano. Pepita Alvarez, enlazada por el señor Souza, daba largos pasos, con movimientos acentuados a derecha e izquierda, en tanto que otra pareja, con los pies a compás, daba saltos rítmicos. Varias señoras conversaban en grupo.

Sir Whindam Fox, en un rincón, sentado en cómodo sillón de Maple, acariciaba su perro que constituía su principal amor. Era personaje original. Se moría por los animales, pues tomaba muy en serio su calidad de miembro de la Sociedad Protectora. Un día, recorriendo

calles extraviadas, había dado con un gozque ordinario, de la peor especie, que huía acosado por una leva de perros que le mordían rabiosamente. Sir Whindam lo cogió, espantó a los demás canes y metió en su coche al «quiltro», le condujo a la Legación, como «Ataché», según decía Lady Whindam Fox; luego le hizo lavar, restañó la sangre que manaba de las mordeduras y le envió a la cocina. Desde aquel día el gozquejo no se apartaba de Lord Whindam y le seguía por todas partes.

Rosita Guzmán se movía con pasos largos y elegantes, recto el busto, alta la cabeza, enlazada del talle por el General Rivera, que tenía manera especial de bailar. Me hizo con la cabeza ligero saludo y murmuró entre dientes, sonriendo: «Esta noche...» No comprendí. Más tarde supe que se trataba de una conjuración para ponerme bien con Laura.

Allí estaban los del reducido círculo íntimo: Pepa Alvarez, Elvira Ruiz, la señora Souza, el general Rivera, Eliodoro Zaldívar, Colares, viejo elegante, que por sí solo representaba doscientos años, según Elvira Ruiz. Aseguraba haberle oído, durante un viaje a Egipto, exclamar, imitando a Napoleón, y trepado en la gran pirámide, con sombrero de copa: «Amiga Elvira, desde lo alto de estas pirámides, trescientos siglos *he contemplado*».

Vi casi todo el grupo de los tiempos inolvidables. Sólo faltaba Laura, a quien perseguía desde hacía dos meses. En vano iba a las carreras, al Parque, a la Quinta, a salones donde de ordinario la encontraba, a fiestas a las cuales concurría, a los Lunes de las Cano, a los Martes de la señora Souza, donde las Alvareda, a los Sábados de Rosita Guzmán. Ni tampoco aparecía en su palco de la ópera. Decían sus amigas que estaba enferma, pero no podía creerlo; ¿qué enfermedad era aquella que de pronto la derribaba, y justamente después de la terrible escena de nuestra última cita?

En vano trataba de olvidar; la sombra de aquella mujer divina, me perseguía sin apartarse un punto. Ob-

sesionábame el recuerdo de su belleza, de su distinción, de su gracia única. Creía oír el murmullo de su voz adorada, el resonar metálico de su risa, y ver luego la mirada de sus grandes ojos negros, aterciopelados y brillantes. Llevaba la muerte en el alma y no podía resignarme a creer que fuera posible ruptura definitiva. Mas el tiempo pasaba, y no nos reconciliábamos. Laura se negaba terminantemente a verme, a recibirme. Sin duda me había despedido, pues el portero siempre daba igual contestación: «La señora acaba de salir hace un instante...» Y, sin embargo, el automóvil esperaba a la puerta, o se oían rumores de piano en el salón. Y transida el alma, partía después de haber aspirado aquel olor suyo, exquisito.

Todas estaban en la comida de Lady Whindam; sólo faltaba ella. Sombra indefinible de tristeza me empañaba el rostro. Rosita se inclinó a mí, en la mesa, diciéndome, a media voz, en la penumbra discreta que formaban en torno nuestro luces tamizadas por pantallas de colores: «Amigo mío, no se aflija, todo se arreglará no olvide la frase tan exacta de Pascal: «Siempre acaba por perdonarse cuando se ama...» Dígame... ¿qué hizo usted a Laura, que anda exasperada con usted y no quiere ni oírle? ¿Qué ocurrió?

—Lo ignoro... Laura está enferma y no hay más...

—¿Y por qué no ha venido entonces?

—Pues pregúnteselo usted a ella, no a mí...

La orquesta de Jazz tocaba furiosamente un charleston. Castañuelas y tímboles, flautas y platillos formaban estrépito que contrastaba con el misterio de la penumbra en el comedor, en el cual las luces habían sido apagadas o tamizadas por pantallas, divisándose, tan sólo, arcos de flores sobre el buffet, en el centro de la mesa, en rincones discretos y el suave dorado de carnes semi-desnudas con escotes de señoras y trajes blancos, amarillos, «tango» grises. Ciertas caras de mujer recordaban retratos pre-rafaelitas de Donattello. Era corte

antiguo que contrastaba deliciosamente con la frescura joven de fisonomías alegres.

Todo invitaba a la confianza, dando carácter de intimidad a la fiesta. Sentíase allí el instinto misterioso que aconseja penumbra para horas de sinceridad. Sólo allí habría podido murmurar Rosa las cosas que decía.

En vano trataba yo de olvidarla en ese marco elegante y mundano en donde tantas veces la viera triunfar; su imagen surgía en mi espíritu, como guirnalda maravillosa de pecado y de amor. Laura dominaba, como única soberana, llenando el espacio y el tiempo. La amaba, en la embriaguez del recuerdo, con rememorar de paraísos perdidos y mi alma se satisfacía en exaltaciones de goce moral exquisito, comparándola, por contraste, con las demás mujeres, que sentía infinitamente inferiores a ella, y con exaltación patentizaba las perfecciones inefables de su cuerpo, tan bello como el más puro de los mármoles griegos que se viera animado por soplo de agitación humana. Me había dejado sojuzgar por ella, era suyo, con abolición completa de voluntad, y es lo curioso que sólo ahora comprendía lo potente de su dominio sobre mí, entre el terror de perderla y la memoria vibrante de embriaguez del pasado. Estaba diluído en ella, hasta en fibras íntimas, como perfume en la atmósfera de habitación cerrada, penetrando todo en ella y ella toda en mí. Sus suaves cabellos, en que sumía las manos en horas de reposo y de amor; su boca, tantas veces herida con roce de besos que rasgaban los labios; sus largas y dulces pestañas que daban a su mirar dulzura asustada de gacela: todo resurgía, en mí, en oleaje de pasión triunfante, aún en la separación, aún en la lejanía, aún en la tristeza de la ausencia.

Mientras circulaban criados, silenciosos y discretos, en el comedor apenas iluminado, sentía en mí la dulzura del obscurecer y de la penumbra. Me abstraí. Rosita Guzmán, inclinada, cogía dulces en fuentecillas de

plata y me hablaba de Laura, haciendo crujir, entre sus dientecillos blancos, pasta de almendras. La música de jazz-band sonaba estrepitosa, con timbales, flautas y castañuelas, y absorbente, en medio de tan encontradas sensaciones, murmuraba en mí el eco de su voz mezclado con desesperanza amarga.

Cuando tomábamos café en el invernadero, Elvira Ruiz tuvo uno de esos caprichos tan frecuentes en ella, y dirigiéndose a la dueña de casa, Lady Whindam Fox:

—Señora... sabe usted, ¿no sería delicioso que todos fuéramos a la fiesta de las «Casas cunas» en el Parque Cousiño? Allí encontraremos a Santiago entero; la fiesta será suntuosísima. Teresa está resuelta a tirar la casa por la ventana, en su calidad de Presidenta; sólo de su bolsillo personal gastará diez mil pesos.

Y luego Anita enumeró nombres de señoras y chicas de la sociedad santiaguina que debían reunirse, vestidas de alsacianas, en diversas carpas y tiendas de la *Kermesse*. Las de encumbrada prosapia, las más bellas, las elegantes debían concurrir junto con sus adoradores. La iluminación sería digna de las Mil y una Noches. Guirnaldas de luz eléctrica, de lampiones de colores, de bombillas a millares, formarían círculos en torno del lago, prendidas entre ramas de altos pinos, de abetos, de castaños de India, de palmeras, mientras focos en lo alto de los eucaliptus, aparecieran como lunas inmensas. Agregaba a esto detalles prácticos: hablaba del número de cajones de champagne, jamones, los numerosos pavos muertos, y tortas encomendadas a famosos reposteros; millares de sandwiches de caviar, a lo cual habría de añadirse números de bailarinas húngaras y de la Orquesta de Tziganos. No dejaba en el tintero, ni siquiera el precio de regalos que se darían en el Cotillón, todo barajado con *flirts* de solteras y de casadas, y detalles de los últimos escándalos.

El General Rivera estaba entusiasmado. No se concebía fiesta sin su presencia. Sabía dar almuerzos y comidas gloriosas, en las cuales los laureles aparecían reemplazados por perejil, y las acciones de guerra por salsas, entre las cuales sobresalía una mayonesa con camaroncitos que constituía la especialidad de la casa.

A las once partíamos en varios automóviles. Me habían colocado en el Packard de Rosa, y volábamos por la Avenida Pedro de Valdivia, iluminada por grandes focos, envuelta en dulce atmósfera de perfumes primaverales, y ambiente de flores desprendidos de jardines. Sobresalían sombras de chalets de todos los estilos, desde el colonial hasta el normando, y del holandés al de los castillos del siglo XVII, perfilados entre manchas que mostraban líneas recortadas y maravillosas de cordillera Andina, encaperuzadas en nieve, que resplandecía en la obscuridad de la noche.

Entre sombras de árboles aparecía lejano, como cinta metálica, el río Mapocho, bordeado de alamedas. Y más allá del río se alzaba majestuosa la masa sombría del San Cristóbal con la Virgen que proyectaba, en lo alto, visión luminosa con nimbo de bombillas eléctricas. Más allá, al pie, veíase perfiles oscuros de pinos de California, tenuemente delineados con tinta de China.

El General Rivera entonaba una marcha militar, entre dientes. Yo iba colocado junto a la señora de Souza, vestida de claro, con amplia capa de seda. Y en el asiento delantero aparecía Colares, de frac, alzados los bigotes canosos, a la moda antigua, como cuando era joven; el rostro aguileño afeitado y traza de gran señor. Cambiamos mirada silenciosa con la de Souza; recordábamos aquellos tiempos, ya pasados, en que íbamos juntos en el inolvidable paseo de los Andes, cuando visitáramos el milagroso «Cristo Pobre», en compañía de Laura y de Lady Whindam Fox. Involuntariamente reaparecían aquellos primeros días de mi amor

con Laura. Y parecíame ver aún su fisonomía virginal, que comenzaba a despertar a la suprema ilusión encantadora.

¡Cuán lejos y cuán cerca todo eso! Luego recordaba horas de cita, diálogos, los sufrimientos de la ruptura y el inmenso vacío que nada podía llenar en mi existencia.

El auto volaba, y junto iba otro, en igual carrera desatentada, se perdía en la obscuridad la pupila roja de su foco posterior y se movía en diversas direcciones el farol buscador, de viaje.

Luego entramos por la Alameda de las Delicias, entre altos edificios de varios pisos que daban a la Plaza Italia.

—Fernando,—interrumpió de pronto la voz de Elvira,—sáqueme de dudas.

—¿De cuáles?

—Soy la única mujer a quien usted jamás ha cortejado en Santiago, ¿qué significa eso? Francamente me siento avergonzada, ofendida. Se me figura que usted debe encontrarme fea y eso me llena de dolor. Todavía es tiempo. En días pasados, dije a mi marido: «Mira, Pepe, voy a menos. Figúrate que Fernando Alvarez nunca me ha perseguido, siendo tan devoto del bello sexo. ¿No te sientes humillado?»

Adelante, Colares entonaba una romanza que le valiera triunfos antaño: la de «Judía». La bocina del auto resonaba en aquel momento, haciendo callar así la voz del tenor como las gracias de Elvira, que se puso nerviosa y exclamó: «Los autos son insoportables».

—Señora,—observó Rivera,—es imposible, ser graciosa dentro de un auto que camina a ochenta kilómetros por hora.

Ibamos a la altura de la calle Dieciocho. Altos edificios, de varios pisos, se levantaban frente a los árboles del Ovalo de San Martín, en donde la estatua parece extender la bandera como águila que emprendiese vuelo. San Vicente se alzaba pequeño, pero elegante de estilo.

Numerosos autos pasaban veloces. Los focos de la Avenida del Ejército iluminaban, formando nimbo de luz, a lo lejos, en el Parque Cousiño. Y los faroles se cruzaban dando animación desusada a la calle, de hermosos edificios modernos. Sacudía súbita ráfaga de alegría. Todo se iluminaba y parecía ascender en la noche, oyéndose resonar de cohetes, allá en el fondo del Parque Cousiño, del cual comenzaban a llegar ecos de músicas militares desde las lejanías.

Apareció la Plaza Ercilla, rodeada de árboles y jardines. Se perfilaron torreones del cuartel de Artillería y del Parque de Guerra, con trazas de fortaleza, que hacían recordar, en la sombra, la Bastilla de los grabados del 93, y en el fondo se destacó la verja del Parque Cousiño, con inmenso rótulo de bombillas eléctricas, en el cual se leía: «*Kermesse de las Casas Cunas para niños pobres*». Muchedumbre de chicos desarrapados ofrecía boletos de entrada a los autos, detenidos en larga fila organizada por la policía, a la entrada del recinto. A uno y otro lado se destacaban masas oscuras de amplias avenidas de castaños de India, de pinos y de sicomoros, de altísimos eucaliptus, de mimosas y pimientos de rojizas florès. De trecho en trecho, parecía asomarse la luz de un auto, entre verdura lejana, auto misterioso y desviado que luego se perdía a lo lejos. La Cordillera de los Andes, como sierra cubierta de nieve, se recortaba en la sombra del oriente.

Ráfagas de viento nos traían notas en direcciones distintas, como desmenuzándolas. Luego, a medida que nos acercábamos al centro de la elipse, comenzaba a verse en un recodo, el recinto deslumbrador de luces, en las proximidades del lago. La muchedumbre se agitaba en torno, como procesión de sombras que se movieran lentamente, en medio de tenue polvareda luminosa. Acordes de orquesta colocada en el Kiosko del jardín central, marcaban compás de fox, con estrépito de castañuelas, de platillo, de timbales y de matracas, al uso americano. Y cerca, formábanse grupos de chicas elegantísimas,

una de las cuales esbozaba compases de shimmy, con piecillos calzados de gamuza blanca, en medio de muchachos de smocking. Por los costados de las avenidas se alineaban simétricos, millares de automóviles.

Multitud de kioskos, brillantemente iluminados, se alzaban en varias partes de los jardines, entre flores y arbustos, en mar de luces. En los unos se vendían muñecas y juguetes, en otros se daba refrescos y champagne, en aquél flores, en éste se bailaba, en el de más allá una adivina, vestida de negro y la cabeza cubierta con tules, predecía la suerte por líneas de la mano, mediante la módica suma de cinco pesos. «Veo una niña rubia... otra morena... carta que trae malas noticias... montaña... viaje próximo... mucho dinero...».

Por entre grupos del inmenso gentío que lentamente se deslizaba en torno del lago, al través de jardines, por senderos, cruzaban señoritas, vestidas de alsacianas, con anchos lazos de cinta roja en la cabeza, trajes blancos y delantales azules, vendiendo ramilletes a las damas y flores para el ojal a los señores.

Pertenecían a lo más encopetado de la sociedad santiaguina, así como las damas que vendían en kioskos, a los cuales se precipitaban amigos, a hacer acto de presencia mundana, a depositar billetes, beber copas de champagne y desaparecer, en seguida, antes de que la carga se hiciera demasiado gravosa. Solamente se quedaban allí pretendientes, cortejantes de señoras, vividores íntimos o snobs de provincia para deslumbrar con derroches y darse a conocer como personajes de rumbo, sin fijarse en la fría sonrisa con que era recibido su dinero por las damas vendedoras.

De pronto, desde el auto en que estábamos detenidos contemplando la fiesta, sin penetrar en ella, oímos que la orquesta callaba, para dar paso a una estudiantina de jóvenes que pasaban con el sombrero clásico y la cuchara de plata, vestidos de terciopelo, calzón corto y zapatos con hebilla, terciadas las capas, rasgando guitarra o

punteando el mandolino, en tanto que algunos tocaban violín o flauta.

Uno de ellos nos descubrió y luego resolvieron tomarnos por asalto y darnos allí mismo serenata, iniciada con el pasacalle de la *Dolores*. No tuvimos más remedio que bajarnos de los coches. La primera que descendió, de un salto, fué Elisa Ruiz, se cogió rápidamente del brazo del Director de la Banda de Estudiantes, que era amigo suyo, pues conocía a todos y echó a andar, en contra de la corriente de paseantes que recorrían avenidas en lenta procesión. Descendimos tras de ella los del grupo: Rosa Guzmán y su marido, la señora de Souza y Alvaro, Anita Güemes, Sir Whindam Fox, el General Rivera, que estaba entusiasmado ahora con Rosita, a la cual perseguía a sol y a sombra. *Vincitore* seguía, despacio, andando con suma dificultad, de piernas abiertas, estirándose, de cuando en cuando, los pantalones. Colares iba con Lady Whindam Fox, erquido, paquete, el perfil altivo, con esa traza de gran señor que le valiera conquistas antaño, entrè gente que padecía de snobismo. Eliodoro Zaldívar, fino huaso chileno creía del caso hacer cohetes con la boca, imitando los que echaban en la fiesta.

Penetramos al recinto de la Kermesse, precedidos de la banda de estudiantes, que avanzaban de a uno en fondo, por no permitirlo en otra forma la muchedumbre que se apiñaba en la plazoleta del Kiosko Chinesco, en el cual tocaba magnífica orquesta de los mejores maestros del Teatro Municipal. El aspecto de la Kermesse era fantástico; amplias tiendas de techos rústicos, de paja, de flores y verduras las unas, vastísimas carpas de lona las otras, adornadas todas con guirnaldas y luces de colores irradiaban polvo luminoso esparcido por el lago, en lo alto, mientras a lo largo de la obscura superficie, se perfilaban estrías doradas, verdes, azules, rojizas, o bandas luminosas que parecían brotar de las aguas, y en ellas se reflejaban edificios y kioskos, como si del fondo mismo quisiera surgir otra ciudad encantada.

Por las avenidas circulaba muchedumbre elegante y rumorosa. Chirriaba la rueda de ruleta gigantesca, colocada en el centro del paseo, junto a la cual, sobre el tablado, un conocido y joven político, martillo en mano, remataba muñecas pregonando su mercadería por medio de discursos chispeantes, adjudicándose las más bellas a muchachos conocidos que no pensaban en adquirirlas, pero que se veían obligados a aceptarlas pagando altos precios. Por entre grupos de paseantes, se deslizaban bellísimas chicas vestidas de floristas y cargadas de flores, cuyas siluetas delicadas y largas, les daban apariencia de exquisitas porcelanas de Sajonia, de finas muñecas movidas en el ritmo de una danza antigua.

De pronto Rosita Guzmán, cogida de mi brazo, exclamó alegremente: «Vamos a la carpa de Josefina Linares». Nuestra banda se encaminó alegremente a la carpa central, donde se bailaba fox, rápido, cadencioso y alegre, con pasos largos y golpeados, seguidos de vueltas. En el vasto recinto, preparado con lona de buque, reinaba va-y-ven tumultuoso: circulaban chicos a quienes sus madres o amigos habían regalado juguetes. Y grupos de chiquillas cogidas de la mano, interrumpiendo el paso de la caravana. En la puerta «el gordo» Sánchez Padín, vestido de frac tocaba enorme bombo, como en ferias europeas, gritando con voz estentórea: «Señoras y caballeros, acudid. Aquí se baila... Acudid...»

Junto al salón improvisado, había buffet, dirigido por dos damas: Cecilia Moller y Laura. Nuestra banda se acercaba al grupo y no había manera de evadirse. Cuando menos lo esperaba, me encontré en presencia de Laura, de mi Laura hermosa como nunca, vestida con traje color de rosa, escotado, que ceñía su largo talle y su cuerpo esbelto, dibujando líneas de elegancia extrema. Era obra de Gallot, a la sazón el más famoso modisto de París. Sus cabellos, bajo la profusión de luz eléctrica que le caía en forma de proyección teatral convertidos en rubio rojizo encubriendo las orejas, le daban traza de admirable estatua de Tanagra.

Vila en el departamento en que se vendía champagne. Pedí una copa para las señoras, destapáronse algunas botellas, y bebimos los de nuestro grupo. En el momento en que nos saludábamos, noté en Laura alegría no disimulada, onda de felicidad que le subía al rostro. Su mirada, triste, como desde lejos la viera momentos antes, era, ahora, mirada luminosa, suave y casta, plena de suave regocijo, de infinito encanto. A mi vez, sentía la inmensa alegría de la reconciliación, del amor en nuevas brasas de fuego, no muerto sino por breves instantes escondido, para reaparecer más hermoso y más vibrante que nunca.

El General Rivera se acercó en aquellos momentos, pidió una copa de champagne y pagó con billete de quinientos pesos, haciendo ademán de entregarle el resto para las Creches. Laura, friamente, tomó el precio justo y le dió el vuelto con ademán señoril que no admitía réplica. ¡Y cómo me avergoncé en aquel instante de haber tenido celos...! Su alma aparecía hermosa y transparente como vaso de alabastro, iluminado por dentro con fuerte luz. Sentí que me había perdonado, que era mía esa mujer elegantísima y hermosa, la más hermosa y elegante de nuestro grupo social.

Un caballero de aspecto simpático, Ernesto Durán, joven todavía, pues su edad no pasaría de cuarenta y cinco, de clavel rojo en el hojal del smocking, se acercó al grupo. Era uno de los tipos más curiosos del medio santiaguino: refinado, culto, escéptico, vivía en transacciones con el espíritu de extrema devoción y fanatismo de nuestra sociedad elegante.

—A ver... expresó, dirigiéndose a Beatriz Portocarrero, joven dama de cabellos rubios, grandes ojos negros y mohín de pilluelo de París, en la boca risueña,— a ver... señora Portocarrero... dígnese ofrecermé una viuda... Cliquot... no se asuste. La beberemos entre todos, en honor de los niños de las Casas-cunas, y una copa especial para el general Rivera, que acaso ten-

ga más derecho que todos nosotros sobre alguno de esos pequeñuelos...

Y se rió, con ademán alegre, que le estremecía entero, mientras el general bebía la copa cerrando los ojos.

Felicia Lara de Arroyo, hermosísima dama, de antiguo abolengo, famosa por su belleza y sus gracias,—las gracias de las Laras,—vendía champagne en uno de los puestos. De pronto se acercó a ella un caballero que la cortejaba a ojos vistas. Era Carlos Lacerda, hombre de abolengos y millonario, de fisonomía simpática, el cabello cortado en escobillón, y ya gris, los ojos negros y hermosos. Lacerda pidió a Felicia una copa de champagne, que ésta le pasó con un relámpago de sus bellos ojos de santiaguina. Bebieron juntos, y luego, Carlos, sacando un cuaderno del bolsillo, le firmó un cheque por tres mil pesos. Inmediatamente comenzó el comentario en el reducido círculo de la Kermesse.

El chismecillo corría, o más bien volaba, lleno de agregados más o menos picantes.

—¿Y ese marido qué dice?—preguntaba en tono sencillo, y con mirada inocente, Filomena García. Acaso pensará que como el matrimonio es una cruz tan pesada, no siempre alcanzan a llevarla dos...

Vincitore reía, reía.

—Vamos, ¿y usted cuándo se casa?—preguntó Elisa a Colares.

—Me parece que ya es tiempo, mi amigo...

Este que tenía cerca de sesenta años, enrojeció de ira.

—Pero, contésteme, Colares... ¿cuándo contrae usted matrimonio?

—¿Y para qué quiere usted saberlo, señora?

—Es que tengo curiosidad de ver si para entonces su mujer tiene la suerte de que la paguen tres mil pesos por una copa de champagne, como a Felicia Lara.

Ambas damas se profesaban odio, pero siempre, en público, se abrazaban.

Entonces intervino Ernesto Durán, que escuchaba el diálogo:

—Elisa, hace usted muy bien en decirle a Colares «que *contraiga*... porque el matrimonio se contrae... como el tifus...»

—¡Qué mal hablado!—exclamó Elisa, con alegre risa que parecía collar de perlas que se desgranara.

—¡Y qué bien pensado!—repuso Colares.

A todo esto continuaba corriendo la anécdota de los tres mil pesos pagados por la copa de champagne a Felicia Lara de Arroyo por un señor que la cortejaba.

Entonces entró en acción Eliodoro Zaldívar. Era muchacho en extremo ladino y marrullero, a pesar de ciertas salidas de tono sencillas que aparentaba con la innata malicia del *huaso* chileno. Como era amigo de Felicia y acababa de oír comentarios con motivo de la copa de champagne, pagada tan caro, por Carlos Lacerda, tuvo una ocurrencia ingeniosa y astuta. Se dirigió a Manuel de Lacerda, de quien era muy amigo, y le dijo al oído: «Sabes, Manolo, que tu hermano Carlos le ha pagado a Felicia Lara tres mil pesos por una copa de champagne?... todos hablan de eso».

—¿Y qué dicen?—interrogó Manuel.

—Dicen que tu hermano es rangoso y gran caballero.... están admirados... sorprendidos de tanta generosidad... ya no se habla de otra cosa...

Y luego, en tono confidencial, agregó: «Yo que tú... le pediría otra copa a Elisa y le daría cinco mil para que vieran que yo era más generoso... a ti... vamos... la plata no te importa nada... Tienes la bodega llena de trigo...»

Manuel Lacerda se puso en pie, estiró sus pantalones, lo que constituía su gesto favorito, se metió las manos en los bolsillos, y se acercó a Felicia Lara que continuaba sirviendo champagne en el mesón pequeño.

—Felicia, dos copas de champagne... si me hace el favor...

Le dió una. se bebió la otra, y luego, escribió tres líneas, pasándole un cheque de seis mil pesos.

Y como Felicia le mirase, sorprendida, dudosa al recibirlo.

Manuel la contempló sonriendo: «Pero si es la tarifa de familia... Carlos pagó tres mil pesos por una copa... yo debo pagar seis por dos...»

Se atuzó el bigote fino y corto, y con saludo de gran señor, y lento paso balanceado, se alejó del grupo. Elio-doro Zaldívar se fué, triunfante, a contar la anécdota. Había salvado el prestigio de su amiga.

El estallido de tres bombas anunció que acababa de comenzar el paseo veneciano en el lago del Parque. Habíamos subido a una nave al estilo de aquellas en que se efectúa el matrimonio del Dux con el mar de Venecia. Se hallaba empavezada con gallardetes y banderas. Precedíala una lanchita que la llevaba a remolque, y la seguían diversas embarcaciones tripuladas por marineros de chaqueta carmesí al estilo veneciano, y gorros de terciopelo, igualmente rojos, que resaltaban sobre el blanco de los vestidos.

En nuestro barco, Anita San Juan, una de las más famosas cantantes de sociedad, debía entonar, acompañada de orquesta, una Barcarola Napolitana y la *Berceuse de Josselyn*. Estaba preciosa, vestida de aldeana, y sus bellos ojos aterciopelados refulgían en la dulzura de su rostro pálido. La orilla del lago hormigueaba en sombras chinescas de paseantes. En el fondo, junto a rocas artificiales, veíase un castillo de luz, fachada inmensa de palacio, trazada en la noche con luces de colores, que variaban constantemente, transformándose de rojo en verde, pasando súbitamente al azul y al tornasolado, obra maestra de pirotecnia. De pronto se encendieron árboles de fuego, y comenzaron a girar ruedas y molinos luminosos, más lejos. En breve la orilla entera ardía en iluminación feérica y la orquesta resonaba en medio del lago, trasmitidos y como espiritualizados sus sonos por el agua oscura. Inmenso clamor de muchedumbre saludaba la maravillosa aparición de luces que se extendían en círculo.

Producido el silencio, resonó la voz de Anita San Juan, sonora, cristalina, dulce, entonando la Barcarola, llenando el lago, extendiéndose en la noche, al través de la sombra, con resonancias misteriosas y conmovedoras. Era una de las muchachas más elegantes y admirada de Santiago. Laura, su prima y yo nos habíamos sentado a sus pies, para acompañarla, pues su padre la había confiado a ella.

Mas todo se borraba para mí, en la felicidad inmensa de sentirla nuevamente mía, deshechas las nubes que nos habían separado en días que parecieron siglos. En la sombra, cuando creíamos que nadie podría vernos, se cruzaban nuestras miradas y sentía la deliciosa impresión de verla mía, de admirar su refinada elegancia, de sentir su piecicito apoyado en el mío y el contacto de su pierna bajo la cubierta del gabán que nos tapaba. El calor suave de su cuerpo se infiltraba con la deliciosa sensación que tuve, más de una vez, al estrechar su cuerpo en el *fox*, y advertir cómo su cintura tenía flexibilidades de junco y vibraciones nerviosas que sentía en mí como el director de una orquesta advierte las más tenues alteraciones de su ritmo en la música. Nos amábamos y nos comprendíamos ya sin necesidad de palabras, con sólo mirarnos al contacto más leve. ¿Habéis sentido alguna vez el dolor agudo y finísimo del nervio descubierto? ¿Comprendéis que se puede experimentar, en el placer, algo análogo? Eso me pasaba a mí al contacto de Laura; así la sentía, así la amaba, así me impresionaba hasta lo más íntimo del ser el simple contacto de su cuerpo adorable.

—¿Qué malo eres y cuánto me has hecho sufrir este tiempo!

—Y yo, ¿crees que he pasado en lecho de rosas?

—Me habían contado que estabas enamorado de otra... que seguías por todas partes a mi prima Anita... mírala... qué mona está... qué divina...

—Bien sabes que nada existe fuera de ti... que casi me he muerto con la horrible separación de este último

tiempo... Bien sabes que nada me importa fuera de ti, mi linda... Anita no existe...

Y Laura, sonriendo, me la indicaba, sentada en lo alto de la popa del barco. Sus piernas delineadas por fina media de seda, tenían curva deliciosa, su cuerpecillo de virgen aspecto lilial, puro, y de las líneas de su cuerpo se desprendía impresión de raza, de finura, de algo extremadamente primoroso. Pero nada podría borrar la que daba el cuerpo de Laura, en la magnífica madurez de rosa abierta y espléndida.

Apoyó dulcemente su brazo en el mío, su mano en mi mano, y por mi alma pasó, en desfallecimiento de amor, el ansia de morir entre sus brazos.

La estudiantina española, en otro barco, entonaba un Pasacalle; se escuchaba estrépito de cohetes, estallando en lo alto del cielo para deshacerse en chispas de colores, en luminosas cascadas que se perdían, luego, en la noche oscura. El castillo de fuegos artificiales se fué desvaneciendo, se apagaron también molinos de fuego y ruedas giratorias, y los árboles de luz de la orilla. Todo volvió lentamente a la sombra como sea cruel ley de la vida que todo se apague, acabe y muera.

Laura no pudo dejar de hacerme la triste observación:

—Ya todo se apaga... todo muere.... yo también moriré... me iré pronto... *y todos...* me olvidarán. Entonces, a lo lejos, al través de la vida... acaso alguna vez recordarás esta noche en que juntos vivimos tan intensamente lo espiritual de nuestro amor.... y, como es lógico, llegarás a querer a otras mujeres... Quizás te cases con Anita, mi prima... yo sé que te gusta... Si te gusta... no lo niegues...

—No seas tonta criatura. ¿Por qué te obsesiona Anita?

—Es que la encuentro muy bella... muy bella... y sé que le agradas... tú sabes agradar a todas las mujeres... Todas te quieren...

No pude dejar de reírme, halagado en el fondo, por

ese sentimiento de vanidad que constituye base inconsciente de todo ser humano y al cual bien pocos escapan, pero comprendiendo que me decía un disparate cariñoso.

El paseo en barcas había concluído. Nuestra alegre caravana se encaminaba al recinto de Tennis Inglés, en donde tenía lugar baile reservado, cuyas invitaciones repartidas entre lo más selecto de la sociedad santiaguina, habían sido pagadas a precio de oro.

A las 2 debía bailarse cotillón, con parejas señaladas de antemano y dirigido por el Príncipe Rosenberg, aventurero de los que se cuelan en todas partes, admitidos, gracias al snobismo de sociedades nuevas. Era príncipe ruso, arrojado lejos de su patria por el triunfo de la revolución bolshevique y recibido en palmas de manos por la sociedad americana, tan conservadora en el fondo. Traía relaciones románticas, al estilo de la historia de la princesa de Lamballe, paseada por calles de París en una pica en 1793, en la revolución francesa. El príncipe era gran señor arruinado que se veía obligado a trabajar en una fábrica de escobillas, lo cual despertaba simpatía entre las mujeres. Cuatro años más tarde habría de fugarse con la caja del establecimiento. Mientras tanto, dirigía un cotillón, imitado por la *crème* de la juventud santiaguina.

La orquesta tocaba el segundo fox. Cogí en mis brazos a Laura y nos lanzamos, en largos y dulces pasos, sintiendo el baile, la encantadora sensación del compás y del ritmo que unen dos cuerpos como si fueran un alma. En cierta ocasión me había dicho ella que «el baile era como forma de poesía ritmada por la música y el movimiento», definición encantadora y propia de fina sensibilidad. A lo lejos resonaban cohetes de fiestas. La sentía, y su aliento me rozaba el rostro como bocanada ardiente... Su respiración agitada, la daba tono suave de rosa en las mejillas. Sus ojos refulgían, luminosos, como nunca los viera antes, como estrellas envueltas en

terciopelo. Su cuerpo aparecía afinado, más delgado que nunca. De pronto soltó mi brazo y dijo, a media voz:

—Salgamos... que me siento mal...

—¿Qué tiene, hijita?—murmuré en voz baja, en voz de citas íntimas, en esa que sólo me ha salido de la garganta con ella. ¿Qué tienes?

—Que me siento morir... ¡Ay!... me ahogo... me ahogo... por eso quería reñir contigo, separarme de ti para siempre... no verte más... que me olvidaras... para ponerme bien con Dios... ahora que me voy... Deseaba que sufrieses menos cuando me fuera... por eso quiero desviarme de ti... no verte... ni quererte... ni pecar... y volver al cariño de mi marido, a la paz de la conciencia.... porque esto no puede ser... no debe ser así... ignoras cuánto he sufrido pensando en mi pecado... y cómo te adoro...

—Calla, Laura linda... calla, que me estás partiendo el corazón... si no morirás... si tienes que vivir para mí...

Laura tuvo acceso de tos. Le puse el pañuelo en la boca y quedó manchado de sangre...

## XII

El tren abandonó la Estación Mapocho mientras, en los andenes, bulliciosa muchedumbre despedía a personas que partían a Europa o se alejaban de Santiago. Agitábanse pañuelos y sombreros; algunos rostros ocultaban lágrimas, en tanto que otros asistían por cumplir o daban la espalda y se alejaban en silencio. A nuestra vista iban desapareciendo lejanos campanarios de la capital y jardines del Parque. El río se dilataba, haciendo culebrëar aguas escasas en arenales quemados por sol de estío.

El pullman iba completamente lleno: extranjeros, en mayoría ingleses, vestidos de colores claros; damas que extendían sobre sus piernas anchos *plaid*s, reclinadas en sillones de terciopelo. Hermosos tipos de señoras y algunos parlamentarios chilenos completaban aquella reunión, de marcado aspecto exótico. Al través de la ventanilla desfilaban, pasada la estación Yungay, amplias alamedas de los alrededores, casas quintas, villas, chacras, en donde la tierra parda era cultivada en melgas. A lo lejos, blanqueaba alguna iglesia de campo, de vetusto campanario, o caminaba un carro de bueyes, procedido del boyero, al hombro la ahijada puntiaguda.

Las evaporaciones de la mañana formaban polvareda luminosa que se perdía en el horizonte. Poco a poco, me sentía sumido en una como atmósfera de penumbra moral que borraba objetos y sólo me permitía ver la imagen de Laura que me llamaba, en sus cartas, en tono cada vez más dolorido. «Me parece que voy por mal rumbo... Sufro... tengo fiebre y la tos no me abandona. Pero quiero vivir por ti... me siento feliz, y segura de

que me amas. La vida tiene ya sentido. Antes, estaba en medio de soledad. Nada me atraía ni consolaba del vacío del alma; quería, a veces, morir y me sentía cada vez más arraigada a la existencia. Y ahora que deseo revivir en ti... la vida se me va...».

«Ayer estuvo a verme Rosita, salimos juntas, fuimos por la orilla de la playa en dirección a Montemar, por el camino de Concón. Nos cruzamos con diversos autos; vimos a Lady Whindam en compañía de una señora inglesa muy rubia, de esas que te agradan, y suelen hacerme rabiar en ocasiones... Luego, pasamos por el angosto camino que corre junto a las rocas. El mar relucía bruñido como acero; las olas rompían estrepitosamente, en blancas espumas, pensaba en ti... que te encuentras lejos... en tu amor... en tus besos... en aquellas tardes del *Paraíso*... de nuestro «nido»... Y experimentaba remordimientos, pensando que eso *no debe ser*... nunca más. Juré a la Virgen que en adelante seríamos como hermanos y viviríamos en simple idilio de amor, ¿me comprendes? Pero advierto a cada instante más la necesidad de tu presencia, de sentirte mío, de impedir que otra mujer te captive. Con seguridad habrás estado en comidas y te habrás divertido... Ya me siento vieja... ¿creerás que voy a cumplir treinta años? Elisa Lara se encuentra aquí; pasea y da hermosas fiestas, a las cuales asiste lo mejor de Viña. Carlos Lacerda la sigue como sombra y dicen que está locamente enamorado de ella. Viven, en realidad, como marido y mujer, sin que nadie murmure, de tal manera han impuesto la sinceridad de su cariño. El marido, el pobre Manuel Arroyo, se consuela asistiendo a banquetes y comiendo lo más que puede: según dice Elisa Ruiz, «se parece a los rumiantes en que tiene cuatro estómagos»... ¿Cuándo vienes? Piensa que no puedo existir sin ti... Vivo con el pensamiento puesto en nuestros recuerdos... en las primeras flores que me distes. ¿A que no sabes dónde?...»

«Ayer fuimos a Miramar. El cielo estaba estrellado

y la noche magnífica. Nos pusimos a beber «*champagne*» en el restaurant de la Playa. Antonio Guzmán se ha vuelto loco. Le ha dado por cortejarme y me persigue a sol y a sombra. El otro día intentó declarármese, pero le fué bastante mal. En una comida, en casa de Jeffreys, me dijo que tenía que hablarme, y quedamos de juntarnos a las once en el cenador. La noche estaba serena; el mar azul, obscuramente profundo, quebrado por blancura de olas que reventaban, se extendía inmenso. Unas araucarias agrupadas en el fondo del jardín enmarcaban el mar y el cielo. Al dar las once dije a Rosita Guzmán que me sentía cansada y le pedí me acompañara a dar un paseo, encaminándola, suavemente, al cenador. Cuál no sería su sorpresa al encontrarse con su marido, que abría tamaños ojos. «El destino se empeña en unirlos a ustedes», dije a Manolo que me miraba furioso. «Para que nuestra felicidad sea completa sólo falta ahora mi marido». Y luego, mirando mi reloj pulsera, agregué friamente: «Antes de cinco minutos lo tendremos aquí, pues debe llegar en el nocturno y le he pedido que venga a buscarme». Y dejé a Manolo atontado, despidiéndome con saludo Luis XV... Y tú que no vienes... dejándome expuesta a las acechanzas de rivales... que no te inspiran temores... Esa noche, al salir del jardín, sentí oleada de rubor que me subía al rostro, pues nadie se habría atrevido a seguirme sino supieran que soy tuya, sino creyeran algunos que semejante cariño les da derecho a cortejarme... Vente... vente luego... tengo dolores de cabeza terribles, y accesos de fiebre que no me abandonan. Te mando muchos b... mi lindo».

De pronto sentí ruido de voz conocida: «¡Fernando... Fernando! ¿Qué estás sordo? Hace media hora que te estoy llamando a gritos...» Apenas tuve tiempo de guardar la carta, apresurado, y volverme al amigo que me tendía los brazos.

Era el general Rivera, que se quitaba los guantes de gamuza ploma para dar a un mozo de cordel la propi-

na, mientras su asistente colocaba en la redecilla del pullman el *necessaire* de cuero de Rusia.

Rivera se instaló cómodamente, hizo bajar por el camarero la maleta de mano, abrióla, y entre sus numerosos frascos de plata sacó uno de whisky, cuya tapa ancha se convertía en vasito, la llenó y pasándomela, interrogó:

—¿Whisky and Watter, no?... Un habano entonces...

Abrió, con pausa, una caja de «Hoyos de Monterrey». Después de encender su cigarro, con sumo cuidado, y de rellenar la petaca de puros, apretó los resortes de la valija y dijo entre dientes:

—Joven Fernando, ¿sabes la gran noticia?... Eres capaz de ignorarla aun cuando no se hable de otra cosa en Viña... Colares se casa...

—Aló... ¿contra quién?...

—Con Carmela Umazaga...

—¿Qué apellido más raro!... no lo había oído nunca.

—Ni yo tampoco, es apellido español... se trata de la hija de un tendero de provincia, con más de un millón. Miren la suerte de Colares... Creo que es capaz de cogerle huevos al águila, aun cuando está más viejo que yo...

—Pero es simpático y no mal parecido...

—Gracias por el galanteo, y yo que te acababa de ofrecer whisky y de darte un cigarro...

—Si quieres te lo devuelvo...

—¿Con que se casa Colares? Pues hace divinamente, que ya se va poniendo viejo y necesita le cuiden sus reumatismos. Al pobre la voz no le sale ya sino mohosa, como de *medium* espiritista... Y si la muchacha tiene dinero, lleva el puchorete o el asado con su millón...

—Y también el postre. Van a París... en lo florido de sus años...

—Siempre había pensado que Colares era sabio,—sabio que se ocultaba.

—¿Qué más hay de nuevo en Viña?

—La comida de la Condesa Esperansky. Invitó a Carlos Lacerda en compañía de Elisa Lara, colocándoles a su derecha y su izquierda en la mesa, y al frente al marido, a Manolo Arroyo, en cuya servilleta había escondido un escapulario, el conocido «deténte, que el corazón de Jesús está conmigo». Todos la tachamos de insolencia, que no debía permitirse una extranjera...

—Pero se han reído...

—Como locos... Y no hay quien no conozca la historia y en el club en cuanto entra Manolo le alzan la solapa del traje para ver si lleva escondido el famoso escapulario de la Condesa.

—¡Pobre Manolo! Son ustedes unos bandidos...

—Nos hemos divertido mucho estos últimos tiempos. Tuvimos paseo y almuerzo en Concepción, dado por don Severo Jiménez Aranda... tú le conoces... el millonario boliviano...

—¿Qué pájaro es ese? ¿De dónde ha salido?...

El general encendió el habano que se le había apagado, y, después de echar bocanadas, entornó los ojos beatíficamente y contestó en tono enredado, mascando el cigarro, con gesto o pretensión de elegancia, que era como sello de snobismo que traían algunos de París...

—Jiménez es personaje extraordinario. Estaba desde hacía meses en Chile y nadie sabía de él, ni le conocían ni visitaba salones, encerrado en su concha. De repente, se supo que hacía jugadas de bolsa y era millonario. Comenzó a dar comidas, a las cuales nadie quería asistir; congregaba personajes de vigésimo orden, gente anónima de nombres raros. Pero un buen día, se supo que su fortuna era seria. Había ganado un millón en la Bolsa y se decía que tenía cinco o seis más. Se presentaba en el parque en lujoso automóvil; tenía otro de turismo, que prestaba a sus amigas, a quienes solía regalar joyas de precio, cajitas esmaltadas, bombonieres de oro, jarrones de Sévres. Cuando apareció últimamente en Viña, dió un baile en el Club, al cual asistió cuanto había de más pintado. Y héteme aquí, de buenas a primeras, a Jimé-

nez Aranda convertido en león de Viña del Mar. Este personaje curiosísimo tiene dos secretarios, a quienes trata a cuerpo de rey; varios automóviles, y da regias comidas. En Valparaíso invitó al Trocadero a las mejores actrices de la Compañía de Opereta inglesa, y en Viña a la sociedad elegante, a lo florido y granado. Fueron dos fiestas, a cual mejor. Jiménez vive tirando el dinero por la ventana... Figúrate que arrendó una casa,—la encontró después demasiado chica y modesta para su persona y alquiló otra mejor... pero conservó la primera, que le costaba tres mil pesos mensuales, y se la cedió gratuitamente a una señora amiga que tiene hijas pequeñas y no posee fortuna...

—No me parece mal. El gesto es de gran señor.

—Es tipo de Nabab, querido Fernando; vive con lujo asiático, gasta cuarenta mil pesos mensuales, a lo menos, según afirma uno de sus secretarios...

—Para eso le paga, para que lo afirme...

—Vive rodeado de parásitos, y cuentan que el día de las Grandes Carreras de Viña, cuando su caballo *Lord Brumell* se ganó la copa, le dió de beber champagne, en cubas y el pobre animalito se emborrachó... Era espectáculo lamentable y cómico ver a Jiménez abrazando y besando al pobre animal, a quien suministraba el divino líquido. Pepito Garrido, que no peca de sobrio, como sabes, tuvo una buena frase al saberlo: «¡Ay, quién fuera caballo!»

«Hoy día Jiménez figura en lo más pintado entre la creme de la sociedad porteña, más abierta y fácil que la de Santiago».

El pullman estaba completamente lleno, salvo el departamento reservado. Iba deteniéndose lentamente, pues entrábamos a la estación de Llayllay. Los viajeros bajaron a los andenes, en donde multitud de vendedores ofrecían frutos del país, canastas de chirimoyas, naranjas, hermosas peras de agua sabrosísimas, plátanos, nísperos, y ramos de flores rústicas, que esparcían aroma. La muchedumbre apresurada entraba o salía del restau-

rant; véiase trajes de viajeras elegantes mezclados con otros provincianos, gorras de viaje de hombres, tocas femeninas, largos gabanes.

El tren partió y comenzaron a mostrarse, a nuestra vista, campos reverdecidos. Atravesamos el túnel de San Pedro y aparecieron en la hondonada, apacibles valles aconcagüinos, con paisajes llenos de animales que pastaban en el fondo de quebradas boscosas. Las extensas alamedas, renegridas, se extendían a pérdida de vista. Una que otra antigua casa de fundo, aparecía lejana, rodeada de amplios corredores, y más allá chalets nuevos, de forma y estilo americano, se mostraban en penumbra de alamedas que los circundaban. Espejeaban campos recién regados, como trozos de cristales rotos.

El tren se detuvo; habíamos llegado a Calera. Huasos, de anchos sombreros de pita y espuelas caminaban haciéndolas sonar con ruido metálico. Iban cargados de maletas y cestas. De pronto, con rumor de voces se vió invadido el pullman por viajeros de la combinación de los Andes; entre ellos apareció una hermosísima dama, de nariz aguileña y ojos negros, velados por largas pestañas. Era Olga Mac-Allister, una de las mujeres más graciosas de la sociedad santiaguina. Metía ruido, reía con voz cristalina y tenía ocurrencias que los demás celebraban. En pos de ella venía Colares, con gorra gris del color del gabán de viaje, echada atrás, lo cual le daba traza de inglés «de agua dulce», como decía Durán.

El general salió a su encuentro. Solo estaba a sus anchas en círculo santiaguino, de fortunas y nombres tradicionales. Sentíase intrigado por los rumores del matrimonio de Colares, que acababa de entrar al wagón con aire, no ya de millonario en ciernes, sino de efectivo. No bien le hubo visto cuando le gritó, de un extremo a otro del carro:

—*¡Monsieur le millonaire, aquí hay asiento!*

Sonrió Colares con cara satisfecha, y penetró pausa-

do, avanzando entre inglesas que dormían con libro caído y en las manos el frasco de agua de Colonia.

—No sean indiscretos,—dijo, sin negar, con cara de felicidad.

En el saloncillo reservado, resonaba la risa alegre de Olga Mac-Allister, a quien rodeaban tres de los más conocidos sportman de Viña, vestidos de trajes claros y largos abrigos. Uno de ellos era Pepe Bunsen, conocidísimo vividor, y hombre de mundo, que había formado considerable fortuna en trabajos de campo, pero, famoso, particularmente por triunfos femeninos. En aquel instante Bunsen embromaba a una hermosa muchacha de tipo distinguido, vestida de blanco y calzada de gamuza. Brillaban sus ojos sombreados por elegante toca. Rivera se acercó a saludar a Olga, y en pos, Colares.

—¡Hola, Fernando!—me gritó una voz cristalina y plateada: era Anita San Juan, la viajera de *blanco vestita*, como le decía Vinci, recordando el hermoso verso de la Divina Comedia. ¡Fernando, qué tal!... ¡que se lo había tragado la tierra a usted? En el fundo de Olga, en Barranca Bermeja estuvimos tres días esperándolo, sin que llegara. Antonio Guzmán le había anunciado, pero fué como el del día del juicio...

Y luego, mirándome intensamente, me dió asiento a su lado, murmurando a media voz: «Ingrato».

En el departamento reservado imperaba la figura de Olga, en grata tertulia. Acababa de abrir un *necessaire* de piel de cocodrilo, con frascos de tapa de oro y escobillas de marfil con monogramas puestos al estilo japonés, de letras trazadas de arriba hacia abajo, y sacaba fino pañuelito de batista empapado en esencia.

—¡Qué regio *necessaire!*—exclamó Colares a quien nada escapaba, y es cocodrilo de primer orden...

—Hecho con sus lágrimas de cuando era soltero, Colares, con sus lágrimas de amor... y con su piel...

—¡Qué ya se ha casado Colares?—interrogó Rivera.

—No todavía,—contestó rápidamente Olga,—pero va en camino de contraer, porque, según decía Manolo en

la Kermesse del Parque, el matrimonio se *contrae*... como el tifus...

Rivera reía frotándose las manos; Colares sonreía de mala gana, pues a pesar de haber pasado siempre en sociedad donde todos embroman, él no había podido acostumbrarse a burlas.

—Te corres de cualquier cosa, solía decirle Eliodoro Zaldívar... te falta mundo porque *eres joven*... Con el tiempo y la garúa ya te acostumbrarás.

Entre tanto, Anita San Juan, pretextando lo estrecho del compartimiento, me había llevado al gran salón, en donde tomamos asiento en un sofá.

Allí había dos sitios vacíos y, en torno, otros ocupados por inglesas inabordables. Era mi joven amiga, como creo haber dicho, prima hermana de Laura, en cuya casa más de una vez la encontrara, y figuraba entre las chicas solteras más elegantes y pretendidas de Santiago, pues a más de su belleza posesía cuantiosa fortuna, siendo su padre dueño de valioso fundo contiguo al de Olga, en San Felipe. ¿Se había dado cuenta de nuestros amores? Con toda seguridad. Acaso fuese para ella, atractivo poderoso el que jamás la hubiera cortejado. Acaso también entraba, por mucho, en la vivísima simpatía que me manifestaba constantemente, el hecho de haber oído murmurar, a media voz, de una pasión romántica por su prima Laura, leyenda, sobre la cual tendía la sociedad santiaguina velo piadoso de perdón o dudas, pues en sociedad nadie *sabía* de eso oficialmente, aun cuando casadas y solteras la comentaran en charlas íntimas. Quizás también obraba en ella deseo de arrebatarse a su prima el hombre que la cortejaba, y presentarle como cosa suya al mundo sorprendido. Aquella noche en que tan divinamente cantara en la laguna del Parque, cuando su figura hermosísima y esbelta sobresalía en la proa del bote, con encanto de sirena vestida por Gallot y con voz de la Farrar, había sentido sus ojos, que pasaban como distraídos, y luego se desvanecían en deliciosa embriaguez de ensueño, clavados en los míos. Afectaba fin-

gida y absoluta indiferencia para con mi persona y mi actitud ante Laura. Y con todo, vislumbraba mirada y actitud rindida de mujer que espera. ¿Por qué no decirlo francamente, aun cuando no redunde en honor mío? La verdad es que me sentía halagado, en lo íntimo, al ver insinuaciones misteriosas de la chica más elegante y bella de Santiago. Dime a pensar que cosa pudiera haberle dicho Anita. Nada, sin duda, pero en su actitud había lenguaje misterioso y mudo que, en amor, parece decir: «Te aguardo... Esos hombres bellos como Adonis, que corren en pos de mí, nada me importan... te prefiero, a pesar de no ser buen mozo... ni tener posición extraordinaria... te espero... Fernando... ¡Sólo a tí!...».

En el vagón, cerrado por anchos cristales, penetraba ya el calor de la mañana en quemantes ondas. Sentíase fuerte olor de ramos de flores colgados de la redecilla por pasajeros. El camarero de librea verde, pasó llevando bandeja de copas con whisky y soda, en tanto que se oía la voz chillona de algún muchacho que pregonaba la estación próxima, de carro en carro, y el zumbido de un moscardón. La cortina, de seda medio levantada, permitía ver trozos de paisaje campestre, con álamos en las lejanías y carreteras polvorientas por las cuales se divisaba lejano galopar de caballos y polvareda de bueyes conducidos al ható.

La luz de hermoso día primaveral bañaba el rostro de Anita San Juan; su cabellera gloriosa tenía claridades rojizas de caoba, con rayos de oro, herida por el sol; su nariz, de curva suave, finísima y delicada en su blancura, parecía palpitar en las alas de sus ventanillas, cuando alguna emoción la sobrecogía; el color de su cutis tenía algo de transparente porcelana japonesa que un fulgor misterioso atravesara.

—¿Cómo pasaron su tiempo en Barranca Bermeja?— le pregunté, contemplándola, de soslayo, a hurtadillas.

—Como siempre. Estaba yo en la estancia de Las Palmas, de donde partíamos a visitar a Olga a menudo. Es

una amiga simpatiquísima y graciosa, elegante, bella... Y luego como exaltándose un poco, lo que formaba parte de su estilo ordinario: «es divina... es divina...», agregó, y me quiere... y juega tennis como diosa... pero siempre la gano. En sus campos tienen una cancha magnífica... pero usted ha estado por allá...» Y me dirigió, al decirlo, una mirada de sus ojos húmedos y brillantes. En ese momento su perfil me pareció rectilíneo, pero suave y dulce, esfumado entre reflejos de oro de su cabellera.

—¿Y mucho se divertían ustedes?

—Regular. Paseos a caballo, a los alrededores... al Salto del Indio...

Recordé entonces, en visión rápida y completa, los días pasados.

—También salíamos en auto,—agregó Anita San Juan,—y fuimos a ver al «Cristo Milagroso».

—¿Y qué le pidió?

—Algo... pero ¿y a usted qué le importa?... En la noche tuvimos, en casa, representaciones de cine. Papá ha instalado uno magnífico en el corredor; invita a la gente de vecindad, los Fernández, los Hoyos, los Pereyra Garica, los Hurtado del Río, los Vélez. Multitud de niñas y bastantes jóvenes, y un inglés, Lord Clifford, que me corteja y quiere, a toda costa, casarse conmigo... Me dijo que «estaba loco de amor por mí». Contesté que no era raro, porque hasta el presente, casi todos los hombres me parecían tan locos, como él.

—Hasta yo, cuando me encuentre cerca de usted..., le dije, a media voz, también creo que estoy loco...

¿Por qué pronuncié aquella frase? Lo ignoro. Acaso trabajaban en lo inconsciente deseos de mi madre tantas veces repetidos, de que me casara, pues sólo podría quedar contenta cuando viera en casa, corriendo en torno suyo, a los nietecillos. Tal vez tuve nostalgia de lo desconocido y recordé que algunas veces mi madre, no sin circunloquios y rodeos, me había manifestado cuánto le encantaba Anita San Juan, refiriéndome historias de

sus padres, de quienes era amiga desde joven. Siempre que leía crónicas mundanas y encontraba listas de bailes de tono, repetía: «también estaba Anita San Juan». Hay momentos en que un hombre enamorado siente en lo obscuro, en lo íntimo de su ser cosas que no se atreve a confesarse. Surgen otras mujeres, le parecen fascinadoras, le tientan, le seducen y le atraen.

—¿Qué no lo sabía? ¿Qué no se lo había dicho a usted el instinto de adivinación de las mujeres?—agregué, en todo cálido y penetrante.

Anita, se enderezó, con rápido y flexible movimiento de su cuerpo, largo, sutil, ondeante, y poniéndose recta, me clavó y dijo:

—Fernando, no esperaba eso de usted... no lo creía tan malo... Porque lo que usted hace está mal hecho... y lo que dice, no es verdad, ni lo siente... Usted es *malo*...

Me sentí perturbado: «¿Cómo puede usted decirlo... usted es de quién menos pudiera esperarlo... Usted...»

—Soy así, digo lo que siento... Vea, desde hace tiempo hubiera deseado tener una conversación con usted, antes de que me dijera lo que... acaba de decirme y que yo *no puedo aceptar*: «Usted es malo... No se conduce como debiera y en ocasiones me extraña sentir en usted algo que no encuadra con naturaleza de caballero, con temperamento fino, distinguido... nada vulgar... y... para ser franca en todo... veo que usted no es lo que debiera ser...»

Me puse lívido; sudor frío, rara emoción, me sobrecogían. ¿Por qué me cogió tal impresión al oír a esa muchacha, que no amaba? ¿Por qué daba importancia a lo que no debiera preocuparme en lo más mínimo? ¿Era acaso el comienzo de un proceso de amor que sólo ahora comprendía y que se iba lentamente desarrollando, a pesar mío, dentro de mi alma?

—¿Qué motivos tiene para hablarme de modo tan serio... tan... ofensivo..., interrumpí, con voz que temblaba.

—Le digo la verdad... le digo cosas que es preciso oiga usted. Escuche, añadió Anita, arreglándose maquinalmente el botón de su guante de blanca gamuza, y haciéndolo pasar con lentitud bajo la cinta negra de su reloj de pulsera que refulgía en diamantes, como si quisiese darse tiempo para hablarme con frío y deliberado reposo. «Oiga usted... ¿Recuerda aquella noche en que yo canté, en el Lago del Parque, durante la Kermesse, la Barcarola de Josselyn? ¿Recuerda que usted estaba sentado a mis pies... junto a mi prima Laura, la mujer que más quiero?...» Y luego con perfidia inconsciente de sinuosos ataques femeninos, agregó: «¡Pobre Laura querida! me tuvo en brazos, meciéndome en ellos cuando niña...»

Las palabras de Anita hicieron surgir involuntariamente, en mi alma, la comparación entre su belleza fresca de virgen, plena, dorada, luminosa, y la fisonomía de Laura, enflaquecida, gastada antes de tiempo por la enfermedad, y su rostro que arrugas prematuras ajaban. Y surgió también la aspiración, tantas veces formulada, como reproche, de mi madre ¿cuándo te casas?...

La adivinación se hacía, dentro del alma de la santa viejecita, de que yo tenía un amor prohibido que se alzaba como muro de piedra en contra de sus íntimos deseos. Y la carne hablaba. Sentía, como oleajes de mar, palpitaciones ardientes de mi sangre, hálito de amor que subía con la primavera, renovándome y veía surgir ante mí, apoyada en el borde del sofá del pullman, su pierna deliciosa enfundada en media de seda que transparentaba carne alba y hasta el azul de venas que surcaban su piel. Resonaban los brazaletes que oprimían la muñeca fina de su brazo derecho, al arreglarse el sombrero de fieltro blanco. Y en el calor del vagón sentí un perfume violento, doloroso, excesivo, irritante, emanado de la fina seda de su traje que encubría la casta y tentadora desnudez de sus formas.

Anita continuó inexorable:

—¡Ah, no crea que me he olvidado de aquella noche,

de su actitud junto a Laura... de sus miradas... y agregó, con audacia de inocencia que castiga, de niña millonaria con hábito de decirlo todo, que jamás calla y nunca retrocede: «¡Ah! sus miradas... besaban...».

Y con la cabeza erguida sobre el cuello delgado y largo, de extraordinaria finura y delgadez, agregó, en acento más bajo, más quedo, como para que nadie se enterase de lo que decía:

—Eso, don Fernando, es de hombre malo, porque usted no debía comprometer a una dama en público... en esa forma... Usted no tenía derecho a exhibir ese amor con mi prima... lo que era aún más doloroso para mí...

Y luego, en tono de voz cristalino y nítido de niño, que se queja, agregó: «Sí, usted es *malo*, porque un hombre no debe abrir los ojos a las tristezas y miserias de la vida a una muchacha como yo, seria, honrada, resuelta a no querer más que a un hombre, al que será su esposo... y no quiere ver ni adivinar... *eso*...».

Tuve, en ese instante, intuición de lo que debía decir, y, sin vacilar, movido del sentimiento caballeresco que nos obliga a defender a las damas, me enderecé a mi turno, y me encaré con la joven:

—Anita, no le permito que me hable en esa forma... Usted podrá decirme lo que guste en contra mía, hablarme de mis defectos, de mis vicios, de lo que quiera... pero no debe interpretar así el afecto muy sincero, muy respetable que profeso por Laura, noble mujer, inteligente y bella... y tan pura como la virgen... *tan pura como mi madre*... Respete a esa prima suya que se muere...

Anita se estremeció, mirándome en las pupilas, y agregó, como dando nota decisiva, con suprema ingenuidad:

—¿Me jura usted que es cierto lo que me está diciendo?

—Lo juro por la salvación de mi alma.

Yo mismo noté que mi voz se transformaba, con entonaciones cobrizas, graves y apasionadas. Se verificó entonces el eterno milagro del amor: Anita me creyó, dió mayor fe a mis palabras ardientes y convencidas, al sonido de mi voz, que a la propia verdad. A pesar de lo que sus ojos vieron en el lago, cuando paseábamos, a pesar de lo que sus propios sentidos le atestiguaban *quería creer* y creyó, seducida de mis palabras, vencida por su casto ensueño virginal. En su fisonomía se dibujó sorpresa; sus grandes ojos negros se abrieron desmesuradamente, atónitos, bajo las largas pestañas crespas que los enmarcaban. Quería creerme, porque guardaba en su corazón cariño intenso por su prima Laura y sentía verla como decaída y degradada a sus propios ojos; porque recuerdos de infancia, trozos de vida común la unían a ella en forma como de prolongación de su propio ser y de su pasado; quería creerme, porque, en el fondo, sin confesárselo a sí misma, me amaba ya, y sólo pedía esa palabra, ese gesto mío para creer y absolverme. No podía dejar de creerme ante el juramento que acababa de pronunciar sobre el santo cariño de mi madre,—a quien respetaba yo,—no pudiendo ella admitir, en su adorable ingenuidad, que lo asociara con falsedad de juramento, lo que le hubiera parecido demasiado monstruoso para atribuirmelo.

Anita, de pronto, se dejó caer hacia atrás en el sofá; se distendió su fisonomía, sus brazos resbalaron, ligero estremecimiento hizo temblar los brazaletes de sus muñecas, inclinó la cabeza y al mismo tiempo, una como sonrisa de triunfo misteriosa se dibujó en sus labios, como si pensara entre sí: «Te creo, no hay nada entre ustedes... estás libre y serás mío... no podrás dejar de ser mío porque también me quieres y serás mi esposo». Luego, poniéndose de pie, me repitió bajando los ojos: «Le creo... debe decir la verdad... le creo... excúseme... seremos amigos... de veras».

Alcé la mirada hacia ella:

—Pero soy ambicioso y querría ser el primero...

Anita sonrió:

—Paciencia... puede ser... probablemente será así... Pero no se precipite... antes debo someterlo a prueba, que usted es buque de bandera amarilla... Lo tendremos primero en cuarentena, en *observación*... que no será larga...

Luego, con gesto que indicaba educación refinada y exquisito pudor moral:

—Me voy porque hemos conversado demasiado largo, y no conviene que la gente hable, aun cuando sea sin razón alguna.

—Adorable amiga, la obedeceré en lo que mande...

—Se equivoca... si no tengo derecho a mandar a nadie.

Alargándose su mano enguantada, con el brazo extendido, agregó a media voz: «Sobre todo le pido que nunca se acerque usted a mí sino cuando yo se lo indique... Ya me adivinará, llegado el momento». Era delicado deseo de joven pura, celosa en extremo de su propia reputación social. Ese rasgo completaba, en aquel instante, su fisonomía.

La vi alejarse lenta, con paso corto, ligero y gracioso de joven virgen, casi enlazando sus piernas al caminar, rozándose los albos pies como los de una paloma toda en larga silueta blanca y vaporosa, la mirada baja, el cuello fino, de garza levemente inclinado, mientras mantenía su cuerpo erguido: tal debió aparecerse Margarita a Fausto el día de su primer encuentro. A su paso, extranjeros, porteños, santiaguinos, hombres y mujeres alzaban la vista a contemplarla, con admiración muda. Llegada al compartimiento de Olga, se volvió a mí, sonriendo con larga mirada, y desapareció.

Me puse a contemplar el paisaje, o más bien mis propias ideas al través del paisaje mismo. Desfilaban hermosos chalets de Limache, a lo lejos, casas de hacienda, de estilo moderno, prados y animales, sin que me diera cuenta de ello. Cruzábamos entre dilatados viñedos, de los cuales sólo veía mancha verde y prolongada, sumi-

do, como estaba, en hondas meditaciones. Veía a mi madre enferma y triste, reclinada junto a la ventana, contemplando el paisaje gris al través de cristales, sumida en meditación penosa. Diríase que desde hacía tiempo flotaba entre nosotros velo obscuro de misterio y de extraño malestar, sin palabras ni expresión externa. Pero nos comprendíamos; no ignoraba ya que mi madre condenaba, explicándosela, mi novela de amor. ¿Qué puede escaparse a la penetración de una madre? ¿Acaso no se enteraba de mis ansiedades y tristezas cuando había reñido con Laura? ¿Acaso no me había sentido sufrir, desesperado, más de una vez? Y todo cuanto me pasaba, a pesar de que se ofreciese amortiguado y se justificase en su conciencia, pues la conciencia de las madres está henchida de indulgencia, para las faltas de los hijos,— hacíala sufrir de manera refleja. Echaba cuentas, y suspiraba pensando cuánto le agradaría *que yo me casara*.

Más de una vez mi madre, que jamás me hablara de Laura, me había dicho al oído: «¿Cuándo te casas, Fernando? Si quieres que muera feliz, cástate, dame ese gusto, déjame conocer, antes de irme, algún nietecito mío... Ya me parece verle, al adorado, corriendo por patios o por jardines de la hacienda... y tú detrás, y yo mirándolo desde la ventana. ¿Por qué no te casas? Si me muero y te dejo solo tu vida será triste y luego conocerás amarguras de soledad, de vejez abandonada y sin cariños. Créeme, que la felicidad sólo existe en el seno del hogar». Después callaba. Y cuando estaba enferma solía repetirme: «¿Cuándo te casas? ¿Por qué no te casas?» Y jamás insinuaba ni una palabra de *aquello*, acerca de mi secreto de amor.

Ahora, después de la escena del pullman, cuando Anita se hubo alejado, quedó vibrando luminosamente en mi alma, su perfume; sólo vivía la silueta grácil y elegante «Di bianco vestita». Palabras y deseos de mi madre me invadieron de pronto, imperiosamente, mandando en mi ánimo como predispuesto a obedecer, ante desconocidas nostalgias adueñadas de mi corazón. ¿Y Laura? perdó-

name santo recuerdo, pero en ese instante, debo manifestarlo con sinceridad, sólo una imagen me llenaba, tan grande había sido la impresión producida por el gesto sencillo, resuelto y noble de Anita; sus delicadezas y sus escrúpulos, su protesta indignada en contra de mi actitud en el lago, el sentimiento de ternura discreta, que corría por su alma como rumor de arroyos que no se ven y sólo se adivinan, en la súbita actitud, en inesperado gesto, iban saturando mi alma de algo nuevo, virginal, puro, de lo cual me juzgaba indigno. Anita aparecía cual Margarita rindiendo a Fausto y ofreciéndole cubrir flaquezas, crímenes y errores con velo de santa poesía.

El tren corría veloz; acabábamos de pasar por Villa Alemana; los chalets se multiplicaban en torno de la línea férrea, rodeados de jardines. Estábamos en el Salto; su parque asomaba a nuestra vista, soñoliento y polvoroso, en manchones oscuros. Los viajeros comenzaban a bajar valijas de mano, mantas y cajas de sombreros, mientras los empleados sacaban maletas del depósito y las amontonaban sobre la plataforma de hierro. Los chalets aparecían a cada momento más numerosos y más bellos; algunos, de altas columnas griegas, otros de antiguo estilo español o colonial. Por todos lados surgían flores, prados de rosas; perfumes de glycyna y de madre selva, subían en ráfagas por la ventana entreabierta. Una voz me sacó de mi embriaguez de ensueño.

—¡Hola, don Fernando! ¿qué hace usted ahí tan solo? ¿Por qué no ha venido a saludarme, cuando sabía por Anita que voy en este compartimiento? *Peor para usted...* no sabe lo que ha perdido, díjome, sonriendo con malicia.

Era Olga que se asomaba, vestida con hermoso traje gris. Iba rodeada de ingleses, uno de los cuales era Lord Clifford, sentado junto a Anita que miraba distraída por la ventana. Por un instante sentí picadura de celos,

pero ella le hablaba indiferente, contemplando el paisaje, y el inglés estaba encantado, pues aquella frialdad le parecía británica y elegante, *very smart*.

Olga me pasó la mitad de una fruta en un platito. «Le paso esta media «chirimoya» a ver si usted encuentra su media naranja...» me dijo, y todos rieron.

—Si Fernando no ha perdido su tiempo,—apuntó Colares, que se daba por enterado, ha pasado el viaje en conferencia diplomática.

—Entonces, por lo visto, parece que todos se casan—murmuró con desconsuelo Pepe Bunsen.

—¿Y usted, joven, ¿por qué no acude a la baratura?...

—Debía aprovechar el pánico,—murmuró Olga.

—Ya me casaré yo también, contestó Pepe, con voz ronca y cobriza. Pero les digo lo que el Conde Tivoli cuando estalló la guerra europea, y le preguntaron los amigos cuándo partía de Chile al ejército italiano, a cumplir su deber «Pacenza... pacenza... tutti dobbiamo morire... ma ¿perche precipitare l'aconteccimento?».

Ahora desfilaban a nuestra vista, rápidos los chalets cercados de verdura en Viña del Mar, bajando unos de la montaña, trepando otros en suaves hondonadas; los más en el plan de inmenso y continuado jardín que se perdiera, a lo lejos, en la población Vergara, en Miramar, en el Cerro de las Siete Colinas, al pie de los bosques de Pinos. Soplo de aire fresco nos acariciaba dulcemente, venido del mar ya próximo. Y mientras el sirviente amontonaba los bultos de mano, me dijo despacio Olga: «Váyase a comer a casa, mañana... El Sábado próximo tenemos paseo a mi fundo de «Las Camelias», en auto... ¿Trajo el suyo a Viña?»

—Aquí está.

—Bueno, ya hablaremos.

Sonaba lentamente la campana del tren que iba retardando la marcha; todos los viajeros a Viña se agitaban en arreglos últimos.

Anita, vió manera de acercarse a mí, para decirme, a media voz: «Hoy, a las seis en la Playa de Miramar; mañana, a las once, en Sea-side Park... Veremos si cumple...» Y me dirigió mirada insinuante, deliciosa y picaresca.

En el momento en que entregaba mi maleta al sirviente del Hotel Grande, oí la voz de Rivera que decía a Colares, en imperceptible murmullo: «¡Pobre Laura!...».

## XIII

La mañana estaba hermosísima cuando llegamos, en auto, a Sea-side Park. Acabábamos de pasar junto a la fábrica de Balfour, que arrojaba negro penacho de humo, envolviendo los castillos avanzados sobre el mar. El Cerro de las Siete Colinas aparecía lejano, cubierto de casas, de palacios y de jardines que reverdecían, haciendo ondular flores rojas de *Ibiscus* sobre frágiles tallos. Cumbres de cerros aparecían tachonadas de chalets que trepaban por laderas de montañas, manchándolas de rojo. Uno sobresalía con larga reja blanca tras la cual hojas de palmeras reales aparecían elevándose en el cielo azul, con tenues líneas verde oscuro, entre las cuales blanqueaban hojas de floripondios y deliciosas y fragantes florecillas de buvardias. De la otra parte, el cerro del Castillo se alzaba también, cubierto de pinos y de cipreses entre los cuales asomaban casas blancas y verandahs cubiertas de cristales que brillaban al sol. Más lejos, se dilataban arenas de la población Vergara, chimeneas de fábricas, jardines de parques, chalets, vastos pabellones de techos de zinc, muelles, grúas para levantar bloques de piedra destinados a la construcción del puerto, que transportaban vaporcillos, cuyos penachos de humo se acercaban o se alejaban, a cada momento, en largas líneas.

En las lejanías, farellones de costa se recortaban cubriendo a orillas del mar y entre grupos de rocas, «Las Salinas», como mancha de verdura con lejanos pinares y, más allá, Montemar, hacia donde se veía alejarse, como puntos negros, chalupas de pescadores. El camino a Concón serpenteaba, cruzado por automóviles en desfile vertiginoso.

Numerosos trenes corrían de minuto en minuto, por la línea del ferrocarril, piteando y haciendo sonar campanas. Junto a los andenes que sirven a los caminantes, larga fila de automóviles estacionaba. Los tranvías eléctricos de Viña y de Valparaíso arrojaban, a cada instante, carga de bañistas, con paquetes de sábanas y toallas. Subían el puente elevado que cruzaba por encima de la línea férrea, a manera de montaña rusa y salían luego a la hermosa esplanada de *Sea-side Park*, extendida entre el muro de rojos cardenales que la separan de la carrilera, por la costa, y la inmensa sábana del mar esplendente del inmenso mar azul, tranquilo y fresco, del Pacífico, deslumbrante a trechos como si fuera inmenso espejo que reflejara el sol.

La muchedumbre desciende por escalas de madera que conducen a las casucas de bañistas. Por la playa cruzan grupos en trajes de baño de colores vistosos. Del mar surgen cabezas de mujeres con gorritas rojas o blancas. Algunas nadan, dirigiéndose a rocas por entre las cuales se sale al mar abierto; allí, una barca de seguridad boga lentamente aguardando el accidente posible. Largos cables flotantes sirven de apoyo a nadadores cansados. Algunos, más audaces, se alejan en dirección a naves que aparecen ancladas en el extremo de la bahía, entre bosques de mástiles, borrosos, con cuerdas entremezcladas como telas de araña.

La multitud, mientras tanto, baja de trenes, de tranvías, de autos y se precipita por los andenes de *Sea-side Park*. Allí van todas las condiciones sociales, desde los más humildes bañistas, hasta las más elegantes santiaguinas o villamarinas, en continuo desfile de trajes de colores vivos, entre los cuales descuella el blanco. Los reflejos varios de los Jersey de seda, el zapallo, el verde Siam, el amarillo o el rojo Mac-Acartus con gorras de los mismos colores, dan a la playa tonalidad armoniosa. Por los andenes, junto a murallas de cardenales rojos, pasa la muchachada; muéstranse hermosos cuerpos de mujeres y de chicas, adorables rostros, gracioso

sos, fuertes y frescos. Las muchachas tienen estilo inglés, paso largo, aire inocente a la vez que desenfadado, y gracia indecible que parece flotar en el alma de la raza...

Multitud de señoras ha tomado asiento bajo los techos pajizos de los andenes, y otra muchedumbre toma aperitivos en el verandah, frente al mar vasto y tranquilo. La orquesta, en el pabellón, toca uno en pos de otro, los fox de moda... «Wanna»... «Under the rain»... «Kiss-me-not». Las parejas se deslizan frente a grandes ventanas abiertas, junto a las cuales se aprietan espectadores. Se baila *shimmy*, con paso americano largo, golpeando, quebrando el cuerpo al dar la vuelta, y charleston en seguida. Todos lo hacen de manera distinta y del conjunto, elegantísimo, se desprende soplo de primavera que parece unirse al salado aire marino, en ráfaga de frescura y de juvenil alegría. ¿Por qué me siento feliz? ¿Por qué se me figura que he rejuvenecido de súbito, retornando a los veinte años, con olvido de haber cumplido los treinta y cinco y de que mi vida ha sido de complejidad espantosa? Diríase que la brisa del mar, que los acordes de la orquesta, que la vista de tanta muchacha joven, que la lenta resaca de las olas, que el aire de pasado que se aleja me dan nuevos bríos, Desde anoche pienso, sacudido por ola de primavera, creo llevar en el alma unas miradas tiernas y nuevas que me buscan, me solicitan y me enloquecen. Sin quererlo, Anita surge dentro de mí, elegantísima y deslumbradora; la veo rodeada del homenaje masculino, de cabezas que se inclinan, de hombres que la solicitan. Escucho bromas de Rivera, frases de Colares, veo la actitud de Lord Eldwin y de los jóvenes elegantes que se le acercan, en busca de baile, que no consiguen y se disputan. Y siento que esa delicada ternura de mujer virgen me está reservada exclusivamente. Mas, por reacción inesperada, me invade la conciencia de mi culpabilidad. ¿No oí decir, en el pullman, al general Rivera: «¡Pobre Laura!»?

Un remordimiento agudo me sobrecoge, como si resurgiera ese pasado de amor en que mi vida se enlaza con la de Laura como la yedra al árbol en el bosque. Ayer, solamente, le avisé de mi llegada, y, sin embargo había pasado largas horas en Valparaíso, en compañía de amigos, en la Bolsa y en el Club. Se me hacía difícil, casi molesto, llamarla, como si su cariño comenzara a pesarme, como si ya constituyera carga dolorosa para mí. Mientras su recuerdo permanecía quieto, casi muerto, como cuerpo caído en abismo, advertía que la imagen de Anita surgía triunfalmente dentro de mi alma. La veía una y otra vez, caminando con paso de hada, y luego volverse con mirada plena de promesas, evocándome visiones de hogar, de los niños rubios corriendo por la playa, como tantos otros que solía ver en el Recreo...

El mar estaba de azul, resplandeciente, en el cual espejeaba el sol a trechos. El penacho de humo de algún transatlántico manchaba de tinta el horizonte con larga raya de intenso negro, y fresca brisa cargada de yodo y de sales llegaba hasta nosotros, dándonos sensación de hallarnos a bordo. De momento en momento se asomaba a la barandilla algún rostro fresco y bello de chica; aparecía y desaparecía la mancha de algún jersey de color vivísimo y pasaba la luz cálida de traje blanco o de sombrillas de seda echadas atrás.

De pronto, escuché leve parloteo de entonaciones musicales, de mujeres que hablaban a un tiempo, y sentí ráfaga de esencia familiar. No necesitaba volverme para saber que Anita acababa de llegar. Y luego, su voz musical, de ritmo infantil y fresco, me llamó: «No creía que fuera tan romántico, Fernando. Eso de mirar, *solo*, el mar se me figura que es cosa de los viejos tiempos».

Andaba en compañía de dos amigas, igualmente jóvenes y casi tan hermosas como ella, vestidas de blanco y con *sweater* de colores. Iban sencillamente, pero con la suprema distinción que se manifiesta en detalles casi imperceptibles, en lazo de cintas colocado de cierta ma-

nera, en colgajos de amuletos de moda o pulseras de nuevo estilo, y esa sencillez en el vestir aparecía deliciosa, casi idílica, como si fuera parte de aquel admirable cuadro de playa, en que las líneas eran luminosas y sutiles.

Nos sentamos en una banca, ante la inmensidad que atrae y deslumbra, mecidos por movimiento de olas que iban a reventar al pie de las rocas, bajo nuestras plantas. La orquesta tocaba «Poor Butterfly» pedida por algún viejo aficionado, y yo sentía dulce presión del cuerpo de Anita que parecía abandonarse junto al mío, en actitud de confianza y de amistad. Al llegar, había encontrado manera de decirme a media voz, sin que nadie se enterase: «Fernando, veo que ha llegado a la hora exacta... es un punto bueno... «Ventaja» para usted, como dicen en el «tennis», y su sonrisa feliz equivalía casi a una caricia.

Cuan diferente me parecía la cháchara insustancial de las chicas solteras, salpicada de anécdotas de familia y recuerdos de baile, juicios precipitados y gracias ingenuas; cuan diversas de aquellas conversaciones intencionadas de mis amigas, en que se mezclaban frases de pasión y cuentos picantes, anécdotas a veces crudas y audaces ideas, envueltas en manto señoril que permitía decir las.

Luego, todas tres se pusieron en pie, con ánimo de bailar. Penetramos a una sala de estilo holandés y nos precipitamos al torbellino. En cuanto las divisaron, sus amigos corrieron a ellas, mas Anita se cogió de mi brazo afirmando que estaba comprometida conmigo para los primeros fox...

No hay delicia semejante a la de tener en brazos a una mujer joven y bella que nos agrada; sentir perfume penetrante emanado de su persona, dulce *odore di femina*, unido al roce de su cuerpo blando y tibio, como si tuviese el delicioso calor de aves salidas del nido y caídas de la rama. Y luego, deslizarse en pasos rimados al compás de música bella y sensual que va turbándonos

hasta lo íntimo y murmurando, a nuestro oído, cosas que no acertamos a definir, cosas arrobadoras y deliciosamente perversas, que la inocencia de aquellas encantadoras criaturas no adivinará jamás. Semejante contraste forma parte del encanto de la hora que vaga, del marco en el cual se agita el mar, rozado, a lo lejos, por ala de gaviota. Todo pasa y se altera incesantemente, como ese mar que ahora nos aparece azul y que en la tarde será malva, y al anochecer tomará colores de amaranto y luego de negro. . .

Anita bailaba con paso americano, aprendido directamente en Nueva York, y pasaba por la primera bailarina de Santiago, en tal forma que le hacían rueda cuando tenía pareja digna de ella. En ese instante la sentía entregada, en mis brazos, como si fuera mía, como si el mundo hubiera desaparecido para ella y sólo nosotros existiéramos dentro de la inmensa humanidad desierta. ¿Qué necesidad tenía de palabras para saber que aquella chica deliciosa era mía, que me amaba, que me esperaba con brazos abiertos, quien sabe desde hacía cuánto tiempo? Me sentía querido, veía pasar por sus ojos la eterna turbación de mujer enamorada, deliciosa dulzura que es como una música sin palabras en mujer que quiere. Comprendía cuan inútil y torpe es el lenguaje humano para expresar lo que sentíamos, diciéndonoslo en ese lenguaje mudo, inequívoco, que afirma, en lo inconsciente, la inutilidad de las palabras en ciertos instantes de la vida.

El fox había concluido; Anita se soltó de mi brazo.

—Vamos a pasearnos a la esplanada,—dijo. Siento calor... se me figura que no es del baile sino a causa de los «impertinentes» que desde hace media hora nos tiene clavados Pepa Rosales.

Efectivamente, unos lentes nos perseguían. Comprendí que ya comenzaba a hablarse en Viña, entre novedades, de Anita y de mí... En aquel instante penetraba a la sala de baile nuestro amigo Colares, elegante y melancólico. Pepa Rosales le miró y, luego, haciéndose como

si no le conociera, dijo: «¿Quién es ese *venerable* joven?» Desde aquella tarde, ya no hablaron del pobre Colares sino llamándole «venerable joven».

Nos sentamos en el verandah, de nuevo, frente al mar, al mar azul y fresco. A lo lejos sobresalía el casco de un buque naufragado durante el invierno último, como si fuera imagen melancólica de los grandes naufragios de la vida. Bandadas de gaviotas pasaban rozando con sus alas grises la cresta de olas negras que sobresalían, en semicírculo. Veíase cabezas de bañistas nadando a distancia. El cielo, iluminaba el mar, dándole entonaciones doradas y luminosas que convertían los rayos de sol en cascadas de oro. Sentado uno al lado del otro, sentíamos goce infinito de vida llena de promesas, como si nos embriagáramos en aquella divina atmósfera de ternura, de amor, de esperanzas. Sin palabras nos sentíamos unidos; sin promesas, experimentábamos dicha de pertenecernos, de comprendernos y de penetrarnos mutuamente. ¡Qué bella estaba Anita! Mejillas sonrosadas, ojos brillantes y luminosos, cutis fresco y terso, nariz ligeramente aguileña, cuyas alas parecían palpitar. Sentía leves estremecimientos nerviosos al simple contacto de mi mano, al roce involuntario con su pie delicado y fino que la zapatilla de gamuza envolvía como guante, dándole aspecto de gran mariposa blanca.

Nunca sabrá Anita el inmenso cariño, la emoción tierna despertada en mi alma en aquel momento inolvidable en que la sentí mía, por entero, con todas las castas sensaciones de su alma virgen que aun no se daba cuenta de misterios de amor, tan sólo adivinados al través de un vaho de rosas. El Fernando de aquel instante la adoraba como acaso no habría de serlo jamás, después. ¡Era doble imaginar en ese instante que pronto me separaría de ella cruel e inevitable fatalidad? ¡Ah, quién pudiera rehacer la propia vida!

Y cuando sentíamos palpitar nuestros corazones al unísono; cuando el mar parecía llamarnos en la extensión luminosa, vimos, en el fondo de la esplanada, dos

siluetas de mujer. Era la una alta y esbelta, muy blanca y la otra más pequeña, vestidas de negro, como si intencionalmente hubieran querido establecer contraste. Llevaban paso lento y rítmico de mujeres de buen tono, y desde lejos se destacaban, en la multitud, como figuras de selección, de esas que hacen volver la cabeza, dejando en los ojos de las demás mujeres destellos de envidia y en los hombres ocultas ansias del deseo.

Junto a nosotros se detuvieron: eran Laura y la señora Souza. Anita abrazó cariñosamente a su prima, se besaron y sentí oleada de rubor involuntario que me subía al rostro, como vergüenza de deslealtad, a que no estuviera acostumbrado. Sólo ahora comenzaba el suplicio de ver aquellas dos mujeres cara a cara y traicionarse, queriéndose, y de que una y otra, mi prometida casi, y mi amante, se besaran y compartieran caricias, transmitidas en mis propios besos. Lo confieso con humildad, sentíame infame. La vergüenza de mi engaño se duplicaba y ensanchaba con la humillación del engaño involuntario de aquellas dos mujeres, de las cuales la una comenzaba la vida llena de encantadoras ilusiones y de fe plena en mí. ¿Acaso la engañaba verdaderamente? Quizás no; quizá todo era obra de mi eterna debilidad de carácter, que no me permitía definir situaciones difíciles. Mas, ¿cómo decirle a Laura que en mi alma había surgido otra imagen de mujer, lentamente, sustituyéndose a la suya, cómo expresarle que ya estaba cansado de la hermosa romanza que había embellecido e iluminado mi existencia y cómo en el momento decisivo ella venía a perturbarla, a tronchar el porvenir, contrariando sin saberlo las aspiraciones de mi vieja madre y mis propios deseos de paz y de hogar? ¿Cómo confesar a la otra que cuanto se había dicho de mis amores con su prima era verdadero, si bien en verdad deseaba ponerle término? Ella aparecía en mi vida como lo definitivo, como puerto, como etapa final, asilo en el cual vamos a encerrar ilusiones y ensueños del pasado. Debía callar con la una y con la otra, y no tenía valor de poner fin al

equivoco. Laura representaba un pasado de amor indestructible, encarnado en mi propio ser, carne de mi carne y sangre de mi sangre. Nos habíamos querido entrañablemente y ahora que estaba grave, cuando acaso podía morir, no era posible, ni humano que fuera a clavarle en el pecho la última puñalada, a llevarle desencanto final, cuando la abandonaba la vida. ¿Qué hacer? ¿Cómo resolver este horrible problema?

Dentro de mí sentí surgir pensamientos propios de criminales, de quienes han sustraídos fondos y esperan no ser descubiertos o reponer lo robado antes de que se descubra el delito; instinto secreto del asesino que le hace ocultar huellas del crimen, esperando que, con borrarlas, consiga permanecer oculto e impune, y luego, presiente cómo la acción sagaz de la justicia y de las investigaciones va proyectando luz, cada vez más incómoda y más viva, la luz terrible de la verdad. Otro tanto pasaba en mi alma. También esperaba que todo se mantuviera en misterioso equilibrio; que ni una ni otra se enterara del fondo mismo de la situación y así poder esperar, dar tiempo, permitir se desarrollaran los sucesos y alcanzaran solución inesperada y salvadora. ¿Inesperada? no; era solución prevista, era la muerte de Laura, de la adorada, de aquella a quien me unía el pasado de manera indiscutible. De modo, pues, que mis esperanzas de felicidad, para el futuro, descansaban en ese hecho horrible: *la muerte de Laura*. Escalofríos me sobrecojían al pensar en semejantes ideas, que desechaba en vano, y me hacían sentirme, no ya culpable, sino inmensamente criminal, al verme descontando la vida de una mujer para unirme a otra. Mientras tanto, vivir en la falsía, en el engaño permanente...

Llegó Laura junto a nosotros, sonriendo, como si no se diera cuenta de que ya todo Viña del Mar murmuraba y hablaba del próximo matrimonio de Fernando Alvarez García con Anita San Juan. Laura tomó asiento; recogió ligeramente su falda de crespón de seda de China, leve, finísimo; puso una pierna sobre otra, frunció

un poco sus ojos, de modo que sus largas pestañas formaran larga cortina, en torno de ellos. Dirigió una mirada indiferente a la concurrencia, y otra larga y amplia al mar, que deslumbraba con intensa belleza, reflejos de oro y entonaciones de amaranto, allá lejos, en la parte en que rocas y farellones de la costa aparecían en sombra.

A nuestros pies, por la playa, corrían niños chapoteando entre olas que se retiraban lentas, otros formaban círculo en torno del vendedor de barquillos, vestido de blanco. El vendedor de chocolates se paseaba melancólico, buscando clientela infantil; vendedores de periódicos de Santiago, recién llegados por el tren de once, anunciaban las últimas noticias políticas o el crimen sensacional. Algunas señoras se retiraban del baño envolviéndose en amplias batas frisudas de colores vivos, que les presentaban las camareras, en tanto que otras bañistas, vestidas de azul, con gorritos de colores, penetraban, dando gritos, en el mar, asidas de una cuerda. En la esplanada, junto a nosotros, muchedumbre considerable a esa hora, bebía *cocktailes* en derredor de mesitas. Las olas, de verda glauco, iban a estallar en blanca espuma y su chasquido se mezclaba al sonido de flautas y violines de la orquesta, formándose concierto sinfónico entre el agua y el rumor de la música, como si enjambre de abejas se hubiera extraviado sobre el mar. Los gritos de los niños jugando, se concertaban con la frescura de las olas sobre la playa calurosa y ardiente. A lo lejos, veíase la espuma reventando en Miramar, en las playas de la Población de Vergara, en Montemar, en las Salinas. A nuestra espalda, a lo largo de la esplanada, sentíase resoplar de locomotoras, y surgía penacho de humo, al arrastrar pesadamente los trenes. en tanto que el suelo parecía retemblar bajo el peso de los vagones.

Laura pidió una copa de oporto batido en huevos. Estaba hermosísima; su rostro había enflaquecido visiblemente, pero conservaba pureza de líneas, y su óvalo más afinado aún tenía sello incomparable de perfecta

raza. Los pómulos, levemente sonrosados, como los del durazno en flor, le daban aire de juventud casi infantil; su cuerpo fino y elegante parecía de muchacha soltera. Sentado junto a ella, la veía más interesante que nunca. Parecían brotar, sin palabras, entre nosotros, recuerdos de pasión intensa. ¿Y cómo olvidar que hubiera tenido entre mis brazos aquel incomparable cuerpo que parecía vibrar estremecido, como junco, al sólo ritmo de su paso de diosa? A su lado experimentaba desfallecimiento de la voluntad, entrega de mi ser tan completa que sentía cómo de nuevo iba fundiéndome en ella. Acaso, por eso Laura, había llegado serena, indiferente, segura de sí, a pesar de cuanto ya se hubiera dicho de mi noviazgo con Anita, exagerado por las compañeras mundanas con afán de verla sufrir, y luego comentar *soto-voce*, el efecto producido por revelaciones crueles, con ese mismo placer horrendo que experimentan los espectadores al ver la cogida del torero, cubierto de sangre, a quien sacan del redondel ya moribundo.

—¿Cómo está, amiga mía?

—Un poco mejor. Anoche no pude recibirle, como hubiera deseado, porque me sentía mal.

Laura pronunciaba lenta las palabras, como para que las oyera bien Anita y se enterase de que mi primera visita había sido para ella, y de cómo no había podido recibirme. Tenía alma tan bella y tal confianza en mí que su espíritu apenas si se conmoviera, pero algo había quedado, sin duda, leve rasgo que siempre deja en nosotros el rumor público, despertando desasosiego, malestar confuso en lo íntimo de su ser. Por eso, acaso, había subrayado el hecho de que mi primera visita hubiera sido para ella, cosa que jamás habría hecho sin tal causa, dentro de principios de prudencia mundana que siempre la guiaban y le impedían proyectar luz o indicios sobre nuestro cariño.

Anita escuchaba. Palideció ligeramente, y luego se tornó roja, asomando en sus pupilas verdes matiz fulgurante y obscuro, que se desvaneció, de pronto, por es-

fuerzo de la voluntad. Tomaba nota de que mi primera visita había sido para su prima; pero también recordaba mis juramentos, en el pullman, mi apariencia de sinceridad con ella, creía en mí. A la vez, no dejaba de sentir lástima al oír que Laura no había podido recibirme por hallarse enferma; sabía que era enfermedad gravísima y eso producía en su alma inmensa piedad hacia la víctima cuyos días parecían estar contados.

Se hacía tarde, los grupos comenzaban a disolverse, la muchedumbre de damas se dirigía a los automóviles o a esperar llegada de tranvías de Valparaíso, tomados por asalto, allá en la escalinata quemada por rayos de sol de mediodía.

Partimos juntos, en compañía de Lucy Garden, de Vincitore y Julio Arboleda, quienes se nos juntaron en el camino, pidiéndonos les *carreteáramos* hasta Miramar, pues eran ya las doce y cuarto, hora sagrada de los apetitivos en la Playa Chica.

Corrían niños formando ruedas en torno de algunas personas, seguidos de niñeras de cofias blancas; pasaban bandadas de chicas de doce años, con trenzas que les colgaban por delante, en tirabuzones, a la última moda, *flirteando* con muchachos de la misma edad, con rostros de bebés sonrosados que fumarán. Pasaban rápidamente las jóvenes de clase media llevando toallas y sábanas de baño. El mar de mediodía hinchaba muellemente el seno azulado, en suaves palpitaciones, indolentes, dulces y frágiles como si fuera a dormir sobre la playa, levantándose imperceptiblemente. Los farellones del Norte, antes claros, comenzaban a tomar entonaciones cálidas, en tanto que al lado sureste, la fundición de Balfour Lyon, antes oscura, se esclarecía, a medida que se alzaba el sol hacia el zenit, tomando colores y entonaciones de blanco de creta. Alguna vela de barco aparecía, rígida, como si fuera de masa calcárea, sobre el azul esplendoroso de las aguas, en tanto que a lo lejos zumbaba la sirena de algún vaporcillo remolcador, llevando grupo de lanchas vacías, de arrastre. Sentíase so-

ñoliento rumor de abejas, descendiendo de los jardines, a las laderas de los cerros.

Nuestros autos dejaron atrás «El Retiro» con paredes tapizadas de cardenales rojos, y chalets que aparecen en lo empinado de las colinas como castillos colgantes, cercados de manchas verdes de jardines. Nubes de polvo se levantaban al paso de la muchedumbre de autos que iban haciendo zumbir sus motores; velos blancos y azules de damas flotaban al viento.

Cruzamos el puente de la carrilera frente al Cerro de las Siete Colinas, donde vivía Laura y acababa de instalarse, también, Anita, en un chalet que su padre acaba de comprar. Atravesamos la calle Traslaviña y luego por la de Valparaíso para dar vuelta delante de una serie de chalets nuevos, construídos sobre rocas, a la orilla del mar.

Multitud de autos se estrechaba en el reducido recinto de Miramar. Damas caminaban después de tomado el baño, acompañadas de amigos, de sirvientas o de perros de raza. Bajo el techo de paja de la Avenida Central, sentábase un grupo elegante, en el cual se distinguía a Olga Mac-Allister, que hacía de núcleo, vestida de jersey azul, apropiado para realzar su belleza rubia y graciosa; junto a ella, Felicia Lara, delgada y flexible, ocultaba maravillosamente su verdadera edad con cuerpo y aire de joven de treinta, a pesar de tener hija casada. Rosita Guzmán, Pepa Alvareda, Mimí García de Jackson y su hermana Herminia García de Osmond, Sara Zaldívar de Pereyra, las Peñaredonda y las dos sobrinas del Senador Peñalver, formaban grupo especialísimo y de la más destacada elegancia santiaguina y porteña. A primera vista, esas damas estaban vestidas como sencillas chicas, más por poco que se entendiese en la maría, iban surgiendo en ellas detalles ocultos de refinada elegancia, corte del traje de playa de Gallot, ropa interior de finísima holanda con recortes de encaje de Inglaterra, y transparencias de tela de araña, medias de seda frescas y tersas, collar de perlas semioculto, reloj

pulsera rodeado de brillantes y sujeto con leve cinta negra, elegancia discreta, lujo inaparente, apenas si recorte bordado de la blusa de alguana, muestra las divinas combinaciones de arte francés con colores nuevos, dibujados por artistas que van a las exposiciones de Horticultura de Paris a estudiar gradaciones de tonos en las tulipas nuevas.

Cuando descendimos del auto y cruzamos el camino, vimos que Olga nos llamaba a su grupo, en que no había más hombre que Colares, a quien acababan de decir: «Bendito eres entre todas las mujeres».

—«Por siempre jamás, amén», había contestado, con el tino y ligereza que le caracterizaban.

De pronto se detuvo un enorme Roll-Royce, del cual descendió don Severo Jiménez Aranda. Las miradas se dirigieron al célebre millonario boliviano que en aquellos instantes jugaba en Bolsa, con audacia nunca vista, millones y millones de pesos. En pos de ese auto se detuvo otro, perteneciente, también, al nabab, que paseaba acompañado de numeroso grupo de amigos y amigas a quienes festejaba con traza de príncipe; de adula-dores, de corredores de comercio a los que daba órdenes en medio de comidas y almuerzos; de señoras pobres de alta sociedad; de mujeres bonitas, a las cuales cortejaba; de periodistas que utilizaba para darse bombo, no sin recibir oportunos sablazos, y de millonarios a quienes se veía ligado por empresas y a su sombra deseaban especular también y enterarse de la situación de los negocios. Era pequeño mundo de apetitos, de intereses, de ambiciones, de codicias, de descaro, de intrigas más o menos equívocas y de personajes más o menos turbios, entre los cuales solían deslizarse algunos del verdadero gran mundo que iban, unos por curiosidad, otros por real simpatía al extraordinario y deslumbrante personaje que derrochaba dinero sin contarlo, y veía pasar millones entre sus dedos como si fueran granos de arena en manos de niño.

No bien hubo bajado cuando se acercó a saludar a las

damas, con exagerada cortesía. Olga le recibió con reserva; poseía tacto; y a ella no le imponían personajes raros, entre los cuales solía, de cuando en cuando, saltar algún aventurero de alta escuela. En cambio, Pepa Alvareda, Rosa Guzmán, Antonio su marido, Vincitore, Colares, el general Rivera, le abrazaron cordialmente. Habían cenado juntos la noche anterior en el Club de Viña. Pocos momentos después, circulaban los mozos del Restaurant ofreciendo copas de champagne a todos en el andén, fueran o no amigos de don Severo Jiménez, quien con amable saludo les invitaba. Dos o tres damas rechazaron tranquilamente copas ofrecidas por un señor a quien ellas no conocían. Entonces don Severo, comprendiendo la lección, se hizo presentar a ellas, colmándolas de atenciones un tanto almibaradas. Siempre se presentaba de modo raro, y ahora llevaba chaquet gris y sombrero de copa del mismo color, lo que contrastaba con la sencillez de los trajes blancos de playa que usaban los hombres, y sus sombreros de paja italiana. Era que Jiménez daba aquella mañana un almuerzo en Montemar, al que había invitado numerosísimas personas, y se creía en el deber de usar aquella indumentaria en honor de sus festejados. En todo era así, un tanto excesivo, acicalado y con pretendida elegancia fuera de lugar y del momento, con cursilería que se hacía perdonar a fuerza de derroche. «No comprendo a este indio, decía el general, con lenguaje francote; si trata de deslumbrar al mundo con sus millones, más valdría que el bueno de Jiménez fuera a buscar rastacueros en Biarritz o nobles arruinados en San Sebastián. El dice que ha sido *amigo íntimo* de Alfonso Trece, «persona de bastante buena familia», como afirma el *rucio* López.

—¡Ay, ay!—me dijo Laura. No sé dónde tengo la cabeza. El señor Jiménez me pidió le invitara a un almuerzo en Montemar. Yo le contesté, naturalmente, que ignoraba cuándo y cómo le vería. Pero entregó una carta de invitación, para usted, a Vera Ormazábal.

En ese mismo instante vi que Vera, desde un asiento

lejano, me hacía señas. Era hermosa mujer de ojos verdes y soñadores que juntaba extrema y simpática alegría con entonaciones románticas.

Me sonrió, y, luego, trasmitióme la invitación de Jiménez, con hermosa voz de soprano, añadiéndome desmedidos elogios de su amigo a quien había conocido en París, primero, y luego en Biarritz. «Ya sé, ya sé», le repute con ironía: «fué amigo del rey de España, don Alfonso XIII». «Intimo, me contestó Vera, se trataban de tú y vos». En Vera se mezclaba, a veces, junto a refinada astucia, aparente candor que no se acertaba a saber si era con objeto de engañar o porque realmente ella misma lo creyese.

En ese instante se aproximaba a nosotros el Nabab, con rostro amarillo de líneas regulares, larga barba nazarena, sembrada de hilos de plata y aspecto sonriente de Dios Hindú, que se hubiera tocado con sombrero gris de las carreras de Ascott. Se detuvo frente a Vera, alzó el alto sombrero, extendiendo el brazo en arco, lo que juzgaba distinguido, y extremando la sonrisa artificiosa que recordaba las de empleados de tienda, se presentó a sí mismo, alargándome la mano, a brazo extendido:

—Tengo, sin duda, el honor de saludar a don Fernando Alvarez, el distinguido sportmen.

—Para mí es el honor...

—Espero que nuestra amiga Vera le haya entregado la invitación a almorzar que me he tomado la libertad de enviarle, aun cuando no tuviera el placer de conocerle.

—Acababa de trasmitírsela, interrumpió Vera, y vendrá, sin duda, con nosotros, porque es un muchacho simpático y sabe que a mí me hace falta en las fiestas... Además, agregó con intención de novillo de tres años, se hallará con amigas a quienes aprecia, con Anita, con su prima Laura... la señora de Rodríguez del Valle, de quienes es muy amigo... Y a propósito, ¿es verdad que usted se casa?

—¿Está loca, amiga mía? El matrimonio es cosa tan grave que debemos meditarlo toda la vida...

—A otro perro con ese hueso... «quién te conoce que te compre», contestó la viuda. Vaya a juntarse con sus amigas, agregó, y apuntándome su dedo imperioso, me señaló el grupo de Olga, sentada en el banco cercano. «*Siga su camino*». Esta era la frase corriente en aquellos días, cuando se quería indicar algo confidencial, o señalar rumbo.

A las doce y media los autos partían casi a un tiempo, dejando leve humareda, mezclada de bencina. Muchas de las damas de viso iban a Montemar, al suntuoso banquete del nabab boliviano.

Pasamos rápidamente la población Vergara, cruzamos por la Avenida Libertad, primorosamente pavimentada y llena de edificios, de palacios y de chalets de arquitecturas variadas y pintorescas, rodeados de jardines y de parques, entre los cuales era difícil olvidar uno famoso donde se habían dado fiestas a lo Lúculo, en tiempo de grandes fortunas ganaderas y de especulaciones de bolsa; allí se bañaban los invitados en admirable piscina de mármol, y nadaban, deteniéndose, de cuando en cuando, a la orilla, para recibir copas de champaña, servidas en bandejas de plata.

Luego muelles, vastos arenales, varias fábricas, alzaban techos grises y altas chimeneas en el fondo. Cuarteles aparecían rodeados de árboles, con centinelas inmóviles en la deslumbradora claridad del mediodía. Grandes carros de ferrocarriles, llenos de piedras, estacionaban en desvíos, en tanto que grúas gigantescas aparecían inmóviles, negras a la hora del descanso de los trabajadores.

Cáscaras de sandía, botines rotos, tarros de sardina desfondados, basuras, trozos de ropa abandonada se revolvían en terrenos baldíos, arrojando bocanadas de aire fétido y caliente sobre el rostro de las damas que se encaminaban alegremente al paseo de Montemar en multitud de automóviles de lujo, que desfilaban rápidos,

hacia el camino de las Salinas, cuya mancha verde se destacaba en la distancia.

En Montemar, el espectáculo era pintoresco. Se había tendido en la playa larga tienda de campaña con techo de seda roja, adornada con banderas de todas las naciones que una boliviana precedía; debajo, había una mesa cubierta de viandas y dulces; adornada con rosas y orquídeas de alto precio. A uno y otro lado, el suelo estaba cubierto de plantas llevadas a gran costo para esta fiesta especialísima y que el anfitrión quería fuera única en su género.

Tocaba una orquesta en el cenador; sonos de violines y flautas alegraban el oído, mezclándose al rumor de olas que traían polvo salado, con olor a yodo. Las rocas se alzaban, bajas y negras. Unas barcas de pescadores, tendíanse en la playa, de costado, puestas a carenar, y cerca las redes, secándose al sol, aparecían como grises hilos de araña, rotos a trechos y descoloridos por el uso.

Muchedumbre de señoras y de jóvenes vestidos sencillamente, de claro, o con trajes de franela blanca, formaban grupos en la arena, charlando en tanto servían el almuerzo. El boliviano, abrumado por el calor del mediodía se había quitado el sombrero de copa reemplazándolo por un fez rojo, lo cual le daba aspecto extraordinario. Pero nadie paraba mientes en eso, pues el almuerzo «amenazaba» ser exquisito, como decía el general Rivera, que se reía solo, pensando en vinos franceses de alto precio, en champaña que sería, sin duda, de lo mejor, y en los «Eduardo VII» que fumaría con el café.

Grupos de invitados, sentados sobre rocas, con piernas colgando, y sombreros echados atrás, en actitudes familiares, daban a la playa aspecto pintoresco, aumentado por manchas de sombrillas de colores vivos, rojos, azules, blancos, verdes, violetas, que salpicaban la playa y aparecían como bandadas de aves tropicales que surgieran frente al mar azul, en concierto caprichoso. El cielo

parecía de seda y el agua tomaba coloraciones brillantes.

De pronto aparecieron emisarios del anfitrión llamando al almuerzo, a tiempo que éste, de grupo en grupo, invitaba con sonrisa demasiado amable. Tomamos colocación en las mesas, en asientos señalados. A mí me habían puesto junto a Anita, en un extremo, entre gente joven. Laura estaba a la derecha del invitante, lo cual me sorprendió, pues ignoraba tuviera relaciones íntimas con aquel aventurero por el cual comenzaba a sentir viva antipatía. Era extraño que mujer *tan inaccesible* como Laura, que se visitaba solamente con lo mejor de lo mejor, y tenía tacto maravilloso para reconocer entre mil, a hombres de verdadero valer, rechazando implacablemente a los demás, hubiera dejado entrar en su círculo a un don Severo Jiménez, aun cuando fuese personaje dorado por aureola de millones.

Ya me había intrigado la actitud de Jiménez respecto de Laura. No era la de amigo ordinario sino la de pretendiente con títulos de admirador decidido, de enamorado que comienza a insinuarse. ¿Qué pasó por mí en aquel instante? Lo ignoro, pero sé que sentí ráfaga de celos furiosos, pues no podía creer, con mi experiencia, que una mujer permitiera semejante actitud de hombre que le fuera indiferente. Además, como Jiménez no era propiamente mundano, ignoraba lo más elemental, en esas circunstancias; no sabía disimular, desconocía las actitudes, al parecer indiferentes, adoptadas para no comprometer a una mujer, las conversaciones sabiamente estudiadas que, en apariencia, nada dicen y permiten mantenerse en actitud discreta a personas que se aman. La de Jiménez era la de simple advenedizo. Maldije aquella invitación de su parte. Los celos me mordían el corazón, al ver cómo el *rastacuere* se inclinaba a Laura y le hablaba al oído, en tanto que ella reía, reía, sin mirar siquiera una sola vez de mi lado. De tarde en tarde, Jiménez levantaba la copa de champaña, pues se servía desde el principio, a la inglesa, y haciendo a Laura in-

clinaciones la invitaba a beber. Ella bajaba los ojos, ya sería. En aquellos instantes sentí casi odio por Laura; descubríala casquivana, débil e hipócrita. Acaso habría tenido historias con otros antes que conmigo. De pronto, acudieron a mi recuerdo cuentos vagos de amores de Laura, a los cuales jamás diera importancia antes de ahora, y surgió la figura de cierto rubio sportman con quien algo se dijo de ella. Solía nombrarle indiferente, reconociéndole elegancia y buen gusto. Había sido amigo suyo en el campo, cuando vivía vecino al fundo de su marido, y ahora, solamente, surgía la interrogación de ¿por qué habían peleado? Ella jamás había esclarecido el punto de manera satisfactoria, y yo tampoco había insistido en él, tan seguro me encontraba respecto de su cariño y tanta confianza había sabido inspirarme Laura en nuestros amores. Ahora surgía eso en el fondo de mi alma con proporciones desmedidas, y crecía como una montaña de nubes. Acumulaba cargos sobre cargos en su contra, con la fiera y ensañada crueldad de juez que persigue la culpabilidad del reo, tratando de cogerle en contradicciones y de llevarle a la propia confesión con cargos. Y fué lo más extraordinario del caso que en mi alma, por un segundo, los papeles se invirtieron, y pasé de la angustiada situación del hombre que traiciona y engaña, a la del que siente en sí el soplo ardiente de un cariño y subraya una traición de la cual ha sido víctima. Veía surgir dentro de mí, el acusador dispuesto a todo, el tirano, amo ofendido, víctima que ve pisoteadas sus más caras ilusiones y rotos los velos del santuario de su templo.

Mientras tanto, Anita, colocada junto a mí, reía y embromaba, obligándome a contestarle, en tanto que mi sangre bullía y mis miradas involuntariamente se encaminaban a Laura que tan animadamente conversaba con Jiménez. Dos o tres contestaciones mías fueron de tal manera extrañas y revelaron tan a las claras las ausencias de mi espíritu, que Anita no pudo menos de preguntarme, frunciendo los labios: «¿Qué le pasa, amigo

mío? parece que tuviera usted graves preocupaciones; su espíritu está ausente de aquí, ¿qué le pasa?» Y luego, ante el silencio, interpretándolo de manera benévola, como toda alma verdaderamente enamorada, me dijo a media voz: «De fijo que usted ha jugado en bolsa y perdido como tantos otros... pero no se preocupe de eso... hay cosas que valen mucho más, cosas de inmenso valor... que a usted le servirán de apoyo en la vida...»

Aludía discretamente a su cariño, que ella suponía conocido en mí, y me lo ofrecía, ingenuamente, con el holocausto de su vida, en cualquiera circunstancia—hermosa alma que no supe o no pude aceptar en el momento único en que nuestras dos vidas se rozaron y se confundieron, como esos ríos confluentes que mezclan sus aguas y luego, sin saber cómo, se separan para siempre y van a morir en sitios desconocidos y lejanos. Y fué tanta la solicitud y el interés leído en sus ojos, que tuve piedad de ella. «No, amiga mía, no he jugado, lo que hay es que me siento enfermo y, además, arrepentido de haber aceptado la invitación de este aventurero al cual quedo, con esto, socialmente ligado... ¿Quién será? acaso más tarde nos lamentaremos de ser amigos suyos...». Al pronunciar la palabra «amiga mía» tuve involuntariamente una entonación de dulzura apasionada, entonación tierna que yo mismo no me conocía y que, en realidad, equivalía a declaración de amor, porque las declaraciones no se hacen jamás con palabras claras y netas y sino con esas formas esfumadas e imprecisas que en su vaguedad, con el ritmo candente de una sílaba o de la entonación, tienen la clara y nítida expresión del sentimiento.

Y luego añadí: «Hay un conjunto de circunstancias más o menos complejas, como el estado de mi madre que se encuentra agravada en su enfermedad, y esto me llena de preocupaciones que no me dejan libre. Añada usted cierto dolor de cabeza que me atenace el cráneo y no extrañe si estoy ahora fastidioso y desagradable». «Eso nunca», protestó Anita, y con aquella mezcla su-

ya de candor y de credulidad una sonrisa feliz se dibujó en sus labios.

Desde aquel momento traté de ser amable y cariñoso con ella, de manifestarme a cada momento, de hacerle sentir que ya existía entre nosotros la íntima comunidad de alma que ella tanto deseaba y que es suprema aspiración de las mujeres. Y luego, al juntar involuntariamente mi pierna con la suya, en leve roce, fué tan grande su impresión que su mano temblorosa dejó caer la copa de champaña llevada a sus labios, y rodar hasta romperse.

Manuel Arroyo, el feliz esposo de Felicia Lara, echado atrás, como pachá, engullía platos sabrosos, sumamente satisfecho al saber que el almuerzo había sido preparado por el cocinero del Club de Viña: «Remigio sabe»..., decía con aire convencido. «Nadie como él para condimentar «Huevos a la Morny» o «Congrio a la Saboyarde». Nunca he probado plato mejor, salvo el «sol de Margueritte» en París. «Tenemos que irnos pronto, Felicia», añadió con suspiro. «Bueno, viejo, cuando quiera», replicó ella frunciendo su boquita encantadora con gesto de niña mimada. «La prueba de más alta civilización consiste, sin duda, en saber hacer un buen plato de *Dinde farcie* o de *Tripes a la Mode de Cahen*. «No hay que ir a París para eso», replicó muy serio Rivera, Remigio, el cocinero del Club, sabe hacer todas esas cosas. Yo, sin ir más lejos, tengo la receta de *un fond d'artichaud* con espárragos e hígados saltados, que es de chuparse los dedos. Ya verán ustedes. Ni en París, ni en Londres se hace nada mejor y eso lo digo yo. ¿Te acuerdas, Colares, de aquella comidita que di a la señorita D'Artez, de la Comedia Francesa, cuando fué con aquel traje admirable de espumilla de seda blanca con encajes de plata y *marabouts* blancos de pieles en el ruedo del vestido, y que tanto le sentaba, como que con él apareció retratada en «Le Theatre»? Pues ese día no nos sirvieron donde Paillardd plato semejante al famoso del *fond d'artichaud* con hígados saltados». «Tiene

razón, general, contestó Colares, cogiendo una presa de pollo con la mano. Brillat Savarin decía que el cocinero que inventa un guiso nuevo, hace más, por la humanidad que el astrónomo que descubre una estrella».

—¿Qué es eso, Colares?—le dijo en alta voz Lucy Garden. Usted, hombre tan fino, ¿comiendo pollo con la mano?

—Qué quiere usted, señora, estamos en el campo, o en la playa; aquí las reglas no rigen, y en todo caso puedo contestarle lo del Marqués español: «Bien puede comer pollo con la mano quien cuenta trescientos años de raza».

—Y yo podría también echarme a reír como aquella dama que usted conoce, y contestarle, a mi turno, «río porque entre mis abuelos hay más de trescientos años de risa»... Pero ¿es cierto que tiene usted trescientos años? No lo creo... dijo Lucy.

Servían ya un postre exquisito: Macedonia de melocotones con chirimoyas y fresas, revueltas con crema de Chantilly, mezclada con lúcuma, reducida a suave espuma perfumada. Formáronse grupos para tomar café sobre las rocas; se reconstruyeron afinidades separadas por la etiqueta, y parejas de jóvenes y chicas se encaminaron a la playa, o subieron al Restaurant para contemplar el mar desde la terraza. Vera Ormazábal se acercó disimuladamente al Nabab, de quien había estado distante durante la comida; no le agradaba mucho la actitud de Jiménez, a quien consideraba como admirador obligado de su persona, no porque le quisiera, si no porque le agradaba le hicieran la corte.

Por eso le miraba de reojo cuando charlaba con Laura. Y fué tal su alarma, que no vaciló, al pasar junto a mí, en decirme: «Ojo al charqui», expresión que jamás se hubiera permitido a no hallarse momentáneamente perturbada por celos.

En el momento en que nos poníamos en pie, se acercó a mi compañera un grupo de muchachos. Anita apenas tuvo tiempo para decirme, a media voz: «Iremos juntos

al paseo de Olga, a «Los Rosales». Será fiesta soberbia, como todo lo suyo y la concurrencia sumamente escogida. Olga le recomienda que lleve su auto. Antes de partir, veremos manera de irnos juntos», y clavando en mis ojos los suyos, con mirada penetrante, de infinita dulzura, agregó a media voz: «cuidadito con faltar, que el Sábado será el día decisivo».

Cuando los grupos se confundían, aproveché el momento para acercarme a Laura, a quien murmuré rápidamente al oído: «Necesito hablar contigo esta noche». «No puedo... no quiero que vayas a casa porque mi marido llega y conozco lo imprudente que eres».

—Necesito hablar contigo de algo grave... estoy loco, me siento capaz de todo... No puedo tolerar tus coquetearías con ese indígena boliviano. Te espero en un carruaje, a los pies de tu casa, a las nueve». Laura abría los ojos sorprendida, sin darse cuenta de la causa de mis furibundos celos, y luego al escuchar la cita aceptó, grave. Se inclinaba, sumisa, a mis caprichos, y era esa precisamente una de las cosas que me conmovían en ella: siempre comenzaba por hacer observaciones razonables a mis ocurrencias desatadas y locas, y cuando yo insistía, cerraba los ojos y aceptaba, rendida, sin valor para resistir a la voz del amante y siempre esa actitud de humildad, en ella, que era tan soberbia, me causaba honda impresión que nos ligaba más estrechamente.

Don Severo Jiménez, entretanto, conversaba animadamente con un joven, afeitado a la americana y vestido de gris, de polainas blancas, y gran rosa en el hojal. Era Maldonado, su Secretario, que acababa de bajar del auto para traer las últimas cotizaciones de la Bolsa de Valparaíso. «Las Montecristo están a cincuenta. Es alza desmedida, exclamó Jiménez. Véndame diez mil en descubierto... Nada justifica ese disparate del público... ¿Y las Peralillo?» «A quince han bajado...» «Cómprame cuatro mil. ¿Y las Fundidoras de Huaqui?» «Bajaron a doscientos veinte». «Cómprame dos mil!»....

El Nabab fumaba cigarro puro dando largas bocana-

das; al ver su rostro impasible, nadie hubiera sospechado que estaba jugando en Bolsa por millones de pesos, entregado a infidencias de cualquier corredor. Gozaba en sus humos de advenedizo, feliz de pisotear la vanidad de la sociedad santiaguina, que un año antes no le diera entrada y ahora, sometida al Becerro de Oro, se reunía en torno suyo, adulándole. En su pecho lucía la cinta de la Legión de Honor, legítimamente adquirida, mediante una cena al Círculo de periodistas de París, y préstamos generosos otorgados a bohemios de la política francesa. Y acariciándose la barba en gesto habitual, acaso imaginaba volver a su país, una vez realizada la combinación de Bolsa que le daría cuatro millones fijos y netos. Iría a la Presidencia de la República, ganaría millones y más millones, porque «*Il dio del oro, del Mondo é Signor*».

A lo largo de la playa estrecha, mientras tanto, corría la vida, se desarrollaban intrigas varias, dábanse citas, se concertaban hilos de amores, se preparaban matrimonios, se deshacían los hechos, se arreglaban paseos y *garden Partys*. Flirteaban mujeres y chicas; los hombres se apartaban para hablar de interés, de cambio y de emisiones. El grupo de políticos, se ocupaba en combinaciones posibles, y dos cabecillas, uno de oposición y el otro de amigos del Gobierno, se concertaban para derribar el Ministerio, presentando un voto, en tal forma, que parte de la mayoría hubiera de ausentarse de la sala, dejándolo caído.

El mar azul oscilaba perezoso; parecía sábana de raso, hinchándose y, luego, desfalleciendo. A lo lejos se oía campana de máquina que cruzaba lenta en dirección al muelle, arrastrando convoy de bloques de piedra destinados a la construcción del molo de Valparaíso... Media hora más tarde regresaban los autos en vertiginosa carrera, haciendo sonar bocinas mientras algunos, ceñidos a los farellones de la costa, seguían en dirección a Concón, por el camino plano, al borde del mar que azotaba las rocas negras con sus olas.

## XIV

Cuando tomé el vehículo en la plaza de la Estación, pasaba un grupo de señoras conversando en inglés; eran, sin duda, damas que se encaminaban a fiesta en Valparaíso. La Avenida se extendía cubierta de palmeras y de árboles de coposo ramaje que iban a juntarse, casi, con los de la Estación. Alzábanse, recubiertas de hojas, por encima de la carrilera, como si quisieran unirse en lo alto. El palacio del Club de Viña aparecía iluminado, iluminadas estaban también las ventanas de hermosos chalets, en torno y la plaza circundada de grandes pupilas rojas. De momento en momento, se oían sirenas de automóviles, en dirección a la calle Valparaíso unos, a la Avenida Independencia o a Chorrillos otros. La obscura y fina torre de la iglesia elevaba sus agujas góticas al cielo, sobre fondo de cerro, cubierto de pinos hacia la calle de la Montaña.

Me dirigí hacia las Siete Colinas, por la calle Alvarez. De todas partes surgían pintorescos chalets, rodeados de árboles coposos, de enredaderas que arrojaban flores por encima de los muros. Altos pinos lanzaban a las alturas ruedas múltiples de ramas, entre las cuales, en lo alto, aparecían estrellas. Brillaban hojas de nísperos y castaños, de magnolios que abrían enormes flores blancas perfumadas, acaso menos perfumadas que la pequeña flor de buvardia, predominando sobre todas. Y del otro lado de la línea aparecían nuevos jardines floridos y miles de chalets de belleza casi fantástica. De pronto la luna apareció en lo alto como saliendo del lado de Miraflores y bañó, dulce, chalets y jardines, millares de palacios que de todas partes se alzaban. El terraplén de la línea férrea que atraviesa la ciudad se iluminó, de golpe, y la dividió en dos mitades en que sobresalieran techos agudos y copas de árboles. El cerro del Castillo fué cubriéndose de luz y comenzaron a blanquear, en lo alto, los edificios en dulce neblina. El auto seguía por la

Avenida asfaltada hasta llegar al Cerro de las Siete Colinas, casi frente a la Estación de Miramar, y allí comenzamos a subir lentamente y con dificultad, dado lo empinado de la cuesta. Al doblar, en lo alto, junto a la esquina del chalet de Laura, apareció el mar, plateado. El camino transversal, en esa parte del cerro, se hallaba cercado de pilastras de hierro, sobre la muralla cortada a pico. A mis pies aparecía el techo, de forma holandesa, de un gran chalet rodeado de árboles que lo envolvían y lo ocultaban casi, por capricho de su dueño. El coche había quedado a unos cuantos pasos de la puerta falsa de Laura; y mientras contemplaba embelesado aquel paisaje mágico en que la naturaleza parecía agotar el lujo de sus colores y de sus combinaciones artísticas, comenzaba a sentir zozobra de si Laura vendría. Era la misma agonía deliciosa, mil veces experimentada en cada cita, como si hubiera de ser la última. Las campanas de las Carmelitas resonaron en la cercanía, pues su convento no estaba lejos, y eso de mezclar la soledad de una vida conventual con agitaciones de amor y de culpa, produjo en mi ánimo sensación deliciosa y perversa.

De pronto sentí paso que me era familiar, un paso que jamás hubiera confundido con otro alguno, y que tenía el ritmo único, en que sentía ondular su cuerpo, cargado de promesas aún más bellas después de realizadas.

Saqué entonces mi mano, con un pañuelo, señal convenida que siempre empleábamos cuando habíamos de juntarnos en coche, y ya nos adivinábamos y nos *sentíamos* venir. Ella la cogió suavemente y la apretó con fuerza, penetrando de un salto en el auto de capota cerrada y ocultándose en un rincón. Apenas había tenido tiempo de verla. Cogí su cintura y me echó los brazos al cuello, para darme el beso de saludo. Sus labios estaban fríos, casi helados, y sin embargo había como impulso de fiebre en la manera como se aproximaba, ciñéndose a mi cuerpo con movimiento felino que tenía mucho de la agilidad del gato, en movimiento de refinada volup-

tuosidad en que ya se entregaba entera. Iba, esa noche, vestida de negro con traje de moda, menos vistoso para aquella cita. Así, en caso de que nos bajáramos en algún paraje apartado, los que nos divisaran creerían que se trataba de señora de luto. Llevaba sombrero negro de paja, que la cubría el rostro; ella le denominaba «el sombrero de las citas....» o «el de los pecados», agregaba con esa su divina sonrisa. El auto, volvió y descendió lentamente el Cerro de las Siete Colinas, perdiéndose de vista el mar a medida que llegábamos al plan, en dirección a la calle Alvarez, para seguir a Chorrillos, pasando frente al Gran Hotel, junto al cual tenía ella la previsión de cubrirse con su capa de seda hasta por encima de los ojos.

—Estoy tan flaca, me dijo Laura, que esta zapatilla que antes me quedaba justa y es tan delgada que parece aguja, me queda ahora enteramente suelta... mira, y con leve movimiento del pie la hizo saltar peloteándola con la mano. Besé su piececito lindo y tibio y le puse la zapatilla de charol nuevamente.

Viña del Mar, en noche de luna, es acaso lo más bello que pudiera imaginarse en este mundo. Ver chalets, palacios, o simples verandahs rodeados de jardines y envueltos en polvo mágico de luz de ensueño, arrojando bocanadas de perfume que marean, de perfumes penetrantes de flores, y ver ramas de azaleas, de rosales, de buvardias, de claveles, de magnolias y sentir por encima de todo latidos apresurados del corazón, mientras ceñimos talle de mujer amada o estrechamos su pecho contra el nuestro, aspirando su aliento en besos sin término, es tocar la plenitud del ser.

De cuando en cuando Laura tosía; tosía con mucha más frecuencia que antes, y su manecita, tan larga y finamente bella, se agitaba guardada entre mis manos, sin abandonarla, porque así me parecía que era aún más mía; su manecita larga y delgada, me parecía aún más delgada y larga, como si hubiera perdido la carne espiritualizándose. Y su rostro había enflaquecido también,

aun cuando ahora solía aparecer sonrosada y su aliento tenía olor de violetas, diverso del olor de los demás enfermos.

La había citado para aquel paseo, una de las muchas locuras que hicimos durante nuestros amores, con propósito de enojarme con ella, de ver manera de hacerla sufrir, en cambio de lo mucho que yo sufriera, aquel mismo día, con celos lacerantes, en el almuerzo a que nos había invitado el Nabab. Pero todo se había borrado y desaparecido de mi alma, al sentir el sabor de sus besos y el tierno calor de su cuerpo ceñido contra el mío. Bien conocía ella su poder sobre mí, y acaso intencionalmente, cada vez que yo creía tener algún motivo serio de queja contra ella, recurría a las mismas armas y recursos infalibles, sabiendo que nada podría resistir a la magia de sus caricias. Y en verdad, al hacer el simple y rápido movimiento en que ceñía su cuerpo al mío, ya estaba vencido, y cuando nuestros labios se unían era como si pasara esponja sobre el corazón, borrando el pasado.

Tosió nuevamente, y sentí pena oculta que surgía preñada de inquietudes en mi alma. Ya muchas veces me había preocupado, mas cuando la interrogaba decía que el médico le aseguraba era de la garganta., más bien que del pecho. «Lo que podría ser serio son mis intermitencias del corazón, precisamente lo que no se ve ni se sabe. Lo demás no es nada, niñoito», me decía para tranquilizarme. ¡Ah! Laura tenía el alma tan hermosa que no quería perturbar las pocas horas de felicidad que podía procurarme, con recelos y temores de muerte que avanzaba invencible y cruel, acertando a cada instante, su existencia, y no quería que yo viera disminuir la piel de Zapa de que hablaba Balzac, y que sólo es simple trasunto de la vida, pues todos llevamos una piel de Zapa que se va acertando diariamente y que al final habrá de traernos la muerte, inevitable y temida.

¿Era acaso como presentimiento que surgía? ¿O era la muerte misma que ya la cogía entre sus garras y aparecía sobre su cabeza, dibujándose en su rostro bello y

enflaquecido que comenzaba a dar muestras de cansancio y a surcarse de dolorosos pliegues, poniendo en sus labios algo parecido a mueca de tristeza, y sonrisa dolorosa, melancólica y cansada?

El coche había tomado por la calle Independencia, después de recorrida la ancha Avenida de quintas de la población Chorrillos, que parecía trepar por el cerro. La grande Avenida, asfaltada y suave, parecía de seda; al deslizarnos sin ruido, experimentábamos sensación deliciosa de estar solos, y en silencio, en aquella sentimental canción de *música prohibida*. No sé por qué una extraña e invencible tristeza comenzaba a invadirnos y aletargarnos. Acaso era sentimiento de fatalidad que en vano tratábamos de arrojar de nosotros. Debíamos ser inmensamente felices, uno en brazos de otro, pero era felicidad mezclada de angustia, cortada de pesadillas. Veíala admirablemente hermosa, más delgada que cuando soltera, elegantísima, desprendiéndose de ella perfume único de distinción y de encanto y experimentaba la misma sensación de orgullo que tantas veces me sobrecogiera en bailes al verla hermosa entre las hermosas y decirme «esta mujer es mía, exclusivamente mía», por encima del cielo y de la tierra, del bien y del mal. Sentí, al mismo tiempo, en ella, algo como perfume de esencias desprendidas del frasco y que lentamente se desvanecen y se pierden en el cielo o en la atmósfera, invisibles.

El auto nos condujo a calles apartadas, entre jardines y chalets que no conocíamos; en torno del Club Hípico de Viña, cerca del cerro del Tranque. Volvimos por la sección de fábricas, cruzamos nuevas calles, entre las cuales reconocimos el palmario y la Quinta de Valdés. Luego, al través de vueltas y revueltas, nos vinimos a encontrar en la calle Valparaíso, en dirección a Miramar, a donde iba en esa clara noche de luna, muchedumbre de autos y carruajes descubiertos. Al pie del cerro del Castillo aparecía el mar, de manera fantástica, plateado, con los chalets de la ribera, junto a los cuales

iban a reventar las olas: parecían hechos de cristal y daban ilusión de nevados. Cruzamos el nuevo puente y nos encaminamos por el camino que bordea el Pabellón en donde se bailaba de tarde. Todo estaba callado, y la avenida silenciosa parecía muerta. Ahora sólo se escuchaba la melodía eterna del mar, monótona y apagada. Al pasar junto al pabellón, Laura me había apretado la mano y bastó eso para evocar tantos y tantos momentos que allí viviéramos en alegre consorcio con amigos y amigas del grupo de Olga, bebiendo champaña en las mesillas al aire libre o bailando en el salón de techo rústico, donde tocaba endemoniadamente la orquesta, en medio de muchedumbre de chicas. El Pabellón estaba silencioso, muerto: allí habíamos coqueteado, allí habíamos pasado horas alegres de temporada, y ahora cuan lejano aparecía todo.

Después de haber recorrido la ribera, en esa parte, volvimos hacia Miramar. El espectáculo era bello; en las lejanías aparecían fuegos encendidos en Valparaíso, larga línea de luces que bordeaban la costa y se amontonaban, distantes, a manera de collar de luciérnagas que brillaran en la obscuridad. La luz rojiza del faro aparecía y desaparecía por momentos, desprendida de las numerosísimas de vapores y buques anclados. Luego, esas luces se ocultaron y reaparecieron de nuevo cuando, al encaminarnos a Miramar, hubimos pasado frente al Restaurant de la entrada. Allí, en una parte sombría, Laura me dijo:

—¿Quieres que nos bajemos? Aquí nadie podría conocernos y además la playa está solitaria. Sería tan agradable pasearnos juntitos, al brazo el uno del otro, como parejas burguesas.

—¿No será locura, mi Nena?

Laura se echó a reír de verme razonable y de reconocerse a sí misma loca.

—Eso es... el ladrón detrás del Juez... los bueyes en la carreta y el carretero, tirando.

La playa estaba sola. Nuestros pasos se rimaban al

bajar la escalinata, y luego al pisar la arena tan suave, la arena negra, la playa cariñosa, por la cual tantas veces habíamos andado en compañía de amigas que vigilaban chicos, cobijadas a la sombra de grandes quitasoles listados de rojo, o de inmensas tiendas de playa. Por allí bandadas de chicos jugaron alegremente esa misma tarde, construyendo ríos y lagos que la resaca se encargaba de llenar, o corrieron con pies desnudos por la arena. Por allí había caminado también Laura con pies descalzos cuando era como ellos, y la vigilaba la *nurse* inglesa; en esa misma playa había estado a punto de ahogarse en época lejana. Ahora iba sola conmigo, y un mundo nuevo, mundo diverso, había dado a su alma pliegue distinto.

A nuestra vista se describía la línea de luces de Valparaíso, red de imperceptibles chispas, como de fuegos fatuos, de barcos anclados, la pupila del faro, aquella alta gradería del anfiteatro del puerto en que las luces trepan por los cerros como brillantes en medio de la sombra. La luna encubierta por nubes volvió a escurrirse entre ellas y lució brillante sobre el ancho mar. Las casas de baños aparecían al extremo de la angosta playa de Miramar, recortadas como manchas descoloridas al pie del cerro del Castillo. La resaca parecía acompañamiento en sordina de música eterna.

De pronto Laura se detuvo:

—¿Qué era aquello tan grave de que debías hablarme?—interrogó curiosa.

—¡Ah!... debo confesarte francamente. Fué momento de locura en que me sentí desesperado; me pareció que estabas coqueteando con aquel señor Jiménez, y perdí los estribos. El corazón se me oprimió al pensar en la sola posibilidad de que pudieras flirtear con ese tipo de aventurero. Me sentía crispado de que semejante señor tratara de hacer creer a los tontos—que son siempre la mayoría—que tú aceptabas sus requiebros. Me sentí herido en lo más hondo de mi ser, avergonzado de

que te rebajaras hasta la posibilidad de semejante corte...

Laura levantó la cara, con perfil de emperatriz, su hermosa cara de tipo romano, y me dijo con tristeza:

—Veo que no me comprendes; tu pensamiento era de tal manera absurdo que todo me hubiera figurado menos eso. Pero sentí que en realidad teníamos que hablar de algo grave que hace tiempo quería resolver contigo... Bien sabes como te quiero; de más estaría que insistieras; bien lo sientes en el fondo del alma. Jamás hubiera creído que yo, *que yo*, con el concepto que tenía de mis deberes, amada por marido que se miraba en mí, hubiera podido entregarme a ti, siendo tu amante, como lo han sido otras mujeres que yo había condenado en nombre de la moralidad y del deber; nunca hubiera podido concebir que yo también cayese como tantas otras, por amor. Creí que tendríamos, tan sólo, un afecto noble, desinteresado y puro, que viviríamos en regiones de ensueños. Y se ha necesitado de las sorpresas de la vida para que pueda comprender que eso no era posible. Vino la realidad, y fuí como todas las mujeres que aman y se encuentran en mi caso. Esto no quiere decir que te haga reproches por eso; fuistes como habrían sido los demás hombres... Pero creo que ha llegado el momento de las resoluciones decisivas. Quiero poner término a esta vida que ya no pude continuar por más tiempo... Siento que me voy a morir; cada instante lo veo ya más claro, y a cada momento veo también más claro que debo volver a la pureza de mi vida anterior. Quiero acabar contigo, alejarte para siempre... Comprendo que sufrirás, que pasarás por horas amargas al principio, que hasta dudarás de mí y creerás que es cansancio de ti; acaso aburrimiento, lo que solamente es obra de la conciencia reflexiva de mis deberes, y de mi deuda para con.... Manuel... con mi marido...

—¿Permites una sola pregunta? ¿Es influencia religiosa?

—Sí, contestó Laura; me he confesado con el Padre

Griñán, el mismo de mi juventud, a quien no veía desde hacía años... desde... Pero aún sin eso ya había tomado la resolución. Porque me callaba, porque guardaba silencio, ignorabas el sacrificio de una conciencia de mujer que llega hasta interrumpir sus prácticas religiosas, y cerrar los ojos voluntariamente para seguir en amor que considera culpable, pero que no puede abandonar. Y por ti he sido hasta heroica, he llegado a desear que tu cariño por Anita se convirtiese en realidad, que la amaras, me olvidases y sólo pensaras en ella, y que con ella te casarás. Es muchacha buenísima, hermosa, una de las más bellas de Santiago; gran partido que te daría lo que tu madre desea y lo que sueña con vehemencia. Esa sería solución para ambos: la he deseado, y he pasado al mismo tiempo horas de agonía, pensando en que ya comenzabas a quererla y que no te atrevías a confesármelo. En la vida todo concluye, ¿por qué no habría de terminar también nuestro cariño? Es ley humana...

Laura calló y en la sombra advertí que las lágrimas corrían hilo a hilo, por sus mejillas enflaquecidas.

—¡Ah!—le interrumpí, a mi turno, con energía y viveza; no digas disparates. Si mi vida está unida a la tuya, y no por lazos de deber sino por otros más sólidos de afecto intenso, de compenetración de almas; porque mutuamente nos completamos. Tus caricias me son indispensables, y tú necesitas mi alma y mi afecto. Si eso no puede ser...

—No se habla de otra cosa en Viña,—dijo Laura,—que de tu afecto por Anita y del cariño que ella te profesa... Y luego, interrumpiendo sus reflexiones, exclamó, con ingenuidad: «¡Dios mío! ¿qué tendrá este hombre para que todas las mujeres se enamoren de él, para que ninguna pueda resistirle?... Porque en el baile de Oyanguren observé la manera cómo Fanny te seguía con la vista durante la fiesta; donde quiera que fueses, nada veía sino lo tuyo... aunque lo niegues. Pero cuando alguna amiga caritativa venía a visitarme, solamen-

te para referirme detalles de lo que hablaste en el pullman con Anita, y de la cara que ponía, y de su turbación extraordinaria, nunca vista en ella, lo celebraba en el fondo del alma. Créeme, vería con gusto que te enamoraras de ella. Estoy segura de que ambos vivirían felices, eres bueno... Yo me voy... y sería demasiado amargo, para ti, encontrarte solo. Es necesario que nos separemos, que nos veamos poco, sólo en público, y en cuando sea posible, de lejos... «Fernando, agregó en seguida, te autorizo para que te acerques a ella y la cortejes. Te espera y será feliz... Cuando llegue la hora, ya cercana, de nuestra inevitable separación, deseo te acuerdes con cariño y agradecimiento de mí, que he contribuído a tu felicidad sin ser estorbo en tu vida. Te acompañaré con bendiciones y afecto en el instante en que hayamos de separarnos para siempre...»

—No digas locuras, linda... no digas disparates; mientras tenga aliento, esa vida será tuya, sin mérito de mi parte porque te adoro y eres mi alma entera, lo mejor de ella. Eres mi diosa...

A pronunciar esta palabra la cogí de la cintura y sequé sus lágrimas con mis besos, sintiendo gusto salado, sabor amargo de su desesperación que se disfrazaba y se disimulaba detrás de la aspiración al sacrificio. Volvimos por la ribera. Apresuré el paso para que no nos vieran, a pesar de que en aquel momento la playa estaba desierta, y su cuerpo delgado y fino, aún más delgado con el traje negro y la capa que llevaba, me hizo recordar involuntariamente el cuerpo delicioso y virginal de Anita, y al besarla confundí dos cariños en un solo beso.

La empujé involuntariamente, y de manera inconsciente, al cobertizo, debajo de los baños. Era un amplio corredor cubierto de arena, en el cual se hundían las pisadas, sumergido completamente en sombra. La luna se había ocultado tras de una nube oscura y el alumbrado público de la playa estaba apagado como en noche de luna acontece. Silencio y soledad grande reinaban en aquel

paraje, en el cual sólo se oía rumor, casi apagado, de olas que estallaban y se retiraban luego. Las rocas negras de los Baños de señoras, se alzaban, unidas entre sí por estrecho puente, como biombo que nos separase del mar, en ese instante de color de tinta.

Allá, en la sombra nos detuvimos, y de nuevo nuestros labios se unieron en divino beso, que se prolongaba, largo, exquisito, impregnado de candente voluptuosidad, casi más ardiente aún que aquel otro, el primero que nos diéramos, en el fondo del Parque en Aconcagua. Era beso en el cual nuestras almas se comunicaban, y nuestros cuerpos tendían a fundirse en uno. La sangre ardía en mis venas y circulaba rápida, subiéndome al corazón en oleadas vertiginosas, quemándome el rostro, con soplos de fuego. Sus manos también quemaban, sus largas manos finas, de una delicadeza de seda. Suavemente, la cogí en brazos como pluma. Su cuerpo adelgazado, tenía el peso de un niño, y la tendí sobre la arena, para contemplarla, para adorarla, en su divina elegancia. Devorado por la fiebre de aquel instante, la estreché de nuevo y se enlazaron nuestros cuerpos en el abrazo del amor triunfante. Un solo ritmo, un solo impulso agitaba nuestro ser en ese instante delicioso y supremo, cuyo recuerdo habría de perseguirme en vida y al través de la muerte: una sola palpitación de nuestro ser, de nuestro aliento, de nuestra respiración anhelante y de nuestros cuerpos estremecidos. En el silencio de la noche, sólo se oía lento ir y venir de olas que casi besaban nuestros pies, y quejidos de amor que le arrancaban mis caricias.

Callamos después largo espacio. Inmensa tristeza había invadido nuestras almas, tristeza que hace del amor y de la muerte como dos hermanos. Es que la eterna renovación de vida que acompaña el amor, lleva en sí como semillas de muerte, para que sobre las ruinas se levante otra vida nueva, más perfeccionada.

Momentos antes, Laura sólo pensaba en romper conmigo, en arreglar su existencia, en volver al carril re-

gular del concepto honorable y burgués de la vida; pensaba en su enfermedad, en que surgían en su alma remordimientos y ardientes deseos de otra esfera más perfecta en el más allá, esfera ideal, a la cual estaba dispuesta a sacrificar el presente. Surgían también en ella la imagen de su marido, amante y afectuoso; su concepto hereditario del deber; recuerdos y enseñanzas de su niñez oraciones de la cuna, y, por sobre todo, la sombra de la muerte que avanzaba, y quería morir en paz consigo misma. Mas, todo eso había desaparecido en cuanto soplara sobre nosotros el vendaval de pasión, irresistible y potente; todo se había borrado ante el simple soplo de un beso, ante el ardor apasionado de un deseo.

Un estremecimiento exquisito de voluptuosidad suprema nos trajo, de nuevo, a ese frágil lapso universal de la hora que pasa; se desprendieron nuestros labios del quemante y delicioso momento creador de toda vida, que parece palpar en el mismo ritmo en el universo entero, desde la flor que transporta a lo lejos su polén, llevado en alas de un insecto, o de la brisa de un soplo primaveral, hasta mundos que se engendran en obscuridades lejanas o fuerzas que se transforman en nebulosas y obedecen al mismo ritmo de amor y de atracción de seres fundidos en un beso.

Cuando ya cansada, y como desfallecida, Laura se puso en pie y trató de arreglarse el peinado y de ponerse el sombrero, yo, puesto de rodillas, le sacudía la arena prendida en el vestido, y limpiaba con pañuelo pajuelas prendidas a la capa de seda negra con cuello de Marta Zibelina. Y besé sus piececitos deliciosos. Luego, al levantarme, me echó los brazos al cuello y nos dimos el último abrazo. La luna, saliendo de nuevo, bañaba su rostro transparente y albo. Sus ojos surcados de inmensas ojeras, ensombrecidos por largas pestañas, parecían abismos en el fondo de los cuales luciera el terciopelo de sus negras pupilas. ¡Qué infinito amor y cuán hondo agradecimiento sentía por aquella mujer divina y única

a la cual debía las horas más grandes de ilusión, instantes que superaban en su realidad a los ensueños más locos e imposibles! Luego, antes de volver al auto, dimos nuevamente otra vuelta por la playa, en ese instante iluminada en parte por la luna. A lo lejos divisamos una pareja que se alejó rápidamente de nosotros, movida acaso por el mismo temor y por la misma prudencia. De pronto se oyó una voz cristalina, voz admirable y fresca de soprano ligera que entonaba la *Berceuse de Josselyn*, casi como si estuviera al lado nuestro. Las notas del acompañamiento en el piano resonaban límpidas en el silencio de la noche. Alcé involuntariamente la vista hacia lo alto del Cerro del Castillo. El palacio de Olga estaba brillantemente iluminado. Esa noche daba gran comida. Y allí estaría la *Crema* santiaguina, el grupo. Resonó, luego, nuevamente, la voz de Anita, como en aquella noche en que se paseaba en barca por la laguna, sentada en lo alto, mientras nosotros a sus pies, la escuchábamos embelesados y los aplausos de la orilla parecían evocación, bajo la iluminación mágica de la noche. Las notas de la voz de Anita se desgranaban hermosas y vibrantes como cristales. Sentí que Laura, cogida de mi brazo, experimentaba leves estremecimientos. Pero no dijo ni una palabra y ambos sentimos, entre nosotros, que pasaba rozándonos el mismo pensamiento inevitable y amargo.

## XV

El camino plano de Viña a Valparaíso va costeano la ribera en multitud de curvas y zig-zag pintorescos en que el mar aparece y desaparece entre farellones y rocas o altos edificios que de pronto surgen. El mar, de glauco vibrante, se deshace en olas que estallan bravías, en blanca espuma, y se pierde lejos, surcado de gaviotas que van a posarse en las rocas de la orilla, o de negros humos que surgen tenues, señalando el paso de algún tranatlántico que sale de la bahía o penetra en ella. Los cerros aparecen cubiertos de habitaciones obreras, humildes y pobres, de mantas y sábanas tendidas a secar al sol, de basquiñas de colores que surgen entre montones de tierra, tarros vacíos de sardinas, trozos de sandías rojizas y cáscaras, trapos sucios, zapatos viejos, desperdicios de todo orden que forman atmósfera de olores en fermentación bajo el sol de verano. Algunos niños descamisados corren por la pendiente, sin nadie que los cuide, expuestos a matarse, mientras la madre, lavandera de oficio, plancha ropa en medio del cuarto redondo en que vive la familia, y el padre se emborracha en la tarberna vecina, a la vuelta del humilde caserío. Mientras el automóvil en que viajaba a toda velocidad, en compañía de Felicia Lara de Arroyo, la señora Souza y Carlos Lacerda, devoraba el espacio, me puse a contemplar aquella vida de miseria, de pobrerío, recordando que esas mismas casas, vistas de lejos, en la noche, daban espectáculo mágico de diadema de brillantes que se cñera a los cerros de la bahía, con infinita variedad de luces que treparan por anfiteatro.

La orilla zigzagueaba; los cerros se cortaban para dar paso al camino, que nos hacía pasar por el Matadero

Modelo y luego por la Maestranza de Ferrocarriles, en donde se oía confuso pitear de máquinas, rumores de émbolos, silbido de locomotoras, y ruido monótono y metálico de martillos que resonaban, haciendo vibrar planchas de hierro. Un grupo de obreros, de barbas hirsutas, de trajes de brin mugrientos y desarrapados, cruzaba por el ancho portón. Lacerda les conocía bien, pues había tenido que liquidar con ellos en sus minas y sabía de las huelgas amenazadoras, de incendios, de sangre corriendo, de gritos roncós de muerte, y rugidos de multitudes amenazantes, pero todo aquello no le importaba, siempre que la autoridad le prestara mano fuerte. Había tenido ganancias inmensas durante los años de la guerra y como todos los demás capitalistas le dejaban indiferente las miserias de aquellos infelices desarrapados y sucios, entregados al alcohol, y a prédicas de agitadores que vivían removiendo bajos fondos de pasiones humanas. El desdén de unos y las cóleras de otros amasaban barro de odios y sangrientos estallidos. El alma frívola de las mujeres, esa alma de elegancias y de saraos, de fiestas y de encajes, esa alma aparente de muñeca, había comprendido, antes que los hombres, la necesidad de encarar estos problemas amenazadores y lo hacían sosteniendo casas de pobres y desamparados, como el gran Asilo de Niños, del cual Laura era Directora, y las Gotas de Leche que suministraban quinientas mil raciones a niños a quienes sus madres tenían que abandonar para ir al trabajo, así como otros centros de Obras de Asistencia Social que pasaban ignorados para los capitalistas, contentos con embolsar dividendos o el producto del fundo de campo, sin gastar un centavo en mejorar la condición del inquilinaje que vivía a manera de siervos.

En Valparaíso se había establecido, hacía poco, otra gran sucursal del Asilo de Niños, sostenida por señoras del puerto, a quienes servían de auxiliares en su instalación, algunas damas santiaguinas. De paso, nos detuvimos frente a la gran fachada del nuevo edificio, sencillamente enjabelgado de blanco. En ese instante Laura

salía de él. Había pasado la tarde entera ocupada en dar instrucciones y ayudar a la dirección en los arreglos. Algunas otras señoras, como ella, se consagraban con entusiasmo a esa empresa, conocida de pocos, en su enorme importancia y había muchas más del mismo género, que ejecutaban su labor de hormigas sin que nadie lo notara, con afán de poner dique de caridad humana a esas inmensidades desconocidas, de miseria. Y pocos se percataban de la acción, a veces admirable, de aquel grupo de mujeres que solían aparecer, de cuando en cuando, en listas de comidas o de fiestas, como simples cultivadoras de frivolidades y cuya acción social fué más eficaz que la de sus maridos en el Congreso, pues éstos sólo se limitaban a derribar Ministerios, para procurarse a sí mismos lugar al sol, y puesto en el próximo Gabinete.

Las señoras se saludaron, y mientras Felicia y Laura charlaban, salió Anita del Asilo, en compañía de Lucy Garden y de Vera Ormazábal de Sánchez. Vera, malignamente, y con toda intención me invitó a su automóvil, en presencia de Laura: «Fernando, ustedes van muy estrechos en el auto de Felicia, ¿por qué no se pasa al mío? Irá bien acompañado... con Anita, y Lucy; de seguro que jamás se habrá visto en otra igual». Rehusé cortésmente, alegando que no podría abandonar a mis compañeras. Laura escuchaba al parecer indiferente, pero comprendí que no perdía palabra de nuestro diálogo.

—¿Ustedes van al Trocadero?

—Allá vamos... a la invitación de Pepe Bunsen.

Momentos después, los autos cruzaban en dirección al Puerto, al través de varias grandes Avenidas. De momento en momento, soplos de aire salino, de aire de mar, nos refrescaban los pulmones, por entre el tráfago del puerto, de grúas que descargaban fardos o los amontonaban en cubos o pirámides regulares; camiones que pasaban aceleradamente, carretones que hacían crujir sus

llantas bajo el peso de la carga. Sentíase hervor de colmena humana.

El movimiento de tranvías, de carros, de autocamiones, de autos y de coches, era enorme. Los viandantes se deslizaban por las aceras con paso rápido. La muchedumbre de mujeres sencillamente vestidas, pero todas con traza de limpieza, y hombres de aspecto apresurado y activo, que iban cada cual a su ocupación o a su negocio, llenaba las Avenidas, pasando, despreocupada, frente a las vidrieras de tiendas, cargadas de géneros y de mercaderías varias, expuestas artísticamente, en bien concertado desorden. Oíase hablar mucho en inglés y algo en alemán e italiano, notándose el carácter cosmopolita de las poblaciones americanas.

En la plaza de la Victoria paseaba mucha gente, especialmente niños conducidos por niñeras, muchachas, jóvenes, viejos que tomaban sol mientras la música de una banda militar tocaba en el kiosko. Cruzamos, rápidamente, por la calle Esmeralda, dirigiéndonos entre la muchedumbre de vehículos, al Restaurant del Trocadero, entonces uno de los mejores y más elegantes de Valparaíso. Nos detuvimos en la esquina de la Bolsa de Comercio, en donde los Corredores se apiñaban en bullicio de comentarios, anotando quizá la más reciente baja de papeles que en aquellos momentos asumía proporciones de catástrofe, con rápidas e inesperadas caídas, de las que sumen a tantas familias en la miseria, llevan luto a innúmeros hogares y a veces rematan en suicidios. Rostros vencidos y mustios, paso arrastrado, agitaciones, todo revelaba en aquel instante pánico, desolación de bajas comerciales y de quiebras.

El Trocadero estaba, sin embargo, lleno de gente, y mucha desfilaba incesantemente por sus anchas escaleras de mármol. La vasta sala, llena de mesitas, adornadas y bien puestas, en las cuales tomaban asiento muchachas bonitas y elegantes de Santiago y Valparaíso, estaba plena. En una de ellas, Pepe Bunsen esperaba a sus invitados, conduciéndoles a sus asientos respectivos a me-

dida que iban llegando. Era la mesa del fondo; estaba cubierta de flores, de rosas magníficas, traídas de las Zorras, grandes rosas Mac Carthy, de rojo sangriento, recién importadas, y orquídeas de color rosado suave. Ya habían tomado colocación, Lady Whindam Fox, Olga Mac Alister, Colares, que se había puesto el monóculo, el general Rivera, vestido de civil. Elisa Ruiz, aplicaba su impertinente de mango de carey a los recién llegados, diciéndoles alguna frase amable o irónica, en tono dulce. La señora Sousa, muy elegante, como de costumbre, hacía envidiar sus trajes de las demás mujeres, y si hubiera tenido en su vida la más leve falta, habría debido espiarla de manera durísima en aquellos momentos. Vera Ormazábal, dirigió, con la mano, un saludo al anfitrión y cambió rápida ojeada con Felicia Ruiz, como quien pone en contacto las hojas de estoques florentinos. Vincitore y Eleodoro Zaldívar entraron, juntos, canturreando el uno, impassible el otro; nadie hubiera sospechado que en su fuero interno ambos estaban preocupadísimos con la baja, que le costaba millares de pesos de pérdida a cada uno de ellos, cosa grave para Vinci, que era pobre, pero cosa gravísima para Zaldívar, tan cicatero como rico.

La orquesta tocaba piezas escogidas, fox y tangos. De cuando en cuando, alguna pareja se ponía de pie, y siguiendo la moda americana, usaba el espacio que había quedado sin mesas en el centro. Mimí Sanders bailó tango con su marido, Martín Alister, muchacho rubio y joven,—ella también era rubia y encantadora como linda muñeca alemana,—alcanzando aplausos nutridos como si hubiesen sido artistas de variedades.

Cuando la mesa se llenó, Pepe dió orden de servir champaña, junto con tostadas de caviar, plato exquisito y raro en aquellos momentos en que parecía imposible conseguirlo a causa de la guerra europea, terminada no hacía mucho.

—Te felicito por el caviar,—gritó de un extremo de la

mesa, dirigiéndose a Pepe, el general Rivera. Es tan difícil encontrarlo como pellizcar un espejo.

Hubo risas; celebraron, en coro, el exquisito manjar, devorándolo las señoras con dienteillos de rata. Vino en seguida, galantina de pavo, que Vinci comía con júbilo, olvidando sus pérdidas recientes de Bolsa. Los sirvientes circulaban con botellas de Pommery-extra dry; comenzaba a notarse alegría. Cuando sirvieron un plato de erizos frescos, Eliodoro Zaldívar, ya olvidado, también, de sus desastres de Bolsa, escribió a Bunsen una tarjeta que decía: «¡Cuidado! que te vas pasando de preparación...», con lo que aludía en términos hípicas a las carreras, en las cuales los dueños de Stud alimentan superabundantemente a sus bestias para ganar premios.

Me encontraba junto a Anita, pues era cosa descontada en Viña que nos casábamos, y los invitantes a fiestas tenían cuidado de colocarnos cerca en comidas y bailes. Estaba elegante y hermosísima como nunca, vestida de rosa pálido, con leves gasas que permitían lucir su garganta descubierta y ponían de relieve su cuello flexible y delgado, de tal finura que en ciertos movimientos parecía como si su cabeza hubiera de troncharse a leve golpe. El brazo, descubierto, no tenía más joya que su reloj pulsera de platino con brillantes, sobre cinta de seda negra. Bajo las alas de su sombrero de paja salían rizos de cabello rubio, cubriendo sus cejas pequeñísimas y sirviendo de marco a su frente maravillosamente pura y tersa. Pero aún más puros eran sus ojos negros, velados de larguísimas pestañas, ojos aterciopelados que producían, al mirar, efecto de suave caricia.

Nuestras manos se estrecharon con el largo apretón que ella me daba ahora, distinto del rápido shake-hand que antes empleara conmigo. La mesa era estrecha, estábamos apretados y se había producido entre nosotros corriente de familiaridad y de íntimo contacto, avivado aun por el champaña que corría generosamente.

Mi compañera estaba feliz. Nunca la había visto así,

tan segura de sí misma, triunfadora, con el porvenir resuelto, y, sin embargo, jamás habíamos cambiado palabra clara de amor, ni juramento, ni fórmula alguna de las usadas oficialmente en casos tales, cuando se acerca el compromiso definitivo. Pero, ¿acaso no le había manifestado que la encontraba encantadora y que ella encarnaba la suprema aspiración de mujer que llevamos en nosotros mismos? ¿Acaso no había compromiso real en mi actitud de los últimos tiempos? Así debía comprenderlo seguramente Anita, y así lo juzgaba con razón, el mundo, pero yo, sumido en transacciones de conciencia, no acertaba ya a ver claro dentro de mí, ni en mi propia conducta. Laura, mientras tanto, impasible y sonriente, observaba, sin perder detalle, y trataba de adivinarnos por nuestras actitudes. La cara de felicidad inequívoca de su prima no podía escapársele, pero jamás me contó las agonías que en aquellos momentos sintiera, con faz sonriente y compostura de mujer mundana que debe callar.

Cuando la conversación se hacía general, trató de olvidarse de sí misma, en los propios instantes en que Anita, inclinada hacia mí, decía a media voz: «¿Ha pensado *en mí* alguna vez desde ayer?

—Constantemente, constantemente... aunque no quisiera... aunque deseara apartarla.

—¿De veras?—agregó, en tono tierno, cálido, que suggestionaba. Y luego meditativa, como era inteligente y observadora, agregó de pronto: «¿Y por qué desearía usted apartarme?»

—Porque no soy digno de usted.

—No sea tonto... déjese de boberías... Y pasando a cosas más serias, mañana dará Olga el paseo... No deje de ir... temprano... y le digo *temprano* solamente porque no dudo de que usted vaya... Terminó con estas palabras que apenas alcancé a oír: «Usted irá *porque yo se lo mando*», dándome, al propio tiempo, mirada de exquisita dulzura, de infinita pureza, mirada que yo debía recordar más tarde amargamente.

Las señoras se habían puesto en pie. El general Rivera, después de invitarnos a comer, con amabilidad que le era habitual, nos dijo que dos vaporcitos de la armada nos esperaban en el muelle, para pasear por la bahía. Eran las cinco, y nada más hermoso cabía que ver puesta del sol en el mar. «En seguida pasaremos a ver el nuevo Dreadnought, el *Latorre*, que bastaría, por sí solo, para destruir cualquier escuadra. Arriba, señores...»

Momentos después, llegábamos al Puerto y nos embarcábamos en vaporcitos, con bandera al tope, tripulados por marineros vestidos de blanco. Había ligera marejada cuando nos desprendíamos del muelle, entre millares de embarcaciones pequeñas, remolcadores que cruzaban, chalupas que bogaban lentas, grandes lanchones cargados de carbón o de cereales para el Norte, buques de fina encordadura, o inmensos transatlánticos larguísimos. Oíase gritos y juramentos de fleteros, prolongados llamamientos de sirenas, y se veía deslizar, como flechas, canoas automóviles de la escuadra, pasando junto a blancos diques en medio de la bahía. A lo lejos, humo de trenes saliendo del Barón, y en el muelle y en la plaza Prat movimiento afiebrado de puerto, carros cargados de mercaderías, autocamiones, ir y venir de gente, fleteros, cargadores conduciendo al hombro pesados fardos con paso gimnástico; empleados que llevaban cuentas, lápiz en mano, o corrían veloces. Mercaderías amontonadas en los malecones formaban pirámides de fardos de pasto, de sacos de trigo, o cerros de carbón de piedra, y cajones inmensos.

A medida que nos alejábamos del muelle, destacábase el Puerto de Valparaíso, a nuestros ojos, tomando relieves y líneas características. A lo lejos, al frente, aparecían el palacio de la Intendencia, los Tribunales de Justicia, edificios de Hoteles; y del otro lado, las calles de Blanco y de Cochrane, con casas monumentales, agitación afiebrada y violenta de gran comercio, edificios altísimos y tráfico de ciudad cosmopolita. Más allá del monumento a los héroes del 21 de Mayo, aparecía Bella

Vista, Estación moderna, próxima a la Avenida Brasil, hermosísima y amplia, el arco del Centenario, las estatuas de Cochrane y Wheelwright. Por la orilla del maldón se amontonaban bodegas.

Y mientras más nos alejamos, más claramente veíamos dibujarse, elevándose en realce, la hermosa bahía de Valparaíso; aparecían casas en los cerros, trepándose en medio de jardines hacia lo alto, y lento subir y bajar de los ascensores. Y luego fuimos sumiéndonos en un bosque de cuerdas, de mástiles, de cascos de buques y de vapores, pintados de negro, de gris, de blanco, la línea de flotación señalada en rojo. Más allá, del lado de occidente, se mostraban los Almacenes Fiscales, con líneas regulares de ventanas; grandes molos de obras del puerto, masas inmensas de piedras amontonadas; descomunales grúas, muelles, dársenas, formando conjunto grandioso. Se veían pasar tranvías en camino a las Torpederas y cruzar frente al Castillo construído sobre roca. En lo alto aparecía ya el bosque de Playa Ancha, verde oscuro, con árboles apiñados en formas caprichosas y pintorescas. Señalamos con el dedo, a la distancia, el punto en el cual tuvimos un paseo años atrás, y acudieron recuerdos a nuestra mente, vividos y palpitantes. Laura sentada frente a mí no cesaba de observarme con el rabillo del ojo. Se charlaba de cosas insustanciales, monopolizada la atención por el paisaje. De pronto Vinci, animado por el champaña, hizo un ofrecimiento: «Esta bahía es admirable... ¿Quieren que les cante el *Nuovo Mondo* de la Africana?» «No, gracias», replicó vivamente Anita, entre risas de todos.

Se había sentado junto a mí, y conversaba alegremente y sin cesar, como chiquilla contenta. Mientras tanto, no podía yo dejar de ver, al frente mío, a Laura, silenciosa, dominada, a pesar de hábito de mundo por honda melancolía. Y como comenzara a toser, le ofrecí pasarle su abrigo colocado con los demás en popa. «No me cuide tanto», me contestó irónica, y en forma tan cortante, que llamó la atención de Felicia y de Olga. Un

marino presentó en aquel momento bandeja de copas de champaña, y esto deshizo el malestar.

Laura estaba triste. Su rostro iluminado por la melancolía, parecía armonizarse con la belleza del atardecer que presenciábamos en el mar. El sol fuese hundiendo, lento, entre olas, agrandándose al morir, ensanchando su órbita roja, sangrienta, y luego, sumiéndose de súbito en la inmensidad azul, en medio de nubes que se tornan violáceas, anaranjadas, amaranto, y se alargan, en aquella parte del cielo—mantos de Bayadera tendidos al viento de la danza. La tristeza de Laura ya no admitía disimulo y sus amigas comentarían en lo íntimo, ese drama que presenciaban. Me sentí abrumado por pensamientos dolorosos y amargos, como si fuera autor de suplicios, pues leía en su corazón cuanto pasaba. ¿Y como no, cuando su alma se mostraba desnuda en aquel instante cruel, sangrando y dolorida? Al mismo tiempo experimenté impotencia de cambiar las cosas, y peligro en decir cualquier palabra. Habría sido capaz de estallar y dar escándalo. Tantas veces habíamos tenido escenas terribles, terminadas en lágrimas y besos... Yo experimentaba la amargura de quien ve morir a ser querido, sin poder salvarle, desarmado ante el mal, la destrucción y la muerte.

El champaña circulaba, aumentando la alegría de los invitados. Vinci parecía olvidado definitivamente de sus pérdidas y Rivera, hablando de las últimas operaciones de la guerra europea, criticaba ciertas maniobras ejecutadas por el cuerpo de Ejército del Príncipe Heredero. «Pero todo eso es ya historia antigua, y lo que importa son sus conquistas actuales», le dijo Lacerda, con sonrisa, muy simpática.

Ahora, nuestra lancha cruzaba rápida por entre la fila de la segunda división naval de la Armada de Chile. Avisos, Caza Torpederos, Cruceros rápidos, aparecían alineados; más allá la masa impotente de acorazados con grandes cañones, pintado el casco de gris; más lejos aun, el «Latorre» como una montaña flotante, con el

aspecto imponente de los Dreadnoughts, inmensos cañones levantados, torres descomunales.

El sol se había puesto. De pronto se escuchó una detonación y en la popa de un acorazado, apareció a nuestra vista la guardia formada, presentando armas, mientras la bandera del buque se arriaba, lenta entre las últimas claridades, y se oía el agudo son de una corneta. El mar inmenso, era todo de azul oscuro, y el cielo pasaba del rojo al amarillo, al índigo, al violeta, al amaranto, para luego teñirse en algunos puntos de plomo. En la tarde moribunda, se dió entonces un espectáculo impresionante: los faroles del puerto se encendieron como por ensalmo y la bahía apareció tal inmenso circo en que brillaran luces con fulgores de diamantes.

Anita, a mi lado hablaba animadamente del paseo que daría Olga en su fundo «Los Rosales»; sería la mejor fiesta de la temporada, asistirían más de sesenta personas, en infinidad de autos que partirían juntos al día siguiente, a las nueve de la mañana, desde la casa de Nina, en la calle de la Montaña, cerca del Gran Hotel. «Los Rosales» tenían casas maravillosas, en las cuales se había imitado el estilo colonial americano, con grandes balcones de rejas de Vizcaya, salas de vigas salientes, muebles de la época, retratos de abuelos de Olga, sillas de cuero de Córdoba, armarios antiguos y sofás fraileros de viejos conventos, traídos del Cuzco, vajilla de plata forjada a martillo, vitrinas llenas de miniaturas en marfil del siglo XVIII y abanicos entallados con varillas de nácar. «En seguida nos pasaremos por el hermoso parque, agregaba Anita, y trataremos de perdernos en las vueltas y revueltas... ¿No querría usted perderse conmigo?»

En realidad sentía emoción profunda, espectación nerviosa. Parecíame que se acercaba el momento decisivo de mi existencia. Todo iba a resolverse, de manera fatal, en breves horas, acertándose, a cada instante, el plazo y en mi cerebro se barajaban rápidas las soluciones posibles entre las cuales no era la menos seductora la de

mi matrimonio con Anita, que constituiría la felicidad de mi madre. Próximas a realizarse las aspiraciones de su vida, vería nietos y acaso tendría ese pensamiento de codicia, innato en las madres, y que las lleva a buscar matrimonio de sus hijos con muchachas de fortuna—y Anita era riquísima, y muy bella y muy buena.... De la otra parte, me bastaba con alzar la vista para ver, frente a mí, la desesperación orgullosa y altiva, a duras penas disimulada, de mi Laura; esa desesperación traducida ahora, por imperioso esfuerzo de voluntad, en cierta alegría ficticia, extremada para ser verdadera. Ninguna de las mujeres que iban con nosotros parecía tan graciosa, tan alegre, tan llena de chispa—sus bromas iban derecho al blanco: Colares, Vinci, el general, Felicia, Lucy Garden, nadie escapaba a sus saetas irónicas y finísimas, que hacían reír. Y pensaba que me lo había dado todo: belleza, cuerpo, alma, palpitaciones íntimas del ser, suprema intensidad pasional; que había expuesto, por mí, su posición mundana, nombre, prestigio, lo más caro que una mujer puede tener en este mundo. ¿Iba a traicionarla, a darle puñalada cruel, en momentos en que su vida se desplomaba, en que la acechaba ya la muerte, y no le quedaba otra ilusión de la vida que ese amor nuestro?

Mientras admiraban la alegría de Laura, sus gracias y sus bríos, sentía mi alma triturada por aquella inmensa desesperación, sólo ahora medida en su profundo y silencioso abismo.

## XVI

En el muelle Prat nos despedimos alegremente, dándonos cita, los más, para el paseo a que estábamos invitados por Olga Mac-Alister. Las señoras hablaban como cotorras, se las prometían felices, y las no invitadas ponían cara de indiferencia aburrida.

Fué Manuel el primero en deshacer los grupos. Aguardaba a su mujer, en el muelle, pues no había querido ir a bordo, por que a «él no le contaban cuentos y sabía lo aburrido de semejantes diversiones. Abrazó a Laura cariñoso, y ella le correspondió con alegría y dulzura que siempre me inspiraban celos, celos que en la intimidad me impulsaban a reprochar tales muestras de afecto. «¿Qué te extraña? respondíame ella, ¿acaso no sabes cuánto quiero a mi marido y hasta qué punto nos comprendemos mutuamente?».

—Vamos, Nena,—dijo a Laura, no olvides que estamos invitados a la comida de Diego de Salas, en el Club de Viña... Tienes que vestirte.

—Si es por eso, te declaro que no voy... Me siento enferma...

—En cambio, yo no puedo faltar, contestó Manuel. Va un grupo simpático: el «Ñato» Pérez, Nina Lyon, los Ruiz, el «cachetón» Aldunate, Lina Ovalle, Adwardson, Joe Gimbsson y el Embajador Americano... Cuando digo que no puedo faltar.

—¿Y me dejas sola?—murmuró Laura, en tono de niño mimado.

Entonces, Manuel volviéndose a mí, contestó:

—¿Por qué no le dices a Fernandito que vaya a verte...? Supongo que no será demasiado sacrificio, salvo que también él tenga otros compromisos de su parte.

Contesté inmediatamente que no tenía ninguno, y me apresuré a aceptar la invitación, aparentando indiferencia y desgano.

Los autos se acercaban y desaparecían uno en pos de otro, la mayor parte en dirección a Viña. Las señoras se besaban, despidiéndose, o se ofrecían asientos sobrantes para conducir a sus casas. Laura partió en el suyo, llevando a Anita que había escuchado impasible el diálogo conyugal, haciendo toda suerte de misteriosas e involuntarias reflexiones. Yo no había pedido mi auto, que estaba en el garage, para ser revisado y arreglado, en espera del paseo del día siguiente; me encaminé, a paso lento, a la estación del Puerto. El último tren a Viña acababa de partir. Cogí un auto para alcanzarlo en el Barón, pero llegué demasiado tarde.

Entonces tuve una ocurrencia caprichosa: quise intentar la vuelta a pie. Si me cansaba no faltaría algún tranvía eléctrico que me llevara. Eso haría reposar mis nervios. Y me eché a caminar. La noche cerraba. Salían con tardo paso grupos de obreros de la Maestranza de los Ferrocarriles. Oíase rumor de algún bote que se alejaba conduciendo marineros que hacían sonar, a compás, los remos. Martilleo lejano, en taller de carpintería, resonaba como acompañamiento de interjecciones y juramentos de borrachos en la taberna. Un casco de buque naufragado en la bahía, alzaba su popa, entre rocas, junto a la costa. Sentíase olor desagradable de basuras y de excrementos, mezclado con vaho salino y yodado del mar al caer el día. Me eché por el camino, casi atropellado por carrós que volvían de vacío, y autos que pasaban arrojando nubes de polvo. El viento agitaba sábanas rotas, puestas a secar sobre cordel, junto a un rancho del cerro, y se oían gritos destemplados de mujer que regañaba a su chico, desarrapado y sucio. Los mil clamores de la tarde en la bahía de Valparaíso; el rumor sordo de carretones lejanos sobre el empedrado, silbatos de locomotoras, gritos perdidos de fleteros, ruidos de remos en el agua, se fundían todos en armonía profun-

damente melancólica y sonora, a la cual ni siquiera faltaba el múltiple clamor callejero, con notas altas de muchachos pregonando periódicos, o vendedores de pan de grasa o de dulce, o de empanadas calientes. Y todo eso avivaba la pena que empezaba a invadirme, pues me sentía humillado y avergonzado. A pesar del dolor, visible para mí, de la pobre Laura, mi resolución se iba cristalizando, con mayor firmeza.

Había llegado el momento inevitable de la resolución definitiva. No podía vacilar; mi vida, mi porvenir entero se jugaban a una carta. Debía optar entre seguir en amores con Laura, ya tan enferma, desanimada, abatida y triste, o tomar el camino opuesto, y aceptar la vida como realmente es, sin timideces ni cobardías, aun cuando con rudas brutalidades; en tal caso, no me quedaba más que seguir las inspiraciones de inmensa y tierna simpatía que, en mí, despertaba el amor de Anita, y la atracción física de su cuerpo joven, impulso sexual de su primavera, encanto de su gracia, sugestión poderosa de lujo y de belleza, del prestigio social que la rodeaba, de aristocracia y de selección y—¿por qué no confesarlo francamente, para vergüenza mía?—el misterioso dominio de ciertas grandes fortunas, reconocidas y consagradas, como la del padre de Anita. Por último, su figura de sutil belleza, el andar gracioso, tan peculiar, que consistía en dar pasitos breves, como enlazando los pies, uno con otro, en movimiento virginal; su perfume de Tulipa Negra, mezclado con el casto sabor de *odore di femina*; esa mirada insinuante que lanzaba debajo de pestañas largas y crespas, luciendo unos ojos negros, de mirar luminoso y puro; aquel su largo talle y su cuerpo divino, delicado y esbelto al mismo tiempo; tan fino y flexible que, al bailar fox parecía doblarse, tibio, estremecido, bajo la presión de mi brazo; fundíase todo eso en sensación dominante de deseo que me embargaba como ciertos perfumes penetran en las ropas hasta no poderlos desprender de ellas.

En verdad, Anita iba creciendo en mi corazón, y ocu-

páandolo, poco a poco, por sugerencias maternas que sirven de involuntarios medianeros en tales casos, de Galeotos de la vida. Anita iba llenando mi alma como esas neblinas londinenses que, al principio, tienden ligero velo y luego se espesan en forma que hasta las luces aparecen borradas y perdemos sendero, rumbo, y acaso también conciencia de nosotros mismos.

Seguía caminando por la carretera de Viña, la frente bañada de helado sudor. De pronto, surgía como remordimiento, la imagen de mi pobre Laura, que tanto me quería; triste, pero sonriente, como recordándome infinitas alegrías que me prodigara con abnegación y sacrificio de sí propia, exponiendo por mi cariño, reputación de virtud, posición, vida. No era posible que la abandonase como patán, como simple «apache» cansado ya de la querida que explotara.

De pronto, sentí algo en mi bolsillo; era una rosa que Anita pusiera en mi mano, en la cabina del vaporcito, dejada junto con su pañuelo de encaje, después de presión rápida y sugestiva. No habiendo tenido tiempo de quitarlo, de miedo que la sorprendiesen, y así me había dejado esa reliquia involuntaria. Saqué el pañuelito, sentí, de pronto, perfume enervador que me invadía sin poderme explicar tan extraña sugestión amorosa. Llevé la rosa a mis labios y la besé, una y otra vez, sintiendo como en cada beso ella penetraba más y más, en mí, dominándome de manera triunfadora. Mi voluntad se disolvía y ya se cristalizaba la resolución de casarme. En el paseo del fundo Las Rosas, nos entenderíamos definitivamente. Ella lo esperaba y de aquí la emoción profunda con que se despidiera de mí, aquella tarde, y que todos advirtieron, cuando estrechaba mi mano, sin mirarme, con rostro serio, de gravedad penetrante, a tiempo que me decía con palabras entre cortadas: «Hasta mañana... No falte... no falte... que si no pelearemos para siempre...»

«¡Ah! mi bella amiga, mi divina amiga; no pelearemos, porque siento que mi vida y tu vida se hallan en-

lazadas de manera irrevocable. Serás mía, serás mía para siempre...»

Entonces, con la facultad imaginativa que forma como esencia de mi alma, dominándome de invencible manera en mis actos, di por realizado lo futuro, me vi conduciéndola al altar, vestida de blanco, la frente ceñida de seda, por ancha cinta, y velo de encajes. La cola del vestido era larga, y dos niñitos la sostenían, vestidos de pajes. Pasábamos por entre cortejo de amigos y amigas, al compás de la Marcha de *Tanhausser* que tocaba una orquesta invisible. Temblaban, en el fondo, luces amarillentas de cirios, y las miradas convergían a nosotros, envolviéndome en sugestión enervante. Allí veía notabilidades de política, de sociedad, de alta banca; jóvenes, amigas de Anita, que bailaron en fiesta de Santiago, y de Viña; muchachos que manejaban auto o aparecían en el Club Hípico... y junto a ellos, barbas blancas de magistrados de la Suprema Corte... Ministros...

Ya cristalizada mi resolución desdeñé el dolor de Laura, la de los divinos sacrificios, y marché sobre su corazón brutalmente, sin miramiento a la mujer que todo lo diera por mí, y que aun aguardaba la hora del holocausto supremo para ofrecermé, su propio corazón sangrante...

A lo lejos divisaba, como al través de vaga neblina, luces encendidas en los cerros, luces de humildes chozas o de soberbios palacetes, lucecillas fugitivas de barcos anclados en el puerto, que surgían en obscuridades de agua negruzca, o en sinuosidades de la vasta rada, temblorosas y lejanas. Todo aparecía confuso ante mi conturbada vista, presa el alma de visiones que me dominaban y me absorbían. También me asaltaron visiones de codicia y de lucro, de riqueza o de porvenir, no lejano, Me vi en viaje a Europa, en compañía de Anita, recorriendo la Costa Azul, con ella, en magnífico automóvil de sesenta caballos, al través de la Riviera, Tendríamos dinero a manos llenas. Llevaría cien mil pesos que me daría mi madre para el viaje y ella tendría cuanto qui-

siese de su padre. Viviríamos en París o en Londres, como príncipes; Anita despertaría envidia en las mujeres. A su paso los hombres se mostrarían asombrados de su belleza y de su lujo, de sus perlas y de sus trajes. Nos presentaríamos en la mejor sociedad de San Sebastián, y allí sería, entre todas, la primera.

¿Y Laura? Ya no pensaba en ella. Nuevos anhelos iban dominándome en forma de obsesión irresistible. Laura se borraba de mi vida, como si su recuerdo fuera un átomo que se esfumara en el espacio de las distancias siderales. Ardía la sangre en mi cerebro. De pronto, advertí que había llegado a la rada del Recreo; sus chalets surgían a mi vista, con focos en los vestíbulos, iluminadas las pupilas rojas de las ventanas. El mar era sábana oscura sobre la cual surgieran manchas de tinta de rocas, y luego un grupo de cipreses en la Estacioncilla estrecha, de galpones bajos. Me sentía fatigado y esperé un tranvía del puerto que avanzaba, por la curva del camino, hacia mí. Subí rápido y pocos minutos después descendía en el Gran Hotel. Eran las nueve de la noche; cambié de ropa, y salí sin comer, pues me habría sido imposible tomar cosa alguna. La angustia me apretaba la garganta, presintiendo la terrible escena que me esperaba, sin duda, en casa de Laura. Sería escena final, escena inevitable, ya que mi situación era de todo punto insostenible y habría de ponerle término costase lo que costase.

Sudor frío corría por mi frente cuando subí al coche abierto que habría de conducirme a la casa de las Siete Colinas. La noche era de luna y hermosísima y de los interiores, iluminados brotaba una paz deliciosa, que me hizo suspirar, sugiriéndome la de mi vida en el hogar futuro. Los árboles se alzaban, hermosos y grandes, de ramas sombrías, y de los jardines subían perfumes de buvardias y de magnolias, mezclados con rosas. La luna, al levantarse, los iluminaba con fulgor que, en aquellos momentos, me pareció amargo, teñido en tristeza, como si hubiera de ser la última noche de mi

vida. Parecíame sentir ya rudo choque; ver lágrimas de Laura, su desesperación y, por encima de todo, lo que habría de producirse dentro de mí, en aquel momento.

Cada minuto, demasiado rápido en el correr del tiempo, dejábame como quien ve llegar su postrera hora. El auto doblaba por la calle de las Siete Colinas, remontaba lentamente y con dificultad la carretera que trepaba al cerro, por la calle áspera, rodeada de casas hermosas, y de chalets que iban a la montaña. El claror de luna, abajo, iluminando trozos de bahía, con luz plateada, esparcía sobre la población difuso vaho luminoso, cortado por negrura de pinos, al extender, entre sombras, sus ramas largas y planas, en ruedas de tinta chinesca.

El coche se detuvo, bruscamente. Tenía necesidad de bajarme, y dificultad para dar un paso más, junto con deseos de huir lejos. Subí las gradas de mármol del vestíbulo, y después de esperar breves momentos, intranquilo y desazonado, el corazón palpitante, penetré a la salita de trabajo de Laura, cuarto íntimo al cual me condujo la sirvienta.

En la penumbra sólo brillaban luces de dos lámparas colocadas sobre veladores. Sentada en el sillón me esperaba sonriente, despreocupada, tranquila, sin asomos de sospechas, sin leer en mi corazón, ni recelar la tempestad cercana. Llevaba en el dedo un dedal de plata, y cosía. Sobre sofaes y mesas se amontonaban trajes destinados a niños pobres del Asilo de Caridad, del cual era Directora. Dos sirvientas, sentadas más lejos, cosían ropas cortadas sin duda por ella misma. Calma, paz, reinaban en aquella pieza y en aquella hora. Me sentí amargamente intranquilo, al compenetrarme de la piedad callada de la noble mujer que todo me lo había dado, a quien iba a sacrificar, mientras ella trabajaba para los desvalidos.

Laura me alargó la mano sonriendo, y despidió a las sirvientas, dándoles indicaciones para el trabajo que efectuaban.

Nuestra conversación se inició en tono tranquilo y lento. Estaba un tanto cansada, y no muy bien. Manuel, en extremo preocupado, había ido a esa comida para engañarse a sí mismo, y desechar temores. Laura bajó la vista, suspiró y dijo: «Manuel es tan bueno... y me quiere tanto...»

Entre ambos reinó silencio embarazoso. Maquinalmente cogí una rosa del florero y comencé a deshojarla, sin saber lo que hacía.

—Usted quiere acabar con mi jardín, Fernando,—murmuró dulcemente irónica.

Al recibir su mirada serena y suave, experimenté, a pesar mío, deseo de coger la mano, su larga mano enflaquecida y transparente, de la cual emergían venas azules, apenas señaladas, y de besarla, pero no con la pasión con que lo hiciera siempre, sino con gesto religioso de respeto y de ternura que comprendió, sin duda y que la dió leve estremecimiento nervioso. No dijo ni una sola palabra, y bajó la vista sobre la costura que continuó, como si nada hubiera pasado.

Luego, sin saber cómo, fué deslizándose la conversación al paseo del día siguiente, que constituía la preocupación de Viña y del cual se hablaba, en todas partes, con animación, como del acontecimiento de la temporada del balneario.

—Será hermosísimo... expresó ella. «Las Rosas» es uno de los fundos más bellos de Chile, tiene potreros poblados de ganado de fina sangre, traídos al país a todo costo. Toros, vacas holandesas, viven en pesebres de lujo, alojados casi tan bien como las Embajadas extranjeras en las fiestas del Centenario. El parque y los jardines que rodean a la casa son únicos, regios. Hace dos años asistí a un almuerzo allí y recuerdo que cuando salimos a tomar café al hall, se oyó de repente, música de Lulli, tocada en el clave, en viejo clave de cuerdas temblorosas, con notas de las que no se olvidan. Y era de ver el delicioso contraste de los trajes de Paquin y de Callot, y de caras jóvenes, bonitas y frescas, en medio de

antigüedades que nos hablaban de cosas pasadas y de tiempos idos...

Laura se detuvo, y suspiró sin mirarme. A mi turno, me estremecí, como si en cada palabra suya hubiera alusión misteriosa a *lo que venía*...

Reinó breve silencio, y pregunté:

—¿Ha decidido ir al paseo, al fin?

—No puedo ir, amigo mío... Si me siento ya mal y aunque quisiera, mi marido no me lo permitiría... ¿Y usted piensa ir?

Al pronunciar estas palabras alzó la vista y me miró con ojos serenos, tranquila.

—Sí, Laura, tengo que ir, aunque, francamente, ahora quizás no lo desearía... pero tengo compromiso...

—¿Con quién?—preguntó Laura.

Hubo breve silencio, y entonces, comprendiendo había llegado la hora, concentré mi valor y le dije en tartamudeo:

«—Tengo compromiso para ir con *Anita*, no puedo faltar...»

—¿Con *Anita*?... Y no agregó palabra más.

Experimenté, entonces, vacilación, flaqueza de mi ánimo, escozor de la crueldad del acto premeditado, al mismo tiempo, sensación de sorpresa al verla inesperadamente tranquila, serena. Mi alma sintió como súbita reacción de piedad y agregué:

—Si usted no quiere... no iré.

—Vaya... vaya... respondió Laura, sin que se rompiera el encanto de su voz plateada. Si ha de pasar un momento feliz, ¿por qué no habría de ir? Vaya... vaya...

Había bajado la vista y cosía, concentrada en la tela.

Sentí en aquel instante, por reflejo, la tristeza resignada y honda de sus palabras, y de su actitud, como si hubiera pasado por su alma infinita amargura de las decepciones de la vida, cuando tocan a lo irreparable. Vi tanta grandeza en su sacrificio, sin alardes, sencillo, que me ofrecía hasta su muerte, hasta el propio corazón,

a trueque de asegurar mi felicidad, y de no amargarla con reproches, que dentro de mí se verificó inesperada reacción, sentí trastornados mis planes por la fascinación del sacrificio. Laura me reconquistaba, al ceñirse voluntariamente corona de espinas, por amor a mí. ¿Acaso yo no la quería también? ¿Podría cortar en un segundo, lazos de amor forjados con la abnegación suya, con su infinito cariño y que se arraigaban en lo más bello de mi alma y en lo más bajo de mis sentidos y de mis recuerdos amorosos? Estaba preparado para la lucha, si ella hubiera resistido, si hubiera protestado, enérgica y resuelta, como indicaban su carácter y su manera natural de ser, acaso hubieran despertado, en mí, los instintos del animal dormido que yace dentro de nosotros, haciéndome brutal y cruel, pero su actitud me vencía...

Poniéndome en pie, le dije:

—No, amiga mía, usted no va y yo no iré tampoco...

—Pero eso será la ruptura definitiva con Anita... La conozco mucho, desde que nació, y sé que no te lo perdonaría nunca... Es implacable y no olvida... No te lo perdonará jamás... jamás... Anda... anda...

Entonces recordé lo que Anita me había dicho al separarnos, hacía horas: «Si usted no va al paseo pelearémos para siempre...».

Sentí en el alma inmensa amargura, despedida de ensueño esfumado, de ensueño encantador que se iba deshaciéndose en el espacio como esas nubes que vemos desvanecerse en el cielo, y conteniendo un suspiro, murmuré, en tono bajo, casi doloroso:

—No iré, no iré... ya que en el fondo tú no lo quieres...

Entonces la vi enderezarse, en su asiento, iluminado el rostro, fulgurante, en completa transfiguración de alegría que estallaba, a pesar suyo, al través de la reacción de amargura; sus cabellos tenían reflejos de oro, sus brazos desnudos aparecían transparentes, y su frente era como de porcelana que ocultara una luz. Se in-

clinó hacia mí, y, en silencio, me ofreció los labios. Al besarla, sentí calor de lágrimas que rodaban por sus mejillas enflaquecidas, corriendo libremente:

—Sí, haces bien, porque habría muerto...

—Dame papel para escribir la carta,—le dije.

—¿A quién?

—Para Anita... A lo menos debo excusarme como caballero.

Se dirigió a su escritorio, un lindo escritorio de señora, lo abrió, me ofreció silla y pluma. Al ver que sólo había del que ella usaba, con su nombre, la sencilla palabra «Laura», de membrete, tuvo impulso delicado que agradecí. «No uses ese papel... sería demasiado duro para ella... Espera...» Y pasando a la pieza vecina, volvió con pliegos y sobres sencillos de los que gastaba Manuel, sin monograma. Escribí, la carta de excusas a Anita, y se la pasé para que la enviara al día siguiente.

Laura me la devolvió con gesto sencillo y noble: «Eso no... mándala tú mañana, *si quieres...*»

La besé en la frente, me dió abrazo estrecho y nos separamos.

\* \* \*

Su imagen no se aparta de mi memoria, tal como la vi aquella última vez. Su rostro, de nariz aguileña, tenía expresión semejante a la que daban los escultores antiguos a bustos de emperatrices romanas, pero su altivez se amortiguaba en la mirada de sus ojos negros, velados de largas pestañas crespas, y la línea finísima y roja de sus labios resaltaba sobre la intensa palidez de su rostro, en el cual la muerte, ya próxima, parecía poner entonaciones de infinita melancolía. Diríase que el fondo de su alma se reclinaba ya en la sombra.

## XVII

En el pullman, de regreso a Santiago, había tomado para mí el departamento reservado. Corridas las cortinas para que nadie me viera, me acurruqué, casi me desplomé en el fondo, abrumado física y moralmente por los sucesos de los últimos días. Tristes me parecían en la penumbra, los árboles y habitaciones obreras de la Refinería de Azúcar, y las casas y chalets de la población Miraflores, esas mismas casas y esos chalets que tan alegres encontrara un mes antes. De sus jardines parecía desprenderse, no ya perfume sutil, sino tristeza de crepúsculo.

Allá abajo, en la quinta a la cual solía ir Laura a comprar flores, se veía un automóvil de lujo, con la capota echada atrás, y, en el fondo se dibujaba la silueta fina y elegante de mi amiga, esperándome, según lo convenido, para verme partir. Alcanzó a divisarme en el compartimento, y me saludó con el pañuelo—triste saludo que para mí se impregnaba de amarguras y desencantos. El sacrificio se había consumado: «*Consumatum est*» parecía decirme aquella despedida, sin sospechar sería esa la última vez que hubiéramos de vernos.

De pronto, en la angustia de aquella hora, surgieron mis recuerdos, como brotan en la mente de los ahogados episodios de vida entera, en un segundo de asfixia.

Había sido terrible. Pasé la noche entera en vela, vacilante, desesperado, empujado de una resolución a otra. Tenía deseos de volver atrás sobre lo prometido a Laura, de romper la carta, de presentarme en auto al paseo, y ya me veía en compañía de Anita, por avenidas del Parque, en la Hacienda de Olga, dándole flores, llegando insensiblemente al punto deseado por ella, y lue-

go, en paraje obscuro, nuestro compromiso definitivo sería un beso—el beso casto de los desposados a quienes aguarda el mundo de ilusiones.

Estaba cierto de su cariño; era mía su alma—esa alma en la cual se mezclaban ingenuidades infantiles con energías inesperadas. A las ocho y media me sentía quebrado y deshecho. ¿Cómo podría presentarme jamás ante Laura, después de haber faltado a mi promesa? Después de lo pasado en la noche anterior, no cabían vacilaciones, en verdad. Envié la carta de excusas con mi *chauffeur*, y el auto a disposición de Anita.

Me levanté de la cama desesperado, a vagar sin rumbo, nervioso. Quería caminar, caminar mucho, meciéndome en las últimas ilusiones, en esperanzas desatentadas. Confiaba en que aceptaría mi disculpa de enfermedad, creyendo en lo imprevisto; esperaba, pero vagamente, que me perdonaría, repitiéndome, sin creerlo: cuando se ama se perdona siempre. Eché a caminar hacia la población Vergara, a pie, para gastar mis nervios, y anduve hasta las nueve y media, hora de la cita de los autos en la calle de la Montaña, ante la casa de la señora Souza. Saqué el reloj, esa debía ser la hora de partida en común. Al día siguiente, supe cuánto había pasado: Anita recibió mi carta, la leyó lenta una y otra vez, se demudó, y la echó al bolsillo del maletín de mano, arrugándola. Cuando Olga preguntó por mí, le contestó, tranquilamente, que no iría porque estaba enfermo; se envolvieron la cabeza en velos; se distribuyeron en autos y despidieron el mío, que no necesitaban. Anita iba cabizbaja y triste...

En ese mismo instante, cuando caminaba por la calzada, se detuvo junto a mí un auto. Era el general Rivera que se dirigía al Club de Polo de Viña. Siempre se dan esas casualidades fatales.

—¿Qué no vas al paseo, Fernandito? ¿Qué te pasa? Será algún berrinche con la novia. No hay que hacer caso de nubes de verano que sólo sirven para alegría de las reconciliaciones. Vamos... sube... iremos al Spor-

ting... a la cancha... hoy se juega la gran partida de Club de Polo de Viña *versus* el Polo de Santiago. Será cosa de ver. Anda, y te distraerás. Y si quieres aun llegaremos al paseo de las «Rosas».

—No puedo, me siento mal,—le contesté.

Sin agregar palabra, se bajó del auto, y cogiéndome de un brazo me llevó tranquilamente. Creía hacer en ese instante buena obra conmigo. Pronto llegamos a la cancha. Iba sin voluntad, desmadejado por las trasnochada y la agitación nerviosa; me dejé conducir a donde la fatalidad me arrastraba, sin preveer, siquiera, las consecuencias de lo que hacía.

Había numerosos autos presenciando el espectáculo que ansiosamente se deseaba, pues existía rivalidad entre ambos Clubs, como suele haberla entre santiaguinos y porteños. Ya se paseaban, lentamente, los jinetes del team santiaguino, azules y del team porteño, rojos. Desfilaban jinetes con camisas de lana abiertas y anchos cuellos, muchos de mangas arremangadas; lucían hermosas cabalgaduras nerviosas, de fina sangre. De pronto se oyó murmullo de conversaciones y caras agrias.

—Vamos, ¿qué ocurre?—preguntó Rivera, que era gran sportman.

—Falta el capitán del *team* santiaguino. Salas está enfermo y no hallamos con quién reemplazarlo, pues es el más fuerte. Era nuestra mejor esperanza.

Los polistas se agrupaban, contrariados, entonces Rivera tuvo una de sus ocurrencias militares que le habían hecho célebre.

—¿Y por eso, no más, se achican ustedes y dejan mal parado el Club de Santiago? Aquí tenemos a Fernando, es buen polista... que lo reemplace...

Una aclamación le contestó. Con eso se resolvía todo. Me instaron, me suplicaron. Mi traje estaba precisamente en el Club. El caballo de Salas no se había enfermado y era número uno. No podía dejar mal a los amigos y cedí, sintiéndome como embriagado y sin voluntad.

Entonces comenzó la partida de Polo que fué famosa. Tomé la dirección del team santiaguino y partimos a *fond de train*, como dicen los franceses. Me batí como loco, desesperado, hice barbaridades, me expuse a que me mataran, arrojando mi caballo en medio de la tremenda partida, revolviéndolo, pegando a la bola con certeza de artillero.

Al terminar nos acogió una ovación. Había ganado el team santiaguino, después de perder, durante dos años, contra el team porteño.

Me llevaron al Club, a un almuerzo; destaparon champaña y tuvimos juerga.

Pero el general, tranquilamente, se apartó de nosotros, cogió su auto y dos horas después llegaba a «Las Rosas», a punto de almorzar. La fiesta fué alegre y animadísima. De pronto se habló del gran *macht* de Polo, Santiago *versus* Viña. Entonces Rivera no pudo resistir la tentación y refirió la partida, y el feliz éxito de mi llegada, así como detalles del triunfo. Habló de mí, con el entusiasmo propio del sportman convencido; dijo que había estado magnífico de arrojado y sangre fría. Había dirigido muy bien, y alcanzando victoria brillante.

—¿Qué no estaba enfermo Fernando?—Preguntó Colares.

De pronto se formó silencio, sin que advirtieran los hombres la plancha que hacían. Las señoras cruzaban miradas, por lo bajo, llenas de intención, de esa intención perversa que suele reinar en casos tales en el mundo. Anita parecía pálida, más impenetrable. Olga, se inclinó a su oído: «Hijita, domínate... domínate... ya hablaremos...»

La señora Souza contaba la escena, al día siguiente, a Dora Jeffersson, mi prima. Al levantarse para servir café en el hall, Olga salió llevando consigo a Anita, al departamento de señoras; subieron la escalera de piedra, y penetraron a las habitaciones reservadas. En cuanto llegaron al *boudoir*, Olga abrazó a la joven y la besó en la frente.

—¡Pobre, Anita! Valor... que la vida está llena de decepciones...

Entonces Anita, echándose sobre un canapé, rompió a llorar...

Dos días más tarde, al salir la misa del Domingo en la Iglesia Matriz, a las once y media, esa misa a la cual concurre, en Viña, la sociedad elegante, esperaba en compañía de Rivera, de Sanders, de Antonio Gómez y de todos los de nuestro grupo del Club. De pronto, vi que bajaba Anita, en compañía de Nina Sanfuentes y de Mimí Rojas: era trío de muchachas primoras, maravillosamente vestidas, entre las cuales la figura esbelta y admirablemente bella de Anita se destacaba como una orquídea.

Mis amigos que estaban delante, la saludaron y yo, al pasar a mi lado, me saqué el sombrero, sin que me contestara. De pronto, fijó la mirada en mí, una mirada indiferente, altiva, soberbia, risueñamente desdeñosa, y pasó, como si ya no existiera para ella.

Sentí escalofríos, adiviné que me había separado violentamente de sí, de manera definitiva, irrevocable. Que para ella había muerto. Comprendía y adivinaba mi drama todo...

El tren volaba ya en la obscuridad, al través de campos y viñedos de Limache. Aparecían pupilas rojizas de ventanas. Oíase ladrido lejano de perros, cuando el tren disminuía su andar a la entrada de estaciones, y mi alma se hundía en la tristeza de la noche, de la desesperanza, de ilusiones muertas definitivamente, sin que bastaran, para consolarme, las pruebas que Laura me había dado de su infinito cariño. Es que el hombre siente y deplora lo que ha perdido y no comprende nunca todo cuanto posee y que perderá algún día....

Prosiguió la visión retrospectiva martillando mi cerebro. En el momento de aquella terrible escena; cuando comenzaba a bambolearme cual si estuviese ebrio, sentí peso de mano poderosa y firme sobre mi hombro: era el general Rivera, que la había presenciado tras de mí,

comprendiéndola en toda su terrible y dolorosa intensidad. Como tenía corazón dentro de su cuerpo de viejo hidalgo, me dijo:

—Compañero, no se *achique*; hay que ser hombre ante la gente. Ha llegado el momento de hacerle cara al universo, a esos amigos que se acercan a nosotros con rostro compunjado, apretándonos en silencio la mano, cuando ha fracasado la combinación Ministerial de que formábamos parte, o se ha deshecho el matrimonio ventajoso que esperábamos, y luego nos dicen, con rostro de circunstancias: «Hombre, ¡cuánto lo siento! ¡qué lástima!» Más tarde, a nuestras espaldas, pondrán las manos en forma extraña, riéndose a mandíbula batiente. «¡Qué bruto! rechazar una cartera que no volverán a ofrecerle en los días de la vida... deshacer matrimonio que jamás pudiera soñarse!» y *el mundo es así*, joven. Ha llegado el caso de mostrarse león, para ser respetado...

Y volviéndose al grupo que formaban detrás de él, junto al pórtico de la Iglesia, los Almirantes Rodgers y Pérez Hispano, les dijo en alta voz:

—Aló, vamos al Club; los invito a tomar unos aperitivos nuevos, inventados por mí, que se llaman *Ti-quis miquis*, y después a almorzar en honor y compañía del *champion* de Polo del Club Santiago.

—Aceptado,—contestaron a un tiempo.

El Almirante Rogers, rubio, pero de barba canosa, era tenido como buen marino. Pérez Hispano también marino afamado por su inteligencia y bravura, llevaba rostro enteramente afeitado y mejillas hundidas; le brillaban los ojos y tenía aspecto clásico de marino británico y sello de energía militar.

—Por mi parte,—agregó, en broma,—tengo el deber de comunicar a ustedes que el Club Naval, en su sesión del Viernes, acordó nombrar Capitán de Caballería de marina al joven don Fernando, en vista de su comportamiento en el Polo.

Se acercaron los dos Saavedra, «el Gato Pérez», Sán-

chez del Río y Ugarte Serrano. Salimos en grupo. En ese instante, Anita subía a su auto—un magnífico Rolls Royce—en compañía de sus amigas y de la hija de uno de los Almirantes. Todos saludaron, alzando los sombreros casi a un tiempo. Me quité respetuosamente el mío, al mismo tiempo que ellos. Rivera, que siempre fué gran caballero, y al cual jamás se le escapaba una, sin decir palabra, me estrechó la mano, en silencio, como diciéndome, «eso está bien, joven».

Inmensa cantidad de autos, desfilando lentos, obstruían el paso frente a la Iglesia. Las puertas de hierro de la línea férrea, se habían cerrado automáticamente, y la muchedumbre salía del templo, paso a paso, por el callejón estrecho que dejaban las damas esperando los autos respectivos.

Veíase hermosas cabezas tocadas de mantillas de encaje, a la usanza española, algunos sombreros oscuros, cuerpos admirables, trajes elegantísimos, piececillos divinamente calzados, ojos negros, ovalados rostros, largos y esbeltos cuerpos, y voces cristalinas, con las inflexiones características, en el hablar de la alta sociedad, en todas partes del mundo. Oíase rumor de bocinas de autos y silbidos de locomotoras, en la Estación próxima. En medio de la ola humana que se extendía, saliendo del templo, por las calles de Alvarez y de la Montaña, como mancha gris, se alzaba el templo de estilo gótico, de anchos ventanales de colores, sobre el verde obscuro del cerro, cuajado de pinos, que le servía de telón de fondo.

En el vestíbulo del Club de Viña, comenzamos aquella semana memorable en las fastos de los vividores del Puerto y de Viña, tomándonos una serie de aperitivos, seis o siete entre cocktails y Gin-sawers. Almorzamos espléndidamente: Rivera se cuadraba en regla. Nunca, en mi vida, hice despliegue de alegría semejante; dije cuanto disparate me pasó por la mollera, embromé a todos, y a veces en forma pesada que me soportaron pacientemente. Bebí, bebí como jamás lo hiciera hasta en-

tonces. En la tarde fuimos a las carreras del Club de Viña, y aposté con furia; tomé interés en todas las partidas, gané mucho dinero y destapamos champaña. Allí estaban Olga, la señora Souza, Lady Whindam Fox, Colares y el grupo entero, paseando por el Paddock; les di espléndido *lunch*, y celebraron verme de tal manera contento y al parecer dichoso. Únicamente Olga, que era inteligente, y se enteraba de todo por su mucho mundo, me dirigió mirada comprensiva, simpática, diciéndome, a media voz: «Fernando, me parece que tiene usted una alegría desesperada...»

Y así era.

Aquella noche comimos en el Castillo, en Valparaíso, varios amigos, algunas damas del género alegre, las mejores entre las *demi-mondaines* que se pudo conseguir en el momento. Fué orgía estrepitosa, en la cual comenzaron a mostrarse notas discordantes. Hubo dos mujeres que se embriagaron de manera horrible, arrojando el servicio al mar. Dick Jhonssons se dió de trompones con otro de los comensales, y cuando los separaron no vacilaron en arrojarse botellas por la cabeza. Bebíamos, cantábamos, sin cesar, y yo continuaba llevando la batuta desde por la mañana. Luego, recuerdo que sentí la cabeza pesada, y perdí conciencia de mi ser, en aquella bacanal prolongada por todos los ámbitos de Valparaíso. Recorrimos quien sabe cuántas casas diversas, conducidos en autos no sabíamos dónde. Y, por último, en una especie de bruma, me parece que me veo bailando «Zamacueca» en horrible e inmundo lenocinio de los arrabales, a donde me habían conducido. Veíame rodeado de mujeres sucias y gordas, de rostro seboso, vestidas de colores charros, muy escotadas, los senos flácidos, trajes estrechos y mal cortados, piernas parejas. Los perfumes baratos y fuertes me subían a la cabeza, produciéndome extraño vértigo, y sus caricias daban escalofríos. De cuando en cuando se oían tiros en lo alto de los cerros, en aquel paraje perdido y peligroso, entre personajes de

extraña catadura que habían tratado de detener el auto cuando subíamos.

¿Qué fué de mí? No lo recuerdo; sólo sé que desperté muy tarde, al día siguiente, en una habitación que olía a húmedo, con papel caído a trechos y cortinajes de cretona roja, descolorida. Sobre un sofá de forro de seda gastado y vetusto, casi completamente roto, y deshinchado a trechos, revolvíanse mis pantalones con un traje de mujer.

¡Ah, qué vergüenza me abrumba al recordar aquellos días! Me sentía desesperado y quería olvidar a toda costa. Olvidar, en el fondo de la botella de licores fuertes, olvidar, en la orgía, por inmunda y horrible que fuera, olvidar, en el amor comprado.. Quería huir de mí mismo, y por poco hubiera dado muerte a cualquiera, en aquel estado desastroso de mis nervios enfermos. Bebí innumerables cocktails en el Club, en todos los Clubes, en todos los bares del Puerto y de Viña; por la noche jugué como endemoniado y mis deudas fueron cerca de treinta y dos mil pesos, que mi madre, pagaba, poco después, sin murmuraciones.

No podía resignarme a eso de haber perdido «a mi Anita» y sin vuelta y para siempre. Era que, mirando dentro de mí, veía, sin comprenderla, espantosa contradicción. Sentía, de una parte, amor a Laura, necesidad de ella, de su cariño: era como algo mío, a lo cual no podría resignarme a renunciar. Y de otra, sentía por Anita amor casto y deseo tierno. Me sabía amado de ella, y en ella había fijado la base de mi vida futura, de mi hogar, como si fuera puerto y reposo sereno y definitivo de mi vida. Necesitaba de esas dos mujeres; vehemente las quería, pero de diversa manera. *Eran mías ambas*. Pero la lucha de sus voluntades impedía que se realizara *eso* y me había sentido acosado como león en su guarida. El instante inevitable de la decisión, entre una y otra, debía de llegar y llegó, derrumbando, de golpe, el castillo de mis ensueños para arrojarme en la cruda realidad de la existencia, con su lógica dolorosa.

Pocos días más tarde, algo rehecho, fuí a ver a Laura a su chalet de las Siete Colinas. Naturalmente se lo habían contado como yo temía. Sabía mis desórdenes, mis orgías, mis pérdidas en el Club, mis borracheras, todos mis disparates, en suma. Y, sin embargo, me recibió, serena, compasiva, con sonrisa triste.

—¡Pobre Fernandito... pobre hijo mío... te comprendo y perdono tus locuras que ya me han referido por entero, sin faltar detalles! ¡Cómo has caído! ¡cómo has rodado! pero lo has hecho, en el fondo, porque amabas y no querías verme sufrir... Y por eso rompiste tu matrimonio, ya casi firme... y por eso renunciaste a Anita... que te quería y que te quiere, a pesar de todo. Hiciste un grande y duro sacrificio por mí. Aceptaba, por tu felicidad, ese matrimonio y consentía en que te casaras con ella y... *me abandonarás para siempre...* pero aceptaba y consentía, *resignada*, movida de sentimiento que no abrigas, ni comprendes: Quiero ponerme bien con Dios, acallar y satisfacer mi conciencia que me reprocha muchísimas cosas que no te alteran... y es que jamás te he dado a comprender mis escrúpulos, ni mis remordimientos, cuando Manuel se acerca a mí bondadoso y amable, siempre caballero y gentil, adivinándose... Siento que voy a morirme... no protestes de eso porque es inevitable y ya está cerca. Quería morir en paz... Por eso contemplaba resignada y serena tu idilio con Anita. ¿No has notado que Anita se parece a mí muchísimo? Pues hasta en eso veía yo un homenaje de tu amor hacia el mío.

En ella sentirías siempre mi recuerdo cuando hubiese desaparecido. Estaba resignada al sacrificio por ti... mas, a menudo las cosas de la vida carecen de lógica, y en nuestro caso no la tuvieron. Tú te precipitaste a sacrificarte... *y yo acepté*. No debía hacerlo y sin embargo lo hice... ¿Cuál fué la causa? Es que me siento morir a toda prisa; es que siento que me voy de veras, y quería llevar certidumbre de que me hubieras querido tanto como yo te quiero. Quería irme con tu sacrificio,

supremo homenaje de nuestra despedida, y llevar conmigo la ilusión de amor convertida en realidad... Perdóname, Fernandito, hijito mío, este egoísmo de una mujer que te ha dado lo que era y cuanto valía.

Laura guardó silencio, y entre esos vagos rumores que pueblan siempre una casa, sentí que sus lágrimas corrían abundantemente.

—¿Qué tienes, mi Nena? ¿Por qué lloras? ¿Qué no te satisface mi cariño?

—Lloro por ti, Fernando, por tu vida sacrificada por mi egoísmo, desde que voy a morir.

Y ante la tremenda realidad—por desgracia ya cercana—lloramos juntos, abrazados, castamente abrazados, en aquella hora de crepúsculo.

Al ponerme en pie, saqué del bolsillo el telegrama enviado por mi madre. «Está enferma y me llama. Parto hoy en el tren de las ocho»...

—Es mejor así,—agregó ella, triste, sin comentario alguno.

Y luego me prometió ir a verme a la pasada del tren a la quinta en la cual solía comprar flores, para despedirme; ya que ir a la Estación no cabía. Por eso estaba en su auto, vestida de negro, con guantes blancos de vuelta malva, y un inmenso ramo de flores junto a ella, como para ofrecérmelo con el pensamiento en ese instante de las separaciones definitivas, doloroso como una eternidad.

Los recuerdos, infatigables colaboradores del dolor se habían posesionado de mí por entero. Acabé por sumirme en sopor angustioso. De pronto la cortinilla del compartimento reservado se abrió; vi la figura de Eliodoro Zaldívar, con el sombrero a la oreja, a lo huaso, y un hermoso «chamanto» bordado en seda, de colores vistosos, echado sobre el hombro. Calzaba polainas de cuero, con hebillaje de plata, y tocaba su cabeza con sombrero de jipijapa de ala levantada por delante. Venía de su fundo, en el cual acababa de hacer la cosecha, que había sido magnífica, pero él se quejaba siempre, como buen

agricultor chileno que jamás se muestra contento, por desconfianza innata y malicia. Si la cosecha ha sido abundante se queja de los precios, y si son exageradamente altos, entonces achica el monto de la cosecha.

Me palmoteó el hombro fuertemente, me dió un abrazo, llamó al camarero para que le trajese un trago de whisky por cuenta mía, y se quejó de «los tiempos malos». «Pero me dijeron que tu cosecha había sido excelente...». «Psh... cuatro mil fanegas, pero a treinta y cuatro pesos. De lo peor.... durante la guerra me pagaron a cincuenta... esto casi no dá para semilla. *Cuántomás* que la Dolorcita encargó la *runfla* de trajes para los paseos de las chiquillas en Viña, unos para playa, otros para los bailes del Casino, para los Domingos del Gran Hotel, para la Iglesia... para las carreras... me parece que hasta para el W. C.... y todito lo encarga a Europa, como quien dice nada, y hay que pagarlo en oro, hijito, en ese mismo oro que parece andar por las estrellas, porque en la tierra no lo vemos, y conseguirlo cuesta un ojo de la cara».

Estaba visto que no sería libre, ni podría entregarme a mis pensamientos; que no sería dueño siquiera de mis propias amarguras, que no tendría ni el alivio de sentirme sufrir. No faltaría un inoportuno, con trazas de amigo íntimo, como Zaldívar, que me acorralase, me sacara del bolsillo la cigarrera para coger entre sus dedos el mejor de mis cigarros puros y fumárselo tranquilamente. Y al encenderlo, ni siquiera le faltó la pregunta indiscreta y pesada: «¿Con que te casas cachetón?», dió dos chupadas al puro, para encenderlo bien... «y con una chiquilla bien aviada... tiene de todo... para desayuno, almuerzo, comida y cena... he... he...». (aquí tosió cerrando un ojo). «No hay nada de eso, ni ella ni yo pensamos en casarnos, son rumores que corren y que a ella deben disgustarle mucho». «A mí no me vienes con esas, replicó Zaldívar, pinchándome con un dedo; está viejo Pedro para cabrero, y yo sé muy bien cómo se cogen las brevas; hasta sé cómo se maduran las

verdes...» y se achó a reír con nuevos guiños. En ese instante apareció Panchito Pérez, y poco a poco se fué llenando el compartimento reservado. Pidieron copas, el camarero les arregló mesa sobre la cual tendieron una manta de vicuña, que sacaron no sé de qué parte, junto con naipes ingleses, para tallar una partida de baccarat. «¡Adiós mi plata!» clamó Eliodoro Zaldívar, poniendo banca, mediante un rollo de billetes que sacó del bolsillo del revólver, de esta deshecha voy a finiquitar la cosecha de trigo».

Gracias a esto, y las di sinceramente al Cielo, me vi libre de la terrible e indiscreta acometida de mi amigo Zaldívar, que cuando tomaba una persona de su cuenta, para embromarla, no la dejaba en toda la noche. Eliodoro Zaldívar era uno de esos personajes singulares de la vida santiaguina; tenía «cosas» y había que aguantárselas, porque en su lenguaje de «huaso» era intencionado como toro de Miura. Circulaban muchísimos cuentos suyos, entre los cuales el último no carecía de gracia. En cierta oportunidad le presentaron a una dama de muchas campanillas en un paseo de campo. «¿Con que usted es el famoso José Eliodoro Zaldívar?», exclamó la dama y el aludido, sacando gravemente el pañuelo, se lo echó al hombro y contestó muy serio: «El *mesmo*, señora, el *mesmo*; cuando me monto en el «Celoso» no hay quién me *apede*...».

De pronto surgieron luces de Santiago, en inmenso semicírculo, y el tren se detuvo un instante. Habíamos llegado a la Estación de Yungay.

Mis compañeros, con ojos inyectados, concluían de jugar y liquidaban rápidamente cuentas. «Copo la banca». «Aceptado...». «¿Carta?». «No». «Siete...». «Ocho...». «Ganaste». «¿Cuánto?». «Doscientos setenta y cinco». «Allá van...».

Con gran trabajo logré desprenderme del grupo de amigos y entregué mis maletas a Rafael, viejo sirviente de casa, que me esperaba feliz. Me sentí arrastrado por

la marea de viajeros que salían a un tiempo, bajo la bóveda de cristales y de hierro de la Estación Mapocho.

El auto de casa me esperaba. Al subir a él, vi que mi madre había tenido cuidado de hacer colocar flores frescas en los floreros, con aquella su delicadeza exquisita, cualidad dominante de su alma. Y bastó ese simple detalle, para que sintiera en mi alma, por primera vez, después de tantos días, leve soplo de consuelo reflejado en su ternura.

A lo lejos y en la sombra, la hoya del río Mapocho aparecía enorme, con luces a lo largo del amplio canal de piedra, en las Avenidas laterales, y el San Cristóbal, con la Virgen iluminada en lo alto, como cerro fantástico bañado en luz lunar. Los árboles junto al río, redondeaban masas oscuras, en sombras chinescas, recortadas sobre el azul intenso de las cordilleras. Algunos altísimos edificios, en torno de la Estación, mostraban iluminadas habitaciones de pisos superiores. El auto corría veloz, dejándome en penumbra de la que surgieran paisajes y edificios al través de mis ensueños como en una neblina. El carruaje, al detenerse, me despertó sobresaltado. Penetré rápido en mi vieja casa de la calle Santo Domingo, de amplio patio con pino de California en el centro. Estaba restaurada, pero conservaba traza de casona señorial, unido a comodidades propias de vida moderna. Las habitaciones de mi madre hallábanse en el segundo patio, en donde había amplia galería de cristales. Alcé los cortinajes de Aubusson, pesados y solemnes, para penetrar en su dormitorio que veía iluminado, comprendiendo que ella me esperaba. Era una espaciosa habitación, amueblada al estilo del antiguo Imperio; los sofaes, los roperos y el escritorio tenían columnas y adornos de bronce, hermosísimos, de severa elegancia, en que aparecían águilas imperiales, guirnaldas y abejas. Su caoba, obscurecida por los años, recordaba tiempos de nuestra Independencia, de viejas tradiciones y de sociedad colonial ya lejana y desaparecida. Sobre el catre de maciza caoba, aparecía un gran cruci-

fijo de marfil, primoroso, y patinado de amarillo. Mi madre se había sentado en el lecho, envolviéndose en viejo manto de lana, desde que sintiera la llegada del auto. Su nariz me pareció aún más afilada por la enfermedad y los achaques; había tomado ligera encorvadura de pico de águila; su frente arrugada, no tanto por la acción de los años como por la de padecimientos, y sus ojos verdes y pequeños, estaban empapados en dulce fulgor luminoso, que reflejaba siempre la bondad sencilla de su alma, penetrante y comprensiva de otras almas, a la par que llena de indulgencia para con los errores.

Extendió los brazos, al verme, y me recibió en ellos.

—¿Cómo te sientes, mamá?... Tuve susto con el telegrama que me enviaste... felizmente veo que estás bien.

Sonrió tristemente.

—He pasado bastante mal; creí morirme, pero no había dicho nada porque juzgaba, por los rumores, que se acercaban importantes acontecimientos y no quería estorbar tu felicidad...

Suspiró, añadiendo en seguida, con ojos bajos, «pero veo que no se han realizado, y que, lejos de eso, eres más desgraciado que nunca... Hasta mí llegaron cuentos de tus devaneos y locuras en Valparaíso y en Viña... Y comprendí *que todo había concluído*... ¿no es así?... no de otra manera me hubiera explicado esa conducta insensata de tu parte...». Había pronunciado estas últimas palabras en tono grave y severo, que dulcificó luego, para agregar, dando suspiro tenue que casi no se oyó: «¡Pobre hijo mío!».

De semejante manera, tan sencilla, indicaba mi historia de los últimos tiempos, y el fracaso de sus anhelos de «verme con la cabeza *«asentada»*, como ella decía, insinuando muchas cosas que deseaba regularizar. Mas eso se acababa de derrumbar como castillo de naipes al sople de una ráfaga de viento.

Pero, con sentirlo mucho, con dolerse de sus propios

ensueños desvanecidos, todo se borraba y desaparecía a sus ojos, ante el espectáculo del dolor de mi alma, del destrozo de mi vida con la pérdida de mis esperanzas. Y aquel su sacrificio materno y su espíritu de abnegación sin límites, se resumía, simplemente, en las palabras que repitió, mientras rodaban lágrimas por sus mejillas enflaquecidas y apergaminadas: «¡Pobre hijito mío! ¡pobre!...». Las mismas palabras usadas por Laura.

Me estrechó de nuevo fuertemente, con afán de que sus brazos, protegiéndome, lograran imprimir mayor consuelo en mi alma. Sus lágrimas tibias fueron para mí, el primer bálsamo que cayera sobre mis heridas que sangraban, pues me sentía comprendido y perdonado por la santa mujer que con mayor ternura y desinterés me hubiera amado en este mundo. En aquella alcoba de mobiliario antiguo, en que todo hablaba de cosas idas, nos sentamos a llorar juntos, y sentí, por primera vez en mi vida, la plena dulzura del llanto que esparcía por todo mi ser redención y elevación.

## XVIII

Mi madre había empeorado y sentía dentro de mí celos de haber contribuído indirectamente a la agravación de su estado, ya bastante decaído en los últimos tiempos. Habíamos ido al fundo «Bella Vista», en el departamento de Curicó, albergándonos en viejas y extensas casas con amplios corredores, y en medio de jardines, situadas en lo alto de una colina, a la orilla del río Teno, con el cual colindábamos. A lo lejos, la cordillera de los Andes recortaba picachos de sus cumbres. Corría el mes de Marzo y aparecía teñida de color violeta, nevada en la punta, con toques nacarados, albos encajes y suaves veladuras. No muy lejos de las casas pasaba la carretera polvorienta, cercada de álamos que ya comenzaban a perder las hojas amarillas, tejiendo tupida alfombra. Terminaron las cosechas de Febrero, y el mayordomo dió cuenta a mi madre del resultado satisfactorio. Parte había sido vendida a casas inglesas de Valparaíso, de lo cual me había ocupado yo mismo en mi viaje último, y parte había sido depositada en el Molino del Carmen «para fijarle precio en el invierno», porque el mayordomo aseguraba, como todos los años, que el trigo habría de subir mucho, cosa que mi madre admitía siempre como consejo de la misma sabiduría.

Había comenzado la recolección de uvas, y la vendimia en nuestra viña, que no era muy extensa. Pasaba el día entero en medio de ella, a caballo, con ancho guarapón que me cubría el rostro, pensativo, sin poder apartarme de imaginaciones y recuerdos, complaciéndome en rozar heridas de mi alma, así como lo hacemos al tocar picaduras de mosquitos que nos dejan en la piel aguijón envenenado. Las vastas campiñas verdes aparecían, a

mis ojos, con fúnebres colores, entre canturreos de millares de insectos, que toman salmodia de cantar monótono, remedo de coros de maitines.

Por las carreteras polvorientas cruzaban carretas de dos ruedas que chirriaban al andar, hundiéndose en cada bache del camino, lentas, arrastradas por bueyes, a la sombra de angostas alamedas. La zarzamora formaba montañas en los linderos de los fundos y de los potreros en que éstos se dividían, cubriendo extensas superficies con manchas verdosas. Por acá y por allá saltaban perdices con chillido peculiar, en los matorrales, junto a espinos que daban al campo, en la tarde, deliciosa fragancia. Amarilleaban *yuyos* en los prados y la tierra húmeda tenía olor fresco en las partes de riego; el agua, repartida, daba la idea de fragmentos de espejos arrojado en medio del césped verde. Volvía al paso, en mi caballo, que llamaban «el Loco», por lo espantadizo y alborotado que era. Mi madre aguardaba en los corredores, rodeada de viejas inquilinas que iban por remedios o a llevarle gallinas y huevos que ella retribuía con regalos traídos de Santiago, medias, mantones, chales de lana de colores vistosos, pañuelos y portamonedas. Me complacía verla tan bondadosa y feliz entre gente pobre del fundo, dándoles baratijas cuidadosamente adquiridas en tiendas santiaguinas según los gustos y edades, con recuerdo paternal para todos, porque, mi madre seguía siendo «la patrona» como en tiempos de antaño.

Los días transcurrían lentos, monótonos, iguales, sin que nada borrara esa invencible melancolía adueñada de mí de tiempo atrás. Por la tarde daba paseos por el jardín, con mi madre, y sentía, en su silencio, muda y perpetua interrogación respecto de mi alma. Su paso lento, su respiración fatigosa, me daban idea de esas luces que se van apagando, diluídas en sombra de crepúsculo, sentía que mi última aventura había dado el golpe final a sus ilusiones y a sus esperanzas, más no por eso se quejaba ni lo daba a entender en forma alguna. Entre ambos seguía pesando la amargura de lo acaecido en Viña.

A las diez solía ir a la Estación cercana, único paseo de los vecinos. Allí acudían hijas de ricos hacendados, en hermosos caballos, vestidas a la última moda, con pantalones y sombreros redondos, en tanto que sus hermanos aparecían montados a lo huaso, con grandes espuelas y mantas de colores vistosos, echado atrás el «*guarapón*» de anchas alas, que el fiador sostenía. Veíamos despuntar la negra humareda de la máquina, luego la curva del penacho de humo, y por fin, llegaba, jadeando el convoy que apenas si se detenía para dejar la correspondencia y un par de viajeros, generalmente de tercera, con canastos de mimbre tapados con pañuelos de colores y viejas mantas. Junto al corredor, donde el Jefe de Estación revisaba papeles, se alzaba una casita, con techo rojo, y corredor enladrillado, junto a la cual corrían chanchos gruñendo, mientras, entre basuras, se revolcaban niños de pelo revuelto, y más allá matas de cardenales, en tiestos de hojalata, arrojaban al sol manchas rojas, junto a claveles crecidos en tarros de parafina.

Allí estaba la oficina de correos, en donde recibíamos cartas. Allí esperaba pacientemente que me dieran las que diariamente me enviaba Laura. Aun cuando acaso, en el fondo, guardara cierto resentimiento en contra de ella, no podían dejar de conmoverme la fidelidad y la constancia con que me acompañaba al través de la vida. El telegrama de mi madre la había alarmado vivamente, creyendo fuera cosa de extrema gravedad, lo que no extrañaba en vista de sus años y de la enfermedad que padecía.

Iba personalmente a recibirlas, temiendo que si las aguardaba con el correo de la hacienda, mi madre viera el sobre azul que ella usaba y las descubriese; sin duda alguna, nada me hubiera dicho, mas eso la hubiera hecho sufrir, y era preferible evitarlo.

En cuanto me entregaban la correspondencia, partía al punto, al galope, y luego, antes de llegar a las casas, me detenía bajo un bosque de pataguas y boldos; me

apeaba del caballo, y tendido a la sombra del espeso follaje, leía sus misivas, cada vez más tristes y desoladas...

A pesar de todo, su enfermedad no me impresionaba tanto; parecíame que Laura exageraba. Sería táctica femenina para hacerme olvidar *aquello*... Por otra parte, en los amores de mi vida, siempre las mujeres habían tenido impulsos románticos para decirme, en alguna ocasión, que iban a morir... y no las olvidara. Es lo cruel de la vida, que a cada instante, a cada sentimiento noble, agregamos recuerdo profanador, de experiencias pasadas que lo manchan y desdoran, despojándole de algo de su pureza.

Su cartas no llevaban firma... Bastábame con ver su letra adorada para sentirme feliz...

## XIX

*Las Cartas de Laura*

«Viña del Mar, Marzo... de 19...

«Vente, vente pronto; no puedo vivir sin ti, porque te quiero infinitamente más de lo que hubieras soñado. Cada día me siento peor; la enfermedad avanza de manera increíble. Ayer creí morirme, tan grande era mi ahogo. Me sentía asfixiada, y junto con eso, tengo, cada vez con mayor frecuencia, palpitaciones de corazón. Ayer arrojé sangre. Trato de ocultárselo a Manuel, preocupadísimo conmigo.

«Eso de sentirme tísica, como *Traviata*, me da risa y hasta no poca vergüenza; así se lo digo a Manuel, echándolo todo a broma. Pero el pobre está sumamente afligido; me hace examinar por cuanto médico le recomiendan, siempre en la esperanza de que alguno le diga que no es nada. Vive pendiente de mí, ansiosamente preocupado y esto me llena de remordimientos y de angustias. En adelante seré buena, y tú, *que ahora ya no me quieres*, harás el pequeño sacrificio de ayudarme. Viviremos como dos buenos amigos, en esa dulce intimidad que yo soñaba en nuestras relaciones, recién te conocí. ¡Ah! jamás creí entonces posible que pudiera *caer* como he caído... estaba resuelta a matarme antes que cederte... y ya ves lo que ha resultado. Jamás ninguna mujer fué más severa para faltas ajenas y un día, fuí yo quien mereciera mis propias censuras, mi condenación, porque mi conciencia trabaja. Cada prueba de afecto que Manuel me da, es como reproche vivo de mi pasada conducta. ¡Ah! mi querido amigo, he sido mala... Y lo peor es que vivo en el recuerdo de mi pecado y que gozo

evocando esos besos que no parecían concluirse nunca y me llevaban al cielo.

«Desde que ha corrido por Viña el rumor de mi enfermedad, me encuentro llena de visitas. Algunas amigas, alejadas de mí, tiempo atrás, han vuelto con inusitado cariño, y me dan continuas muestras de afecto y de interés... Comienzo a pensar que el mundo es menos malo de lo que nosotros creemos. Elisa Ruiz viene frecuentemente, y se pasa la tarde entera charlando. Vinci suele aparecerse y se sienta al piano, a cantar la romanza de Mignon... hasta le había dado por la *Berceuse* de Josselyn, ¿te acuerdas?... el lago... ¿la fiesta de noche? ¡Ah!... Cuidado tuve, por cierto, de prohibirle terminantemente que volviera a cantar semejante pieza en casa. El pobre se manifestó sumamente sorprendido de mi exigencia, sin comprender qué recuerdos amargos despertaba en mí... A propósito, Anita vino a verme, sabiendo el estado en que me hallaba; había pasado cerca de un mes sin acercarse a casa, pero la gravedad en que debo encontrarme, sin duda, la hizo volver. Es noble muchacha, tiene generosidad y belleza de alma, sabe perdonar, y por encima de sus desencantos encuentra bastante elevación para aproximarse a mí. Lo que más admiro en ella, es que sea capaz de perdonar *sin comprender*, porque la comprensión de faltas ajenas y de la causa que tienen, dentro de la flaqueza humana, facilita la absolución que se otorga, y es cosa grande y bella eso de perdonar sin conocer siquiera las causas atenuantes de la vida.

«Pero estoy filosofando y eso me ha parecido siempre bastante ridículo. En fin, mi casa de las Siete Colinas es como Club. En ella se dan cita señoras para ir de compras a Valparaíso, pasear en auto, concertar comidas y diversiones. No falta quien venga a verme para *hacer hora*... y también tengo visitas como Juana Vélez, que llega precisamente al punto en que suelo ir a dar mi paseo en auto a la Playa... naturalmente sabe que la llevo conmigo...

«Y cuando me dejan sola, cierro dulcemente los ojos para pensar en ti, recordar nuestros deliciosos momentos allá... en el *Paraíso*... ¿te acuerdas... aquella fuente de piedra, debajo de árboles de follaje tupido que casi la ocultaban a nuestra vista... y ese rumor lento, misterioso, del agua que no se ve... ¿recuerdas el «Amor mío», cantado por Carusso en la victrola? Nosotros, abrazados, junto a la ventana, detrás del transparente de encajes blancos, contemplábamos el jardín lleno de flores mantenidas de manera rústica que nos parecía tan sencilla y tan hermosa; los cuadros llenos de malezas, entre las cuales se alzaban cardenales rojos y rosas Mac Arthur! Todo eso es de ayer, y, sin embargo, me parece que desapareció para siempre y que nunca más volverá... Y cuando yo haya muerto... cuando esté lejos... acuérdate de esos días bellos, en que fuimos felices... acuérdate de que nunca has sido amado en la vida tanto y tan sinceramente como yo te he querido... Mira... estos borrones que van en el papel son lágrimas.

«Adiós... lindo.... adiós...»

Marzo de 19...

«Hemos tenido días de neblina. Ya comienza el Otoño, y siento con el caer de las hojas, el peso de mi tristeza. Cuando fui a dejar a mi marido a la Estación, estaba tapizada de hojas amarillentas que cubrían los andenes. Multitud de familias santiaguinas ha partido; los trenes van repletos. Las señoras sólo se ocupan de comprar trajes para el próximo invierno—las Farneuse los han traído muy bonitos y los venden en el Palace. Ayer fuimos con Olga y la señora Souza. Olga compró uno lindísimo de baile, color salmón, con bordados de plata y yo uno blanco, que estas endiabladas gabachas me metieron a fuerza de ingenio y de chispa. Me parece

que hice un disparate... ¿volveré acaso a bailes alguna vez?... Olga me incitaba mucho, y con insistencia, a que lo adquiriese: era piadosa superchería de su buen corazón, acaso para hacerme creer que mi enfermedad es curable. Se lo agradezco en el alma.

«Por la tarde suelo ir a la playa de Miramar, en donde nos reunimos unas cuantas de las que todavía permanecemos aquí, pues la temporada ha concluido... Esta es la «última dernière», como dice una señora amiga mía que vino este verano a lucirnos admirables trajes y una ignorancia más admirable todavía.

«Pero el mar está tan hermoso que nunca se pasará de moda, a diferencia de los vestidos que acabamos de comprarle a las Farneuse; es de un verde esmeralda, ligeramente rizado por la brisa. Y cuando el sol rasga la neblina de la mañana, cambia de color y se torna azulado con irisaciones verdosas. Una se siente como sorprendida de ver que el mar también cambia... como los hombres. La playa estaba solitaria, y apenas si encontré a la señora Marzani con sus hijas, que son encantadoras y elegantes. En cuanto me divisó corrió a saludarme, preguntándome por mi salud con el mayor interés; vuelve a Buenos Aires el 31 de Marzo y va encantada, pues sus chicas han flirteado y hecho varias conquistas; dicen que Beba se casa...

«A pesar de lo amable que estaba, tenía que hacer esfuerzos para no reírme del cuento que le atribuye Elisa Ruiz. Dice que la encontró en una matinée y que hablándole de las dificultades vencidas en el Ferrocarril Transandino, tuvo esta frase que es una perla: «Ha sido necesario buscar el punto de apoyo de una palanca que moviese el mundo, como decía Napoleón I», y se quedó tan fresca....

«La señora Souza viene a verme casi todas las tardes, y se junta con Elisa Ruiz, las Marzani, la señora Whindam Fox y Colares. El general Rivera se fué, el primero, a Santiago; siempre parte de manera exacta y militar. Tiene que ir a su fundo, del cual se preocupa muy

poco; vive la mayor parte del año, leyendo estudios filosóficos a los cuales está muy dedicado, y principalmente obras de espiritismo. Ya no habla sino del Karma, del peri-espíritu, de cierto mediun famoso que conoce, y de experiencias extraordinarias que ha visto en casa de un vidente, donde la familia Zomaza, bastante cursi, pretende elevarse a la sociedad de tono por medio de las mesas parlantes.

«Todos me rodean, me buscan, con el mayor cariño, y es lo más triste que cada día me siento peor. Tengo tos, lo que no es raro, pues el tiempo está bastante malo y un poco de fiebre, pero eso pasará, según me dicen los médicos.

«Deseo que llegue la noche, para verme sola y poderme entregar, de lleno, al recuerdo de mi pobre *«quiltro»*... de ese *quiltrito lindo* que se llama Fernando y en el cual pienso día y noche, aún cuando el ingrato no lo merezca... Creo, sin embargo que sí, que lo merece, y que me quiere lo mismo que cuando me decía «mi Diosa», allá en nuestros paseos solitarios por el Parque, cuando nos bajábamos de un coche herméticamente cerrado, en paraje oculto... ¿Recuerdas?

«¡Cómo no has de recordarlo, semejantes cosas no se olvidan jamás...

«Adiós... te envió un b... y otro... y mil...».

Viña del Mar, Abril... de 19...

«Ayer, mi niño querido, hemos tenido día triste, gris, como si se hubiera perdido para siempre el sol, ese hermoso sol que alumbró las horas felices. La neblina se arrastraba sobre el mar, tal denso velo transparente que la cubriera como abismo. De pronto, las nubes se despejaron, fuéronse rompiendo, a trozos, como cristales, y refulgió el sol sobre el mar plomizo, cubriéndolo de estrellas de oro.

«Desde mi ventana, pues ya no me dejan salir, desde la ventana de mi dormitorio, en el segundo piso de nuestro chalet, diviso un mar de verdura, pinos que descienden la colina hasta el plan, naranjos, aromos, palmeras, alerces, encinas añosas y esos jacarandás que suelen cubrirse de flores violetas.

El mar azul aparece como al través de marcos de árboles y verdura; muy lejos, rocas y farellones. Al pie de ellos se ve línea blanca de espuma de olas. Y los techos de la ciudad se muestran entre árboles, en manchas rojizas. Blancas aparecen las casas del Cerro del Castillo, entre palacios de estilo Renacimiento y chalets hermosísimos, rodeados de jardines. El camino, en torno, forma curva gris, cortada a pico, en el extremo, y señalada por árboles que forman cinturón de verdura en torno.

«Abro mi ventana, afirmo en sus trabas de hierro las celosías verdes, y luego me pongo a mirar. Vivo como Sancho Panza en la Insula Barataria, me enseñan platos y resulta que todo me está vedado, y se los llevan, dejándome peor que si fuera Tántalo. Pero me queda el refugio de pensar en ti... de cerrar los ojos, viéndote en ellos reflejado, de *recordar*. Dios nos ha dado esos dos admirables refugios: el recuerdo y el olvido...»

«He pasado mal estos últimos días... Tengo fiebre que sube, a la misma hora, y me siento inquieta y nerviosa. Padezco ahogos y de pronto me dan ataques insoportables de tos, como si me asfixiara. Me siento en la cama y querría elevarme, subir, para respirar mejor.

«Varias veces han venido a verme diversos médicos de Valparaíso, entre otros el famoso doctor Waldorff y Mac Nill, el conocido médico inglés, a quien la colonia consulta en casos graves. Me auscultan, me dan vuelta de espaldas, me hacen decir una vocal continuamente, y respirar fuerte; luego me golpean la espalda en todos sentidos y me molestan bastante porque eso, al fin y al cabo duele. Lo peor es que jamás deliberan delante de

mí, ni me dicen lo que tengo. Estoy un poco delicada de un pulmón: y de ahí no salen.

«Me siento débil y voy perdiendo fuerzas. Si vieras cómo me queda de ancha la ropa. Creo que cuando vuelva a salir a bailes, tendré que hacerme angostar cuanto poseo. Me veo tan sumamente delgada que parezco chica soltera y todos me quitan diez años, a pesar de lo flaca que estoy. El otro día, al salir a misa de mañana, Mister O'Shea, se acercó, creyendo que era... Anita, mi prima—tu amor. Y habló conmigo, acompañándome hasta el hotel, en donde me esperaba el auto. Seguí la broma, y me dí por soltera.... Cuando al despedirse supo que se había equivocado, y que era la señora Rodríguez del Valle, abrió tamaños ojos.

«La gente santiaguina se ha ido... sólo quedan dos lindas amigas de la calle de la Montaña, que tú conoces mucho... una rubia y la otra morena, como dicen las jitanas cuando hacen predicciones. Con ellas suelo salir a mis paseos en auto, a las tres de la tarde, cuando hace sol. Se acabaron los bailes del Gran Hotel; sólo hay fiestas inglesas y Bridge Partys silenciosos.

«¿Te acuerdas siempre de mí? Creo que no; que ya te has olvidado, que nada te importo. ¿Será cierto que me has querido alguna vez?».

Viña, Abril... 19...

«Estoy angustiada, mi hijito; tristeza profunda me domina. Anda acostumbrándote a la separación. Estoy mal, acaso perdida. Nuestra vida es perpetua contradicción. Antes, cuando creía que te ibas a casar con Anita, estaba desesperada y quería morirme a toda costa; llamaba la muerte como supremo remedio; la quería antes de saber que te casabas... Ahora, quiero vivir, quiero vivir a toda costa, quiero mejorarme, y me siento peor que nunca.

«Ayer tuve una sorpresa. Los médicos habían vuelto a examinarme, la víspera, y como el día estaba hermoso, me levanté después de almorzar y me fuí al jardín. No sé por qué se me ocurrió entrar al cenador del fondo. Caminaba sin hacer ruido y vi, por entre las enredaderas de madreselva que lo encubren, que Manuel estaba fumando, con cigarrillo apagado entre sus dedos, mientras con la otra mano se enjugaba lágrimas que corrían hilo a hilo por sus mejillas. ¡Cómo ha envejecido el pobre! Las canas coronan sus tímpanos, y sin embargo aun no ha cumplido cuarenta años. En lo íntimo, me siente morir, y de eso nace la honda tristeza que trata de disimular conmigo. Le vi llorando, y comprendí que sus lágrimas eran por mi causa... Penetré al cenador, y le interrogué. No pudo o no supo negarlo, encontrándose nervioso, debilitada la voluntad por la pena. «Sí, efectivamente lloraba por *preocupación* de tu enfermedad...» ¡Ah!... no era preocupación sino certidumbre... Es que me ve morir, amigo mío; ya estoy a punto de muerte, y por eso la gente me rodea con simpatía, y vienen mis amigas a mimarme. Sienten que me voy, y quieren dejar perfume de dulce recuerdo en mis últimos días... y acaso tú mismo pensaste en eso cuando rompías con Anita, en aquella mañana cruel... Te lo agradezco y... siento...»

«Viendo llorar al pobre Manuel, como niño, escondiéndose para que no le viera, sentía punzante remordimiento. ¡Ay! amigo mío... qué mala he sido. Quisiera rehacer el pasado y ser buena, quererte solamente *con el alma*, como soñaba, sin nada material... Pero ya es tarde. Hasta otro día... no me olvides... vente... no pierdas una hora... creo que cuando te vea, me voy a sentir mejor....»

«Adiós, mi hijito adorado...»

Abril...

«Ahora comprendo el interés que Manuel tenía en hacerme tomar Hígado de Bacalao, hace dos años, precisamente en la época en que nos conocimos, ya tosía mucho, como recordarás. Entonces el doctor Ranauld, que me examinó en Santiago, dijo que tenía los bronquios atacados, tomó ese aire serio e importante que afectan los médicos cuando creen haber descubierto alguna enfermedad, me recetó Aceite de Hígado de Bacalao y pinceladas de yodo, leche caliente, abrigo y, sobre todo, que no saliera de noche, ni fuera a bailes... en fin... una existencia imposible. No le hice caso... creía que la vida, en esas condiciones, no valía la pena... Sobre todo, ya te conocía y tenía deseos de encontrarte y de conquistarte. «París bien vale una misa», decía Enrique IV y lo mismo pensaba yo. La enfermedad ha seguido su curso y ahora me tienes tan mal que... Ayer nuevamente, encontré a Manuel llorando en una pieza oscura; le sorprendí cuando enjugaba lágrimas y pretendía sonreír. «¿Lloras por mí, no es verdad?» y lloramos juntos, largamente, porque no quiero morirme, porque soy feliz y te amo. Siento remordimiento de mi cariño y entonces si que me vienen deseos de irme de una vez a la región de calma y reposo... Me estoy sintiendo sorda; esto me aislará del mundo. Debe de ser doloroso ver alegría y no poder tomar parte en la comunión de sentimientos y de ideas de los demás. El médico, a quien fuí a consultar, encontró mi estado grave... Hace tres años, cuando fuí a verle por primera vez, me preguntó si tenía tales o cuales síntomas. Le contesté que no; y ahora veo que todos aparecen... No quiero morirme. Quiero ser buena y vivir en comunión espiritual contigo, sintiéndome amada... Sí, sanaré, me someteré a cualquier tratamiento. El doctor Sánchez recomendó a Manuel que me llevara a Suiza, a un Sanatorio famoso, y está muy entusiasmado con el viaje,

pues dicen que puedo mejorarme y vivir muchísimos años, eso sí que cuidándome... He jugado con mi vida... ¿Recuerdas aquella vez que estuvimos de noche en Miramar, y nos paseábamos al frío, contemplando la vista del Puerto, de luces lejanas? Entonces, por primera vez, sentí la fuerte punzada al pulmón derecho que ahora suele aparecerme como picadura de fuego, pero no te dije nada, por no asustarte... De noche suelo despertar bañada en sudor...

«Llueve, hace frío, y vivo encerrada en mi pieza. Manuel no ha querido irse al fondo, se ha quedado junto a mí.

«Ahora acaba de llegar sumamente contento del Puerto. El Dr. Wolfsson le ha dicho que con una permanencia de algunos meses en el Sanatorio del Doctor Klein, en Suiza, me repondré completamente. Creo que ya está preparando el viaje.

«Si tu madre sigue mejor, vente. Quisiera estar contigo antes de partir... Vente en el acto, mi lindo. Hasta luego.»

Abril de 19...

«Me siento mejor, mi lindo, me siento muchísimo mejor y se me figura que todo será cosa de cuidarse y de simple régimen; con no hacer disparates, basta.

«Hemos tenido días de sol espléndido. El mar, a lo lejos reluce bajo mi ventana, entre pinares que descenden por la quebrada reverdecida. Pero las hojas amarillean y me enfrían el alma. Por la tarde voy ahora constantemente en auto,—cuando hace bueno,—al tranque de la población Vergara, desciendo y me paseo con Manuel, o con la señora Souza, que siempre me acompaña, en medio de bosques de eucaliptus de olor penetrante.

«Entonces pienso en ti; desearía tenerte a mi lado,

pasearme apoyada de tu brazo, como lo hacíamos, a veces, ¿te acuerdas?

«Tengo firme voluntad de sanar y sanaré. Los días de sol me ponen valiente. Quiero vivir, quiero amarte, quiero sentir tu cariño, sobre todo desde que ya no dudo de tu amor. Porque un hombre ama a una mujer en razón directa de los sacrificios que ella le cuesta y los que hicistes al romper con Anita fueron grandes. Te has sacrificado, luego, me quieres más. Aspiro a vivir, a ser feliz aún... Pero esta vez con pureza, con amor que no ofenda al cielo, y deje tranquila mi conciencia.

Hace unos cuantos días estaba creyendo que me moriría, y ahora, con el sol, me siento casi bien, me han vuelto bríos, creo en la vida, espero que tú también me comprendas y me procures felicidad en la forma que deseo, ¿no es verdad, mi hijito?

«Sólo una cosa me asusta y es que ahora todos me muestran cariño y simpatía. Siento en torno mío demasiado afecto, y eso me da mala espina. ¿No crees lo mismo? Es la vieja historia del anillo de Polierates. He sido demasiado feliz, he realizado mis ensueños, he amado, he sido adorada, ¿no es verdad? Tengo marido excepcionalmente bueno y cariñoso, poseo mayor fortuna de la necesaria, lujo ¡qué sé yo!... Soy demasiado feliz y eso inspira temores, ¿no es cierto?

«Los médicos me han visitado nuevamente, y aun cuando no conozco su parecer, lo advierto por la cara de mi marido; siempre sé mi estado por el pobre *negro*. Es fiel reflejo de su alma tan bella, y el mejor barómetro de mi enfermedad. Ahora último, está transformado, casi alegre, advierto en él como una gran luz de esperanza que le iluminara. Por cierto que ya cree en mi mejoría, sino, estaría con otra cara.

«¿Cómo sigue tu mamá? supongo que mejor... pero extraño tu silencio. Hace una semana que no me escribes, ¿qué pasa? estoy intranquila con esto...

«Digo disparates, me siento mejor, y espero... espero... ¡qué cosa tan bella es la esperanza! Nada hay tan

hermoso como nuestro símbolo cristiano: Fe, Esperanza y Caridad...

«Crear, esperar y amar; lo más hermoso de la vida está compendiado en tres sencillas palabras que contienen casi el universo...».

## XX

La enfermedad de mi madre se agravaba. Tosía constantemente, y su hermosa mirada se apagaba, como esos crepúsculos que van cerrando el día, obscureciéndole, y luego, ni siquiera nos permiten leer. Me sentía excitado y nervioso, presa de tristeza que me iba invadiendo como sombra. Al mismo tiempo recibía de Laura dolorosas noticias; veíame obligado a callar, ocultando en lo más hondo de mi ser lo que pensaba del estado de mi madre. Aún no había muerto, pero ya me sentía solo... Veíase en ella, decaimiento constante, inquietante debilidad y flacura, como si, abandonada de sus fuerzas, no tuviera ni tan solo aquella energía que necesitamos para sostener el peso de nuestros músculos, el estremecimiento que desgasta nuestra médula, la fuerza elemental de las diversas y varias actitudes de la vida, como si ya no pudiéramos siquiera resistir la presión atmosférica, en instantes que preceden a la destrucción total de nuestro ser, cuando nos hundimos en abismos de enfermedad y de muerte, abiertos ante nuestros pasos. De pronto, el tumulto y peso del mundo aplasta nuestro propio cuerpo, sin fuerza alguna que neutralice su desplome total o reponga el desgaste de nuestro pensamiento...

El segundo ataque la sorprendió en el campo, antes de regresar a la ciudad. Habíamos pasado sin sospechar que la muerte acechaba; se sentía bien cuando salíamos en carruaje a la hora de la tarde, que tanto le agradaba a ella contemplar desde los altos cerros de Pan de Azúcar, a la sombra de un bosque de pataguas. De pronto quiso volver a Santiago, pero desgraciadamente esa mañana se vió acometida de escalofríos y de fortísimo resfriado, con

lo cual se echó a la cama, y quedó postergado el viaje hasta el día en que estuviera mejor; ese día no llegó jamás. Tupido velo de neblina y lenta garúa envolvieron el parque. Mi madre se hacía llevar a la ventana y pasaba horas contemplando aquel triste velo gris precursor del invierno, al través del cual aparecían pinos verdes como árboles de Navidad.

Había decaído mucho en los últimos días. La muerte, en acecho, mostrábase en otra línea casi perceptible sobre su forma ordinaria. Las graves dolencias no aparecen claras sino, insensiblemente, dándose a conocer por ligeros síntomas que pasan inadvertidos y luego se van acentuando y transformando. La enfermedad penetra en el cerebro, como aconteció con mi madre; luego, sin que ella ni nadie lo advirtiera, comienza a sentir que las palabras se le van y los nombres más familiares se olvidan; pero ella, por no alarmar, disimulaba, para que los demás no viéramos el derrumbe de su memoria y el abandono de la voluntad. La enfermedad sigue penetrando, poco a poco, como ratero, mirando a todos lados, disimulándose. En ciertos instantes parece que se ha ido; luego, revienta, de golpe, más potente que nunca. Ya dueña de su víctima, se siente la mano invisible de la muerte extendida sobre ella. No sospechamos que la muerte camina invisible por otro plano, en medio de obscuridad impenetrable, escogiendo su momento con disimulo hasta que se revela por algún estallido inesperado. Veía la faz de mi madre, que a cada momento parecía perder fuerzas, abandonada ya de la sangre y de la vida, irse convirtiendo en remedo de sí misma. Quería hablarme y las palabras le fallaban, quedando en triste sopor.

Entre tanto, rendido de cansancio físico a fuerza de velar junto a ella, me veía acosado de terribles pensamientos. Laura, también, me preocupaba. Veíala morir; sentía su decaimiento físico; en la vigilia, su rostro aparecía ante mis ojos con tremendo relieve, enflaquecido, transparente, pálido, con manchas rojas en los pómulos. Y su cuerpo de líneas de muchacha, delgado y flexible, mostraba también la garra de la Intrusa.

En mis sueños aparecía triste, contemplándome como con reproche. ¿Por qué no vendrá? se diría a sí misma. Y aun cuando no ignoraba la gravedad de mi madre, dentro de su egoísmo amoroso, debía extrañar que no fuera a su lado por algunas horas. Desesperación invencible me asaltaba, entre aquellos dos seres adorados que se iban a un mismo tiempo, formando el vacío en mi vida, desolando mi existencia...

## XXI

La noche había cerrado y comenzaban a encenderse luces a lo lejos, en casas de los inquilinos. El parque de la hacienda aparecía inmenso, inundado de sombras formidables que me llenaban, no sé por qué, de sobresalto. La imaginación trabajaba, esperando un golpe que vendría, no sabía de dónde. De pronto se oyó galope rápido de caballo y luego vi al capataz que se bajaba de su overo, y llegaba a mí, haciendo resonar por los corredores sus espuelas de grandes rodajas. Traía un telegrama. Era de Laura, que me anunciaba su partida a Europa, resuelta tres días antes y realizada, para no perder el vapor «Santa Ana» que salía ese día; era buen barco y bastante cómodo, con camarote de lujo. Por correo me daría detalles.

Y mi madre se moría. Sentía ansiedad de ver alejarse a Laura cuando hubiera sido alivio el poder arrojarme en sus brazos y sentir un corazón amigo que llorara, comprendiéndome...

Entre tanto los trabajos de campo seguían su rutina, el mayordomo acudía a consultarme respecto a oferta de compra de animales gordos para enviarlos a las salitreras; me los pagarían bien. Había que recorrer potreros lejanos y examinarlos en compañía de *huasos* meliciosos que no pensaban más que en explotarme. Era menester acudir a detalles de vendimia y de trasvasijo; había que aplicar *serum* a ciertos animales enfermos, arar unas tierras y sembrar otras. La vida corría egoísta y cruel, sin dejarme siquiera la libertad de mi pena, ni derecho de llorar tranquilo ante mi pobre madre que se moría y de Laura que partía lejos, acaso para siempre, sin que tuviera el consuelo de verla...

Su carta llegó más tarde, anunciándome que su marido había resuelto, repentinamente llevársela a Suiza, en donde le daban esperanzas.

Decíame cómo comprendía que fuera imposible abandonar a mi madre, dada la gravedad en que se hallaba y cuánto sentía no verme siquiera por última vez! «Por eso te llamaba, para que no cayera de golpe, sobre ti, la tristeza de nuestra separación...»

«Al recibir esta carta estaré navegando, y partiré sin haberte visto... ¡qué pena, amigo mío!

«Espero que tu madre salve. Cuando esté bien, dejarás transcurrir unos meses y nos veremos en Suiza, a donde irás a encontrarme. Pienso que pasaremos verano y otoño en Niza. De todos modos nos hemos de ver, mi lindo... Acuérdate mucho de mí... En un paquetito certificado, irá el escapulario que siempre usé y que ahora te envío. A cada instante ruego a Dios por su madre... Piensa en mí de noche, al acostarte y por la mañana, al levantarte. ¿Te acuerdas que antes llenabas un florero de rosas junto a mi retrato? No las dejes secar...»

«La esperanza de mejoría, me reconforta desde que estoy convencida de que tú me quieres, pienso vivir para amarte, y para que me ames como deseo ser amada. El mar está azul, sopla brisa, la gente se marea y yo pienso en ti. Esta carta partirá al llegar a Coquimbo. Hasta luego, mi adorado, hasta luego...»

## FINAL

De vuelta de Europa, transcurridos diez años, hallé Santiago transformado, destruídos los cimientos de antigua ciudad que se convirtiera en metrópoli cosmopolita. De todos lados surgían casas de primorosa arquitectura, construídas a lo nuevo, si bien no pocas de estilo colonial americano. El paseo de las Delicias estaba hermosísimo; despejada la vista panorámica, mostraba la gran Cordillera nevada, allá en el fondo. Diríase que de las diáfanas lejanías, de lo hondo de valles, en contrafuertes de la montaña irían a surgir, en vez de águilas, aeroplanos gigantescos, elevándose cada vez más, hasta perderse en inmensidades misteriosas.

La vida santiaguina se había transformado así en lo moral como en lo físico, variando las costumbres. No existían ya castas cerradas de esa vieja oligarquía de doscientas familias que gobernara al país por espacio de ciento veinte años, con menosprecio de las clases medias y desconocimiento de las proletarias. Aparecía turba de advenedizos, súbitamente enriquecidos, en tanto que las familias de rancio abolengo, arruinadas por especulaciones bursátiles, desaparecían en la sombra de orgullosa y apartada soledad, ocultándose, desviadas de la vida mundana y de las soberbias salas y fiestas en donde brillara su lujo y se ostentara la nobleza de sus pergaminos. Los valores sociales eran otros; otras las condiciones que permitían surgir; diversas las influencias que movían y levantaban a los hombres en el torbellino de la vida novísima.

Carlos Lacerda, saliendo de su esquivo apartamiento,

había ido conmigo, en automóvil, de paseo. Fuimos a la Quinta Normal, al Parque Cousiño, a lo más empinado del San Cristóbal, donde aparecía el panorama de la ciudad inmensa, desde la Cordillera de los Andes hasta la de la Costa; Peñalolén de una parte, entre faldeos de la montaña, Quilicura de otra, San Bernardo, por el sur.

Más allá de la Estación Central de Ferrocarriles, la Avenida de los Pajaritos daba paso a barrios nuevos, totalmente poblados, en los cuales bullía vida intensa de poblaciones proletarias, y se alzaban altísimas chimeneas y lejanas torres de templo. Desde lo alto del Cerro Santa Lucía, mi amigo Carlos contempló el paisaje con mirada displicente. Era lo contrario del romántico: vivía existencia realista del hombre de negocios, millonario, solterón empedernido, que sacrificara su existencia a dulces amores prohibidos que le impidieron, en hora propicia,—como a mí,—constituir hogar para la apacible quietud de los últimos años. Le miré a hurtadillas. Había cambiado. Era difícil adivinar en el personaje gordo y de vientre prominente, de cabello ralo y completamente cano, de nariz gruesa y enrojecida, tardo en el andar, como si arrastrara los pies, al joven elegante y fino, de porte distinguidísimo, de negros cabellos cortados en forma «de escobillón» que conociera. Ahora no acertaba a comprender cómo fuese posible que el esbelto cuerpo de noble línea ceñida por levita de Pool, se hubiera transformado en algo informe y grueso, de traza vulgar y ordinaria, en la cual predominaran instintos sensuales, sello de gula, como último refugio de tenorio que acabara limitado a los placeres de la mesa, en cuanto se lo permitieran reumatismos y ataques de gota.

En la puerta del nuevo y magnífico Club de la Unión, en la Alameda, en grupo de amigos y entre amena charla, Pepe Souza, siempre ingenioso y chispeante, había clasificado a los hombres en tres etapas de la vida. «Los unos, a los treinta o cuarenta, están en edad de amores—es la plenitud. La segunda etapa comienza a los cuarenta

y cinco, y en ella, lo importante son los placeres de la mesa. Ya las mujeres pasaron a segundo término, se elogia su belleza con reticencias o desinterés, y se pondera el mérito y sabor de ciertos platos. El caviar, la langosta fresca de Juan Fernández, los buenos erizos, tienen prima como ciertas acciones en Bolsa. En seguida viene la tercera etapa, cuando se habla de enfermedades, de gota o del reuma y se pondera la excelencia de específicos norteamericanos o se piensa melancólicamente en Voronoff».

La tristeza de mi amigo Lacerda al contemplar el maravilloso paisaje con visible indiferencia, me hizo recordar la frase chispeante de Souza. ¿Estará ya en la tercera etapa? pensé entre mí, y luego me sacó de duda su voz ronca, murmurando entre dientes, con acento francés, pues había pasado en París lo mejor de sus años: «¿No te parece, Fernando, que la tarde está fresca? Voy a buscar el abrigo, no sea que vuelva el reuma». Lo vi caminar con paso tardo, echado adelante, y advertí que estaba cargado de hombros aquel lucido bailarín de antaño. Luego se echó a disertar, alabando, y no poco, las píldoras del Dr. Brown para la gota. ¡Oh, Souza!

Al cruzar la Plazoleta del Teatro, vi bajar de automóvil de lujo a un señor extremadamente gordo y corto de paso. Tenía carrillos hinchados como glotones que hablaran con la boca llena de alimentos; llevaba papillas bajo los ojos, que aparecían pequeñísimos, y la nariz de rubicundo subido. El pelo cano y rudo, era como una mala peluca de cómico. Vulgar e insignificante, sólo llamaba la atención por su Roll Royce. Al pasar junto a nosotros, saludó a Carlos sin duda. «¿Quién es ese?» «¡Cómo! ¿No recuerdas a Ernesto Durán de Alvarez? Muchas veces te vi entrar a fiestas en su compañía, Fernando amigo. Y hasta me parece que le acompañabas a visitar a la novia, haciendo el papel que llamábamos de «mata suegras».

No pude dejar de meditar, con desconsuelo, en cómo vamos envejeciendo y corre el tiempo para todos, aun

cuando no de manera igual, transformándonos, haciendo resaltar rasgos de familia, nariz aguileña de abuelos, barba ya saliente, como en caricaturas. Observaba las cejas tupidas de don Marcelo del Valle, famoso economista y orador parlamentario, o bien cómo se diseñaban rasgos del carácter en la conformación física, tal en don Fidel Rojas, de cuerpo pequeño, de rostro blanco cuajado de arrugas, de cabellera nevada y tupida, en cuyos ojos—todavía jóvenes, en la vejez del rostro—surgían, de pronto, chispazos de ingenio o relámpagos de cólera al apreciar faltas de algunos o el cínico desplante de políticos de nota. El anciano ostentaba una belleza que jamás tuvo el joven. Lo propio pasaba con no pocas mujeres. El día anterior había tenido ocasión de visitar a Selmira Ramos de Arteaga, matrona de abolengo, que de muchacha fué delgaducha, insignificante y tímida. Apenas si antaño la saludé por cortesía, pues, como dicen ahora «me daba el opio». Ayer, con sorpresa, vi a una dama de elevada estatura, apuesta y gentil, llena de rostro y de hermoso cuerpo; su voz resonó armoniosa, y dijo cosas, sino extraordinarias, expresadas con gracia. Al perder la timidez juvenil se revelaba inteligente, dotada de comprensión humana, capaz de penetrar en el alma y la desgracia ajena y de comprender, con indulgencia, faltas que la juventud trata con despiadado rigor. Su cabellera rubia descolorida, se había tornado en hermosa nieve y tenía el encanto melancólico de una marquesa del siglo XVIII.

Grupos de chicos jugaban y corrían, con gritos y clamores por la Plazoleta rodeada de árboles y envuelta en claridades, aun a esa hora del atardecer. Tras de ellos caminaba, con paso desigual, una señora un poco gorda, de traje desaliñado. «¿No la conoces?», preguntó Lacerda. Es Lucy Garden.

Y como la mirara estupefacto. «Amigo, observó, el tiempo pasa, igual para todos...»

La vida, en ley de transformación, va tejiendo su tela y destejiendo la nuestra. Evolucionamos en lo físico así

como en lo moral. Nuestros vicios se gastan junto con nuestras fuerzas o nuestros apetitos, y surgen otros o renacen virtudes que yacían ocultas y se ostentan luminosamente en el ocaso de una existencia que algunos creyeron estéril. Al desaparecer enfermedades que no sospechábamos que tuviésemos, conviértese la pereza en actividad, el egoísmo en noble emulación, la crueldad en valor sereno, y por el contrario vemos surgir en nosotros rasgos de maldad y de egoísmo que no sospechábamos; el sátiro aparece de cuerpo entero, el sadismo convierte en enfermo al antiguo romántico, la avaricia hace antipático a hombre que fuera generoso antaño. El alcohol empuja al crimen al que fuera bueno, o le convierte en paralítico, unido a restos de enfermedades sociales que se creyeron curadas, y la locura asoma en el que hasta entonces fuera modelo de equilibrio y lucidez.

Por eso vimos, con tristeza, a nuestro amigo Jorge Malbrán, el mejor danzarín de su época, hombre de grandes triunfos en lides amorosas, avisado y feliz en negocios, arrastrado ahora en silla de ruedas por un sirviente. Nos reconoció, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Estaba paralítico y no podía hablar. «¿Cómo encuentran a Jorge?», nos preguntó su mujer que venía detrás. «Muy bien, señora», le dije contemplándola curiosamente. Era flaca, vulgar, de rostro apergaminado, cubierto de pecas y lunares. Luego pensé, con miedo, que aquella mujer había figurado entre las más distinguidas y bellas de su tiempo, de mi tiempo. De pronto sentí vago perfume que creí reconocer: era «Oro de Coty» y fué como si renaciesen memorias de tiempos muertos.

La tarde caía en suave tinta rojiza que coloreaba nieves de cordilleras lejanas con muy suaves y dulces destellos de rubí, fundido en tintes verdosos de cielo que se tornaban lentamente en opalinos, en cambio rápido, transición súbita y maravillosa de luz y de vida, produciendo en las almas sensaciones de elevación y de dilatación, como si físicamente nos levantáramos en aeroplanos a regiones altísimas, difundiéndose luego, en noso-

tros inesperada sensación de calma sedante. Sentí, en lo íntimo, evocación de luz, como no ha mucho advertía en igual forma, la de perfumes desprendidos de una mujer, al pasar. Y por asociación rápida de ideas surgió del pasado aquella sociedad desaparecida, con fiestas y bailes de antaño, y radiantes visiones de Laura, primorosa y fina, con perfiles de Emperatriz romana y Anita, joven, delicada, esbelta, vestida de blanco, virginal y graciosa sin que fuera dable explicarse por qué su larga silueta despertaba ebullición en los sentidos, como si en sus formas admirables hubiera promesa de exquisitos placeres. La misma evocación asociadora de ideas, me llevó a pensar en que esa tarde debía asistir al Coktail Party que daba en su quinta de Pedro Valdivia mi amigo y pariente Fidel Blixen. Carlos Lacerda me lo recordó, de pronto, ofreciéndome su compañía hasta la puerta.

Bajamos hasta la Plaza Italia. La ciudad aparecía embellecida como si de todas partes surgieran nuevos impulsos y anhelos afebrados de trabajo. Los automóviles, en torno a la estatua ecuestre del General Baquedano, pasaban en todas direcciones, y zumbaba rumor de colmena inmensa que comenzara a paralizarse a la caída de la tarde, con salidas de obreros y de empleados de fábricas y labores. Seguimos a Providencia, recorriendo el semicírculo de los antiguos Tajamares de la Colonia. A nuestra derecha, el río Mapocho aparecía como tenue hilo de agua desparramada entre pedregales, en tanto que al costado opuesto, del lado de Bellavista, duraznos en flor derramaban encajes sonrosados entre viejas tapias no lejos del San Cristóbal. Unos pinos altísimos de California extendían la rueda múltiple de sus ramas junto al blanco edificio de un molino, y luego, como de soslayo, veíase la Cordillera. El automóvil corría entre filas de quintas y chalets, nuevos para mí. Surgían jardines y parques, los de la Casa de Providencia, los del Hospital del Salvador, los del Seminario entre árboles añejos, no lejos de la que fuera antigua casa de campo de

los Condes de Quinta Alegre. Ya llegábamos a Montolín, para torcer por la Avenida de Pedro Valdivia, con pavimento espléndido, poblada de quintas-palacios. Larga fila de autos estacionaba ya frente a la de nuestro amigo. Descendían damas y chicas vestidas de trajes primaverales, entre numeroso enjambre de muchachos, desconocidos para mí, separados por generaciones que ocupaban ahora mi lugar, el nuestro, con juventud y bullicio, como si quisieran señalar nueva etapa de vida. El *Garden Party* prometía ser animadísimo; notas rojas y anaranjadas de sombrillas de moda resaltaban entre los árboles, en medio de pérgolas, moviéndose como caleidoscopio bajo los rayos del sol poniente. Siluetas finas de chicas altas y delgadas, de falda corta y de sombreritos de campana, adaptados a nuevos peinados que rejuvenecían, dejándolas a todas en la línea de una misma primavera. En torno de mesa pintada de rojo, sentábase en sillones rústicos bulliciosa juventud. Las chicas fumaban y bebían, con desenfado, copitas de whisky o cocktails. Eran desconocidas para mí, acaso hijas de amigos o de tímidas doncellas cuya silueta virginal, contemplaba en mis recuerdos, superponiéndolas sobre otras de respetable matronas que viera en las últimas recepciones.

Blixen salió a encontrarme.

—Temí que no vinieras,—me dijo.

—¿Por qué?

—Podrías aburrirte en medio de la juventud nueva, para la cual no contamos. Esta fiestecita ha sido capricho de mis hijas solteras... Pero tú estás muy joven, te veo y te admiro; pero muy joven.

¿Por qué insistirán tanto, mis amigos, en lo joven que estoy?, pensé entre mí, y luego comprendí, por intuición, que era para complacerme, a la vez que palpaban los estragos inevitables de los años.

Varios muchachos se acercaron a saludar al dueño de casa. Blixen ignoraba quiénes fuesen, pues habían sido invitados de sus hijas. Se inclinaron respetuosa-

mente ante nosotros. Como recién llegado, sin duda no me conocían a mí tampoco, pero su actitud me hizo recordar la que yo adoptara, años atrás, en presencia de algún extranjero respetable por su posición o sus canas. Unó de ellos, después de sacarse el sombrero, me preguntó si había traído a mis hijas; sin duda, por algún parecido, me confundía. Contesté, sonriendo, que no. Blixen se torcía de risa... «Amigo, Fernando Ruiz es soltero... Un rival peligroso», dijo socarrón. «Perdone, señor, repuso el muchacho, lo había confundido con don Máximo Velarde».

Eso me mortificó, pues Velarde había sido precisamente uno de los mayores bribones de antaño, y sus especulaciones con Sales Potásicas de la Sociedad Pan de Azúcar, que le hicieron rico, tuvieron carácter de escandalosa estafa, por la cual había sido llevado a la cárcel. Se había comprobado que comprara en una farmacia los quintales de potasa que aparecieron en terrenos sondeados por ingenieros, sus cómplices, que tan espléndidos informes dieron del negocio.

No habríamos andado veinte pasos, cuando escuchamos a uno de los jóvenes, entre rumboreo respetuoso: «Ahí viene don Máximo Velarde». «Está millonario... podrido en plata», dijo uno. «Es uno de los hombres más respetables de Chile», agregó otro y supe que se hablaba de él para Presidente de la Bolsa General de Valores. En efecto, Velarde, bien vestido, afeitado a la americana, despojado de las patillas entrecanas que tanta consideración le valieron en la época en que falsificaba títulos de salitreras, aparecía más joven, tostado el rostro, en el cual rebrillaban ojos negros de azabache. La nariz prominente delataba su origen judaico; desgraciadamente no había podido afeitársela como los bigotes. A pesar de su traza solemne, cierto cabrilleo especial de la mirada, dejaba traslucir las maulas de su carácter a los que le conocíamos de antaño, mas para los jóvenes de las nuevas generaciones se había convertido en prototipo de caballerosidad y honradez. Se alzaban los sombreros a

su paso y Velarde contestaba con leve gesto protector de la mano y amable sonrisa, comprendiendo que un saludo suyo era patente y consagración de honorabilidad mundana.

—¿Cómo te va Salustio?—dijo a Blixen. He venido por ser cosa tuya o de tus hijitas... Creí que el asma no me lo permitiría.... pero hice el sacrificio por ellas. La fiesta muy linda...

Y se alejó oprimiéndose el pecho.

Caminando por senderos enconchado de blanco, llegó a nosotros un señor de mediana estatura, entrado en carnes, el cabello cano, grueso bigote. con traza de gran señor campesino. Su tez rojiza contrastaba con la blancura de la abundante cabellera y andaba muy tieso. Era Eliodoro Zaldívar.

No bien se hubo acercado, sin saludarnos, miró a una dama gorda de traje claro, melena a la garconne y vestido a la rodilla, que pasaba junto a nosotros, con movimiento de fragata. Y después de cerrar un ojo, puso ambas manos en forma de embudo sobre nuestro oído, para decirnos en voz entonada y clara:

—«Quien la vido y quien la ve agora, cual corazón que no llora».

Prorrumpimos en carcajada, mas luego se me heló la risa al meditar que tal frase era como resumen de mis últimas impresiones de la sociedad chilena.

En torno de la casa, en los jardines había mesillas en las cuales se servía sandwiches, copetines y champaña, dulces y refrescos. En el hall bailaban chicas y muchachos junto con algunas casadas jóvenes que iniciaban *flirt*, después de breve luna de miel, aburridas ya de vida muy distinta de lo que soñaran, y advirtiéndolo, aun cuando tarde, las fallas de los maridos o la carencia de vil metal indispensable para las exigencias de la vida mundana. Trajes elegantes, fisonomías frescas y bellas, cuerpos graciosos, ecos de voz cristalina, encubrían aspiraciones insanas de lujo o propósitos turbios de sensualismo.

De pronto se pusieron en pie varias chicas que hasta ese momento lucían tan sólo hermosas piernas, pulcritud para fumar y desenfado para empinarse copetines; subieron las escalinatas de mármol rosa que conducían al hall. Allí todo era rumor de baile, pasos de tango que se deslizaba melancólico, impregnado en el romanticismo lacrimoso y canallesco, a la vez, de Barrio de la Boca, pero que en el fondo lleva lamentos de pasión y sensualidades ocultas. Aquellas muchachas de sociedad mundana me dieron impresión de alegres pecadoras de Follies Berge-re, de corrupción deliciosa y atrayente, de esa corrupción que acababa de dejar en París, unida ahora a pimienta de sonrisas virginales.

No conocía a ninguna, como llegado a mundo nuevo, y fué menester me indicaran los nombres de las nuevas bellezas. Ahí estaba Tita Souza, hija de la señora de cabelleira blanca,—rubia antaño,—con quien yo tuviera alguna historia alegre y desconocida. Mimí Pérez, era la chica de larga y alta silueta, que bailando tango arras-traba graciosamente los piececillos y dejaba pasar varios compases ceñida al pecho de su compañero. De pronto sentí nostalgia de tiempos pasados y que no podrían volver y tuve necesidad de pasear por los jardines, y perderme entre grupos de damas y caballeros. Un pino parasol, altísimo, se alzaba en el centro del jardín, junto al estanque en el cual temblaban reflejos de los últimos crisantemos, y arbustos de mirto: se balanceaban laureles-rosas, amarilleaban juncos perfumados, junto a rosados clarines. Olores de malva surgían de pronto, trayéndome la misteriosa evocación de Laura, con quien me paseara por esos senderos cuando Lady Whindam Fox habitaba aquella misma quinta. Y me vino al recuerdo el paraje en que me encontré nuevamente con Laura, tras de la agonía de nuestra querrela. Allí, junto a ese banco, nos reconciliamos y vi en sus ojos alegría de perdón y en sus labios locura de amores, *a pesar de todo*, con ansias hon-das, como si la vida fuera demasiado estrecha para con-

tener los segundos fugitivos de felicidad que llegan, pasan y desaparecen, alejándonos de nosotros mismos.

Los últimos rayos del sol se filtraban al través de los árboles, tal si cuidaran en la penumbra, de dar paso a recuerdos. Me sentía abrumado: acaso, a un mismo tiempo, se entremezclaban en mi corazón, en aquel instante, los dos más crueles dolores de mi vida: la pérdida de mi madre y la de Laura.

Mi madre se había extinguido dulcemente, apretando, con leve presión, una de mis manos, como para arraigar en mí el último sentimiento de protección en la vida. Laura había muerto en Niza, de vuelta de Mont Dœr, inútiles ya los esfuerzos que se hicieran para salvarla. Días antes de irse para siempre, me había enviado un cable con estas sencillas palabras: «Recordando... Laura.»

Algunos años habían pasado de entonces. Viajé por diversos países, recorrí Africa, estuve en Tanger y Algeria, en Cairo y en Palestina, fuí a Guinea y torné a Egipto, para cruzar por el Mar Rojo y la India hasta el Extremo Oriente. Conocí mujeres de clases varias, distinguidas e interesantes algunas, vulgares no pocas, de vida austera o desatada sensualidad, viéndome enredado en aventuras innúmeras, ¿por qué no confesarlo?

Ahora estaba de vuelta, tenía más de cuarenta años y me encontraba en mundo transformado, totalmente diverso del que dejara, sintiéndome extranjero en mi propia tierra.

De pronto, detrás de un grupo de naranjos, me pareció sentir suspiro leve—de esos que parecen tener alas—seguido de alegre risa y comentarios rápidos, con voz de entonación cristalina que creí reconocer y me recordaba algo de Laura, a quien acababa de evocar en mi memoria. Me acerqué y vi como una imagen de ella, pero no era ella, si bien se asemejaba en el perfil, con la misma línea de medalla antigua. Era Anita, pero un poco más gruesa, sin la elegancia frágil de antaño, más llena, más mujer. Con los años trascurridos había tomado un no sé qué de amazona, algo como si fuera estatua de la diosa

Minerva, que en mi recuerdo contrastaba con aquella Anita de la cual me sintiera enamorado un día crítico de mi existencia, y la desviaba por completo de aquella imagen de Laura, a la cual tanto se asemejara otrora. La saludé cariñoso, como en días ya pasados, tal si nada hubiera sucedido, y ella contestó mi saludo con otro muy afectuoso. «Encantada de verlo... ya sabía que había vuelto a Santiago, después de tantos años de ausencia... ¿Y cómo encuentra la ciudad? Muy hermosa, ¿no es cierto? Por usted no ha pasado ni un día...» Era lo mismo que me decían todos, y que yo recibía como si fuera llegada la hora del consuelo para canas que vienen con el desgaste fatal de la vida.

Estaba siempre hermosa, pero no la misma, desprendida de ella la aureola encantadora de primavera que me sedujese, pasado el instante de imaginación que la envolviera en atmósfera desaparecida, germen que crea dentro de nosotros seres distintos de los reales. Charlamos juntos algunos minutos y nos separamos. Habíamos comprendido que el pasado no podría renacer. No existiría, de nuevo, aquel momento único en que nos amáramos intensamente, en que nos sintiéramos unidos el uno al otro en ansiosa comunidad de almas. Acaso sea también aplicable a los corazones aquella teoría de la relatividad de Einstein. Todos cambiamos, todos nos transformamos, como máquinas, con velocidades desiguales. El amor no es solamente atracción física de dos afinidades electivas, impulso moral de energías inconscientes que obran, sugestión poderosa transformada en flúidos ignorados, impresión de nervios, obra portentosa de imaginación creadora en lo íntimo. Es mucho más, es como resumen de vida del universo en nosotros. Y como sea obra inmensa de sugestión y de imaginación está ligada a circunstancias ínfimas del momento, a la tibieza de una tarde veraniega, al calor de un traje, a la animación dada por la alegría de una fiesta, a la forma de un sombrero, y lleva en su esencia el perfume, la línea, la vibración de un sonido fugitivo en momento determinado, se desva-

nece con él y no puede nunca más repetirse, así como nunca pueden renacer completas las mismas imágenes dentro de nosotros, tales como fueron. Aun cuando se rehiciera el universo, ya no podría renacer aquel instante poderoso y fugitivo de amor, entre Anita y yo, con la misma intensidad de ilusión con que ambos lo sintiéramos.

Pero siempre veía en ella algo de Laura—la vencedora—que me la recordaba intensamente, causándome, al mismo tiempo, dolor en las entrañas porque no era ella. Al penetrar en sendero solitario, ya en sombra, sentí desgarramiento de mi ser, formado de recuerdos de amor, de exquisitas sensaciones vividas con ella y refinamientos nerviosos, vivos aun en la memoria. Por aquellos jardines que recorriera acompañado de Laura, vagaba perfume de afectos, dulzura de miradas, rumor de voces y de quejas, algo sutil que parecía reencarnarse en nuestra comunidad de almas y de afectos, penetrándome como si ella estuviera viva. Porque los muertos continúan viviendo en nosotros, y palpitando dentro de nuestro cerebro y de nuestros instintos creadores y sólo mueren verdaderamente cuando han desaparecido de nuestro recuerdo, y se han borrado de nuestras almas. Y mientras no han acabado de morir espiritualmente en nosotros, nos atenacean con la evocación de nuestros yerros en el pasado o con el ansia de goces que fueron y que ya nunca más serán. Entre tanto su imagen se desprende, lenta, embellecida y purificada, en nosotros que de lejos, a menudo sólo sabemos contemplar las cosas bellas anidadas en sus almas.

De Laura quedaba el vaño sutil del recuerdo, y Anita, ahora, estaba aún más lejos, muchísimo más lejos.

En pos de aquel dolor pasé a un estado nuevo, incierta angustia, inmensa e innominada, que envolviera mi ser; la angustia infinita e inconsciente aún de que *yo no era el mismo ya*, y de que *el mundo también había variado en torno mío*. Yo no era el joven de antaño, ni volvería a sentir esas emociones dulces y penetrantes que me

diera Laura con igual intensidad, ni encontraría otra mujer que, como ella, me las diera... En torno mío, todos habían cambiado, deformados los unos por las amarguras de la vida y los otros por el exceso mismo del placer y de la buena suerte; las mujeres, gordas e inelegantes, descuidadas, los hombres gastados o indiferentes. Así como al llegar a Viña, me encontrara con un mar y una playa distintas de las que antes conociera, y que sin embargo eran los mismos. Lo que había variado eran las personas, eran mis amigas que ya descubrían la acción desoladora de los años, mis amigos que ya no eran esbeltos y gentiles, ni despedían la misma flor de juventud y de alegría despreocupada de antaño; y cómo se había transformado nuestro círculo de jóvenes y de niñas, y en torno mío sólo aparecían rostros nuevos que era necesario clasificar, y elegancias desconocidas y bellezas contra las cuales mis amigas se rebelaban, y nuevos círculos de moda, la vida no era la misma, ni podríamos, nosotros, dentro de ella sentir lo que antes sintiéramos, en igual forma, pues ya todo había mudado, dentro y fuera de nosotros. Y hasta el mar no podía ser contemplado con los ojos de otro tiempo, porque *ella nunca más podría contemplarlo...*

Si vagaba por los Cerros del Recreo, al divisar duraznos en flor que formaban como gasa rosada de seda, tendida sobre el fondo japonés del mar gris, envuelto en neblina, sólo experimentaba impresión de que ella no estaba ahí, y de que nunca repetiríamos aquel beso que nos diéramos debajo de los árboles, en rincón solitario, frente a ese mismo mar...

Tampoco se repetiría, nunca más, aquel período fugitivo, compuesto de varias sugerencias del medio, de exquisitos refinamientos y sutil encanto, que formara el romance de Anita, porque tanto ella como yo habíamos variado y éramos diversos, pues el recuerdo de lo que entre ambos pasara no podría ser borrado con su perdón generoso y absoluto. Acaso, por eso, cambiamos una mirada en que había cariño de su parte y compasiva indul-

gencia, y remordimiento en la mía junto con la viril franqueza de la confesión de mi pasado. Pero no agregamos palabra alguna porque ya no cabían palabras para reconstruir situaciones que se habían desplomado y estados de alma que habían muerto, que estaban más definitivamente muertos que la pobre Laura, viva aun dentro de su tumba, puesto que vivía en mi memoria...

Entorné los ojos. Veía un bosque chileno del antiguo Arauco, dilatado hasta la Cordillera. Parecía mar que tuviese como límite lejano el volcán Villarrica y su cono inmenso de nieve, surgido al borde de aquel océano de verdura, formado por capas de árboles que ondulaban en oleajes.

Allá, en el centro del bosque, se había formado un claro en donde los árboles yacían caídos y listos para ser llevados al aserradero. Robles, alerces y raulíes fueron derribados, dejando aislado uno que escapara de la destrucción.

Era, al parecer corpulento y fuerte; sus ramas se extendían firmes; se mantenía enhiesto, pero en lo alto veíase amarillear la copa, y las hojas de las ramas comenzaban a marchitarse.

El leñador le había puesto el hacha y el tronco estaba herido....

—Santa Fe de Bogotá y Montevideo, años de 1920 a 1929.

## Fe de Erratas

Pág.	Línea	Dice	Debe decir
—	—	—	—
28	— 18	estaba	estaban
52	— 10	argullo	orgullo
69	— 5	una remanso	un remanso
106	— 10	mi	su
106	— 24	dolor,	suprimir la coma
110	— 11	azar	azor
132	— 5	sacudía	sacudíala
140	— 24	mirarnos	colocar coma
211	— 36	impotente	imponente
212	— 1	imponente	severo
214	— 9	aburrido	insulso
272	— 36	calor de un	color de un

SECC. CHILENA

SECC. CHILENA









